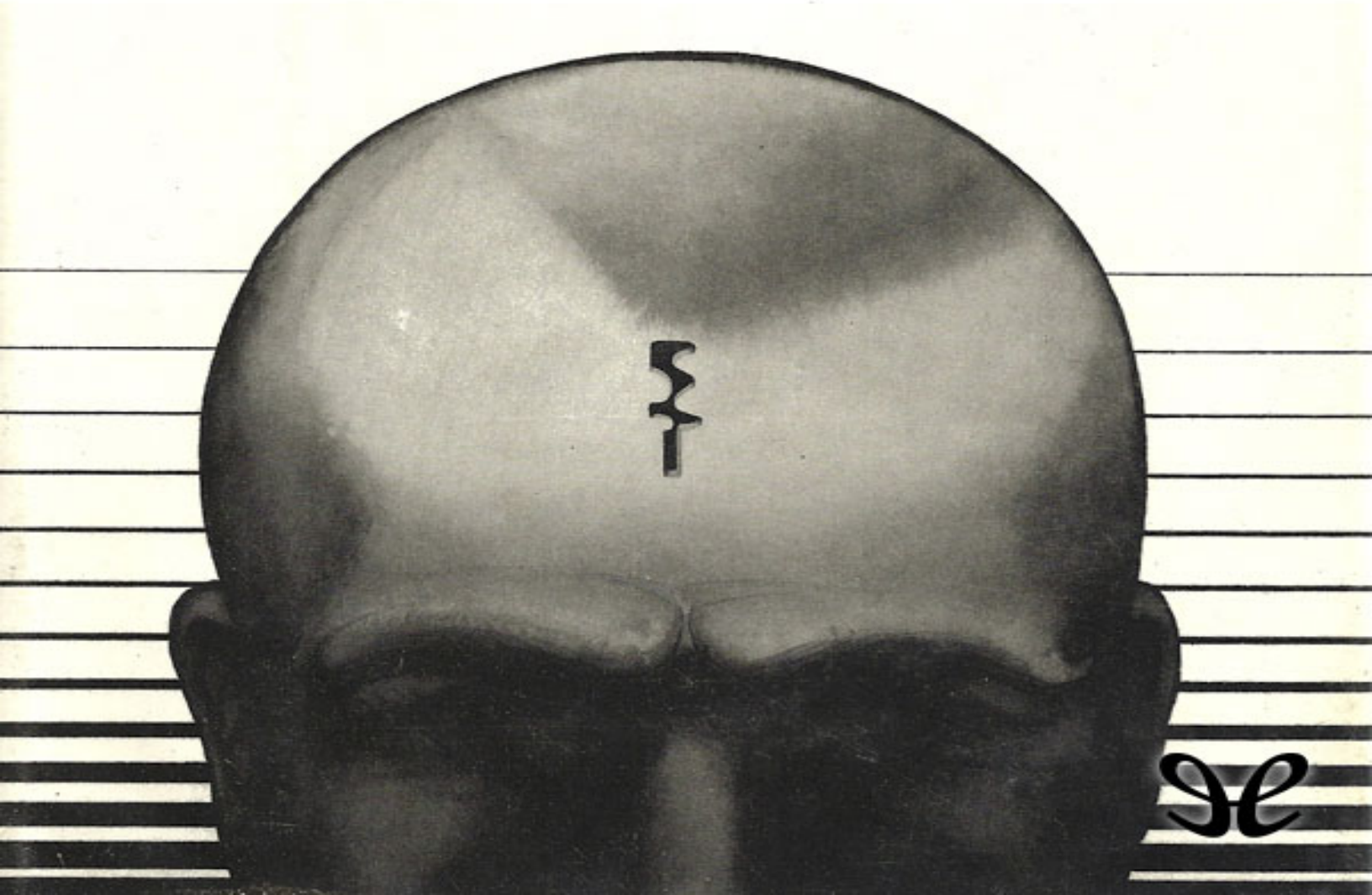
DEAN R. KOONTZ

Escalofríos



Cuando Paul Annendale llegó con su tienda de campaña a Black River, esperaba pasar seis apacibles semanas de vacaciones en compañía de sus hijos y rodeado de hermosas montañas. Lo que encontró, sin embargo, fue una pesadilla: la población de Black River se hallaba bajo los efectos de una extraña enfermedad epidémica cuyos síntomas se manifestaban a través de desagradables escalofríos nocturnos y de un singular y peligroso comportamiento durante el día.

Paul ignoraba que sus conocidos y amigos de la pequeña localidad se estaban convirtiendo en robots a las órdenes de un maníaco con ansias de dominar el mundo y con una patológica obsesión por el sexo; pero Paul no iba a permanecer largo tiempo con los brazos cruzados ante ese horrible espectáculo.



Dean R. Koontz

Escalofríos

ePub r1.0
GONZALEZ 12.09.14

Título original: *Night Chills*
Dean R. Koontz, 1976
Traducción: Sofía Noguera

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.1



Para Gerda

INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

Muchos lectores, cuando hayan terminado de leer este libro, se sentirán incómodos, asustados, tal vez incluso horrorizados. A pesar de haberse entretenido, estarán tentados de olvidar *Escalofríos* tan rápidamente como si se tratara de una novela sobre posesión demoníaca o reencarnación. Aunque se pretende que esta historia sea ante todo una «lectura amena», no dejaré de insistir en que el tema básico es algo más que una mera fantasía mía; se trata de una realidad y de una influencia que está ya en todas nuestras vidas.

La publicidad subliminal y subperceptible y la manipulación cuidadosamente planeada de nuestro subconsciente se han convertido en una seria amenaza para la intimidad y la libertad individuales, por lo menos desde 1957. En ese año, James Vicary hizo una demostración en público de un aparato llamado taquistoscopio: una máquina que transmite mensajes en una pantalla cinematográfica, de forma tan rápida, que sólo pueden ser leídos por el subconsciente. Como se verá en el segundo capítulo de este libro, el taquistoscopio ha sido reemplazado principalmente por instrumentos y procesos más sofisticados, y más terribles. La ciencia de la modificación del comportamiento, tal y como se ha alcanzado mediante el uso de la publicidad subliminal, está entrando en la edad de oro de los, en teoría, adelantos y progresos tecnológicos.

Los lectores particularmente sensibles se sentirán consternados al enterarse de que incluso detalles como el transmisor infinito

(capítulo diez) no son producto de la imaginación del autor. Robert Farr, el conocido experto en seguridad electrónica, habla de la intervención de las conexiones telefónicas con transmisores infinitos en su libro *The electronic criminals*, como se indica en la bibliografía al final de esta novela.

La droga que desempeña un papel central en *Escalofríos* es un recurso de novelista. No existe. Es la única pieza del trasfondo científico que me he permitido inventar a partir de todo el conjunto. Innumerables investigadores de la conducta se han formado un concepto de ella. Sin embargo, cuando digo que no existe, quizá debería añadir unas cautelosas palabras: de momento.

Quienes estudian y forjan el futuro de la publicidad subliminal nos dirán que no tienen ninguna intención de crear una sociedad de obedientes robots, que semejante objetivo violaría sus códigos personales y morales. No obstante, como les ha ocurrido a miles de científicos en este siglo de cambios, es seguro que llegará un día en que se enterarán de que sus conceptos sobre lo bueno y lo malo no son un impedimento para que muchos hombres desaprensivos utilicen a su manera estos descubrimientos.

D. R. K.

EL COMIENZO

Capítulo 1

Sábado, 6 de agosto de 1977

El camino de piedra era estrecho. Las ramas bajas de los tamarindos, de las píceas y de los pinos arañaban el techo y rozaban las ventanas laterales del Land Rover.

—Para aquí. —La voz de Rossner estaba cargada de tensión.

Conducía Holbrook. Era un hombre de poco más de treinta años, alto y de rostro severo. Sujetaba el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Frenó, llevó el Rover hacia la derecha y aparcó entre los árboles. Apagó los faros y encendió una luz del cuadro de mandos.

—Comprueba tu pistola —dijo Rossner.

Ambos llevaban una pistolera bajo la axila con una *SIG-Petter*, la pistola automática más precisa del mundo. Extrajeron los cargadores, comprobaron que estaban llenos, los volvieron a introducir en las recámaras y guardaron las pistolas en sus fundas. Sus movimientos parecían coreográficos, como si hubiesen ensayado la escena miles de veces.

Se bajaron del coche y se dirigieron a la parte de atrás.

Eran las tres de la madrugada, los bosques del Maine estaban siniestramente oscuros y silenciosos.

Holbrook abrió la puerta trasera. Una luz parpadeó en el interior del Rover. Apartó una trampilla que dejó al descubierto dos pares de

botas de goma altas hasta la cadera, dos linternas y otros pertrechos.

Rossner era más bajo, más delgado y más rápido que Holbrook. Fue el primero en ponerse las botas. A continuación, sacó del coche las dos últimas piezas de su equipo.

El componente principal de cada aparato era un depósito presurizado muy parecido al cilindro de una escafandra, se completaba con unos tirantes para los hombros y un cinturón para el pecho. Del depósito salía una pequeña manguera, en cuyo extremo había un perno inoxidable con pulverizador.

Se ayudaron mutuamente a ponerse los tirantes, se aseguraron de que las pistoleras quedaran accesibles y caminaron un poco para acostumbrarse al peso que cargaban sobre las espaldas.

A las 3.10, Rossner sacó una brújula de su bolsillo, la estudió al resplandor de la linterna, volvió a guardarla y se introdujo en el bosque. Holbrook lo siguió sin hacer ruido, cosa sorprendente para un hombre de semejante corpulencia.

El terreno subía bastante empinado y tuvieron que detenerse a descansar un par de veces durante la siguiente media hora.

A las 3.40, divisaron el aserradero Big Union. A unos doscientos metros a la derecha, apareció un complejo de edificios de dos y tres pisos de madera y de piedra color ceniza, brillaban luces en todas las ventanas, y unas lámparas en forma de arco bañaban el cercano patio de almacenamiento con una borrosa luz de color blanco purpúreo. Dentro del edificio principal, un zumbido de unas sierras gigantes trepidaba sin cesar. En una cinta transportadora se tambaleaban troncos y tablones cortados que producían un gran estruendo cuando caían en las cajas metálicas.

A fin de no ser vistos, Rossner y Holbrook rodearon la fábrica. A las cuatro llegaban a la cumbre de la estribación.

No les costó localizar el lago artificial. Uno de sus extremos brillaba a la clara luz de la luna y el otro quedaba oculto por la sombra de una estribación todavía más alta que se elevaba detrás

de él. Formaba un nítido óvalo de unos trescientos metros de largo por doscientos de ancho, y se alimentaba mediante un generoso manantial. Servía de embalse tanto a la fábrica Big Union como al pequeño pueblo de Black River, que se extendía en el valle a unos cinco kilómetros de distancia.

Siguieron la cerca de casi dos metros de altura hasta que llegaron a la puerta principal. Como la cerca tenía por objeto mantener alejados a los animales, la puerta ni siquiera estaba cerrada. Entraron.

En el extremo sombreado del embalse, Rossner se introdujo en el agua y se adentró tres metros hasta que el agua le llegó al borde de sus altas botas.

La inclinación de las paredes del lago era muy pronunciada y la profundidad en el centro, de dieciocho metros.

Desprendió la manguera de una devanadera situada a uno de los lados del depósito, cogió el tubo de acero de su extremo y pulsó un botón. Del perno salió un producto químico incoloro e inodoro. Introdujo el extremo del tubo bajo el agua y lo movió de un lado al otro, dispersando el fluido todo lo que pudo.

Al cabo de veinte minutos, el depósito estaba vacío. Volvió a enrollar la manguera en la devanadera y miró hacia el otro extremo del lago. Holbrook había terminado de vaciar su depósito y trepaba hacia la pista de cemento.

Se encontraron en la puerta de salida.

—¿Todo bien? —preguntó Rossner.

—Perfecto.

Estaban de vuelta en el Land Rover a las 5.10. Sacaron unas palas de la parte posterior del vehículo y cavaron dos agujeros poco profundos en la fértil tierra negra. Enterraron los depósitos vacíos, las botas, las pistoleras y las armas.

Holbrook condujo durante dos horas por una serie de escabrosos caminos de tierra, atravesó el río St. John por un puente de madera,

tomó un sendero de grava y, finalmente, fue a parar a una carretera asfaltada cuando eran ya las ocho y media.

A partir de ese momento, Rossner lo relevó al volante. No dijeron más de media docena de palabras en todo el camino.

A las doce y media, Holbrook se bajó en el motel Starlite, en la carretera 15, donde tenía una habitación reservada. Cerró la puerta del coche sin despedirse siquiera, entró en el motel, echó la llave a la puerta de su habitación y se sentó junto al teléfono.

Rossner llenó el depósito de gasolina del Rover en una estación de servicio de Sunoco, tomó la autopista 95 Sur en dirección a Waterville y atravesó Augusta. Desde allí, tomó la autopista de peaje de Maine hacia Portland, donde se detuvo en un área de servicio y aparcó cerca de una fila de cabinas telefónicas.

El sol vespertino convertía las ventanas del restaurante en espejos y hacía brillar los coches aparcados. Del suelo ascendían unas trémulas olas de aire caliente.

Miró su reloj: 3.35.

Se reclinó contra el asiento y cerró los ojos. Daba la impresión de estar durmiendo, pero cada cinco minutos miraba el reloj. A las 3.55 bajó del coche y se dirigió a la última cabina de la fila.

A las cuatro en punto sonó el teléfono.

—Rossner.

La voz al otro lado de la línea era fría y aguda:

—Yo soy la llave, Rossner.

—Yo soy la cerradura —dijo a su vez Rossner.

—¿Cómo ha ido?

—Según lo previsto.

—No has contestado a la llamada de las tres y media.

—Sólo por cinco minutos.

El hombre que estaba al otro lado de la línea vaciló un momento y añadió:

—Deja la autopista de peaje en la próxima salida. Gira a la derecha en la carretera nacional. Pon el Rover como mínimo a

ciento sesenta kilómetros por hora. Al cabo de tres kilómetros, hay una curva muy cerrada hacia la derecha; está jalonada por una pared de roca. No frenes cuando llegues a la curva. No sigas la carretera. Estréllate en la roca a ciento sesenta kilómetros por hora.

Rossner miró a través del cristal de la cabina. Una joven se dirigía desde el restaurante hacia un pequeño coche deportivo rojo. Llevaba unos pantalones cortos blancos muy apretados y con puntadas negras. Tenía unas bonitas piernas.

—¿Glenn?

—Sí, señor.

—¿Me has comprendido?

—Sí.

—Repite lo que te he dicho.

Rossner lo repitió, casi palabra por palabra.

—Muy bien, Glenn. Manos a la obra.

—Sí, señor.

Rossner regresó al Land Rover y se dirigió hacia la concurrida autopista.

Holbrook esperaba tranquila y pacientemente en la oscura habitación del motel.

Encendió la televisión, aunque no la miró. Se levantó una vez para utilizar el cuarto de baño y servirse un vaso de agua, pero ésta fue la única interrupción de su vigilia.

A las 4.10 sonó el teléfono.

Descolgó.

—Aquí Holbrook.

—Yo soy la llave, Holbrook.

—Yo soy la cerradura.

El hombre al otro lado de la línea habló durante medio minuto.

—Repite lo que he dicho.

Holbrook lo repitió.

—Excelente. Manos a la obra.

Colgó, se dirigió al cuarto de baño y empezó a llenar la bañera con agua caliente.

Cuando giró a la derecha para introducirse en la carretera nacional, Glenn Rossner apretó el acelerador hasta el fondo. El motor rugió. La carrocería del coche empezó a temblar. Las casas, los árboles y los otros coches pasaban como un rayo, eran meros contornos de color. El volante saltaba y vibraba en sus manos.

Durante el primer kilómetro y medio no apartó la mirada de la carretera ni siquiera por un segundo. Cuando vio la curva delante de él, miró el cuentakilómetros y vio que la velocidad era algo superior a los ciento sesenta kilómetros por hora.

Lanzó un gemido, pero ni siquiera él mismo se oyó.

La única cosa que oía eran los martirizantes ruidos producidos por el coche. En el último momento, apretó los dientes y sintió un estremecimiento.

El Land Rover se estrelló con tal fuerza contra la pared de roca de un metro veinte de altura que el motor se empotró en el regazo de Rossner. El coche se abrió paso a lo largo de la pared. Se desprendieron y llovieron algunas rocas. El Rover se inclinó sobre su abollado lateral, volcó con el techo hacia abajo, se deslizó a lo largo de la pared destrozada y estalló en llamas.

Holbrook se desnudó y se metió en la bañera. Se sumergió en el agua y cogió la hoja de afeitar que estaba en el borde de porcelana. Sujetó la hoja por la parte que no tenía filo, firmemente entre el pulgar y el índice de su mano derecha, y se abrió las venas de la muñeca izquierda.

Intentó cortarse la muñeca derecha, pero la mano izquierda no pudo sostener la hoja, que resbaló de sus dedos. La sacó del cada

vez más oscuro líquido, la sujetó una vez más con la mano derecha y se abrió el puente del pie izquierdo. A continuación se reclinó contra la bañera y cerró los ojos.

Se introdujo lentamente en un oscuro túnel de la mente, en una oscuridad cada vez más profunda, mareándose, debilitándose y sintiendo, para su sorpresa, muy poco dolor. Al cabo de treinta minutos estaba en coma. Al cabo de cuarenta minutos, muerto.

Capítulo 2

Domingo, 7 de agosto de 1977

Buddy Pellineri trabajaba toda la semana en el turno de noche, y era incapaz de cambiar sus hábitos de sueño durante el fin de semana. A las cuatro de la madrugada del domingo, se encontraba en la cocina de su minúsculo apartamento de dos habitaciones. La radio, su más preciada posesión, estaba encendida a bajo volumen: música de una emisora canadiense que transmitía durante toda la noche. Se había sentado a la mesa, junto a la ventana, y miraba fijamente las sombras al otro lado de la calle. Al ver un gato que corría por la acera, se le erizó el pelo de la nuca.

Había dos cosas que Buddy Pellineri odiaba y temía más que a nada en el mundo: los gatos y el ridículo.

Había estado viviendo veinticinco años con su madre, y durante veinte, ella había tenido algún gato en casa; primero, *Caesar*, y luego, *Caesar Segundo*. La madre nunca había sido consciente de que los gatos eran más rápidos y mucho más astutos que su hijo, lo que a él, por consiguiente, le planteaba un grave problema. A *Caesar*, el primero o el segundo, lo mismo daba, le gustaba tumbarse tranquilamente en lo alto de las estanterías de libros y de los armarios hasta que Buddy pasaba por allí. Entonces, saltaba sobre la espalda del chico. El gato nunca lo arañaba con saña; lo que importaba sobre todo era agarrarse bien a la camisa del chico para que éste no pudiese sacudírselo de encima. Cada vez, como si

se tratara de un guión, Buddy era víctima del pavor y corría en círculos o se precipitaba de habitación en habitación en busca de su madre, mientras *Caesar* le escupía en la oreja. Nunca sufrió daños graves en el juego; era lo imprevisto del ataque, la sorpresa, lo que lo aterrorizaba. Su madre le decía que el gato sólo quería jugar. En ocasiones, él mismo se enfrentaba a él para demostrarse que no estaba asustado. Se acercaba al animal mientras éste tomaba el sol en la repisa de una ventana, e intentaba mirarlo fijamente; pero siempre era Buddy el primero en apartar la mirada. A las personas no las comprendía ni la mitad de bien, y la extraña mirada del gato le hacía sentirse especialmente estúpido e inferior.

Era capaz de responder mejor al ridículo que a los gatos, aunque sólo fuese porque aquél nunca llegaba por sorpresa. Cuando era pequeño, los otros niños le tomaban el pelo despiadadamente.

Había aprendido a estar preparado, a saber cómo soportarlo. Tenía inteligencia suficiente para saber que era diferente a los demás: si su coeficiente de inteligencia hubiese sido algunos puntos más bajo, habría tenido bastante conocimiento como para estar avergonzado de sí mismo, que era precisamente lo que la gente esperaba de él; si hubiese sido unos puntos más alto, habría sido capaz de enfrentarse tanto con los gatos como con las personas crueles, por lo menos hasta cierto punto; pero, como se encontraba en medio, su vida era una eterna excusa por su intelecto mal desarrollado, una maldición que pesaba sobre él como resultado del mal funcionamiento de la incubadora del hospital, donde lo habían metido después de haber nacido prematuramente cinco semanas antes de lo previsto.

Su padre había muerto en un accidente laboral cuando Buddy tenía cinco años, y el primer *Caesar* entró en la casa dos semanas más tarde. Si su padre no hubiese muerto, tal vez no habría habido gatos. Buddy se deleitaba pensando que, de haber vivido su padre, nadie se habría atrevido a ponerlo en ridículo.

Desde que la madre había sucumbido al cáncer diez años antes, cuando él tenía veinticinco, Buddy trabajaba como ayudante del vigilante nocturno en la fábrica Big Union Supply Company. Si sospechaba que algunas personas en Big Union se sentían responsables de él y que su trabajo era pura caridad, nunca lo había admitido, ni siquiera en su interior.

Estaba de servicio desde la medianoche hasta las ocho de la mañana, cinco noches por semana, y patrullaba los patios de almacenamiento, en vigilancia de que no se produjera un incendio o de que no saltaran chispas o apareciesen llamas. Estaba orgulloso de su cargo. En los últimos diez años, había llegado a disfrutar de cierto grado de respeto por sí mismo, lo que habría sido inconcebible antes de que le contrataran.

Sin embargo, había ocasiones en que se sentía de nuevo como un niño humillado por otros niños, el blanco de unos chismes que no podía comprender. Su jefe en la fábrica, Ed McGrady, el jefe de los vigilantes de su turno, era un hombre agradable, incapaz de herir a nadie; sin embargo, sonreía cuando otros le tomaban el pelo. Siempre les decía que parasen, siempre rescataba a su amigo Buddy…; pero siempre le arrancaban una sonrisa.

Por esto es por lo que no le había contado a nadie aquello que había visto el sábado de madrugada, aproximadamente veinticuatro horas antes. No quería que se riesen de él.

Más o menos a aquella hora, había salido del patio de almacenamiento y se había adentrado bastante en el bosque para hacer una necesidad. Siempre que podía evitaba acudir al lavabo porque era allí donde los otros hombres más se burlaban de él y donde más despiadados se mostraban. A las cinco menos cuarto, estaba de pie junto a un gran pino, envuelto en la oscuridad y orinando, cuando vio que dos hombres bajaban del embalse. Llevaban unas linternas tapadas que desprendían estrechos y amarillos rayos de luz. Al tenue resplandor de las luces, cuando los hombres pasaron a unos cinco metros de él, Buddy vio que llevaban

unas botas de goma hasta las caderas, como si viniesen de pescar. En el embalse no podían pescar. ¿Verdad que no podían? Allí no había peces. Otra cosa: cada hombre llevaba un depósito en la espalda, como el que llevaban los buceadores en la televisión. Además, llevaban pistolas en unas fundas. Allí, en los bosques, parecían fuera de lugar, completamente extraños.

Tuvo miedo. Le pareció que eran asesinos; como en la televisión. De haber sabido que él los había visto, lo habrían matado y enterrado allí mismo. Estaba seguro de ello. También es cierto que Buddy siempre se esperaba lo peor; la vida le había enseñado a pensar de esta forma.

Permaneció inmóvil, los observó hasta que estuvieron fuera de su vista y volvió corriendo al patio de almacenamiento. No tardó en comprender que no podía contar a nadie lo que había visto. No lo creerían. Y, tan seguro como que había un Dios, lo ridiculizarían por contar algo que era sólo la verdad, así que lo mantendría en secreto.

Al mismo tiempo, deseaba poder contárselo a alguien, aunque no fuese a los vigilantes de la fábrica. Reflexionó una y otra vez sobre el asunto, pero no logró encontrar una explicación a la presencia de aquellos buzos o lo que fuesen. De hecho, cuanto más pensaba en ello, más extraño le parecía. Le asustaba lo que no podía comprender. Estaba seguro de que, si se lo contaba a alguien, daría con la explicación. Entonces, no tendría miedo. Si se reían… Bueno, de todas formas, tampoco comprendía sus risas, y éstas eran incluso más aterradoras que los misteriosos hombres del bosque.

Al otro lado de Main Street, el gato surgió de las frondosas sombras color púrpura y corrió hacia el este, hacia la tienda de Edison, con lo que sacó a Buddy de su ensueño. Éste se apretó contra el cristal de la ventana y miró al gato hasta que hubo doblado la esquina. Por temor a que volviese sobre sus pasos y trepase hasta las habitaciones situadas en la tercera planta, siguió

observando el lugar por donde había desaparecido. Había olvidado de momento a los hombres del bosque porque su miedo a los gatos era mayor que su miedo a las armas y a los extraños.

LA CONSPIRACIÓN

Capítulo 1

Sábado, 13 de agosto de 1977

Paul Annendale sintió que algo cambiaba en él cuando tomó la curva para penetrar en el pequeño valle.

Después de haber estado cinco horas al volante el día anterior y cinco más aquel día, se encontraba débil y tenso, pero de pronto dejó de dolerle el cuello y sus hombros se relajaron. Sintió una gran paz, como si nada pudiese ir mal en aquel lugar, como si fuese Hugh Conway en *Horizontes perdidos* y acabase de entrar en Shangri-La. Por supuesto, Black River no era Shangri-La, ni siquiera con toda la imaginación posible. Existía, y mantenía a su población de cuatrocientos habitantes solamente como un anexo de la fábrica. Para ser un pueblo creado alrededor de una compañía, era bastante limpio y atractivo. La calle principal estaba bordeada de abedules y de altos robles. Las casas eran coloniales, tipo Nueva Inglaterra, con marcos blancos y ladrillos del color de la sal. Paul suponía que, si reaccionaba de una forma tan positiva, era porque no tenía malos recuerdos que asociar con él, sólo buenos; y en la vida de un hombre, esto no podía decirse de muchos lugares.

—¡Ahí está la tienda de Edison! ¡Ahí está Edison! —exclamó Mark Annendale, a la vez que se inclinaba hacia adelante desde el asiento posterior y señalaba a través del parabrisas.

—Gracias, Pete «el Negro», explorador del norte —le agradeció Paul, con una sonrisa.

Rya estaba tan excitada como su hermano, pues Sam Edison era como un abuelo para ambos; pero ella era mucho más solemne que Mark. Con sus once años, suspiraba ya por la edad adulta, para llegar a la cual todavía le quedaban muchos años por delante. Estaba sentada muy erguida y con el cinturón de seguridad puesto, en el asiento delantero, junto a Paul.

—Mark, a veces creo que tienes cinco años y no nueve —sentenció.

—¿Ah, sí? Pues, mira, yo a veces creo que tienes sesenta en lugar de once.

—*Touché* —dijo Paul.

Mark sonrió. Por regla general, no podía competir con su hermana. Aquel tipo de respuesta rápida no era su estilo.

Paul miró de soslayo a Rya y vio que se había ruborizado. Le hizo un guiño para hacerle saber que no se estaba riendo de ella.

Segura de sí misma otra vez, sonrió y se irguió en su asiento.

Habría podido rebatir la salida de Mark con otra mejor y dejarlo boquiabierto, pero era capaz de ser generosa, una cualidad no muy común en niños de su edad.

Apenas la furgoneta se detuvo junto al bordillo, Mark saltó a la acera. Subió corriendo los tres escalones de cemento, se precipitó a través de la amplia galería cubierta y desapareció en el interior de la tienda. La puerta se cerró de golpe detrás de él, justo en el momento en que Paul apagaba el motor.

Rya estaba decidida a no montar ningún espectáculo, como había hecho Mark. Salió del coche con calma, se estiró y bostezó, se alisó las rodilleras de los tejanos, se ajustó el cuello de la blusa azul marino, se arregló con la mano la larga cabellera oscura, cerró la puerta del coche y empezó a subir los escalones. Sin embargo, cuando llegó a la altura de la galería, también ella empezó a correr.

La tienda de Edison era un completo centro comercial de novecientos metros cuadrados. Había una sala, de treinta metros de largo por nueve de ancho, con un viejo suelo de madera de pino. En el extremo este de la tienda, estaban los ultramarinos; en el extremo oeste, la mercería, artículos varios y un mostrador reluciente y moderno con productos farmacéuticos.

Al igual que su padre anteriormente, Sam Edison era, en toda la ciudad, el único farmacéutico licenciado.

En el centro de la sala, se agrupaban alrededor de una estufa típica, alimentada con madera, tres mesas y doce sillas de roble.

Normalmente, en una de aquellas mesas era posible encontrar a los hombres mayores del lugar jugando a las cartas, pero en aquel momento las sillas estaban vacías. El establecimiento de Edison no era únicamente tienda de ultramarinos y farmacia; era también el centro de la comunidad de Black River.

Paul abrió la pesada tapa de la nevera y sacó una botella de Pepsi-Cola del agua helada. A continuación, se sentó en una de las mesas.

Rya y Mark estaban ante un anticuado mostrador de golosinas, con una parte frontal acristalada, y se reían de un chiste de Sam. Éste les dio algunos caramelos y los envió a la sección de libros de bolsillo y tebeos para que escogiesen unos regalos; seguidamente, salió de detrás del mostrador y se sentó con la espalda apoyada en la fría estufa.

Se estrecharon la mano por encima de la mesa.

Paul pensó que, a primera vista, Sam parecía un hombre duro y mezquino. Era de constitución sólida, mediría aproximadamente un metro setenta y seis centímetros y pesaría unos setenta y tres kilos, y era ancho de pecho y de hombros. Su camisa de manga corta dejaba al descubierto unos antebrazos y unos bíceps muy fuertes. Tenía un rostro bronceado y arrugado y los ojos eran como

pedacitos de pizarra gris. A pesar del espeso cabello blanco y de la abundante barba, parecía más un tipo peligroso que un abuelo y habría podido pasar por ser diez años más joven de los cincuenta y cinco que tenía.

Pero su imponente apariencia exterior resultaba engañosa: era un hombre cálido y gentil, un blando con los niños; probablemente, regalaba más caramelos de los que vendía.

Paul jamás le había visto enfadado, jamás le había oído levantar la voz.

—¿Cuándo habéis llegado al pueblo?

—Es la primera parada que hacemos.

—En tu carta no decías cuánto tiempo os ibais a quedar este año. ¿Cuatro semanas?

—Creo que nos quedaremos seis.

—¡Estupendo!

Sus ojos grises brillaron alborozados; pero, en aquel rostro curtido, esta expresión podía haber pasado por malicia para cualquiera que no lo conociese bien.

—¿Os quedáis esta noche con nosotros como estaba previsto? Supongo que no subiréis a las montañas hoy.

Paul sacudió la cabeza.

—Mañana tendremos tiempo de sobra. Llevamos en la carretera desde las nueve de la mañana y no tengo fuerzas para moverme esta tarde.

—Sin embargo, te veo muy bien.

—Es que me siento muy bien ahora que estoy en Black River.

—Necesitabas estas vacaciones, ¿verdad?

—Oh, Dios, ya lo ya lo creo. —Bebió un trago de Pepsi-Cola—. Estoy totalmente harto de caniches hipertensos y de gatos siameses con tiña.

—¿Acaso no te lo he dicho cientos de veces? —le reprochó Sam, sonriente—. No se puede esperar ser un honesto veterinario cuando uno se instala en los barrios periféricos de Boston. Allí no se

es más que una niñera de animales domésticos neuróticos, y de sus neuróticos propietarios. Instálate en el campo, Paul.

—¿Quieres decir que es preferible que me las vea con vacas y con yeguas parturientas?

—Exactamente.

Paul suspiró.

—Tal vez lo haga algún día.

—Tienes que sacar a esos niños de la ciudad, llevarlos donde el aire esté limpio y el agua sea potable.

—Tal vez lo haga. —Dirigió la vista a la trastienda, hacia una entrada con cortinas—. ¿Está Jenny?

—Me he pasado la mañana haciendo recetas y ahora ella ha ido a entregarlas. Creo que he vendido más medicinas en los cuatro últimos días que lo que suelo vender en una semana.

—¿Una epidemia?

—Sí. Resfriado, gripe, como lo quieras llaman.

—¿Cómo lo llama el doctor Troutman?

Sam se encogió de hombros.

—No está completamente seguro. Piensa que puede tratarse de algún nuevo tipo de gripe.

—¿Qué está recetando?

—Un antibiótico de amplio espectro. Tetraciclina.

—No es especialmente fuerte.

—Ya, pero esta gripe no es muy devastadora.

—¿Ayuda la tetraciclina?

—Es demasiado pronto para decirlo.

Paul miró a Rya y a Mark.

—Están más seguros aquí que en cualquier otro lugar del pueblo —le tranquilizó Sam—. Jenny y yo debemos de ser casi las únicas personas de Black River que todavía no la hemos cogido.

—Si cuando esté allá arriba en las montañas se me ponen los dos niños enfermos, ¿qué debo esperarme? ¿Náuseas? ¿Fiebre?

—Nada de eso. Sólo escalofríos por la noche.

Paul ladeó la cabeza, con ironía.

—Según me han dicho, se pega uno un susto de muerte —siguió Sam, cuyas cejas se juntaron formando una frondosa raya blanca—. Te despiertas por la noche como si acabases de tener una horrible pesadilla. Los escalofríos son tan intensos que ni siquiera puedes sujetar nada, apenas puedes caminar y el corazón te va al galope. El sudor sale por todos los poros, y estoy hablando de vasos enteros de sudor, como si la presión sanguínea hubiese subido de forma alarmante. Todo lo más que dura es una hora y, luego, desaparece como si nunca hubiese existido. Lo deja a uno débil durante casi todo el día siguiente.

—No parece gripe —comentó Paul, con el ceño fruncido.

—No se parece mucho a nada. Pero asusta mortalmente a la gente. Algunos se pusieron enfermos el martes por la noche y, casi todos los demás siguieron sus pasos el miércoles. Se despiertan cada noche con escalofríos y cada día están débiles, un poco cansados. Durante esta semana, muy poca gente ha pasado una buena noche de sueño.

—¿Ha pedido el doctor Troutman una segunda opinión sobre estos casos?

—El médico más cercano está a noventa y cinco kilómetros. Ayer por la tarde, llamó a las autoridades sanitarias estatales y pidió que le mandasen a uno de los hombres de su equipo para examinar los casos. Pero no pueden enviar a nadie hasta el lunes. Me temo que una epidemia de escalofríos nocturnos no les motive demasiado.

—Los escalofríos podrían ser la punta del iceberg.

—Es posible. Pero ya conoces a los burócratas. —Cuando vio que Paul volvía a mirar a Rya y a Mark, Sam añadió—: Escucha, no te preocupes; mantendremos a los niños alejados de cualquiera que esté enfermo.

—Tenía que llevar a Jenny a cenar al café de Ultman, en el extremo de la calle. Íbamos a tener una agradable y tranquila cena

juntos.

—Si uno de los camareros u otro cliente te contagia la gripe, se la pasarás a los niños. Olvídate del café. Cena aquí. Ya sabes que soy el mejor cocinero de Black River.

Paul titubeó.

Sam se rió entre dientes, se acarició la barba con una mano y dijo:

—Cenaremos temprano, a las seis; así Jenny y tú tendréis todo el tiempo para estar juntos. Podéis salir a montar a caballo; o bien los niños y yo nos mantendremos alejados de la salita si preferís quedaros en casa.

—¿Cuál es el menú? —preguntó Paul, sonriendo.

—*Manicotti*.

—¿Quién necesita ir donde Ultman?

Sam movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Sólo los Ultman.

Rya y Mark se acercaron corriendo para que Sam les diese su aprobación sobre los regalos que habían escogido. Sam tenía tebeos por un valor de dos dólares y Rya dos libros de bolsillo. Además, cada uno llevaba unas bolsitas de caramelos.

Paul pensó que los ojos azules de Rya brillaban especialmente, como si hubiese luces detrás de ellos. La niña sonrió y le dijo:

—¡Papá, estas vacaciones van a ser las mejores de nuestra vida!

Capítulo 2

Treinta y un meses antes:
Viernes, 10 de enero de 1975

Ogden Salsbury llegó con diez minutos de adelanto a su cita de las tres de la tarde. Era una característica suya.

H. Leonard Dawson, presidente y principal accionista de Futurex International, no recibió inmediatamente a Salsbury. De hecho, Dawson lo tuvo esperando hasta las tres y cuarto. Esta era su característica. Nunca permitía que los subalternos olvidasen que el tiempo del jefe era incalculablemente más valioso que el suyo.

Cuando la secretaria de Dawson introdujo finalmente a Salsbury en el despacho del gran hombre, fue como si ella le estuviese mostrando el altar de una silenciosa catedral. Tenía una actitud reverente. En la oficina exterior, había hilo musical; pero en el despacho interior todo era puro silencio. La estancia estaba escasamente amueblada: una gruesa alfombra azul, dos oscuras pinturas al óleo en las paredes blancas, dos sillas en la parte externa del escritorio, una silla al otro lado, una mesita de café, y unas cortinas de terciopelo azul oscuro que caían sobre veintiún metros cuadrados de cristal ligeramente ahumado que daban al centro de Manhattan. La secretaria se retiró casi como un monaguillo se aleja del santuario.

—¿Cómo estás, Ogden? —le saludó Dawson, a la vez que le estrechaba la mano.

—Bien, estoy bien…, Leonard.

La mano de Dawson era dura y seca; la de Salsbury estaba húmeda.

—¿Cómo está Miriam? —Advirtió la turbación de Salsbury—. ¿No estará enferma?

—Estamos divorciados.

—Siento tener que oír una cosa así.

Salsbury se preguntó si no había un rastro de desaprobación en la voz de Dawson. ¿Y por qué demonios debía preocuparse si así era?

—¿Cuándo os separasteis? —preguntó Dawson.

—Hace veinticinco años…, Leonard.

Salsbury presentía que debía utilizar el apellido del otro hombre en lugar de su nombre de pila, pero estaba decidido a no dejarse intimidar por Dawson como había ocurrido cuando ambos eran jóvenes.

—Hacía muchísimo tiempo que no nos veíamos —dijo Dawson —. Es una lástima, hemos pasado muchos buenos ratos juntos.

Habían sido hermanos de fraternidad en Harvard y amigos ocasionales durante algunos años después de haber terminado la carrera. Salsbury era incapaz de recordar un solo «buen» rato que hubiesen podido compartir. De hecho, siempre había considerado el nombre H. Leonard Dawson como un sinónimo tanto de mojigatería como de aburrimiento.

—¿Has vuelto a casarte? —preguntó Dawson.

—No.

Dawson frunció el ceño.

—El matrimonio es esencial para una vida ordenada, al hombre le proporciona estabilidad.

—Tienes razón —dijo Salsbury, si bien no lo creía—. Soy el peor de los solteros.

Dawson siempre le había hecho sentirse incómodo. Aquel día no era una excepción.

Una parte de aquella incomodidad enfermiza tenía su origen en lo diferentes que eran uno del otro. Dawson medía un metro ochenta y ocho centímetros, era ancho de hombros, estrecho de caderas y atlético. Salsbury medía un metro setenta y ocho, era de hombros escurridos y pesaba nueve kilos de más. Dawson tenía el cabello canoso y espeso, la piel intensamente bronceada, unos límpidos ojos negros y rasgos de ídolo público; por su parte, Salsbury era de tez pálida, tenía escaso cabello y unos ojos marrones y miopes que necesitaban gruesas gafas. Ambos tenían cincuenta y cuatro años. De los dos, Dawson llevaba los años mucho mejor.

Salsbury pensó, y no por primera vez, que Dawson había empezado con una apariencia mejor que la suya. Con mejor apariencia, más ventajas, más dinero…

Dawson irradiaba autoridad, Salsbury irradiaba servilismo. En el laboratorio, su propio y familiar territorio, Ogden era tan impresionante como Dawson. Sin embargo, en aquellos momentos no estaban en el laboratorio y se sentía fuera de lugar, fuera de su clase, inferior.

—¿Cómo está la señora Dawson?

—¡Estupendamente! —respondió el otro hombre, mostrando una amplia sonrisa—. Estupendamente. En mi vida he tomado miles de decisiones acertadas, Ogden; pero ésa fue la mejor de todas. —Su voz se volvió más profunda y más solemne; el efecto era casi teatral —. Es una mujer buena, temerosa de Dios y amante de la Iglesia.

Sigue siendo aficionado a la Biblia, pensó Salsbury. Sospechaba que eso podía ayudarlo a conseguir lo que había ido a hacer.

Se miraron mutuamente, sin que a ninguno se le ocurriese ninguna otra cosa superficial que decir.

—Siéntate —dijo Dawson.

Se sentó detrás del escritorio mientras Salsbury se instalaba frente a él. El metro veinte de roble pulido entre ellos ponía todavía más de relieve el dominio de Dawson.

Sentado muy tieso, con el maletín sobre las rodillas, Salsbury parecía el equivalente comercial de un perro faldero. Sabía que debía relajarse, que era peligroso que Dawson viese lo fácilmente que podía ser intimidado. A pesar de ser consciente de ello, su pretendida relajación sólo consistió en cruzar las manos sobre el maletín.

—Esta carta… —comenzó Dawson, a la vez que miraba la hoja de papel que había sobre el secafirmas.

Salsbury había escrito aquella carta y conocía su contenido de memoria.

Querido Leonard:

Desde que salimos de Harvard, tú has ganado más dinero que yo. No obstante, yo no he desperdiciado mi vida. Después de décadas de estudio y experimentación, he perfeccionado prácticamente un proceso que no tiene precio. Los ingresos en un solo año podrían sobrepasar tu acumulada fortuna. Hablo completamente en serio.

¿Podrías recibirme? Cuando a ti te vaya bien. No te arrepentirás de haberlo hecho.

Fija la cita para «Robert Stanley», un subterfugio para que mi nombre no aparezca en tu agenda. Como podrás ver por el membrete de esta carta, dirijo las operaciones en el laboratorio principal de investigación bioquímica de Creative Development Associates, una filial de Futurex International. Si estás al corriente de la naturaleza de las actividades de la CDA, comprenderás esta necesidad de discreción.

Un cordial saludo,

Ogden Salsbury.

Había esperado una rápida respuesta a aquella carta, y sus expectativas se habían cumplido. En Harvard, Leonard se había

guiado por unos evidentes principios; el dinero y Dios. Salsbury suponía, y acertadamente, que Dawson no había cambiado. La carta se echó al correo el martes. El miércoles siguiente, la secretaria de Dawson llamaba para fijar la cita.

—Normalmente no firmo los acuses de recibo de cartas certificadas —dijo Dawson severamente—. Ésta la acepté sólo porque aparecía tu nombre. Después de haberla leído, estuve a punto de arrojarla a la papelera. —Salsbury se estremeció—. De haber procedido de cualquier otra persona, la habría tirado. Pero en Harvard no eras un fanfarrón. ¿Has exagerado en tu carta?

—No.

—¿Has descubierto algo que, en tu opinión, vale millones?

—Sí. Y más —afirmó Salsbury, con la boca seca.

Dawson sacó una carpeta de papel manila del cajón central de su escritorio.

—Creative Development Associates. Compramos esta compañía hace siete años. Tú ya estabas allí cuando efectuamos la compra.

—Sí, señor… Leonard.

Como si no hubiese advertido el resbalón de Salsbury, Dawson prosiguió:

—CDA produce programas informáticos para departamentos universitarios y gubernamentales relacionados con estudios sociológicos y psicológicos. —No se tomó la molestia de hojear el informe. Parecía haberlo memorizado—. CDA también lleva a cabo investigaciones para el Gobierno y para la industria. Cuenta con siete laboratorios que examinan las causas biológicas, químicas y bioquímicas de ciertos fenómenos sociológicos y psicológicos. Tú estás al cargo del Instituto Brockert en Connecticut. —Frunció el ceño—. Toda la actividad de Connecticut está dedicada al trabajo ultra secreto del Ministerio de Defensa. —Sus ojos negros eran excepcionalmente agudos y claros—. De hecho, es tan ultra secreto que ni siquiera yo he podido descubrir lo que estáis haciendo allí;

solamente, que entra dentro del campo de la modificación del comportamiento.

Mientras Salsbury se aclaraba la garganta con nerviosismo, se preguntaba si Dawson contaba con un criterio lo bastante amplio como para comprender el valor de lo que estaba a punto de explicarle.

—¿Te dice algo el término «percepción subliminal»?

—Está relacionado con la subconsciencia.

—En efecto; hasta cierto punto. Me temo que te voy a parecer un poco pedante, pero es necesaria una introducción. —Dawson se reclinó contra el respaldo y Salsbury, por su parte, se inclinó hacia delante—. Es imprescindible.

Sacó del maletín dos fotografías de tamaño carnet y dijo:

—¿Ves alguna diferencia entre la foto A y la foto B?

Dawson las examinó de cerca. Eran unas instantáneas en blanco y negro del rostro de Salsbury.

—Son idénticas.

—En apariencia, sí. Son copias de la misma fotografía.

—¿Dónde está la diferencia?

—Te lo explicaré después. Por el momento, quédatelas.

Dawson miró con recelo las fotografías. ¿Era algún tipo de juego? No le gustaban los juegos. Eran una pérdida de tiempo. Mientras uno estaba jugando, podía igual, y fácilmente, estar ganando dinero.

—La mente humana tiene dos monitores primarios para la entrada de datos: la consciencia y la subconsciencia.

—Mi Iglesia reconoce la subconsciencia —interrumpió Dawson, afablemente—. No todas las Iglesias admitirían su existencia.

Incapaz de ver el interés de ello, Salsbury lo ignoró.

—Estos monitores observan y almacenan dos diferentes grupos de datos. Por decirlo de alguna forma, la mente consciente se entera sólo de lo que ocurre en su línea directa de visión, mientras que la subconsciencia tiene una visión periférica. Estas dos mitades

de la mente trabajan independientemente una de otra y, a menudo, en oposición mutua…

—Sólo en el caso de una mente anormal.

—No, no; en todas las mentes. La tuya y la mía incluidas.

Molesto ante la idea de que alguien pudiese pensar que su mente actuaba de alguna forma que no fuese la perfecta armonía consigo misma, Dawson empezó a hablar.

—Por ejemplo —lo interrumpió Salsbury—, un hombre está sentado a la barra de un bar. Una mujer guapa toma asiento en el taburete junto a él. Con un objetivo consciente intenta seducirla. Sin embargo, al mismo tiempo, sin ser consciente de ello, es posible que esté aterrorizado ante una implicación sexual. Puede tener miedo del rechazo, del fracaso o de la impotencia. Con su mente consciente, actúa como la sociedad espera que reaccione en compañía de una mujer atractiva; pero su subconsciente trabaja de forma efectiva contra su consciente. Como consecuencia de ello, indispone a la mujer contra él. Habla toscamente y en un tono demasiado alto. Si bien es normalmente un tipo interesante, la aburre con cotizaciones de bolsa. Derrama la bebida sobre ella. Este comportamiento es el producto de su temor subconsciente. La mente exterior dice «adelante», aun cuando la interior esté gritando «detente».

La expresión de Dawson era dura. No le había gustado la naturaleza del ejemplo. No obstante, dijo:

—Continúa.

—La subconsciencia es la mente dominante. La consciencia duerme pero la subconsciencia no lo hace. El consciente no tiene acceso a los datos del subconsciente, pero la subconsciencia está al corriente de todo lo que ocurre en la mente consciente. Esencialmente, el consciente no es otra cosa que una computadora, mientras que el subconsciente es el programador de la computadora.

»Los datos almacenados en las diferentes mitades de la mente son recogidos de igual manera a través de los cinco sentidos conocidos. El subconsciente ve, oye, huele, paladea y siente mucho más que la mente exterior. Capta todo lo que ocurre de una forma demasiado rápida y demasiado sutil para que sea grabado en la mente consciente. De hecho, para nuestro objetivo, ésta es la definición de “subliminal”: lo que sucede demasiado rápidamente o demasiado sutilmente para que quede grabado en la mente consciente. Más del noventa por ciento de los estímulos que recibimos a través de nuestros cinco sentidos entra de un modo subliminal.

—¿Noventa por ciento? ¿Quieres decir que yo veo, siento, huelo, paladeo y oigo diez veces más de lo que creo? ¿Puedes ponerme algún ejemplo?

Salsbury tenía uno preparado.

—El ojo humano se fija en distintos objetos cien mil veces al día como mínimo. Una fijación de la vista dura desde una fracción de segundo a un tercio de minuto. No obstante, si uno intenta hacer una lista de las cien mil cosas que ha mirado durante un día, no será capaz de recordar más que unos cuantos cientos. El resto de estos estímulos han sido observados y almacenados en el subconsciente; al igual que los otros dos millones de estímulos que han llegado al cerebro mediante los otro cuatro sentidos.

Dawson cerró los ojos como si quisiera bloquear todas aquellas visiones que no veía conscientemente y dijo:

—Has establecido tres puntos. —Y los indicó con tres dedos de uñas bien cuidadas—. Uno, la subconsciencia es la mitad dominante de la mente. Dos, no sabemos lo que ha observado y recordado nuestra mente subconsciente; no podemos recordar estos datos a voluntad. Tres, la percepción subliminal no es algo extraño u oculto; es una parte integral de nuestras vidas.

—Tal vez la parte más importante de nuestras vidas.

—Y tú has descubierto un uso comercial para la percepción subliminal.

Las manos de Salsbury temblaban. Se estaba acercando al meollo de su propuesta y no sabía si Dawson se sentía fascinado o escandalizado.

—Desde hace dos décadas, los anunciantes de productos de consumo han conseguido llegar a las mentes subconscientes de los clientes potenciales mediante el uso de la percepción subliminal. Las agencias de publicidad se refieren a estas técnicas por medio de otros nombres: recepción subliminal, regulación del umbral, percepción inconsciente, subcepción. ¿Sabes de qué te estoy hablando? ¿Has oído hablar de ello?

Dawson, todavía envidiablemente relajado, respondió:

—Hace quince…, quizá veinte años, se llevaron a cabo varios experimentos en salas de cine. Recuerdo haber leído sobre ello en los periódicos.

—Sí —asintió Salsbury rápidamente—. El primero tuvo lugar en 1956. Durante la proyección normal de una película cualquiera, se superponía en la pantalla un mensaje especial: «Usted tiene sed» o algo por el estilo. Se proyectaba de forma tan rápida que nadie advertía que estaba allí. Después de haber sido lanzado…, ¿cuánto, unas mil veces?, casi todos los espectadores del cine salían al vestíbulo y compraban bebidas refrescantes.

En estos crudos experimentos, que estaban cuidadosamente regulados por los investigadores de la motivación, se lanzaban mensajes subliminales al público mediante un taquistoscopio; una máquina patentada por una compañía de Nueva Orleáns, Precon Process Equipment Corporation, en octubre de 1962. El taquistoscopio era un proyector normal de cine con una alta velocidad de obturación. Podía lanzar un mensaje doce veces por minuto a 1/3000 de segundo. La imagen aparecía en la pantalla por un espacio de tiempo demasiado corto para que fuese percibido por la mente consciente, pero el subconsciente sí la recogía. Durante

una prueba que se hizo del taquistoscopio, cuya duración fue de seis semanas, cincuenta y cinco mil espectadores de cine fueron sometidos a los mensajes de «Beba Coca-Cola» y «¿Tiene usted hambre? Coma palomitas de maíz». Los resultados de esos experimentos no dejaron duda sobre la efectividad de la publicidad subliminal. Las ventas de palomitas de maíz ascendieron en un sesenta por ciento y las ventas de Coca-Cola aumentaron casi en un veinte por ciento.

Aparentemente, los mensajes subliminales habían influido en la gente para que comprasen estos productos, incluso si no tenían ni hambre ni sed.

—Ya lo ves —concretó Salsbury—, la mente subconsciente cree todo lo que se le dice. Aunque construya pautas de comportamiento basadas en la información que recibe y aunque estas pautas guíen la mente consciente…, ¡no puede distinguir entre verdadero o falso! El comportamiento que programa en la mente consciente está a menudo basado en conceptos erróneos.

—Pero si esto fuese cierto, nos comportaríamos todos irracionalmente.

—Y así es, en un sentido o en otro. No olvides que el subconsciente no siempre construye programas basados en ideas obstinadas; sólo a veces. Esto explica por qué hombres inteligentes, modelos de razón en muchas cosas, esconden como mínimo unas pocas actitudes irracionales. —Como tu fanatismo religioso, pensó; pero dijo—: Por ejemplo, la mojigatería racial y religiosa, la xenofobia, la claustrofobia, la acrofobia… Si se logra que un hombre analice uno de estos temores a un nivel consciente, los rechazará. Pero la conciencia resiste el análisis. Entretanto, la mitad interior de la mente continúa aconsejando mal a la mitad exterior.

—La mente consciente no se enteraba de esos mensajes de la pantalla, por consiguiente no podía rechazarlos.

—Sí —susurró Salsbury—, ésta es la esencia. El subconsciente muestra los mensajes y provoca que la mente exterior actúe en

consonancia.

El interés de Dawson aumentaba por minutos.

—Pero ¿por qué los mensajes subliminales hicieron que se vendiesen más palomitas de maíz que Coca-Colas?

—El primer mensaje, «Beba Coca-Cola», era una frase clara, una orden directa. En ocasiones, la subconsciencia obedece una orden enviada de forma subliminal… y, a veces, no lo hace.

—¿Por qué es así?

Salsbury se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Pero habrás visto que el segundo mensaje subliminal no era completamente una orden directa. Era más sofisticada. Empezaba con una pregunta: «¿Tiene usted hambre?». La pregunta estaba destinada a causar ansiedad en el subconsciente. Ayudaba a generar una necesidad. Establecía una «ecuación motivacional». La necesidad, la ansiedad, están en la parte izquierda del signo de igualdad. A fin de llenar la parte derecha, de equilibrar la ecuación, el subconsciente programa al consciente para comprar las palomitas de maíz. Una parte ayuda a la otra. El hecho de comprar palomitas de maíz acaba con la ansiedad.

—Este método es similar a la sugestión posthipnótica. Pero he oído decir que una persona no puede ser hipnotizada y verse obligada a hacer algo que considera moralmente inaceptable. En otras palabras, si no es un asesino por naturaleza, no se le puede obligar a matar cuando está hipnotizado.

—Eso no es cierto. Cualquiera puede ser inducido a hacer cualquier cosa bajo hipnosis. La mente interior puede ser manipulada muy fácilmente… Por ejemplo, si yo te hipnotizo y te digo que mates a tu esposa, tú no me obedecerías.

—¡Naturalmente que no lo haría! —exclamó Dawson, indignado.

—Tú quieres a tu mujer.

—¡Por supuesto que sí!

—No tienes ningún motivo para matarla.

—Ninguno en absoluto.

Salsbury consideró las categóricas negativas de Dawson y pensó que el subconsciente de aquel hombre debía de rebosar de hostilidad reprimida hacia su esposa temerosa de Dios y amante de la Iglesia. No se atrevió a decirlo; Dawson lo habría negado y habría podido echarlo del despacho.

—Sin embargo, si te hipnotizo y te digo que tu mujer tiene un lío con tu mejor amigo y que está conspirando para matarte con el fin de heredar tu fortuna, tú me creerías…

—No te creería. Julia sería incapaz de una cosa así.

Salsbury asintió pacientemente.

—Tu mente consciente rechazaría mi historia; debe razonar. Pero, después de haberte hipnotizado, yo estaría hablando a tu subconsciente… que no puede distinguir entre mentiras y verdades.

—Ah, ya comprendo.

—Tu subconsciente no actuaría ante la orden de matar porque una orden directa no establece una ecuación motivacional; pero me creería cuando te advirtiese de que ella estaba intentando matarte. Y, al creerme, construiría una nueva pauta de comportamiento basada en las mentiras… y programaría tu mente consciente para el asesinato. Imagínate la ecuación, Leonard: a la izquierda del signo de igualdad, está la ansiedad generada por el «conocimiento» de que tu mujer pretende eliminarte; a la derecha, a fin de equilibrar la ecuación, de acabar con la ansiedad, tú necesitas la muerte de tu esposa. Si tu subconsciente estuviese convencido de que ella iba a matarte esa noche mientras tú dormías, haría que la matases antes incluso de meterte en la cama.

—¿Por qué no ir simplemente a la policía?

Sonriendo, más seguro de sí mismo de lo que había estado desde que entró en el despacho, Salsbury afirmó:

—El hipnotizador podría evitarlo si le dice a tu subconsciente que tu mujer simularía un accidente, que ella era tan inteligente que la policía jamás probaría nada en contra de ella.

Dawson levantó una mano e hizo un gesto en el aire, como si estuviese ahuyentando moscas.

—Todo esto es muy interesante —dijo, en un tono de voz ligeramente aburrido—, pero para mí no es más que teoría.

Ogden tenía una confianza en sí mismo muy frágil. Empezó a temblar de nuevo.

—¿Teoría?

—La publicidad subliminal ha sido declarada ilegal. Se armó un buen lío en aquella época.

—Oh, oh, sí —se apresuró a admitir Salsbury, aliviado—. Se publicaron cientos de artículos en periódicos y en revistas. *Newsday* lo llamó el invento más alarmante desde la bomba atómica. *The Saturday Review* dijo que la mente subconsciente era el aparato más delicado del universo y que nunca debía ser manchado o manipulado para aumentar las ventas de palomitas de maíz o de cualquier otra cosa.

»A finales de los años cincuenta, cuando se publicaron los experimentos con el taquistoscopio, casi todo el mundo coincidió en que la publicidad subliminal era una invasión de la intimidad. El congresista James Wright, de Texas, patrocinó un proyecto de ley que declarase ilegal cualquier artefacto, película, fotografía o grabación destinado a anunciar un producto o a adoctrinar al público mediante la impresión en la mente subconsciente. Otros congresistas y senadores prepararon legislaciones para luchar contra la amenaza, pero ningún decreto salió del comité. No se decretó ninguna ley que restringiese o que prohibiese la publicidad subliminal.

—¿La utilizan los políticos? —preguntó Dawson, levantando las cejas.

—La mayoría de ellos no comprende su potencial. Y las agencias de publicidad procuran mantenerlos en la ignorancia. Todas y cada una de las grandes agencias de Estados Unidos tienen un equipo de científicos de medios de comunicación y de

comportamiento que desarrollan mensajes subliminales para anuncios en revistas y en televisión. Prácticamente todos los artículos de consumo fabricados por Futurex y por sus filiales se venden con publicidad subliminal.

—No me lo creo —se obstinó Dawson—. Yo estaría al corriente.

—No mientras no quieras saberlo y hagas un esfuerzo para enterarte. Hace treinta años, cuando tú empezaste, este tipo de cosas no existía. Cuando empezaron a utilizarse, ya no estabas estrechamente conectado con las ventas de tus negocios; estabas más preocupado por asuntos de acciones, de fusiones…; por hacer negocios. En un conglomerado de esta magnitud, no es posible que el presidente apruebe cada uno de los anuncios de todos los productos de cada filial.

Dawson se inclinó hacia delante y, con una mirada de repugnancia en su atractivo rostro manifestó:

—Todo esto me parece bastante… repulsivo.

—Si uno acepta el hecho de que la mente humana puede ser programada sin su propio conocimiento, lo que hace es rechazar la noción de que el hombre es en todo momento dueño de su destino. A la gente esto le produce un miedo mortal…

»Por espacio de dos décadas, los norteamericanos se han negado a enfrentarse a la desagradable realidad de la publicidad subliminal. Los sondeos de opinión indican que, de quienes han oído hablar de la publicidad subliminal, el noventa por ciento están convencidos de que ha sido declarada ilegal. No tienen hechos que apoyen su opinión, pero no quieren creer otra cosa diferente. Además, entre el cincuenta y el setenta por ciento de estos encuestados dicen que no creen en la función subliminal. Se revelan tanto ante la idea de ser controlados y manipulados que rechazan esta posibilidad sin más. En lugar de educarse en la actualidad de la publicidad subliminal, en lugar de sublevarse y de pronunciarse contra ella, la consideran una fantasía, como si fuera ciencia ficción.

Dawson se agitó incómodo en su silla. Finalmente se levantó, se dirigió a una de las enormes ventanas y se puso a contemplar Manhattan.

Había empezado a nevar y el cielo estaba más bien oscuro. El viento, como voz de la ciudad, murmuraba al otro lado del cristal.

Dawson se volvió de nuevo hacia Salsbury y dijo:

—Una de nuestras filiales es una agencia de publicidad, Woolring y Messner. ¿Quieres decir que, cada vez que hacen un anuncio de televisión, introducen una serie de mensajes lanzados subliminalmente con un taquistoscopio?

—Es el anunciante quien debe pedir los mensajes subliminales. Este servicio tiene un coste adicional. Pero, contestando a tu pregunta, no, el taquistoscopio está anticuado.

»La ciencia de la modificación subliminal del comportamiento se desarrolló tan rápidamente que el taquistoscopio quedó obsoleto poco después de haber sido patentado. A mediados de los años sesenta, la mayoría de los mensajes subliminales en los anuncios de televisión se implantaban con fotografías reostáticas. Todos hemos visto un control reostático para una lámpara o para una luz de techo: al girarlo, puede conseguirse que la luz sea más tenue o más brillante. Se puede utilizar el mismo principio en la fotografía cinematográfica. En primer lugar, se lanza y emite el anuncio de sesenta segundos en la forma convencional. Ésta es la mitad del anuncio que conecta con la mente consciente. Otro minuto de película, conteniendo el mensaje subliminal, se lanza con una luz de intensidad mínima, con el reóstato en su punto mínimo. La imagen resultante es demasiado débil para conectar con la mente consciente. Cuando se proyecta en una pantalla, ésta aparece en blanco. Sin embargo, el subconsciente ve y absorbe. Estas dos películas son proyectadas simultáneamente y grabadas en la tercera parte de la extensión de la película. Es esta versión compuesta la que se utiliza en televisión. Mientras el público mira el anuncio, la

mente subconsciente observa… y obedece, en un grado u otro, la orden subliminal.

»Y esto es únicamente la técnica básica. Los refinamientos son todavía más inteligentes —concluyó Salsbury.

Dawson paseaba de arriba abajo. No estaba nervioso; sólo estaba… excitado. Salsbury pensó, lleno de felicidad, que el otro hombre estaba empezando a comprender lo valioso del asunto.

—Veo perfectamente cómo se pueden ocultar mensajes subliminales en un trozo de película que está llena de movimiento, luz y sombra —admitió Dawson—; pero ¿qué pasa con los anuncios de las revistas? Es un medio estático, una imagen sin movimiento; ¿cómo se puede ocultar un mensaje subliminal en una hoja de papel?

Salsbury señaló con un dedo las fotografías que le había dado a Dawson antes.

—Para esta fotografía mantuve mi rostro sin expresión. Se hicieron dos copias del mismo negativo: la copia A fue impresa sobre una vaga imagen de la palabra «ira»; y la B, sobre la palabra «alegría».

—Yo no veo ninguna de esas dos palabras —objetó Dawson, después de haber comparado las fotos.

—No me habría gustado nada que las hubieses visto. Se supone que no deben verse.

—¿Cuál es la finalidad?

—Se presentó la fotografía A a cien estudiantes de Columbia y se les pidió que identificasen la emoción expresada por el rostro. Diez estudiantes no opinaron, ocho dijeron «disgusto» y ochenta y dos dijeron «ira». Un grupo diferente estudió la foto B. Ocho no expresaron opinión alguna, veintiuno dijeron «felicidad» y setenta y uno, «alegría».

—Ya veo —comentó Dawson pensativamente.

—Pero esto es tan tosco como el taquistoscopio. Voy a enseñarte algunos sofisticados anuncios subliminales.

Salsbury sacó una hoja de papel de su maletín; era una página de la revista *Time*. Puso la hoja sobre el secafirmas de Dawson.

—Es un anuncio de la ginebra Gilbey's —dijo Dawson.

A primera vista, era un simple anuncio de una bebida alcohólica. En la parte superior de la página, había un titular de cuatro palabras: ROMPA LA BOTELLA HELADA. Sólo había otro texto, en la esquina inferior derecha: ¡Y MANTENGA SECAS SUS TÓNICAS! La ilustración que acompañaba este texto se componía de tres objetos. El más notable era una botella de ginebra que resplandecía con gotas de agua y escarcha. El tapón de la botella se encontraba en la parte inferior de la página. Junto a la botella había un vaso alto lleno de cubitos de hielo, una rodaja de lima, un agitador y, presumiblemente, ginebra. El fondo era verde, frío, agradable.

El mensaje propuesto para la mente consciente estaba claro: esta ginebra es refrescante y ofrece una evasión de los problemas cotidianos.

Lo que la página tenía que decirle a la mente subconsciente era mucho más interesante. Salsbury explicó que la mayoría del contenido subliminal estaba enterrado bajo el umbral del reconocimiento consciente, pero que algunos elementos podían verse y analizarse; si bien únicamente con una mente abierta y con perseverancia. El mensaje subliminal que con mayor facilidad podía captar el consciente estaba oculto en los cubitos de hielo. Había cuatro cubitos de hielo amontonados uno sobre el otro. El segundo de ellos, empezando por arriba, y la rodaja de lima formaban una vaga letra S que la mente consciente podía ver si ponía atención; el tercer cubito contenía una muy evidente letra E en la zona de luz y sombra que abarcaba el propio cubito; el cuarto trozo de hielo mostraba el sutil, pero inconfundible contorno de la letra X: S-E-X.

Salsbury se había colocado detrás del escritorio de Dawson y había trazado cuidadosamente estas tres letras con su índice.

—¿Lo ves?

—He visto la E inmediatamente y las otras dos, sin mayor dificultad —aceptó Dawson, con el ceño fruncido—. Pero me cuesta creer que hayan sido puestas a propósito. Podría tratarse de un accidente de las sombras.

—Por regla general, los cubitos de hielo no se fotografían bien —le explicó Salsbury—. Cuando los veas en un anuncio, puedes estar seguro de que casi siempre han sido dibujados por un artista. De hecho, todo este anuncio ha sido pintado sobre una fotografía. Pero hay algo más aparte de esta palabra en el hielo.

—¿Qué más hay? —preguntó Dawson, mientras echaba un vistazo a la página.

—La botella y el vaso están sobre una superficie reflectante. —Salsbury hizo un círculo alrededor de la zona reflectora relacionada con la botella y con el tapón—. Sin hacer un gran esfuerzo de imaginación, puede verse que el reflejo de la botella está dividido en dos, formando lo que puede ser tomado por un par de piernas. ¿Ves también que el tapón de la botella reflejada parece un pene que asoma entre estas piernas?

Dawson se sintió ofendido.

—Lo veo —dijo fríamente.

Demasiado interesado en su propia conferencia para advertir la turbación de Dawson, Salsbury prosiguió:

—Naturalmente, el hielo fundido en el tapón de la botella podría ser semen. En ningún momento se intentó que esta imagen fuese completamente subliminal. Aquí la mente consciente puede reconocer la finalidad; pero no reconocería el reflejo en esta mesa a menos que fuese inducida a reconocerlo. —Señaló otro punto de la página—. ¿Sería ir demasiado lejos decir que esta sombra entre los reflejos de la botella y del vaso forman unos labios vaginales? ¿Y que esta gota de agua sobre la mesa está colocada en las sombras precisamente donde el clítoris estaría en una vagina?

Cuando Dawson vislumbró los labios separados del órgano sexual subliminal, se sonrojó.

—Lo veo. O creo verlo.

Salsbury metió la mano en su maletín.

—Tengo otros ejemplos.

Uno de ellos era una solicitud a doble página para una suscripción que había aparecido un poco antes de Navidad, algunos años atrás, en *Playboy*. En la página de la derecha, Liv Lindeland, una rubia de generosos pechos, estaba arrodillada sobre una alfombra blanca; en la página de la izquierda, había una enorme guirnalda de nueces. Ella estaba atando un lazo rojo en lo alto de la guirnalda.

Salsbury explicó que, en una prueba realizada, cien sujetos estuvieron durante una hora estudiando doscientos anuncios, éste incluido. Acabado el plazo de una hora, se les pidió que confeccionasen una lista de los diez primeros que pudiesen recordar. El ochenta y cinco por ciento indicó el anuncio de *Playboy*. Cuando describieron el anuncio, todos, salvo dos sujetos, mencionaron la guirnalda; sólo cinco de ellos mencionaron a la chica. A éstos se les siguió preguntando, y ocurrió que les costaba recordar si ella era rubia, morena o pelirroja. Recordaban que tenía los pechos desnudos, pero no podían asegurar si llevaba un sombrero o iba vestida de cintura para abajo. (Estaba desnuda y no llevaba sombrero). Ninguno tuvo dificultad a la hora de describir la guirnalda, pues era esto lo que había fascinado su subconsciente.

—¿Comprendes la razón? —preguntó Salsbury—. No hay una sola nuez en esta guirnalda de «nueces». Está compuesta de objetos que parecen cabezas de penes y rajas vaginales.

Incapaz de hablar, Dawson hojeó los otros anuncios sin pedirle a Salsbury que se los explicase. Finalmente, comentó:

—Cigarrillos *Camel, Seagram's, Sprite, Ron Bacardi*… Algunas de las compañías más destacadas del país utilizan mensajes subliminales para vender sus productos.

—¿Por qué no habían de hacerlo? Es legal. Si la competencia los usa, ¿qué elección le queda incluso a la compañía de mayor

inspiración moral? Todo el mundo tiene que ser competitivo. En resumen, no existen individuos malos, todo el sistema es el malo.

Dawson volvió a su silla de ejecutivo y su rostro era un libro abierto de sus pensamientos. Era posible leer que le disgustaba cualquier charla contra «el sistema» y que, con todo, estaba escandalizado por lo que acababa de enseñarle. También estaba intentando ver la posibilidad de sacar un provecho de ello. Actuaba con el convencimiento de que Dios quería que él se sentase en una silla de ejecutivo en el pináculo de una empresa de mil millones de dólares; y estaba seguro de que el Señor le ayudaría a comprender que, si bien la publicidad subliminal tenía un lado de mal gusto y posiblemente inmoral, tenía también un aspecto que podía ayudarlo en su divina misión. Tal y como él lo veía, su misión era acumular ganancias para el Señor; cuando Julia y él muriesen, la fortuna y las propiedades de los Dawson pasarían a la Iglesia.

Salsbury volvió a ocupar su asiento al otro lado de la mesa. La confusión de páginas de revistas sobre el secafirmas y el vacío roble parecía una colección de pornografía. Tenía la sensación de haber estado intentando excitar a Dawson. Era absurdo, pero se sentía avergonzado.

—Me has demostrado que se ha gastado muchísimo esfuerzo creativo y dinero en los anuncios subliminales —dijo Dawson—. Es evidente que existe una teoría, generalmente extendida, al respecto de que la estimulación sexual subconsciente vende productos. Pero ¿es así? ¿Vende lo suficiente como para que el gasto merezca la pena?

—¡Indudablemente! Los estudios psicológicos han demostrado que la mayoría de los norteamericanos reaccionan, ante los estímulos sexuales, con ansiedad y tensión subconscientes. Así, si la mitad subliminal de un anuncio televisivo para el refresco XYZ muestra a una pareja haciendo el amor, el subconsciente del espectador empieza a rebosar ansiedad; y esto establece una ecuación motivacional. En la parte izquierda del signo de igualdad

hay ansiedad y tensión. Para completar la ecuación y acabar con estas sensaciones desagradables, el espectador compra el producto: una botella o una caja de XYZ. La ecuación se ha terminado, la pizarra está limpia.

Dawson estaba sorprendido.

—Entonces, ¿no compra el producto porque cree que le proporcionará una mejor vida sexual?

—Justo lo contrario. Lo compra para escapar del sexo. El anuncio lo llena de un deseo a un nivel subconsciente, y al comprar el producto es capaz de satisfacer este deseo sin correr el riesgo de rechazo, impotencia, humillación o alguna otra experiencia insatisfactoria con una mujer. O, si el espectador es una mujer, compra el producto para satisfacer el deseo y con ello evita una relación infeliz con un hombre. Para ambos, hombre y mujer, el deseo se desvanece si el producto tiene un aspecto oral; como la comida o los refrescos.

—O los cigarrillos. ¿Podría esto explicar que a tantas personas les cueste dejar de fumar?

—La nicotina crea dependencia; pero no hay duda de que los mensajes subliminales en los anuncios de cigarrillos refuerzan el hábito en la mayoría de las personas.

—Si tan efectivos son, ¿por qué yo no fumo? —preguntó Dawson, a la vez que se acariciaba su cuadrada barbilla—. He visto esos anuncios muchas veces.

—La ciencia todavía no ha sido perfeccionada. Si uno piensa que fumar es un hábito repugnante, si ha decidido no fumar nunca, los mensajes subliminales no cambian su forma de pensar. Por otra parte, si uno es joven, si acaba de entrar en el mercado del tabaco y no tiene una opinión real sobre el hábito, los mensajes subliminales pueden influir para que lo adquiera. O si se ha sido un fumador empedernido, pero se ha dejado el hábito, con los persuasivos mensajes subliminales se puede volver a fumar. Los mensajes subliminales afectan también a las personas que no tienen fuertes

preferencias con respecto a las marcas. Por ejemplo, a quien no bebe ginebra o no le gusta beber en absoluto, los mensajes subliminales en el anuncio de Gilbey's no le convencerán de que corra a la bodega de la esquina; pero, al que sí bebe, al que le gusta la ginebra y no le importa la marca de ginebra que bebe, estos anuncios le pueden establecer una preferencia de marca. Funciona, Leonard. Los mensajes subliminales venden cada año productos por valor de cientos de millones de dólares, y un porcentaje importante de ellos probablemente nunca los compraría el público de no ser manipulado subliminalmente.

—¿Habéis estado trabajando en la percepción subliminal en Connecticut durante los últimos diez años?

—Sí.

—¿Perfeccionando la ciencia?

—Exactamente.

—¿Acaso el Pentágono ve un arma en ello?

—¡Por supuesto! ¿Tú no lo ves?

—Si habéis perfeccionado la ciencia…, estás hablando de un total control de la mente —dijo Dawson, lenta y reverentemente—; y no sólo de la modificación del comportamiento, sino de un control absoluto, fuerte como el hierro.

Ninguno de los dos pudo hablar durante un momento.

—Sea lo que sea lo que hayas descubierto, aparentemente quieres mantenerlo al margen del Ministerio de Defensa. Pueden llamarlo traición.

—No me importa cómo lo llamen —afirmó Salsbury, con brusquedad—. Con tu dinero y con mis conocimientos no necesitamos al Ministerio de Defensa; ni a ninguna otra persona. Somos más poderosos que todos los Gobiernos del mundo juntos.

Dawson no podía ocultar su excitación.

—¿Qué es? ¿Qué has descubierto?

Salsbury se dirigió a la ventana y contempló la nieve que caía en espiral sobre la ciudad. Se sentía como si se hubiese agarrado a un

resorte vital. Una corriente le zarandeó y, sacudido por ella, capaz casi de imaginar que los copos de nieve eran chispas que estallaban desde él, con la impresión de estar en el vértice de un poder semejante al de Dios, le explicó a Dawson lo que había descubierto y el papel que Dawson podía interpretar en este guión de conquistas.

Media hora más tarde, cuando Ogden hubo terminado, Dawson, que con anterioridad sólo se había mostrado humilde en la iglesia, musitó:

—¡Dios bendito! —Miró a Salsbury como un devoto católico podría haber mirado la visión de Fátima—. Ogden, ¿vamos nosotros dos a… heredar la tierra?

Su rostro se iluminó de repente con una sonrisa totalmente carente de humor.

Capítulo 3

Sábado, 13 de agosto de 1977

En una de las habitaciones del tercer piso de la casa de Edison, Paul Annendale ordenaba sus bártulos de afeitar sobre la cómoda. De izquierda a derecha: un bote de espuma, un bol con una brocha de piel, una navaja de barbero en una segura cajita de plástico, un estuche lleno de hojas de afeitar, un lápiz hemostático, un frasco de crema suavizante y otro de loción para después del afeitado. Estos siete objetos habían sido dispuestos de una forma tan ordenada que parecían formar parte de uno de esos dibujos animados donde todos los objetos cobran vida y marchan como soldados.

Se apartó de la cómoda y se dirigió a una de las dos grandes ventanas. Las montañas se elevaban en la distancia sobre las paredes del valle, majestuosas y verdes, jaspeadas de sombras púrpuras que originaban unas cuantas nubes de paso. Las estribaciones más cercanas, decoradas con grupos de pinos, olmos diseminados y prados, descendían suavemente hacia el pueblo. Al otro lado del Main Street, los abedules se agitaban en la brisa. Por la acera caminaban hombres con camisas de manga corta y mujeres con ligeros vestidos veraniegos. La veranda y el rótulo de la tienda de Edison quedaban justo debajo de la ventana.

En un momento dado, mientras su mirada subía y bajaba de las lejanas montañas, Paul se percató de su propio reflejo en el cristal de la ventana. Con un metro setenta de altura y sesenta y ocho kilos

de peso, no era ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado. En ciertos aspectos, aparentaba más de treinta y ocho años y, en otros aspectos, parecía más joven. Su cabello, moreno claro y rizado, casi ensortijado, crecía espeso por los lados, pero no era largo. Se trataba de un corte de pelo más apropiado para un hombre joven, pero a él le quedaba bien. Los ojos eran tan azules que podían haber sido trocitos de cristal que reflejasen el cielo. La expresión de dolor y de pérdida que había detrás de la luminosidad exterior de aquellos ojos pertenecía a un hombre mucho mayor. Tenía unos rasgos finos, en cierta forma aristocráticos; pero un profundo bronceado le suavizaba los ángulos agudos del rostro y evitaba que tuviese un aspecto arrogante. Daba la impresión de ser un hombre capaz de sentirse cómodo tanto en un elegante salón como en un bar del puerto.

Iba vestido con una camisa azul, tejanos y botas negras de punta cuadrada; sin embargo, no daba la sensación de ir vestido con descuido. En realidad, a pesar de los tejanos, su forma de vestir tenía un aire formal. Llevaba este tipo de ropa mucho mejor de lo que muchos hombres llevan el esmoquin. Las mangas de la camisa habían sido cuidadosamente planchadas y los pliegues estaban impecables. El cuello abierto se erguía tieso y recto, como si hubiese sido almidonado. La hebilla plateada del cinturón estaba minuciosamente abrillantada. Al igual que la camisa, los tejanos parecían estar hechos a medida. Sus botas de tacón bajo centelleaban como charol.

Siempre había sido obsesivamente limpio. No recordaba una sola vez en que sus amigos no le hubiesen tomado el pelo por ello. De pequeño, mantenía su caja de juguetes mejor ordenada que su madre el armario de la vajilla.

Tres años y medio antes, después de que Annie muriese y le dejase con los niños, su necesidad de orden y de limpieza se había convertido en algo casi neurótico. Un miércoles por la tarde, diez meses después del funeral, cuando se descubrió volviendo a

arreglar el contenido de un armario en su clínica veterinaria por séptima vez en dos horas, se percató de que su obsesión por la limpieza podría convertirse en un refugio de la vida y, especialmente, del dolor. Solo en la clínica, de pie delante de un surtido imponente de instrumentos, fórceps, jeringas, escalpelos, lloró por primera vez desde que se había enterado de la muerte de Annie. Con la equivocada creencia de que debía ocultar su dolor a los niños por darles un ejemplo de fortaleza, nunca había dado rienda suelta a las fuertes emociones que había engendrado la pérdida de su esposa. En aquellos momentos, lloró, tembló y se reveló ante la crueldad de este hecho. Rara vez utilizaba palabras soeces pero recopiló todos los tacos y todas las frases indecentes que conocía y maldijo a Dios, al universo, a la vida… y a sí mismo. A partir de entonces, su pulcritud excesiva dejó de ser una neurosis y volvió a convertirse simplemente en una faceta más de su carácter, que defraudaba a unas personas y gustaba a otras.

Alguien llamó a la puerta de la habitación.

—Adelante —dijo, y se apartó de la ventana.

Rya abrió la puerta.

—Son las siete, papá. Es super tarde.

Con aquellos tejanos desteñidos y un jersey blanco de manga corta, y con su cabello oscuro cayéndole por los hombros, se parecía increíblemente a su madre. La niña ladeó la cabeza, exactamente como Annie solía hacerlo en un intento de adivinar sus pensamientos.

—¿Mark está preparado?

—Oh, desde hace una hora. Está en la cocina estorbando a Sam.

—Será mejor que bajemos. Conociendo el apetito de Mark, yo diría que ya se ha terminado la mitad de la comida.

Cuando se acercó a ella, la niña dio un paso atrás.

—Estás realmente guapo, papá.

Él sonrió y le pellizcó la mejilla. De haber querido hacerle un cumplido, le habría dicho que estaba «super», pero lo que ella quería era que supiese que lo estaba juzgando con pautas adultas, y había utilizado un lenguaje de adultos.

—¿De verdad lo crees así? —preguntó.

—Jenny no podrá resistirse a ti.

Él hizo una mueca.

—Es la verdad —aseguró Rya.

—¿Qué te hace pensar que me importa si Jenny se me resiste o no?

La expresión de su hija le decía que debería dejar de tratarla como a una niña.

—Cuando Jenny estuvo en Boston en marzo, tú estabas completamente distinto.

—¿Distinto de qué?

—Distinto de como estás normalmente. Durante esas dos semanas, cuando volvías a casa de la clínica, ni una sola vez te quejaste de los caniches enfermos y de los gatos siameses.

—Bueno, pero eso es porque los únicos pacientes que tuve en aquellas dos semanas fueron elefantes y jirafas.

—Oh, papá.

—Y una canguro embarazada.

—¿Le vas a pedir que se case contigo? —quiso saber Rya, mientras se sentaba en la cama.

—¿A la canguro?

La niña sonrió, en parte por la broma y en parte por la forma en que su padre estaba tratando de eludir la pregunta.

—No estoy segura de si me gustaría tener una canguro por madre; pero, si el niño es tuyo, tendrás que casarte con ella si quieres hacer las cosas bien hechas.

—Juro que no es mío. Las canguros no me atraen en absoluto.

—¿Y Jenny?

—Me sienta o no atraído por ella, lo importante es si yo le gusto a Jenny.

—¿No lo sabes? —preguntó Rya—. Bueno…, yo me enteraré por ti.

—¿Cómo vas a hacerlo? —dijo él en tono de broma.

—Preguntándoselo.

—¿Y hacerme quedar como a Miles Standish?

—Oh, no. Seré más sutil que todo eso. —Se levantó de la cama y se dirigió a la puerta—. En estos momentos Mark debe de haberse comido las tres cuartas partes de la comida.

—Rya.

La niña volvió la vista hacia su padre.

—¿Te gusta Jenny?

—Oh, muchísimo —afirmó Rya, con una amplia sonrisa.

Hacía siete años, desde que Mark tenía dos y Rya cuatro, que los Annendale pasaban sus vacaciones de verano en las montañas situadas sobre Black River. Paul quería comunicar a sus hijos su propio amor por los lugares y las cosas salvajes. Durante aquellas vacaciones de cuatro o seis semanas, les enseñaba el comportamiento de la naturaleza, a fin de que pudiesen conocer la satisfacción de estar en armonía con ella. Era una educación divertida y la ansiaban en cada paseo o excursión.

El año en que murió Annie, estuvo a punto de anular el viaje. Al principio había tenido la sensación de que ir sin ella sólo haría más evidente su pérdida. Rya lo había convencido en el sentido contrario. «Es como si mamá todavía estuviese en esta casa», había dicho Rya. «Cuando voy de una habitación a otra, espero encontrarla allí, pálida y ojerosa como estaba al final. Si vamos a hacer camping a Black River, supongo que también la veré en el bosque, pero por lo menos espero no verla pálida y ojerosa. Cuando íbamos a Black River, ella estaba bonita y llena de salud. Y siempre

parecía muy feliz cuando dábamos paseos por el bosque». Convencido por Rya, aquel año habían hecho las vacaciones como de costumbre y resultó ser lo mejor que podían haber hecho.

La primera vez que él y Annie habían llevado a los niños a Black River, compraron las conservas y los pertrechos en la tienda de Edison. Mark y Rya se habían enamorado de Sam Edison el mismo día en que lo conocieron. Annie y Paul sucumbieron a su hechizo casi al mismo tiempo que los niños. Al final de las cuatro semanas de vacaciones, habían bajado en dos ocasiones de las montañas para cenar en casa de Edison y, cuando se marcharon a casa, prometieron mantenerse en contacto por correspondencia. Al año siguiente, Sam les dijo que no iban a subir a las montañas para instalar el campamento después del largo y cansado viaje desde Boston. En cambio insistió en que pasasen la noche en su establecimiento y se marchasen descansados a la mañana siguiente. Aquella primera noche de las vacaciones se había convertido en una costumbre anual. Sam era ya como un abuelo para Rya y Mark. Hacía dos años que Paul llevaba a los niños al norte para pasar la semana de Navidad en casa de Edison.

Paul no había conocido a Jenny Edison hasta el año anterior. Naturalmente, Sam había hablado muchas veces de su hija. Se había marchado a Columbia y se había especializado en música. Al llegar al curso superior, se casó con un músico y se trasladó a California, donde él tocaba en una orquesta. Pero, a los siete años, el matrimonio había empezado a ir mal y Jenny había vuelto a casa para recobrarse y decidir lo que haría en el futuro. A pesar de lo muy orgulloso que estaba como padre, Sam nunca les había enseñado fotografías de ella. No era su estilo. El primer día que Paul llegó a Black River el año anterior, al entrar en la tienda de Edison, donde ella estaba pendiente de la llegada de los niños en el mostrador de caramelos, se quedó sin respiración por un momento.

Sucedió todo muy rápido. No fue amor a primera vista, sino algo más fundamental que el amor; algo más básico que debía surgir

primero, antes de que se desarrollase el amor. Instintiva, intuitivamente, a pesar de que había estado seguro de que no podría haber ninguna otra después de Annie, Paul supo que ella era la persona adecuada para él. Jenny también sintió aquella atracción, fuerte, inmediata…, pero casi involuntaria.

Si Paul le hubiese explicado todo esto a Rya, ella habría dicho: entonces, ¿por qué no os casáis?

Si la vida fuera así de simple…

Después de cenar, mientras Sam y los niños lavaban los platos, Paul y Jenny se retiraron a la sala de estar. Pusieron los pies sobre un antiguo banco de madera tallada y él pasó su brazo alrededor de los hombros de ella. La conversación había sido fácil y despreocupada durante la cena, pero en aquellos momentos se había vuelto afectada. Jenny estaba rígida y dura bajo su brazo, tensa. En dos ocasiones, Paul se inclinó y la besó amorosamente en la comisura de la boca, pero ella reaccionó de una forma fría y rígida. Paul llegó a la conclusión de que se encontraba inhibida ante la posibilidad de que Rya, Mark o su padre pudiesen entrar en la habitación en cualquier momento, por lo que le sugirió ir a dar una vuelta en coche.

—No sé…

—Vamos. —La animó, al tiempo que se ponía de pie—. Un poco de aire fresco nocturno te sentará bien.

Fuera la noche era fría. Cuando estuvieron sentados en el coche, Jenny dijo:

—Casi necesitaríamos la calefacción.

—Ni hablar. Arrímate a mí y yo te daré calor. —Sonrió—. ¿Dónde vamos?

—Conozco un pequeño bar bonito y tranquilo en Bexford.

—Yo pensaba que debíamos permanecer alejados de los lugares públicos.

—En Bexford no hay esta gripe.

—¿Allí no hay gripe? Sólo está a cuarenta kilómetros.

Jenny se encogió de hombros.

—Es una de las curiosidades de esta plaza.

Paul puso el coche en marcha y salió a la calle.

—De acuerdo. Al pequeño y tranquilo bar de Bexford.

Ella encontró en la radio una emisora canadiense que ponía música *swing* norteamericana de los años cuarenta.

—Y ahora un poco de silencio durante un rato —le pidió, a la vez que se sentaba cerca de él con la cabeza apoyada contra su hombro.

El camino de Black River a Bexford era muy bonito. La estrecha carretera asfaltada subía, bajaba y se curvaba suavemente a través del oscuro y frondoso campo. Los árboles formaban un arco sobre la carretera a lo largo de algunos kilómetros y constituían un túnel de frío aire nocturno. Al cabo de un rato, a pesar de la música de Benny Goodman, Paul tenía la sensación de que sólo había dos personas en el mundo; y éste era un pensamiento sorprendentemente agradable.

Jenny era todavía más encantadora que la noche de las montañas y tan misteriosa en su silencio como los profundos y despoblados valles del norte por donde pasaban. Para ser una mujer delgada, tenía una gran presencia. Ocupaba muy poco espacio en el asiento y, sin embargo, parecía que dominaba todo el coche y que lo engullía a él. Tenía los ojos, grandes y oscuros, cerrados; no obstante, Paul tenía la sensación de que ella lo estaba mirando. El rostro en reposo; un rostro demasiado hermoso para aparecer en *Vogue*: habría hecho que las otras modelos de la revista pareciesen caballos. Sus gruesos labios estaban separados mientras tarareaba al compás de la música; y esta pizca de animación, estos labios separados, tenía más impacto sensual que una mirada penetrante e impúdica de Elizabeth Taylor. Apoyada

contra él, el oscuro cabello se desparramaba sobre su hombro y el olor a jabón y a limpio ascendía hasta él.

Una vez en Bexford, aparcó el coche en la calle de la taberna.

Ella apagó la radio y le dio un rápido y fraternal beso.

—Eres muy bueno.

—¿Qué he hecho?

—Yo no quería hablar y tú has respetado mi deseo.

—No ha sido ninguna proeza. Tú y yo… nos comunicamos tanto con el silencio como con las palabras. ¿No lo has advertido?

—Lo he advertido —dijo ella, sonriendo.

—Pero tú no le das el suficiente valor, por lo menos no el que deberías darle.

—Lo valoro mucho.

—Jenny, lo que nosotros tenemos es…

Ella puso una mano sobre los labios de él.

—No quiero que esta conversación tome un giro tan serio.

—Sin embargo, yo creo que deberíamos hablar en serio. Ya hace tiempo que debíamos haberlo hecho.

—No. No quiero hablar de esto seriamente. Y como eres un hombre bueno, vas a hacer lo que yo quiera.

Jenny volvió a besarlo, abrió la puerta y salió del coche.

La taberna era un lugar cálido y acogedor. A la izquierda había una barra rústica, en el centro de la sala unas quince mesas y a la derecha unos reservados con asientos forrados de cuero marrón. Las estanterías de detrás de la barra brillaban con una suave luz azul. En cada una de las mesas del centro de la sala había una alta vela dentro de un candelabro de cristal rojo y, sobre cada uno de los reservados, colgaba una lámpara de vidrios de colores, imitación de las de *Tiffany*. En el tocadiscos automático sonaba una balada *country* cantada por Charlie Rich. El encargado, un hombre de fuerte constitución y con bigote de foca, bromeaba continuamente

con los clientes. Sin intentarlo, sin ser consciente de ello, se parecía a W. C. Fields. En la barra había cuatro hombres, media docena de parejas en las mesas y otras parejas en los reservados. El último de éstos estaba libre y ellos lo ocuparon.

Después de pedir las bebidas —whisky escocés para él y martini seco con vodka para ella— y de que se las sirviera una alegre camarera pelirroja, Paul dijo:

—¿Por qué no subes a las montañas y pasas unos días con nosotros en el campamento? Hemos traído un saco de dormir de más.

—Me gustaría.

—¿Cuándo?

—Tal vez la próxima semana.

—Se lo diré a los niños. Sabiendo que ellos te esperan, no podrás echarte atrás.

—Estos dos niños son algo serio —comentó Jenny, riéndose.

—Cuánta razón tienes.

—¿Sabes lo que me ha dicho Rya cuando me estaba ayudando a hacer el café después de cenar? —Tomó un sorbo de su bebida—. Me ha preguntado que si me había divorciado de mi primer marido porque era un amante fatal.

—¡Oh, no! No es posible.

—Oh, sí, es cierto.

—Sé que esta niña sólo tiene once años, pero a veces me pregunto…

—¿Reencarnación? —interrumpió Jenny.

—Tal vez algo así. Sólo tiene once años en esta vida, pero quizá vivió setenta en otra. ¿Qué le contestaste?

Jenny sacudió la cabeza como si la asombrase su propia credulidad. El cabello negro se le apartó del rostro.

—Pues, cuando se dio cuenta de que estaba a punto de decirle que no era asunto suyo si mi primer marido era o no un buen amante, me dijo que no debía enfadarme con ella; que no quería ser

fisgona, sino que simplemente era una niña que estaba creciendo, un poco madura para su edad, y que tenía una curiosidad perfectamente comprensible con respecto a los adultos, al amor y al matrimonio. Y, luego, empezó a embaucarme.

Paul hizo una mueca.

—Puedo decirte la actitud que ha adoptado: la de pobre niña huérfana, confundida por su propia pubescencia y perpleja ante una nueva serie de emociones y de química corporal.

—Así que también utiliza este ardid contigo…

—Muchas veces.

—¿Y tú caes?

—Todo el mundo cae.

—Yo desde luego he caído. Me daba mucha lástima. Tenía cientos de preguntas…

—Todas ellas íntimas —dijo Paul.

—… Y se las he contestado todas. Me di cuenta luego de que toda la conversación tenía sólo un objetivo. Después de haberse enterado de más cosas sobre mi marido de las que quería, me ha dicho que ella y su madre tuvieron largas charlas el año anterior a la muerte de Annie, y que ésta le contaba que tú eras un amante fantástico.

Paul emitió un gruñido.

—Yo le he dicho: Rya, creo que estás intentando venderme la idea de tu padre. Se ha indignado y ha dicho que era horrible que yo pudiese pensar una cosa así. Yo le he explicado que, bueno, que me resultaba difícil creer que su madre le hubiese confesado alguna vez una cosa así. ¿Cuántos años debía de tener entonces? ¿Seis? Y me ha dicho que sí, que seis exactamente; pero que, incluso cuando tenía seis años, era ya muy madura para su edad.

Paul, cuando dejó de reírse, dijo:

—Vaya, no la culpes. Lo único que está haciendo es jugar a la casamentera porque tú le gustas. Lo mismo le ocurre a Mark. —Se inclinó hacia ella y bajó ligeramente el tono de voz—: Y a mí.

Jenny bajó la vista hacia su bebida.

—¿Has leído algún buen libro últimamente?

Paul agitó el whisky y suspiró.

—Como soy un hombre bueno, se supone que debo dejar que cambies de tema tan fácilmente.

—Así es.

Jenny Leigh Edison recelaba de los romances y temía al matrimonio. Su ex marido, a cuyo apellido había renunciado encantada, era uno de esos hombres que desprecian la educación, el trabajo y el sacrificio; pero que, no obstante, piensan que merecen fama y fortuna. Dado que, año tras año, no lograba triunfo alguno, necesitaba alguna excusa para su fracaso. Y Jenny era una buena excusa. Decía que no había podido formar una orquesta de éxito por culpa de ella, que no había conseguido un contrato discográfico con una compañía importante por culpa de ella, que ella era un obstáculo en su camino. Después de siete años de soportarlo tocando en un piano-bar, ella sugirió que ambos serían más felices si disolvían su matrimonio. Al principio, la acusó de abandonarlo y, luego, la amenazó con matarla si lo dejaba. Se divorciaron. «El amor y el cariño no son suficientes para que funcione un matrimonio», le había dicho a Paul en una ocasión. «Es necesario algo más. Quizá sea respeto. Mientras no sepa de qué se trata, no tengo prisa por volver al altar».

Puesto que él era un hombre bueno, había cambiado de tema ante su petición. Estaban hablando de música cuando Bob y Emma Thorp se acercaron al reservado y los saludaron.

Bob Thorp era el jefe de los cuatro hombres que formaban el cuerpo de policía de Black River. Normalmente, un pueblo tan pequeño podría haberse jactado de no tener más que un solo guardia, pero en Black River hacía falta más de un guardia para mantener el orden cuando los hombres de la explotación forestal

acudían al pueblo para distraerse un poco; por esta razón, Big Union Supply Company pagaba a cuatro hombres. Bob era un ex policía militar de un metro ochenta y ocho de altura, noventa kilos de peso y adiestrado en artes marciales. El rostro cuadrado, los ojos hundidos y la frente pequeña le hacían parecer a la vez peligroso y lerdo. Puede que fuera peligroso, pero no estúpido. Escribía un divertido artículo para el periódico semanal de Black River, y la calidad tanto de pensamiento como de lenguaje de estas obras habría sido un honor para cualquier página editorial de un gran periódico de la ciudad. Esta combinación de fuerza bruta e inesperada inteligencia hacía que Bob compitiese en pie de igualdad incluso con trabajadores forestales más fuertes que él.

A sus treinta y cinco años, Emma Thorp era todavía la mujer más guapa de Black River. Era una rubia de ojos verdes y con un tipo espectacular; una combinación de belleza y atractivo sexual que la había llevado a la final de la elección de Miss Estados Unidos diez años atrás. Este logro había hecho de ella la única y genuina celebridad de Black River. Su hijo, Jeremy, tenía la misma edad que Mark. Jeremy pasaba cada año algunos días en el campamento de los Annendale. Mark lo apreciaba como compañero de juegos, pero lo apreciaba todavía más porque su madre era Emma: estaba profunda e infantilmente enamorado de Emma y rondaba a su alrededor siempre que podía.

—¿Estás de vacaciones? —preguntó Bob.

—He llegado esta tarde.

—Os diríamos que os sentaseis, pero Paul está intentando mantenerse alejado de cualquiera que tenga la gripe —les explicó Jenny—. Si la cogiese él, se la pasaría a los niños.

—No es nada grave —afirmó Bob—. En realidad, no se trata de gripe, sólo son escalofríos nocturnos.

—Es posible que tú puedas vivir con ellos —intervino Emma—, pero yo creo que son bastante graves. Desde hace una semana no he podido dormir una noche entera. No son sólo temblores

nocturnos, esta tarde he intentado hacer la siesta y me he despertado tiritando y sudando.

—Ambos tenéis muy buen aspecto.

—Ya os lo he dicho —insistió Bob—, no es nada serio. Escalofríos nocturnos. Mi abuela solía quejarse de lo mismo.

—Tu abuela se quejaba de todo —dijo Emma—. Escalofríos nocturnos, reumatismo, fiebre intermitente, sofocos…

Paul vaciló, sonrió y se decidió:

—Oh, demonios, sentaos. Dejad que os invite a una copa.

—Gracias. —Bob miró su reloj—. Cada sábado por la noche hay aquí una partida de póquer en la sala interior. Emma y yo solemos jugar. Nos están esperando.

—¿Tú juegas, Emma? —preguntó Jenny.

—Y mejor que Bob —aseguró Emma—. La última vez, él perdió quince dólares y yo gané treinta y dos.

Bob le dirigió una sonrisa a su mujer.

—Di la verdad. No se trata de habilidad, lo que ocurre es que, cuando tú juegas, la mayoría de los hombres no se entretiene lo suficiente en mirar sus cartas.

Emma se tocó el escote de su jersey.

—Bueno, el farol es una parte importante de un buen jugador de póquer. Si esos malditos estúpidos se dejan engañar por el farol de un escote, significa que simplemente no juegan tan bien como yo.

De regreso a casa, a dieciséis kilómetros de Bexford, Paul empezó a desviarse de la carretera asfaltada para introducirse en un sendero, muy apreciado por los enamorados y que conducía hasta un paraje panorámico.

—Por favor, no te pares —le pidió Jenny.

—¿Por qué no?

—Te deseo.

Aparcó junto al camino.

—¿Y te parece una razón para no parar?

—Te deseo —empezó ella, evitando mirarlo—, pero no eres el tipo de hombre que se conforma sólo con sexo. Tú quieres algo más de mí. Contigo tiene que haber un compromiso más profundo: amor, emoción, entrega. Y yo no estoy preparada para ello.

Paul le sujetó la barbilla con una mano y volvió cariñosamente el rostro de ella hacia él.

—Cuando estuviste en Boston en el mes de marzo, estabas muy variable. A veces pensabas que podríamos llegar a hacer algo juntos y, al cabo de un momento, pensabas lo contrario. Pero luego, los últimos días, justo antes de marcharte de nuevo a casa, parecía que habías tomado una decisión. Decías que estábamos hechos el uno para el otro, que sólo necesitabas un poco más de tiempo.

Él le había propuesto matrimonio en Navidad. Desde entonces, tanto en la cama como fuera de ella, había intentado convencerla de que eran dos mitades de un mismo organismo, que ninguno de ellos podía estar sin el otro. En marzo, pensó haber avanzado un poco.

—Ahora, has vuelto a cambiar de opinión.

Ella apartó la mano de él de su mejilla y le dio un beso en la palma.

—Tengo que estar segura.

—Yo no soy como tu marido.

—Ya sé que no eres igual que él. Tú eres…

—¿Un hombre muy bueno?

—Necesito más tiempo.

—¿Cuánto tiempo todavía?

—No lo sé.

La estudió un momento; seguidamente, puso el coche en marcha y regresó a la carretera. Encendió la radio.

—¿Estás enfadado? —dijo ella al cabo de unos minutos.

—No, sólo decepcionado.

—Tú estás demasiado seguro con respecto a nosotros dos. Deberías ir con más tiento. Deberías tener algunas dudas, lo mismo

que yo.

—Yo no tengo dudas. Estamos hechos el uno para el otro.

—Pero deberías dudar. Por ejemplo, ¿no es extraño que yo sea físicamente tan parecida a tu primera mujer, a Annie? Ella tenía la misma constitución que yo, la misma talla; tenía el mismo color de pelo, los mismos ojos. He visto algunas fotografías suyas.

Esto molestó un poco a Paul.

—¿Piensas que me he enamorado de ti sólo porque me recuerdas a ella?

—La querías mucho.

—Eso no tiene nada que ver con nosotros. Sencillamente, me gustan las mujeres morenas y con atractivo sexual —dijo él, a la vez que sonreía en un intento de hacer una broma, tanto para convencerla como para dejar de preguntarse si ella tenía, como mínimo, parte de razón.

—Es posible.

—Maldita sea, no hay posible que valga. Yo te quiero porque eres tú, no porque te parezcas a ninguna persona.

Recorrieron algunos kilómetros en silencio.

Junto a la carretera, entre los arbustos, brillaban los ojos de algunos ciervos. Cuando el coche pasó delante de ellos, la manada se movió. Paul los miró a través del espejo retrovisor, figuras gráciles y fantasmagóricas, mientras cruzaban la calzada.

—Tú estás muy seguro de que estamos hechos el uno para el otro —habló finalmente Jenny—. Tal vez sea cierto… bajo las condiciones adecuadas. Pero, Paul, nosotros sólo hemos compartido buenos momentos. Nunca hemos conocido la adversidad juntos. Nunca hemos compartido una experiencia dolorosa. El matrimonio está lleno de grandes y pequeñas crisis. Mi marido y yo estábamos bastante bien juntos, hasta que surgieron los problemas. Entonces, empezamos a atacarnos el uno al otro. No puedo…, no puedo jugarme mi futuro en una relación que nunca ha sido puesta a prueba en tiempos difíciles.

—¿Debo empezar a rezar para que nos sobrevengan enfermedades, ruina económica y mala suerte?

Ella suspiró y se apoyó contra él.

—Haces que me sienta una estúpida.

—No es eso lo que pretendo.

—Ya lo sé.

Al llegar a Black River, se dieron un beso y cada uno se fue a su habitación, donde permanecieron despiertos casi toda la noche.

Capítulo 4

Veintiocho meses antes:
Sábado, 12 de abril de 1975

El helicóptero, un elegante, lujoso y bien equipado Bell Jet Ranger II, atravesó el aire seco de Nevada y voló hacia la zona de Las Vegas. El piloto se acercó cautelosamente a la pista de aterrizaje en el tejado del Hotel Fortunata, se quedó suspendido sobre el círculo rojo un momento, y se posó con consumada habilidad.

Cuando los rotores dejaron de agitarse, Ogden Salsbury abrió la puerta y bajó al tejado del hotel. Estuvo desorientado unos segundos. La cabina del Jet Ranger tenía aire acondicionado; fuera, el aire era como la bocanada reseca de un horno. En un tocadiscos sonaba un disco de Frank Sinatra, que se oía por unos altavoces montados sobre unos palos de metro ochenta de altura. La luz del sol se reflejaba en el agua ondulada de la piscina situada en el tejado, y Salsbury quedó parcialmente cegado a pesar de las gafas de sol. Sin saber la razón, había esperado que el tejado se agitase y se balancease bajo sus pies como lo había hecho el helicóptero; y, al no ser así, dio un ligero traspié.

La piscina y la sala de recreo acristalada formaban parte de la enorme suite presidencial del piso decimotercero del Hotel Fortunata. Aquella tarde, únicamente dos personas utilizaban la piscina: dos voluptuosas jóvenes vestidas sólo con diminutos bikinis

blancos de punto. Estaban sentadas en el borde de la piscina, cerca de la parte profunda, con las piernas colgando en el agua. Un hombre rechoncho, de fuerte constitución, vestido con unos pantalones anchos y grises y una camisa de seda blanca de manga corta, estaba en cuclillas junto a ellas, hablándoles. Los tres tenían ese perfecto aplomo que, en opinión de Ogden, sólo se adquiría con poder y dinero. Ni siquiera parecían haber advertido la llegada del helicóptero.

Salsbury atravesó el tejado en dirección a ellos.

—¿General Klinger?

El hombre rechoncho levantó la mirada. Las muchachas hicieron caso omiso de su presencia. La rubia había empezado a cubrir a la morena con loción bronceadura. Sus manos se deslizaban por las pantorrillas y las rodillas de la otra muchacha para subir luego amorosamente por los morenos y jóvenes muslos. Era evidente que eran más que simples amigas.

—Me llamo Salsbury.

Klinger se puso en pie. No le ofreció la mano.

—Tengo una maleta, iré a buscarla.

El hombre caminó hacia la sala acristalada. Salsbury se puso a mirar a las muchachas. Tenían las piernas más largas y preciosas que jamás había visto. Se aclaró la garganta y dijo:

—Apostaría a que están ustedes en el mundo del espectáculo.

Ninguna de las dos lo miró. La rubia echó loción en su mano izquierda y empezó a frotar la parte superior de los grandes pechos de la morena. Sus dedos se deslizaron bajo el sostén del bikini, rozando los ocultos pezones.

Salsbury se sintió como un estúpido, como siempre le había ocurrido cuando se encontraba ante mujeres hermosas. Estaba seguro de que se burlaban de él. ¡Perras asquerosas!, pensó con rencor. Algún día os tendré a cualquiera de vosotras si así lo deseo. Algún día os diré lo que yo quiero y vosotras lo haréis y os gustará porque yo os diré que os tiene que gustar.

Klinger regresó con una maleta de tamaño considerable. Se había puesto una chaqueta deportiva a cuadros azules y grises que habría costado por lo menos doscientos dólares.

Salsbury pensó que parecía un gorila vestido para una actuación de circo.

En el compartimiento de los pasajeros del helicóptero, mientras se elevaban del tejado, Klinger apretó el rostro contra la ventana y observó que las muchachas se iban convirtiendo en puntos sin sexo. A continuación, suspiró y se arrellanó en el asiento.

—Su jefe sabe organizar las vacaciones de una persona.

Salsbury parpadeó lleno de confusión.

—¿Mi jefe?

—Dawson —precisó Klinger, a la vez que lo miraba. Sacó un paquete de puros del bolsillo interior de la chaqueta, sin ofrecerle a Salsbury, cogió uno y lo encendió—. ¿Qué le han parecido Cristal y Daisy?

Salsbury se quitó las gafas de sol.

—¿Cómo dice?

—Cristal y Daisy. Las muchachas de la piscina.

—Guapas. Muy guapas.

—No puede usted imaginarse lo que saben hacer estas chicas —suspiró Klinger, después de haber hecho una pausa para dar una larga calada al puro y expulsar el humo.

—Yo creía que eran bailarinas.

Klinger lo miró incrédulo, echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—¡Oh, así es en efecto! Hacen bailar sus culitos por la noche en la sala de fiestas del Fortunata. Pero también han estado actuando en la suite del ático. Y deje que le diga una cosa, bailar es uno de sus talentos menores.

A pesar de que en la cabina del Jet Ranger se estaba fresco, Salsbury sudaba. Mujeres… Las temía y las deseaba desesperadamente. Para Dawson, el control de la mente significaba

una fortuna ilimitada, un completo dominio financiero de todo el mundo; para Klinger, podía significar un poder sin límites, la satisfacción del mando incuestionable; pero, para Salsbury, significaba tener sexo tan a menudo como quisiera, de la forma que quisiera, con la mujer que deseara.

—Apostaría a que le gustaría tener a esas dos en su cama, y metérsela a ambas, a una después de la otra —le excitó Klinger y, luego, echó el humo hacia el techo de la cabina—. ¿Le gustaría, eh?

—¿A quién no?

—Son duras para un solo hombre —añadió Klinger, riéndose entre dientes—. Para hacerlas felices es necesario un hombre con verdadera resistencia. ¿Cree usted que podría con las dos, con Cristal y con Daisy?

—No me importaría nada intentarlo.

Klinger se rió ruidosamente.

Salsbury lo detestó por ello.

Ogden pensó que aquel bastardo grosero no era más que un influyente correveidile. Podía ser comprado… y su precio era barato. Ayudaba en cierta forma a Futurex International en sus ofertas competitivas para los contratos del Pentágono. A cambio, tenía vacaciones gratis en Las Vegas y recibía algún tipo de retribución que le era ingresada en una cuenta bancaria de Suiza. Sin embargo, había un elemento de este arreglo que para Salsbury no encajaba con la filosofía personal de Leonard Dawson. Le dijo a Klinger:

—¿También Leonard paga lo de las chicas?

—Pues no lo sé; pero yo, desde luego, nunca he pagado por eso. —Klinger se quedó mirando duramente a Salsbury hasta que se convenció de que el científico lo creía—. El hotel paga la factura. Es una de las filiales de Futurex. Pero tanto Leonard como yo fingimos que él no sabe nada sobre las muchachas. Cuando me pregunta si me he divertido durante las vacaciones, actúa como si todo lo que yo hubiese hecho es estar junto a la piscina, solo, leyendo los últimos libros publicados. —Hablaba en un tono

divertido. Dio una calada al puro—. Leonard es un puritano, pero es lo bastante listo como para no dejar que sus sentimientos personales interfieran en los negocios. —Sacudió la cabeza—. Su jefe no es cualquier cosa.

—No es mi jefe.

Tuvo la impresión de que Klinger no lo había oído.

—Leonard y yo somos socios —añadió Salsbury.

—Socios —repitió Klinger, y le miró de arriba abajo.

—Así es.

Sus ojos se encontraron.

Al cabo de unos segundos, y de mala gana, Salsbury apartó la mirada.

—Socios —volvió a decir Klinger. No se lo creía.

Salsbury pensó: somos socios; es posible que el helicóptero, el Hotel Fortunata, Crystal, Daisy y usted mismo pertenezcan a Dawson, pero yo no le pertenezco y nunca será así, nunca.

En el aeropuerto de Las Vegas, el helicóptero aterrizó a treinta metros de un blanco y resplandeciente avión *Grummann Gulf Stream*. Unas letras rojas sobre el fuselaje decían: FUTUREX INTERNATIONAL.

Quince minutos después, volaban hacia una pista privada de aterrizaje cerca del lago Tahoe.

Klinger se desabrochó el cinturón de seguridad y dijo:

—Tengo entendido que debe usted darme una serie de informaciones.

—Así es. Tenemos un par de horas por delante —contestó Salsbury, a la vez que colocaba su maletín sobre el regazo—. Habrá oído usted hablar de los mensajes…

—Antes de empezar, me gustaría un whisky con hielo.

—Creo que hay un bar a bordo.

—Bien, bien.

—Está ahí detrás. —Salsbury señaló por encima de su hombro.

—Tráigame dos dedos de whisky escocés con cuatro cubitos de hielo en un vaso de cuarto de litro.

Al principio, Salsbury lo miró sin comprender; luego, lo entendió: los generales no se sirven las bebidas. Pensó que no debía dejarse intimidar por él. Sin embargo, contra su voluntad, se levantó y se dirigió hacia la parte posterior del avión. Era como si no pudiese controlar su cuerpo. Cuando regresó con la bebida, Klinger ni siquiera le dio las gracias.

—¿Es cierto que es usted socio de Leonard?

Salsbury comprendió que, actuando más como un camarero que como un huésped, no había hecho otra cosa que reforzar la convicción del general en cuanto a que la palabra «socio» no encajaba con él. Aquel bastardo lo había puesto a prueba.

Empezó a preguntarse si Dawson y Klinger no serían demasiado para él. ¿No sería él un gallito en un cuadrilátero con pesos pesados?

Tal vez se estaba poniendo en situación de recibir un sorprendente puñetazo que lo dejara sin sentido.

Rechazó rápidamente esta idea. Sin Dawson y sin el general, no podía ocultar sus descubrimientos al Gobierno, que los había financiado, al que pertenecían y que los codiciaría al conocer su existencia. Su única alternativa era asociarse con aquella gente; y sabía que debería estar alerta, ser cauteloso y desconfiado. Pero uno podía dormir con el demonio mientras lo hiciese con una pistola cargada bajo su almohada.

¿O acaso él no podía?

Pine House, la mansión de veinticinco habitaciones que Dawson poseía sobre el lago Tahoe en Nevada, había ganado dos premios de diseño por su arquitectura y había salido en la revista *House Beautiful*. La casa estaba construida al borde del agua, dentro de un terreno de veinte mil metros cuadrados, con un telón de fondo de

más de cien enormes pinos; y, más que una intrusión en el paisaje, parecía surgir naturalmente de él, incluso siendo sus líneas bastante modernas. El primer nivel era grande y circular, de piedra y sin ventanas. El segundo piso, un círculo del mismo tamaño, pero no concéntrico con respecto al primer nivel, era una elevación de la planta baja. En la parte posterior de la casa, que daba al río, el segundo piso dominaba al primero y protegía una pequeña dársena; esta planta contaba con una ventana de tres metros y medio de longitud que proporcionaba una vista magnífica del agua y de las lejanas colinas cubiertas de pinos. El negro tejado abovedado de pizarra estaba coronado por un estilizado chapitel de casi tres metros de altura parecido a una aguja.

Cuando Salsbury vio el lugar por primera vez, lo emparentó con aquellas iglesias futuristas que se habían alzado en parroquias acaudaladas y progresistas a lo largo de los últimos diez o quince años. Así lo dijo, sin pasársele por la cabeza la idea de tener un poco de tacto; y Leonard tomó el comentario como un cumplido. Como había vuelto a familiarizarse con las excentricidades de su anfitrión durante sus reuniones semanales de los tres meses anteriores, Ogden estaba bastante seguro de que se suponía que la casa debía parecerse a una iglesia; que para Dawson significaba el templo, un monumento sagrado a la fortuna y al poder.

Pine House había costado casi tanto como una iglesia: un millón y medio de dólares, incluido el precio de la tierra. De todos modos, sólo era una de las cinco casas y tres grandes pisos que Dawson y su mujer mantenían en Estados Unidos, Jamaica, Inglaterra y Europa.

Después de cenar, los tres hombres se acomodaron en los sillones de la sala de estar, a pocos metros de la ventana panorámica. Tahoe, uno de los mayores y más profundos lagos del mundo, refulgía con la luz y la sombra de los rayos del sol que, ya detrás de las montañas, se escapaban desde el cielo. Por la mañana, el agua tenía una apariencia clara y verdosa; por la tarde,

era de un azul puro y cristalino; en aquel momento, a punto de volverse negra como una extensión de aceite, parecía terciopelo púrpura que envolvía suavemente la orilla. Estuvieron cinco o diez minutos disfrutando del panorama, hablando sólo para comentar la comida que acababan de terminar y el coñac que estaban saboreando.

Finalmente, Dawson se volvió hacia el general y le preguntó:

—Ernst, ¿qué piensas de la publicidad subliminal?

El general ya había previsto aquel brusco paso de la relajación al trabajo.

—Es algo fascinante.

—¿No tienes ninguna duda?

—¿De su existencia? Ninguna en absoluto. Tu hombre, Salsbury, tiene la prueba. Pero no me ha explicado lo que la publicidad subliminal tiene que ver conmigo.

Mientras tomaba un sorbo de coñac y lo saboreaba, Dawson hizo un gesto con la cabeza en dirección a Salsbury.

Ogden dejó su vaso, furioso por haberse Klinger referido a él como al hombre de Dawson y furioso de que Dawson no hubiese corregido al general, por lo que tomó la decisión de no olvidar que no debía dirigirse a Klinger utilizando su título militar.

—Ernst, hasta esta mañana no nos conocíamos. No te he dicho dónde trabajo; pero estoy seguro de que tú lo sabes.

—En el Instituto Brockert —dijo Klinger, sin titubeo alguno.

El general Ernst Klinger supervisaba una división de vital importancia del Pentágono, el Departamento de Seguridad para Investigación de Armamento. Su autoridad dentro del departamento se extendía a los estados de Ohio, Virginia del Oeste, Virginia, Maryland, Delaware, Pennsilvania, Nueva Jersey, Nueva York, Connecticut, Massachusetts, Rhode Island, Vermont, New Hampshire y Maine. Su responsabilidad consistía en vigilar las instalaciones e inspeccionar regularmente los sistemas provisionales y electrónicos que protegían todos los laboratorios, las

fábricas y las zonas de pruebas donde se llevaban a cabo las investigaciones de armamento en estos catorce estados. Algunos laboratorios que pertenecían a Creative Development Associates, el instituto Brockert de Connecticut incluido, estaban bajo su jurisdicción; y a Salsbury le habría sorprendido que el general no conociese el nombre del científico a cargo del trabajo en Brockert.

—¿Estás al corriente del tipo de investigación que realizamos allí? —preguntó Salsbury.

—Yo soy responsable de la seguridad, no de la investigación —respondió Klinger—. Sólo estoy al corriente de lo que necesito saber; como el historial de las personas que trabajan allí, la distribución de los edificios y la naturaleza del campo que lo rodea. No necesito conocer el trabajo que realizan.

—Está relacionado con los mensajes subliminales.

Klinger, con algunos colores provocados por el coñac filtrándosele en el rostro, se revolvió como si hubiese oído un movimiento sigiloso detrás de él y le dijo a Ogden:

—Si no me equivoco, has firmado una promesa de guardar secreto, al igual que todo el mundo en Brockert.

—Sí, en efecto.

—Y ahora la estás violando.

—Soy consciente de ello.

—¿Eres asimismo consciente de la sanción?

—Sí. Pero nunca me veré afectado por ella.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—Completamente seguro —afirmó Salsbury.

—Eso no cambia las cosas; tú ya sabes que yo soy un general del Ejército de Estados Unidos y que Leonard es un ciudadano leal y de confianza. A pesar de eso, has roto la promesa. Es posible que no puedan encarcelarte por traición sólo por haber hablado con personas como nosotros; pero como mínimo te pueden caer dieciocho meses por levantar el secreto de información sin autoridad para ello.

Salsbury miró a Dawson.

Este, se inclinó hacia delante en su butaca y le dio una palmada en la rodilla al general.

—Deja que Ogden termine.

—Esto podría estar preparado —se quejó Klinger.

—¿A qué te refieres?

—Que puede estar preparado, que puede ser una trampa.

—¿Para cogerte? —preguntó Dawson.

—Podría ser.

—¿Para qué querríamos nosotros cogerte? —Dawson parecía estar sinceramente dolido por la sugerencia.

Salsbury pensó que, a pesar del tono utilizado, probablemente había cogido y destruido a cientos de hombres a lo largo de los últimos treinta años.

Klinger parecía estar pensando lo mismo, si bien se encogió de hombros y fingió no tener respuesta para la pregunta de Dawson.

—Yo no trabajo de esta forma —aseguró Dawson, incapaz de ocultar su orgullo herido o sin querer hacerlo—. Me conoces mejor que eso. Toda mi carrera, toda mi vida están basadas en principios cristianos.

—Yo no conozco a nadie lo suficiente como para arriesgarme a poder ser acusado de traición —soltó bruscamente el general.

—Amigo mío —dijo Dawson, fingiendo exasperación; era un poco demasiado obvio para ser real—, tú y yo hemos hecho mucho dinero juntos. Pero todo eso no es más que calderilla si lo comparamos con lo que podemos ganar al cooperar con Ogden. Tenemos ahí una fortuna literalmente ilimitada… para los tres. —Observó al general un momento y, como no obtuvo reacción por su parte, añadió—: Ernst, yo nunca te he engañado. Nunca. Ni una sola vez.

—Todo lo que has hecho hasta el momento ha sido pagarme por mi asesoramiento… —apuntó Klinger, sin gran convencimiento.

—Por tu influencia.

—Por mi asesoramiento —insistió Klinger—. Y, aunque hubiese vendido mi influencia, cosa que no he hecho, eso está muy lejos de la traición.

Se miraron el uno al otro.

Salsbury tenía la sensación de no estar en la habitación con ellos, como si los estuviese mirando a través del ocular de un telescopio de una milla de longitud.

Klinger, con menos aspereza en su voz que un minuto antes, habló finalmente:

—Leonard, supongo que te das cuenta de que yo podría estar tendiéndote una trampa.

—Por supuesto.

—Podría aceptar escuchar a tu hombre, oír todo lo que tiene que decir… sólo para obtener pruebas contra ti y contra él.

—Seguirnos la corriente.

—Proporcionaros suficiente cuerda para que os colgarais vosotros mismos. Te lo advierto sólo porque eres un amigo. Te aprecio, no quiero verte metido en problemas.

Dawson se arrellanó en su butaca.

—Bien, quiero hacerte una oferta y necesito tu cooperación. Por consiguiente, voy a tener que arriesgarme, ¿no es así?

—Tú decides.

Dawson, sonriendo y aparentemente satisfecho de la actitud del general, levantó su copa de coñac y propuso silenciosamente un brindis.

Con una amplia sonrisa, Klinger alzó su copa.

Salsbury se preguntó qué demonios estaba pasando.

Después de haber olido el coñac y de haber tomado un sorbo, Dawson miró a Salsbury por primera vez en varios minutos.

—Puedes empezar, Ogden.

Salsbury comprendió de pronto el objetivo subyacente de la conversación que acababa de escuchar. En el improbable caso de que Dawson estuviese realmente tendiendo una trampa a un viejo

amigo, en la eventualidad de que la reunión estuviese siendo grabada, Klinger se había proporcionado hábilmente como mínimo alguna protección contra un eventual procesamiento. Constaba que había advertido a Dawson sobre las consecuencias de sus actos. En un tribunal o ante una junta militar, el general podría argüir que sólo estaba siguiéndoles la corriente para obtener pruebas contra ellos; y, aunque nadie lo llegase a creer, era más que probable que lograse conservar tanto su libertad como su rango.

Ogden se puso en pie, dejó su coñac tras de sí, se dirigió a la ventana y se colocó con la espalda hacia el lado cada vez más oscuro. Estaba demasiado nervioso para permanecer sentado mientras hablaba. De hecho, durante unos segundos, estuvo incluso demasiado nervioso para poder hablar.

Al igual que dos lagartos situados entre la caliente luz del sol y la sombra fría, a la espera de que la oscilación de la luz cambie lo suficiente como para permitir algún movimiento, Dawson y Klinger lo miraban fijamente. Estaban sentados en idénticos sillones de piel negra y respaldo alto con bruñidos botones y tachuelas plateadas. Entre ellos había una mesita redonda de roble oscuro. La única luz que había en la estancia elegantemente amueblada procedía de dos lámparas de pie que flanqueaban la chimenea a seis metros de distancia. La parte derecha del rostro de ambos hombres aparecía suavizada y en cierta forma oculta por las sombras, mientras que la izquierda estaba intensamente iluminada por la luz ámbar; sus ojos parpadeaban con una paciencia de saurio.

Salsbury pensó que tanto si el plan era un éxito como si no, Dawson y Klinger saldrían de él ilesos. Ambos llevaban una armadura eficaz: Dawson, su fortuna; Klinger, la dureza, la inteligencia y la experiencia.

Salsbury, por su parte, no contaba con ninguna armadura. Ni siquiera había considerado que necesitaba una, como Klinger había hecho al protegerse con aquel discurso sobre garantías de secreto y sobre traición. Había supuesto que su descubrimiento generaría

suficiente dinero y poder como para satisfacerlos a los tres, pero estaba empezando a comprender que la codicia no podía quedar satisfecha con la misma facilidad que un fuerte apetito o una acuciante sed. Si tenía alguna arma defensiva, era su inteligencia y su mente rápida; pero su intelecto había estado tanto tiempo metido en los estrechos canales de las cuestiones científicas especializadas que ahora le era de mucha menos utilidad en los asuntos comunes de la vida que en el laboratorio.

Se recordó por segunda vez en aquel día que habría de estar alerta y que debía ser cauteloso y suspicaz. Con unos hombres tan agresivos como aquéllos, la cautela era una armadura muy débil, pero se trataba de la única que tenía. Comenzó a hablar.

—El Instituto Brockert ha estado durante diez años completamente dedicado a un estudio del Pentágono sobre publicidad subliminal. No nos hemos interesado por sus aspectos técnicos, teóricos o sociológicos; es éste un trabajo que se hace en alguna otra parte. Hemos trabajado únicamente en los mecanismos biológicos de la percepción subliminal. Desde un principio, hemos estado intentando desarrollar una droga que «preparase» el cerebro para la subcepción, una droga que permitiera que un hombre obedeciese todas las órdenes subliminales que se le diesen sin hacer preguntas.

Unos científicos de otro laboratorio de la CDA del norte de California estaban intentando poner a punto un agente vírico o bacteriano con el mismo propósito. Pero se encontraban sobre una pista falsa; lo sabía por la sencilla razón de que él estaba en la buena.

—Actualmente —prosiguió—, es posible utilizar mensajes subliminales para influir en las personas que no tienen una opinión clara sobre un asunto o un producto en particular. Pero el Pentágono quiere tener la posibilidad de utilizar mensajes subliminales con el fin de alterar la disposición básica de las personas que tienen opiniones muy claras y tenazmente arraigadas.

—El control de la mente —dijo Klinger, imperturbable.

Dawson tomó otro sorbo de coñac.

—Si se llega a sintetizar esta droga, cambiará el curso de la historia —continuó Salsbury—. No se trata de una exageración. En primer lugar, no volverá a haber guerras, por lo menos en el sentido tradicional. Nos limitaremos a contaminar los suministros de agua de nuestros enemigos con esta droga y, después, los inundaremos, a través de sus propios medios de comunicación (televisión, radio, cine, periódicos y revistas), con una serie continuada de mensajes cuidadosamente estructurados que los convencerán de que vean las cosas a nuestra manera. De forma gradual y sutil, podremos convertir a nuestros enemigos en nuestros aliados… y dejar que piensen que esta transformación ha sido idea suya.

Permanecieron en silencio tal vez durante un minuto, reflexionando sobre ello.

Klinger encendió un puro. A continuación, dijo:

—Una droga así podría utilizarse también para una serie de fines nacionales.

—Por supuesto —confirmó Salsbury.

—A largo plazo —agregó Dawson, casi con melancolía—, podríamos alcanzar la unidad nacional, poner fin a todas las disputas, protestas y desacuerdos que retrasan la evolución de este gran país.

Ogden les dio la espalda y se puso a mirar por la ventana. La noche había envuelto totalmente el lago. Se oía el chapoteo del agua contra los pilotes de la dársena pocos metros más abajo, justo bajo la ventana. Dejó que el rítmico sonido lo tranquilizase. Tenía la certeza de que Klinger cooperaría, veía que un futuro maravilloso se extendía ante él y estaba tan excitado ante la perspectiva que tenía miedo de hablar.

—Eres sobre todo el director de investigaciones de Brockert —oyó a Klinger a su espalda—, pero aparentemente no eres tan sólo un hombre de despacho.

—Me he reservado algunas partes del estudio —admitió Salsbury.

—Y has descubierto una droga que funciona, una droga que prepara el cerebro para la subcepción.

—Hace tres meses —concretó Ogden de cara al cristal.

—¿Quién está enterado de ello?

—Nosotros tres.

—¿Nadie en Brockert?

—Nadie.

—Aunque, como tú dices, te hayas reservado algunas de las partes del estudio, debes de tener un ayudante de laboratorio.

—No es muy brillante, por eso precisamente lo escogí. Hace seis años.

—¿Y durante todo este tiempo has estado pensando en reservarte el descubrimiento? —preguntó Klinger.

—Sí.

—¿Y has manipulado el informe diario del trabajo? ¿Los formularios que van a Washington al final de cada semana?

—Sólo he tenido que falsificarlos unos cuantos días. Apenas vi que lo había logrado, dejé de trabajar en ello inmediatamente y cambié toda la dirección de mi investigación.

—¿Y tu ayudante no ha sospechado nada de este cambio?

—Pensó que había renunciado a aquella trayectoria de investigación y que me disponía a seguir otra. Ya os he dicho que no es muy inteligente.

—Ogden no ha perfeccionado esta droga, Ernst —intervino Dawson—. Todavía queda mucho trabajo por hacer.

—¿Cuánto trabajo? —quiso saber el general.

Salsbury se volvió y dijo:

—No puedo decirlo con absoluta seguridad. Tal vez seis meses como mínimo y como máximo un año y medio.

—No puede trabajar en ello en Brockert —le apoyó Dawson—. Es imposible que pueda seguir falsificando los informes durante

tanto tiempo. Por esta razón, estoy preparando un laboratorio completamente equipado en mi casa de Greenwich, a cuarenta minutos del Instituto Brockert.

—¿Tan grande es la casa que puedes convertirla en un laboratorio? —se asombró Klinger, con las cejas arqueadas.

—En realidad, Ogden no necesita mucho espacio. Unos trescientos metros cuadrados; trescientos treinta en el exterior. Y la mayor parte de este espacio será dedicado a las computadoras. Unos ordenadores terriblemente caros, debo añadir. Estoy respaldando a Ogden con casi dos millones de dólares de mi propio bolsillo, Ernst. Esto te dará una idea de la tremenda fe que tengo en él.

—¿Crees de verdad que puede desarrollar, probar y perfeccionar esta droga en una chapuza de laboratorio?

—No creo que con dos millones se haga una chapuza —protestó Dawson—. Y no olvides que el Gobierno ha pagado ya miles de millones de dólares para la investigación preliminar. Yo sólo estoy financiando la fase final.

—¿Cómo podrás mantener el secreto?

—Los ordenadores se utilizan para mil cosas distintas. Nosotros no nos involucraremos en su adquisición; además, lo haremos a través de una filial de Futurex, no habrá ningún indicio de que nos los hayan vendido a nosotros. Nadie hará preguntas —afirmó Dawson.

—Necesitará técnicos de laboratorio, ayudantes, secretarios…

—No. Mientras Ogden pueda contar con el ordenador y con el completo archivo de datos de su investigación anterior, puede llevarlo todo él solo. Ha tenido durante diez años un equipo de laboratorio completo para realizar los trabajos de rutina; pero la mayor parte de esta tarea ya está hecha.

—Si se marcha de Brockert, habrá una exhaustiva investigación de seguridad —avisó Klinger—. Querrán saber por qué se marcha… y descubrirán la razón.

Estaban hablando de Salsbury como si éste fuese otra persona y no pudiese oírlos, y esto no le gustaba nada. Se alejó de la ventana, avanzó dos pasos hacia el general y dijo:

—No voy a dejar mi cargo en Brockert. Cumpliré con mi trabajo como de costumbre, cinco días a la semana, desde las nueve hasta las cuatro. Mientras esté allí, trabajaré de forma diligente en un proyecto de investigación sin importancia.

—¿Cuándo encontrarás tiempo para trabajar en este laboratorio que Leonard está montando para ti?

—Por las tardes y los fines de semana. Además, he acumulado muchos permisos por enfermedad y vacaciones. Utilizaré todo eso, pero lo extenderé equitativamente a lo largo del próximo año.

Klinger se levantó y se dirigió al elegante carro de cobre y cristal que hacía las veces de bar y que el criado había dejado a unos metros de las butacas. Sus gruesos y peludos brazos hacían que las jarras de cristal pareciesen todavía más delicadas de lo que eran. Mientras se servía otro doble de coñac, preguntó:

—¿Y qué papel represento yo en todo esto?

—Leonard puede conseguir el sistema de ordenador que necesito —le explicó Salsbury—, pero no puede proporcionarme un archivo de cintas magnéticas de toda la investigación que he hecho para CDA o una serie de cintas del programa maestro diseñado para mi investigación. Necesitaré ambas cosas para que las computadoras de Leonard me sirvan de algo. Ahora, en tres o cuatro semanas, puedo hacer copias de estas cintas en Brockert sin arriesgarme mucho a que me sorprendan; pero, cuando tenga las ochenta o noventa engorrosas cintas magnéticas y casi quinientos metros de papel impreso, ¿cómo sacar todo esto de Brockert? No hay forma de hacerlo. Las normas de seguridad, para entrar y salir, son muy rigurosas, demasiado rigurosas para mi propósito. A menos que…

—Ya comprendo. —Klinger se volvió en el sillón y tomó un sorbo de coñac.

—Ernst, tú eres la autoridad máxima en lo referente al tema de la seguridad de Brockert —dijo Dawson, a la vez que se deslizaba hacia el borde de su asiento—. Conoces el sistema mejor que nadie; si existe un punto débil en la seguridad, tú eres el hombre que puede encontrarlo… o provocarlo.

Klinger estudió a Salsbury como si estuviese evaluando el peligro y preguntándose si era prudente asociarse con alguien de un carácter tan evidentemente inferior.

—¿Se supone que debo dejarle salir con casi cien cintas magnéticas llenas de datos de alto secreto y sofisticados programas informáticos?

Ogden asintió lentamente con la cabeza.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Dawson.

—Probablemente.

—¿Eso es todo lo que puedes decir?

—Es posible encontrar una forma de hacerlo.

—Eso no es suficiente, Ernst.

—De acuerdo —resolvió Klinger, ligeramente exasperado—. Podré hacerlo, encontraré la manera de hacerlo.

—Sabía que podrías hacerlo —aprobó Dawson, sonriendo.

—Pero si encuentro la forma de hacerlo y me pescan durante la operación o después de ella… me meterán en Leavenworth y dejarán que me pudra. Cuando hace un rato he usado la palabra «traición», no estaba hablando a la ligera.

—En ningún momento he pensado que así fuese —dijo Dawson —. Pero ni siquiera hará falta que veas esas cintas magnéticas ni que las toques. Es un riesgo que sólo Ogden tendrá que correr. No podrían acusarte de nada más grave que de negligencia por permitir, o por pasar por alto, una grieta en la seguridad.

—Incluso en ese caso, me vería obligado a retirarme anticipadamente o me expulsarían del servicio con sólo una pensión parcial.

Atónito, Dawson sacudió la cabeza.

—Le estoy ofreciendo un tercio de una asociación que producirá millones de dólares y Ernst se preocupa de una pensión del Gobierno.

Salsbury sudaba copiosamente. Tenía la parte posterior de la camisa empapada y se sentía como si le hubieran aplicado una compresa fría contra la piel.

—Nos has dicho que puedes hacerlo —se dirigió a Klinger—; pero lo crucial es si quieres hacerlo.

Klinger se quedó mirando su copa de coñac un momento; luego, levantó la vista hacia Salsbury.

—Cuando hayas perfeccionado la droga, ¿cuál será el siguiente paso?

—Crearemos una sociedad anónima como fachada en Liechtenstein —le contestó Dawson, a la vez que se ponía de pie.

—¿Por qué allí?

En Liechtenstein no se exigía una lista de los verdaderos propietarios de una sociedad anónima. Dawson podría contratar a unos abogados de Vaduz y designarlos apoderados de la sociedad; y éstos no se verían obligados por la ley a revelar la identidad de sus clientes.

—Además —concluyó Dawson—, conseguiré para cada uno de nosotros documentos falsos, con pasaporte incluido, de forma que podamos viajar y hacer negocios con nombres falsos. Si los abogados de Vaduz se ven obligados por medios extralegales a revelar los nombres de sus clientes, tampoco podrán perjudicarnos porque no sabrán nuestros nombres verdaderos.

La cautela de Dawson no era excesiva. La sociedad anónima no tardaría en convertirse en una empresa de increíble éxito, de tanto éxito que un gran número de personas poderosas, tanto del mundo de los negocios como del Gobierno mismo acabarían introduciéndose sigilosamente en ella, intentando descubrir quién estaba detrás de los apoderados telefónicos de Vaduz. Con la droga de Salsbury y los extensos programas de mensajes subliminales

cuidadosamente estructurados, los tres podrían establecer cientos de negocios diferentes y exigir literalmente que los clientes, los asociados y hasta los rivales les produjesen unas sustanciosas ganancias. Todos y cada uno de los dólares que ganasen tendrían una apariencia limpísima, producto de una forma legítima de comercio. Pero, naturalmente, mucha gente presentiría que no era en absoluto legítimo manipular a la competencia y al público comprador mediante una nueva y poderosa droga. En el caso de que la sociedad anónima fuese descubierta haciendo uso de esta droga —robada, como lo había sido, del proyecto estadounidense de armamento—, lo que a primera vista aparecía como una prudencia excesiva podría ser nada más que la adecuada.

—¿Y una vez tengamos la sociedad anónima? —preguntó Klinger.

Los acuerdos financieros y laborales eran la vocación de Dawson, y también su diversión. Empezó a perorar a modo de un predicador baptista, lleno de vigor, de tenaces propósitos y disfrutando por completo.

—La sociedad adquirirá una propiedad amurallada en algún lugar de Alemania o de Francia; como mínimo, cuarenta hectáreas. De cara a la galería, será un retiro para ejecutivos, pero la utilizaremos en realidad para el adiestramiento de soldados mercenarios.

—¿Mercenarios? —interrumpió Klinger, cuyo amplio y duro rostro expresaba el desdén del soldado institucional por los asalariados temporales.

Dawson explicó que la sociedad contrataría quizás a una docena de los mejores legionarios disponibles, hombres que hubiesen luchado en Asia y África. Oficialmente, serían llevados a la propiedad de la compañía para recibir órdenes e instrucciones sobre sus misiones y para conocer a sus superiores. La droga se les suministraría a través del depósito del agua y de todas las bebidas embotelladas de la propiedad. Veinticuatro horas después de que

los mercenarios hubiesen tomado las primeras bebidas, cuando estuviesen preparados para un completo lavado de cerebro subliminal, se les mostraría cada día, durante tres días sucesivos, cuatro horas de películas —documentales de interés turístico, estudios industriales y documentales técnicos detallando el uso de una serie de armas y de instrumentos electrónicos—, que serían presentadas como el material básico de fondo para sus misiones. Sin saberlo, por supuesto, habrían visto doce horas de sofisticados mensajes subliminales que los instarían a obedecer, sin hacer preguntas, cualquier orden dada mediante cierta frase clave; y, una vez transcurridos estos tres días, los doce hombres dejarían de ser meros operarios a sueldo y se convertirían en algo bastante parecido a robots programados.

Exteriormente, su aspecto no habría cambiado. Su apariencia y comportamiento sería el mismo de siempre. Sin embargo, obedecerían cualquier orden recibida para mentir, robar o matar a quien fuese; obedecerían sin vacilación, siempre y cuando esta orden estuviese precedida de la frase clave adecuada.

—Lo cierto es que, como soldados mercenarios, serían ya asesinos profesionales —precisó Klinger.

—Así es —convino Dawson—. Pero lo importante reside en su obediencia incondicional e incuestionable. Como mercenarios a sueldo, podrían rechazar cualquier orden o misión que no les gustase; sin embargo, en calidad de equipo programado, harán exactamente lo que se les diga.

—También hay otras ventajas —intervino Salsbury, sin ignorar que Dawson, ahora en una vena proselitista, lamentaba ser apartado del púlpito—. Por una parte, se puede mandar a un hombre que mate y, luego, borrar todo recuerdo del asesinato, tanto de su consciencia como de su subconsciencia. Jamás podría prestar declaración contra la sociedad o contra nosotros, y saldría airoso de cualquier prueba con un detector de mentiras.

El rostro neanderthaliense de Klinger se iluminó un poco. Sabía el valor de lo que decía Salsbury.

—¿Seguiría sin poder recordar aunque usasen pentotal o regresión hipnótica?

—El pentotal sódico está sobrestimado como suero de la verdad. Por otra parte… Bien, podrían ponerlo en trance y hacerlo retroceder al momento del asesinato. Pero el individuo sólo encontraría un blanco en su memoria. Desde el momento en que se le dice que borre el acontecimiento de su mente, ya no existe en su memoria, igual y con la misma certeza que los datos obsoletos no existen en un ordenador cuyos bancos de memoria han sido borrados.

Klinger, que había terminado su segundo coñac, volvió al carro. En esta ocasión se sirvió un triple con hielo y *Seven-Up*.

Salsbury pensó que el hombre tenía razón: cualquiera que aquella noche no mantuviese la cabeza clara, era un completo suicida.

—¿Qué haremos con esos doce «robots»? —preguntó Klinger, dirigiéndose a Dawson.

Dado que se había pasado los últimos tres meses pensando en ello, mientras él y Salsbury trabajaban en los detalles de cómo abordar al general, Dawson tenía preparada la respuesta.

—Podremos hacer con ellos lo que queramos. Cualquier cosa. Pero, como primer paso…, creo que deberíamos utilizarlos para introducir la droga en los suministros de agua de todas las ciudades importantes de Kuwait. A continuación, podríamos saturar aquel país con una campaña subliminal en los medios de difusión especialmente pensada para la mentalidad árabe, y al cabo de un mes, podríamos tranquilamente hacernos con el control sin que nadie, ni siquiera el Gobierno de Kuwait, tuviese conocimiento de nuestras acciones.

—¿Tomar posesión de todo un país como primer paso?

Klinger se mostraba incrédulo. Dawson, de nuevo como un predicador, se paseó a grandes pasos de un lado a otro entre Salsbury y el general, haciendo amplios gestos al hablar.

—La población de Kuwait se compone de menos de ochocientos mil habitantes. La mayor parte de ellos están concentrados en unas cuantas zonas urbanas, sobre todo en Hawalli y en la capital. Además, todos los miembros del Gobierno y virtualmente todos los ricos residen en estos centros metropolitanos. La mayoría de las familias súper acaudaladas o propietarias de enclaves desérticos obtienen el agua mediante camiones cisternas de la ciudad. En definitiva, podríamos controlar a todas las personas influyentes del país, pudiendo así llegar nosotros a ser una dictadura empresarial de las reservas petrolíferas de Kuwait, que suponen el veinte por ciento de todo el suministro mundial. Hecho esto, Kuwait se convertiría en nuestra base de operaciones, desde donde podríamos tomar posesión de Arabia Saudí, Irak, Yemen y todos los demás países exportadores de petróleo de Oriente Próximo.

—Podríamos acabar con el *cártel* de la OPEP —observó Klinger pensativamente.

—O reforzarlo —agregó Dawson—. O, alternativamente, debilitarlo y reforzarlo con el fin de provocar mayores fluctuaciones en el valor de las reservas de petróleo. De hecho, podríamos influir en todo el mercado de reservas. Y, como estaríamos al corriente de todas las fluctuaciones con mucha antelación, podríamos sacar una gran ventaja de ello. Tras controlar un año media docena de países de Oriente Próximo, podríamos desviar mil quinientos millones de dólares para la sociedad de Liechtenstein. Después de eso, sólo sería cuestión de, como máximo, cinco o seis años hasta que todo, práctica y literalmente todo, fuese nuestro.

—Suena… disparatado, una locura —comentó Klinger.

—¿Locura? —Dawson frunció el ceño.

—Increíble, inverosímil, imposible —añadió el general, a fin de aclarar la primera observación, que, evidentemente, había

molestado a Dawson.

—Hubo una época en que parecían imposibles los vuelos más pesados que el aire —subrayó Salsbury—. A mucha gente la bomba atómica le parecía algo increíble incluso después de haber sido arrojada sobre Japón. Y, en 1961, cuando Kennedy lanzó el programa espacial Apolo, muy pocos norteamericanos creían que algún día un hombre llegaría a caminar por la luna.

Estuvieron un momento observándose mutuamente.

El silencio en la habitación era tan total que la más pequeña ola que rompía contra la dársena, a pesar de no ser mayor que un simple rizo y estar amortiguada además por la ventana, sonaba como el oleaje del océano. Por lo menos, así le parecía a Salsbury: resonaba dentro de su cabeza casi febril.

—Ernst —dijo finalmente Dawson—, ¿nos ayudarás a sacar esas cintas magnéticas?

Klinger miró a Dawson unos instantes y, después, a Salsbury. Lo recorrió un escalofrío; Ogden no supo si de miedo o de placer.

—Os ayudaré.

Ogden suspiró.

—¿Champán? —ofreció Dawson—. Es poco ortodoxo después del coñac, pero creo que debemos brindar por nosotros y por el proyecto.

Quince minutos después, una vez el criado hubo llevado y abierto una botella helada de *Moet et Chandon*, una vez los tres hubieron brindado por el éxito, Klinger sonrió a Dawson y preguntó:

—¿Qué habría ocurrido si todo este asunto de la droga me hubiese asustado? ¿Qué habría pasado si hubiese considerado que tu propuesta estaba por encima de lo que yo podía llevar a cabo?

—Te conozco bien, Ernst —fue la respuesta—. Tal vez mejor de lo que tú crees. Me habría sorprendido que hubiese algo que tú no pudieses llevar a cabo.

—Pero imagina que me hubiese negado, por la razón que fuese. Supón que no hubiese querido colaborar contigo.

Dawson paladeó el champán, lo tragó, inhaló por la boca, para saborear el resabio, y afirmó:

—En ese caso, no habrías salido de esta propiedad con vida, Ernst. Me temo que habrías sufrido un accidente.

—Que tienes preparado desde hace una semana.

—Más o menos.

—Sabía que no ibas a decepcionarme.

—¿Has venido con un arma?

—Una automática del treinta y dos.

—No se ve.

—Está pegada a la parte más estrecha de mi espalda.

—¿Te has entrenado para sacarla?

—Puedo tenerla en la mano en menos de cinco segundos.

Dawson asintió de forma aprobadora.

—Y me habrías utilizado a mí como escudo. Para salir de la finca.

—Lo habría intentado.

Ambos se echaron a reír y se miraron con algo muy cercano al afecto. Estaban encantados consigo mismos.

¡Dios!, se dijo Salsbury. Y bebió nerviosamente de su copa de champán.

Capítulo 5

Viernes, 19 de agosto de 1977

Paul y Mark se hallaban sentados con las piernas cruzadas uno junto al otro, sobre la hierba de la montaña húmeda de rocío. Estaban callados como piedras. Incluso Mark, que aborrecía la inactividad y para quien la paciencia era algo irritante más que una virtud, lo único que hacía era parpadear.

Estaban rodeados por un vertiginoso panorama compuesto por una tierra virtualmente virgen. En tres de los lados del claro se elevaba, como si de paredes se tratase, una densa selva de un verde púrpura y casi primitivo. A la derecha, el claro se abría en el extremo de un angosto valle; a tres kilómetros de distancia, el pueblo de Black River brillaba como mancha de hongo opalescente en la extensión esmeralda de la tierra salvaje. Sólo había otra señal de civilización: se trataba del aserradero Big Union, apenas visible a casi cinco kilómetros al otro lado de Black River. Es más, desde aquella distancia, los enormes edificios no parecían lugares de trabajo, sino más bien murallas, puertas y torres de castillos. Los bosques previstos para suministrar a Big Union, que eran menos atractivos que los montes naturales, estaban fuera de la vista, más allá de la siguiente montaña. Un cielo azul y unas nubes blancas que se movían velozmente dominaban lo que podía haber pasado por una escena del edén en una película bíblica.

A Paul y a Mark no les interesaba el paisaje, tenían su atención puesta en una pequeña ardilla de color pardo rojizo.

Llevaban cinco días poniendo comida para la ardilla —cacahuetes tostados y trozos de manzana— con la esperanza de ganarse su confianza e irla domesticando gradualmente. Cada día se acercaba más a la comida, y el día anterior, había dado algunos mordiscos antes de sucumbir al miedo y huir.

En aquellos momentos, y sin dejar ellos de mirar, la ardilla salió del perímetro del bosque y repitió varias veces la operación de dar tres o cuatros rápidos pero cautelosos pasos de una vez, detenerse y estudiar al hombre y al niño. Cuando finalmente llegó hasta la comida, apresó un trozo de manzana con sus diminutas patas delanteras, se sentó sobre sus ancas y empezó a comer.

Cuando había terminado la primera rodaja y estaba con la segunda, Mark comentó:

—No aparta los ojos de nosotros, ni siquiera un instante.

Al hablar el niño, la ardilla se inmovilizó como ellos; ladeó la cabeza y se quedó mirándolos fijamente con sus grandes ojos marrones.

Paul había asegurado que podrían hablar en susurros, rompiendo la promesa de silencio, si la ardilla reunía valor desde el día anterior y lograba permanecer junto a la comida más de unos segundos. Si iban a domesticarla, el animal tendría que acostumbrarse a sus voces.

—Por favor no te asustes —habló Mark en voz baja.

Paul había prometido que, si eran capaces de domesticar a la ardilla, Mark podría llevársela a casa como animal de compañía.

—Por favor, no te escapes.

La ardilla, que todavía no estaba preparada, para confiar en ellos, soltó el trozo de manzana, se volvió, se precipitó dando saltos dentro del bosque y trepó hasta las ramas altas de un arce.

—¡Oh, demonios! ¡Estúpida ardilla, no te habríamos hecho daño! —le recriminó Mark, a la vez que se ponía de pie bruscamente; en

su rostro se reflejaba la desilusión.

—No te pongas nervioso. Mañana volverá —le tranquilizó Paul, que se levantó y estiró sus tensos músculos.

—Nunca confiará en nosotros.

—Sí, confiará. Poco a poco.

—Nunca la domesticaremos.

—Poco a poco. No es posible cambiarla en una semana, has de tener paciencia.

—La paciencia no es mi punto fuerte.

—Ya lo sé, pero aprenderás.

—¿Poco a poco?

—Efectivamente —afirmó Paul, y luego, se agachó y recogió los trozos de manzana y los cacahuetes y los metió en una bolsa de plástico.

—Oye, quizás está enfadada con nosotros porque siempre le quitamos la comida cuando nos marchamos —aventuró Mark.

—Es posible, pero si se acostumbra a volver y comer una vez nos hayamos marchado, no tendrá ningún motivo para salir mientras nosotros estemos aquí.

Mientras regresaban al campamento, al final de una pradera de casi doscientos metros, Paul volvió a advertir la belleza del día: era como un mosaico para todos los sentidos, que, pieza a pieza, se iba encajando a su alrededor. La cálida brisa veraniega; las blancas margaritas centelleando en la hierba y, aquí y allá, un ranúnculo; el olor de la hierba, de la tierra, de las flores salvajes; el constante crujido de las hojas y el suave susurro de la brisa en las ramas de los pinos; el gorjeo de los pájaros; las solemnes sombras del monte. En lo alto, acababa de surgir un halcón planeando, la última pieza del mosaico; su estridente grito parecía estar lleno de orgullo, como si fuese consciente de haber acabado de adornar el escenario, como si pensase que, con sus alas, había hecho descender el cielo.

Había llegado el momento de bajar al pueblo, como hacían cada semana, para abastecerse de los productos perecederos; pero, por

un momento, deseó no tener que dejar la montaña. Incluso Black River, pequeño, casi aislado del mundo moderno y singularmente pacífico, parecería ruidoso comparado con la serenidad del monte.

Aunque ciertamente Black River ofrecía algo más que huevos frescos, leche, mantequilla y demás comestibles: Jenny estaba allí.

Al acercarse al campamento, Mark se puso a correr. Apartó la lona amarilla y miró dentro de la amplia tienda que habían levantado a la sombra de varios abetos y cicutas de dos metros y medio de altura. Un segundo después, se volvió, formó bocina con las manos y gritó:

—¡Rya! ¡Eh, Rya!

—Estoy aquí —respondió ella, al tiempo que salía de detrás de la tienda.

En un principio, Paul no pudo creer lo que estaba viendo: sobre el brazo derecho de su hermana se encaramaba una pequeña ardilla, cuyas patas se aferraban a la manga de la chaqueta de pana. Estaba mascando un trozo de manzana, y la niña le hacía cariñosos arrumacos.

—¿Cómo lo has hecho?

—Con chocolate.

—¿Con chocolate?

—Al principio traté de atraerla con el mismo cebo que habéis estado utilizando tú y Mark; pero supuse que una ardilla puede sin duda conseguir nueces y manzanas por su cuenta y, en cambio, no puede conseguir chocolate. Pensé que el olor sería irresistible… ¡Está comiendo en mi mano desde el miércoles!, sólo que no quería hablaros de ella hasta estar segura de que había superado su miedo a los humanos.

—Pero ahora no está comiendo chocolate.

—Demasiado chocolate le sentaría mal.

La ardilla levantó la cabeza y miró burlonamente a Paul. Luego siguió mordisqueando la manzana que tenía en sus patas.

—¿Te gusta, Mark? —preguntó Rya, cuya sonrisa, mientras hablaba, se había transformado en un fruncimiento de ceño.

Paul comprendió la razón: el muchacho estaba al borde de las lágrimas. Él quería una ardilla, pero sabía que no podrían llevarse dos animales a casa. Le temblaba el labio superior; no obstante, estaba decidido a no llorar.

Rya reaccionó rápidamente.

—¿Bien, Mark? —dijo, sonriendo—. ¿Te gusta? Me molestaría mucho si no fuese así, me ha costado muchísimo conseguírtela.

Adorable pequeña, pensó Paul.

—¿Para mí? —se emocionó Mark, al tiempo que parpadeaba en su esfuerzo por retener las lágrimas.

—Pues claro.

—¿Quieres decir que me la regalas?

—¿A quién si no? —Rya fingió sorprenderse.

—Yo pensaba que era para ti.

—¿Quieres decirme qué iba a hacer yo con una ardilla? Será un animal doméstico muy apropiado para un chico, pero no pega nada para una chica. —Dejó el animal en el suelo y ella se puso en cuclillas junto a él. Después de sacar un bombón de un bolsillo, añadió—: Ven, tendrás que darle un poco de chocolate si quieres que sea amiga tuya.

La ardilla tomó el trozo de chocolate de la mano de Mark y lo mordisqueó con evidente placer. También el muchacho, mientras acariciaba cariñosamente sus flancos y la larga cola, estaba extasiado. Cuando se acabó el chocolate, el animal husmeó primero a Mark y luego a Rya, y cuando se dio cuenta de que aquel día no habría más convite, los dejó a ambos y se marchó corriendo hacia los árboles.

—¡Eh! —la llamó Mark, que se puso a correr detrás de ella hasta que comprendió que era mucho más rápida.

—No te preocupes —dijo Rya—, volverá mañana, siempre y cuando tengamos chocolate para ella.

—Si la domesticamos, ¿podré llevármela a casa la semana que viene?

—Ya veremos —respondió Paul. A continuación, miró el reloj—. Si hemos de pasar el día en el pueblo, será mejor que nos pongamos en movimiento.

La furgoneta estaba aparcada a unos ochocientos metros, al final de un sendero cubierto de maleza que usaban los cazadores a finales del otoño y a principios del invierno.

Para no perder la costumbre, Mark gritó:

—¡El último que llegue al coche es un tonto!

Echó a correr por el sendero que descendía a través de los árboles y, al cabo de pocos segundos, ya no estaba a la vista.

Rya caminaba junto a Paul.

—Lo que has hecho ha sido muy bonito —la felicitó su padre.

Ella fingió no saber a qué se refería.

—¿Coger la ardilla para Mark? Ha sido divertido.

—No la cogiste para Mark.

—Claro que sí, ¿para quién iba a cogerla?

—Para ti. Pero cuando viste lo mucho que significaba para él tener una ardilla, se la diste.

—¡Debes pensar que soy una santa o algo parecido! —rechazó ella, haciendo una mueca—. Si de verdad hubiese querido la ardilla para mí, no se la habría dado; ni en un millón de años.

—No eres una buena mentirosa —la reprendió Paul afectuosamente.

—¡Padres! —exclamó la niña con enfado, y, para que no viese su turbación, echó a correr detrás de Mark y no tardó en perderse de vista detrás de una densa extensión de cerezos.

—¡Hijos! —dijo él en voz alta. Pero en su voz no había exasperación, sólo amor.

Desde que Annie había muerto, había pasado más tiempo con los niños que si ella hubiese seguido con vida; en parte, porque en Mark y en Rya había algo de ella y tenía así la sensación de seguir

en contacto con su mujer a través de los niños. Había aprendido que eran muy diferentes el uno del otro y que cada uno tenía su propia actitud y su propia capacidad, y él apreciaba esta individualidad. Rya siempre sabría más que Mark sobre la vida, la gente y las reglas del juego. Curiosa, indagadora, paciente y ansiosa de conocimientos, disfrutaría de la vida desde un punto de vista intelectualmente ventajoso; conocería esa pasión especialmente intensa —sexual, emocional, mental— que sólo los muy inteligentes llegan a experimentar. Mark, por su parte, aunque se enfrentaría a la vida con mucha menos comprensión que Rya, no era digno de lástima; ¡ni por un momento! Rebosante de entusiasmo, de risa fácil, arrolladoramente optimista, viviría todos y cada uno de sus días con frenesí. Si por un lado le eran negados los placeres y las satisfacciones complejas, en compensación, siempre armonizaría con las alegrías sencillas de la vida, que Rya, a pesar de comprenderlas, jamás podría permitírselas completamente sin una cierta inseguridad. Paul estaba seguro de que, en un futuro próximo, cada uno de sus hijos le proporcionaría un tipo especial de felicidad y orgullo; hasta que la muerte los separase de él.

Como si hubiese tropezado con una barrera invisible, se detuvo en medio del sendero y se tambaleó ligeramente de un lado a otro.

El último pensamiento le había cogido completamente por sorpresa. Cuando perdió a Annie, pensó durante una época que había perdido todo lo que valía la pena tener. La muerte de su esposa le hizo dolorosamente consciente de que todo —incluidas las relaciones profundas y muy personales que nada en la vida podía desviar o destruir— era temporal, que se dejaba en la tumba. En los pasados tres años y medio, en el fondo de su mente, una vocecita le había estado diciendo que se preparase para la muerte, que la esperase y que no debía dejar que la pérdida de Mark, de Rya o de cualquier otra persona, de producirse, le hiciese añicos como había estado a punto de ocurrir con la muerte de Annie. Pero, hasta aquel momento, la voz había sido casi subconsciente, una

apremiante recomendación de la que no se sentía sino vagamente consciente. Era la primera vez que la dejaba salir del subconsciente. Al salir a la superficie, lo dejó atónito, lo recorrió un estremecimiento desde la cabeza hasta los pies. Tuvo un extraño sentimiento de precognición, que desapareció tan rápidamente como había venido.

Un animal se movió entre la maleza.

Sobre Paul, por encima de la bóveda que formaban los árboles, gritó un cuervo.

De repente, el bosque estival se había vuelto mucho más oscuro, mucho más denso, mucho más salvaje: siniestro.

Paul se dijo que era un estúpido, que él no era ningún echador de cartas, que no era clarividente.

Sin embargo, apresuró el paso por el sinuoso sendero, deseoso de alcanzar a Mark y a Rya.

A las 11.15 de aquella mañana, el doctor Walter Troutman se encontraba sentado ante el gran escritorio de caoba de su consultorio. Estaba tomando un almuerzo rápido —dos sándwiches de rosbif, una naranja, un plátano, una manzana, un pastel de caramelo y varios vasos de té helado— mientras leía un boletín sobre medicina.

En calidad de único médico de Black River, consideraba que tenía dos responsabilidades principales con las personas de la zona. La primera consistía en estar seguro de que, en caso de producirse una catástrofe en la fábrica o alguna otra crisis sanitaria, no habría de verse nunca subalimentado ni necesitado de energías para poder cumplir con sus obligaciones; la segunda era estar al corriente de todos los desarrollos de las técnicas y teorías de su profesión, con el fin de que las personas que acudiesen a él pudieran recibir el tratamiento más moderno. El número de pacientes satisfechos, así como el respeto y el afecto que todo el pueblo le manifestaba, daban fe del buen resultado de su segunda responsabilidad. En

cuanto a la primera…, medía un metro cincuenta y seis centímetros y pesaba unos ciento veinte kilos.

Cuando algún paciente con exceso de peso tenía la osadía de mencionar el sobrepeso de Troutman, en medio de una de las recomendaciones del doctor, éste siempre respondía, visiblemente asombrado, con la misma broma: «¿Obeso? ¿Yo?; Lo que yo tengo encima no es grasa; es energía almacenada, lista para ser consumida si se produce una catástrofe en la fábrica». Y a continuación seguía con su discurso.

A decir verdad, comía de forma casi obsesiva, y había sido así toda su vida. A los treinta años había desistido de las dietas y de la psicoterapia como causas completamente perdidas. Aquel mismo año, Big Union Supply Company le ofreció un sueldo atractivo y él se trasladó a Black River, donde la gente estaba tan contenta de tener un médico propio que le traía sin cuidado que fuese gordo, delgado, blanco, negro o verde. Durante los veinte años transcurridos desde entonces se había dedicado a complacer su obsesión, atiborrándose de pasteles y de tartas y comiendo cinco veces al día; y, en definitiva, consideraba que disfrutaba mucho más de la vida que cualquier otra persona de las que conocía.

Cuando estaba a punto de disfrutarla todavía más, cuando estaba echando mano al segundo sándwich, sonó el teléfono. Le pasó por la mente la idea de no contestar, pero era un médico que atendía todas las llamadas, a cualquier hora del día o de la noche: hasta la comida debía ser dejada a un lado si un paciente necesitaba ayuda. Descolgó el auricular.

—Diga.

—¿El doctor Troutman?

—Sí.

La voz al otro lado de la línea era fría y aguda.

—Yo soy la llave, doctor Troutman.

—Yo soy la cerradura —contestó Troutman, sin titubeos.

—¿Está usted solo?

—Sí.

—¿Dónde está su enfermera, la señorita MacDonald?

—No lo sé, supongo que en su casa.

—¿Cuándo irá a trabajar?

—Media hora antes de que se abra el consultorio.

—¿Y el consultorio se abre a la una y media?

—Así es.

—¿Espera usted a alguien antes de la una?

—No, a nadie.

El interlocutor guardó silencio unos segundos.

Troutman escuchaba el tictac del reloj de su escritorio. Miró la comida extendida sobre un mantel de lino frente a él, tomó una rodaja de carne asada del sándwich y se la comió rápidamente, como un pez que atrapa una mosca.

Cuando el hombre al otro lado de la línea hubo decidido la forma de proseguir, dijo:

—Voy a hacerle una serie de preguntas importantes, doctor. Me dará las respuestas más completas que pueda.

—Sí, naturalmente.

—¿Han tenido recientemente en Black River algún tipo de epidemia?

—Sí, la hemos tenido.

—¿De qué?

—De escalofríos nocturnos.

—Explíqueme lo que quiere usted decir con ello, doctor.

—Escalofríos violentos, sudores fríos, náuseas, pero sin vómitos, y el consiguiente insomnio.

—¿Cuándo aparecieron los primeros casos?

—El miércoles día diez de este mes. Hace nueve días.

—¿Alguno de sus pacientes ha mencionado haber tenido pesadillas?

—Absolutamente todos se despertaron a consecuencia de un sueño horrible.

—¿Recuerda alguien este sueño?

—No. Ninguno recuerda nada.

—¿Qué tratamiento les recetó usted?

—A los primeros les receté placebos. Pero, cuando yo también fui víctima de los escalofríos el miércoles por la noche, y como aparecieron nuevos casos el jueves, empecé a prescribir un antibiótico bastante flojo.

—Que, por supuesto, no tuvo efecto alguno.

—Ningún efecto.

—¿Envió usted a algunos pacientes a otro médico?

—No. El médico más cercano está a casi cien kilómetros; y tiene más de setenta años. No obstante, solicité a las autoridades de la Sanidad Pública que llevasen a cabo una investigación.

El desconocido permaneció un momento en silencio y, a continuación, dijo:

—¿Sólo porque había una epidemia de gripe bastante benigna?

—Era benigna, pero claramente insólita —se defendió Troutman —. Nada de fiebre. Ninguna inflamación de glándulas. Y, sin embargo, por muy benigna que fuese, se extendió por el pueblo y por la fábrica en veinticuatro horas. Todo el mundo estaba afectado por esta extraña enfermedad. Es lógico que me preguntase si tal vez no era gripe, sino algún tipo de intoxicación.

—¿Intoxicación?

—Sí, por alguna comida o por el suministro de agua.

—¿Cuándo contactó usted con Sanidad?

—El viernes día doce, a última hora de la tarde.

—Y enviaron a alguien.

—Sí, pero no hasta el lunes siguiente.

—¿Seguía habiendo epidemia en aquel momento?

—No. Todo el pueblo volvió a sentir escalofríos, sudores fríos y náuseas el sábado por la noche; pero el domingo por la noche nadie tuvo molestias. Fuera lo que fuese, desapareció tan repentinamente como había venido.

—¿Realizó, a pesar de ello, una investigación el departamento de Sanidad Pública?

Troutman, sin dejar de observar intensamente la comida sobre el mantel, cambió de postura en la silla.

—Oh, sí. El doctor Evans, uno de sus jóvenes especialistas, se pasó todo el lunes y parte del martes hablando con la gente y haciendo análisis.

—¿Análisis?, ¿de la comida y del agua?

—Sí. También de muestras de sangre y de orina.

—¿Tomó muestras de agua del embalse?

—Sí. Como mínimo llenó veinte frascos y botellas.

—¿Ha redactado ya su informe?

—Sí —respondió Troutman, después de humedecerse los labios —. Me llamó ayer por la tarde para darme el resultado de las pruebas.

—Supongo que no se encontró nada.

—Así es. Todas las pruebas fueron negativas.

—¿Se sacó alguna conclusión? —preguntó el desconocido, con un ligero rastro de ansiedad en su voz.

Esto desconcertó a Troutman; la llave no debía mostrar preocupación, la llave tenía todas las respuestas.

—Él cree que lo sucedido es un caso raro de enfermedad psicológica masiva.

—¿Una epidemia de histeria colectiva?

—Sí, exactamente.

—¿Hizo alguna recomendación?

—Ninguna, que yo sepa.

—¿Ha dado por finalizada la investigación?

—Eso es lo que me dijo.

—Doctor —dijo el desconocido, con un ligero suspiro—, hace un momento usted ha afirmado que todo el mundo en el pueblo y en la fábrica fue aquejado de escalofríos nocturnos; ¿hablaba usted figurada, o literalmente?

—Figuradamente. Hubo excepciones. Unos veinte niños, todos con menos de ocho años, y dos adultos: Sam Edison y su hija, Jenny.

—¿Los dueños del almacén?

—Así es.

—¿No tuvieron escalofríos en absoluto?

—En absoluto.

—¿Y reciben el agua del embalse del pueblo?

—Como todo el mundo aquí.

—Bien. ¿Y qué me dice de los madereros que trabajan en los montes al otro lado de la fábrica? Algunos prácticamente viven allí, ¿estuvieron enfermos?

—Sí. Es algo que el doctor Evans también quiso saber. Habló con todos ellos.

—No tengo más preguntas, doctor Troutman; pero tengo algunas órdenes que darle. Cuando cuelgue el teléfono, borrará usted inmediatamente de su mente todo recuerdo de nuestra conversación. ¿Lo ha comprendido?

—Sí, perfectamente.

—Olvidará todas y cada una de las palabras que hemos intercambiado. Borrará el recuerdo tanto de su consciente como de su subconsciente, de forma que nunca pueda volver a recordarlo por mucho que desee hacerlo. ¿Comprendido?

—Sí —aceptó sobriamente Troutman.

—Cuando cuelgue el auricular, sólo recordará que sonó el teléfono y era alguien que se había equivocado de número. ¿Está claro?

—Se han equivocado de número. Sí, está claro.

—Muy bien. Cuelgue, doctor.

Colgó el aparato y, un poco irritado, pensó: qué descuidada es la gente. Si la gente prestase atención a lo que hace, no se equivocaría tantas veces de número de teléfono ni cometería una décima parte de los errores que llenaban sus vidas. ¿A cuántos

pacientes había tratado porque se habían cortado o se habían quemado, sólo por no haber prestado atención o por haber sido descuidados? Muchos. Cientos. ¡Miles! A veces, cuando abría la puerta de la sala de espera y miraba su interior, tenía la impresión de que acababa de levantar la tapadera de una cazuela sobre el fuego y que no estaba viendo personas, sino una hilera de truchas con los ojos en blanco y la boca abierta. Y ahora interceptaban la línea de un médico, por marcar un número equivocado, durante casi medio minuto. Vaya, eso podía ser realmente grave.

Movió la cabeza, consternado por la ineptitud y la ineficacia de sus conciudadanos.

Acto seguido, cogió el sándwich y le dio un enorme mordisco.

A las 11.45, Paul Annendale entró en el estudio de Sam Edison, situado en el segundo piso de la casa, justo encima de la tienda.

—Señor y dueño de la tienda Edison, me gustaría invitar a su hija a comer.

Sam estaba de pie delante de una estantería llena de libros. En su mano izquierda sostenía un gran libro abierto que hojeaba con la mano derecha.

—Siéntate, vasallo —le saludó sin levantar la vista—. El dueño y señor estará contigo en unos segundos.

Habría estado justificado que Sam se refiriese a aquel lugar como a su biblioteca más que como a su estudio. En el centro de la habitación había dos sillones tapizados de forma exuberante y algo raídos, así como dos escabeles a juego; todo colocado de cara a la única ventana. Dos lámparas de pie con pantallas amarillas, una detrás de cada sillón, proporcionaban una luz adecuada, pero sosegadora y, entre los sillones, se encontraba una pequeña mesa rectangular. En un enorme cenicero sobre la mesa había una pipa boca arriba, y el aire estaba perfumado con el olor a cereza del tabaco de Sam. La habitación sólo tenía unos tres metros y medio

por cinco metros; pero dos paredes enteras, desde el suelo hasta el techo, estaban llenas de miles de libros y cientos de ejemplares de distintas revistas de psicología.

Paul se sentó y puso los pies sobre uno de los escabeles.

No conocía el título del libro que su amigo estaba mirando, pero sabía que el noventa por ciento de aquellos libros trataban sobre Hitler, el nazismo y cualquier otra cosa que estuviese relacionada remotamente con aquella pesadilla político-filosófica. Hacía treinta y dos años que el interés de Sam por esta cuestión era constante.

En abril de 1945, como miembro de una unidad de espionaje norteamericana, Sam entró en Berlín menos de veinticuatro horas después de la entrada de las tropas aliadas. Le impresionó la envergadura de la destrucción. Además de la ruina causada por los bombarderos, por los morteros y por la artillería de los tanques aliados, estaba el daño directamente atribuible a la política arrasadora del *Führer*. En los últimos días de la guerra, aquel loco había decretado que los vencedores no debían apoderarse de nada de valor, que Alemania tenía que convertirse en una llanura estéril de escombros, que ni siquiera una casa había de quedar en pie para caer bajo la dominación extranjera. Naturalmente, la mayor parte de los alemanes no estaban preparados para olvidar esta última fase; aunque muchos sí lo estuviesen. Sam tuvo la impresión de que los alemanes que veía en las devastadas calles no eran meramente supervivientes de la guerra, sino también del frenético suicidio de toda una nación.

El ocho de mayo de 1945 fue transferido a una unidad de espionaje que recogía datos sobre los campos de exterminio nazis. Cuando toda la historia del holocausto salió a la luz, cuando se descubrió que millones de hombres, mujeres y niños habían pasado por las cámaras de gas y que otros cientos de miles habían sido fusilados y enterrados en fosas, Sam Edison, un joven montañés de Maine, no encontró nada en el ámbito de su experiencia que explicase un horror tan alucinante. ¿Por qué tantísimas personas,

antes racionales y básicamente buenas, habían puesto en práctica las espantosas fantasías de un hombre evidentemente lunático y de un montón de subordinados locos? ¿Por qué uno de los ejércitos más profesionales del mundo se había deshonrado al combatir para proteger a los asesinos de las SS? ¿Por qué millones de personas no habían protestado contra los campos de concentración y las cámaras de gas? ¿Qué sabía Adolf Hitler sobre psicología de masas que le había ayudado a lograr aquel poder absoluto? Los datos respecto a la ruina de las ciudades alemanas y a los campos de exterminio despertaban todas esas preguntas, pero no proporcionaban respuesta alguna.

Le enviaron de nuevo a Estados Unidos y fue licenciado del servicio en octubre de 1945; y, tan pronto llegó a casa, empezó a comprar libros sobre Hitler, sobre los nazis y sobre la guerra. Leyó todo aquello que consideró de valor y que pudo encontrar. Le resultaban válidos los fragmentos y los retazos de explicaciones, teorías y argumentos. Pero se le escapaba la respuesta completa que buscaba; por consiguiente, extendió su campo de estudio y empezó a coleccionar libros sobre totalitarismo, militarismo, juegos de guerra, estrategias militares, historia alemana, filosofía alemana, fanatismo, racismo, paranoia, psicología de masas, modificación del comportamiento y control de la mente. Su creciente fascinación por Hitler no tenía sus raíces en una curiosidad morbosa; por el contrario, su origen radicaba en una aprensiva certeza de que los alemanes no eran únicos en absoluto y que sus propios vecinos de Maine, en unas circunstancias concretas, serían capaces de cometer las mismas atrocidades.

Sam cerró de repente el libro que había estado hojeando en los últimos minutos y lo repuso en la estantería.

—Maldita sea, sé que están por aquí en alguna parte.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Paul desde el sillón.

Con la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha, Sam seguía leyendo los títulos en los lomos.

—Tenemos un sociólogo que está haciendo investigaciones en el pueblo. Sé que tengo algunos de sus artículos en mi colección, pero no puedo encontrarlos.

—¿Sociólogo? ¿Qué tipo de investigaciones?

—No lo sé exactamente. Ha venido a la tienda esta mañana temprano y me ha hecho un montón de preguntas. Me ha dicho que es sociólogo, que viene de Washington y que está haciendo un estudio de Black River. Dice que ha alquilado un cuarto en la pensión de Pauline Vicker y que estará aquí unas tres semanas. En su opinión, Black River es muy especial.

—¿En qué sentido?

—Por una cosa: es un pueblo próspero, creado a partir de una empresa en una época en que se supone que este tipo de pueblos ha caído en desuso o ha desaparecido. Y, como estamos geográficamente aislados, le resultará más fácil analizar los efectos de la televisión en nuestros esquemas sociales. Uy, tenía como mínimo media docena de buenos motivos por los que somos un material apropiado para investigaciones sociológicas; pero no creo que tenga intención alguna de explicar su tesis principal, sea lo que sea lo que esté intentando probar o no probar.

Cogió otro libro de la estantería, lo abrió por el índice, volvió a cerrarlo casi inmediatamente y lo colocó de nuevo donde estaba.

—¿Cómo se llama?

—Se ha presentado como Albert Deighton —contestó Sam—. El nombre no me suena, pero su rostro sí. Es un hombre de aspecto sumiso, labios finos, con entradas. Usa gafas de cristales tan gruesos como los lentes de un telescopio, y son las gafas lo que hace que sus ojos parezcan que están mirando desde fuera del rostro. Sé que he visto su fotografía varias veces en libros o en revistas, junto a los artículos que ha escrito. —Suspiró y se volvió de las estanterías de libros por primera vez desde que Paul había entrado en la habitación. Se alisó la blanca barba con una mano—. Podría pasarme toda la tarde rebuscando entre estos libros. Pero tú

quieres que vuelva abajo al mostrador para que puedas llevar a mi hija al elegante e incomparable café de Ultman a comer.

—Jenny me ha dicho que ya no hay gripe en el pueblo —comentó Paul, sonriendo—, así que lo peor que nos puede pasar en Ultman es que nos intoxiquemos con la comida.

—¿Y los niños?

—Mark pasará la tarde con el hijo de Bob Thorp. Lo han invitado a comer, y se pasará todo el tiempo mirando a Emma.

—¿Todavía está loco por ella?

—Él cree que está enamorado, pero nunca lo admitirá.

Las facciones marcadas del rostro de Sam se suavizaron con una sonrisa.

—¿Y Rya?

—Emma la ha invitado también; pero, si no te importa, ella preferiría quedarse contigo.

—¿Importarme? No digas tonterías.

Mientras se levantaba del sillón, Paul dijo:

—¿Por qué no la pones a trabajar después de comer? Podría venir aquí y escudriñar los libros hasta que encuentre el nombre de Deighton en algún índice.

—¡Qué trabajo más aburrido para una niña tan inquieta!

—Rya no se aburrirá. Es lo suyo, le gusta trabajar con libros; y estará encantada de hacerte un favor.

Sam vaciló; luego, se encogió de hombros.

—Tal vez se lo pida. Cuando haya leído lo que ha escrito Deighton, sabré dónde radica su interés y tendré una idea más clara de lo que está tramando ahora. Ya me conoces, soy terriblemente curioso. Cuando una abeja se mete en mi gorra, no paro hasta descubrir si es una obrera, un zángano, una reina o tal vez incluso una avispa.

El café de Ultman estaba en la esquina sureste de la plaza del pueblo, a la sombra de un par de enormes robles oscuros. El restaurante tenía veinticuatro metros de longitud y una estructura de aluminio y de cristal que pretendía remedar un antiguo vagón de pasajeros. Contaba con una estrecha fila de ventanas que abarcaba tres lados; y, añadido a la fachada, un vestíbulo estropeaba el efecto de vagón del ferrocarril.

Dentro, junto a las ventanas, había unos compartimentos tapizados de plástico azul. Sobre cada una de las mesas, un cenicero, un azucarero cilíndrico de cristal, un salero, un pimentero, un servilletero y un selector para el tocadiscos automático. Un pasillo separaba los compartimentos de la barra, que ocupaba la longitud del restaurante.

Ogden Salsbury se encontraba en el compartimiento del rincón, al extremo norte del local. Bebía una segunda taza de café y observaba a los demás clientes.

Eran las dos menos diez de la tarde; ya había pasado la hora punta de la comida. El restaurante estaba casi vacío. En un compartimento cercano a la puerta, una pareja de cierta edad leía el periódico semanal, comía carne asada con patatas fritas y charlaba en tono bajo sobre política. El jefe de policía, Bob Thorp, estaba en un taburete de la barra, terminando de comer y bromeando con una camarera de pelo canoso llamada Bess. En el extremo de la sala, en el otro rincón, Jenny Edison estaba acompañada por un atractivo hombre que tendría entre treinta y cinco y cuarenta años; Salsbury no lo conocía, pero supuso que trabajaba en la fábrica o en la explotación forestal.

De estos cinco clientes, Jenny era quien más interesaba a Salsbury. Unas horas antes, cuando habló con el doctor Troutman, se enteró de que ni Jenny ni su padre habían sufrido los escalofríos nocturnos. No le preocupaba el hecho de que unos cuantos niños

hubieran escapado también de ellos; el efecto de los mensajes subliminales era, en parte, directamente proporcional a la capacidad de leer y escribir de los sujetos, por lo que ya había previsto que no influirían en algunos niños. Pero Sam y Jenny eran adultos y no tenían por qué haber salido indemnes.

Era posible que no hubiesen consumido la droga. Si esto era cierto, no habían bebido agua del circuito del pueblo ni habían hecho cubitos ni cocinado con ella. Supuso que esto era mínimamente posible. Mínimamente. No obstante, la droga había sido también introducida en catorce productos de un mayorista de Bangor antes de ser enviados a Black River, y le costaba creer que hubiesen tenido la suerte de evitar, por casualidad, todas esas sustancias contaminadas.

Existía una segunda posibilidad. Era concebible, si bien muy improbable, que los Edison sí hubiesen tomado la droga, pero que no hubieran estado en contacto con ninguno de los sofisticados programas subliminales que se habían diseñado minuciosamente para el experimento de Black River y que habían inundado el pueblo a través de los medios de comunicación, tanto impresos como electrónicos, durante siete días.

Salsbury estaba casi seguro de que ninguna de estas explicaciones era la correcta y de que la verdad era a la vez compleja y técnica. Ni siquiera las drogas más benignas tenían un efecto benigno en todas las personas; se podía contar con que todas las drogas causaban enfermedad o muerte al menos a un número muy reducido de las personas que las tomaban. Por otra parte, con casi todas las drogas había algunas personas, otro grupo extremadamente pequeño, en los que el efecto era mínimo o incluso nulo debido a diferencias en el metabolismo, a variaciones en la química corporal y a factores desconocidos. Lo más probable era que Jenny y Sam Edison hubiesen tomado la sustancia subliminal en el agua o en la comida, pero que no les hubiera afectado —en absoluto, o no en la medida en que debiera haberlo hecho— y que,

por consiguiente, los mensajes subliminales no les hubiesen afectado por no estar preparados para ellos.

Con el tiempo tendría que someterlos a ambos a una serie de exámenes y de análisis en una clínica completamente equipada, en la esperanza de poder encontrar la razón de su insensibilidad a la droga. Pero esto podía esperar. Durante las tres semanas siguientes estudiaría y tomaría nota de los efectos que la droga y los mensajes subliminales producían en los otros habitantes de Black River.

Si bien Salsbury estaba más interesado por Jenny que por cualquiera de los otros clientes, la mayor parte del tiempo su atención se centraba en la más joven de las dos camareras de Ultman. Una era morena delgada y grácil, con ojos oscuros y un cutis color miel. Tendría unos veinticinco años; y poseía una sonrisa cautivadora y una voz sonora y gutural, perfecta para la intimidad del dormitorio. Para Salsbury, todos sus movimientos estaban llenos de insinuaciones sexuales y claramente incitaban a la violación.

Sin embargo, lo más importante era que la camarera le recordaba a Miriam, la mujer de la que se había divorciado veintisiete años atrás. Al igual que Miriam, tenía unos pechos pequeños y subidos, y unas piernas muy bonitas y flexibles. Su voz gutural le recordaba a la de Miriam. Y caminaba como Miriam: una gracia natural en cada paso, haciendo girar inconsciente y sinuosamente las caderas; cosa que a él le cortaba la respiración.

La deseaba.

Pero no la haría suya porque le recordaba demasiado a Miriam; le recordaba las frustraciones, la rabia y las desilusiones de aquellos cinco horribles años de matrimonio. La joven despertaba su lujuria, pero despertaba también su, en cierto modo, reprimido y por largo tiempo alimentado odio a Miriam y, por extensión, a las mujeres en general. Sabía que en el acto sexual, cuando la penetrase y empezase a moverse, el parecido de la muchacha con Miriam le dejaría impotente.

Cuando la muchacha le llevó la cuenta de la comida y exhibió aquella radiante sonrisa que a él había empezado a parecerle altanera y superior, dijo:

—Yo soy la llave.

Corría un riesgo innecesario que ni siquiera él podía permitirse. Hasta que no estuviese seguro de que todas las personas del pueblo, aparte de los Edison y de un grupo de niños, estaban debidamente programadas, debía limitar el uso de la frase de dominio a conversaciones telefónicas, como con Troutman, y a situaciones donde estuviese a solas con el sujeto y libre del temor de ser interrumpidos. Sólo después de tres semanas de observación y de contacto individual podría empezar a dar por sentado que no existía riesgo; y ahora, en cierto sentido, estaba un poco molesto por estar comportándose de forma irresponsable en su primer día de estancia en el pueblo. No le importaba si el poder absoluto lo corrompía absolutamente; lo que no hacía es volverle imprudente o demasiado confiado. Por otra parte, mientras siguieran hablando en voz baja, había pocas probabilidades de que los oyesen. La pareja mayor del compartimiento junto a la puerta eran los que estaban más cerca de Salsbury, y eso era a media sala de distancia. Además, fuese o no un riesgo innecesario, no podía resistir la tentación de dominar a aquella mujer. Las emociones habían desbocado su razón y le arrastraban con ellas.

—Yo soy la cerradura —dijo ella.

—Habla en voz baja.

—Sí, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Alice.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—Eres preciosa.

La joven no dijo nada.

—Sonríeme, Alice.

Le sonrió. No parecía aturdida en absoluto. Ni siquiera sus grandes y oscuros ojos daban señales de estar en trance. Además, obedecía sin titubear.

—Tienes un cuerpo precioso.

—Gracias.

—¿Te gusta el sexo?

—Sí.

—¿Te gusta mucho?

—Sí, me gusta.

—Cuando estás en la cama con un hombre, ¿hay algo que no le dejas hacer?

—Sí. El griego.

—¿No le dejas hacer que te sodomice?

La muchacha se sonrojó.

—No. Eso no me gusta.

—Si yo te deseara, podría tenerte.

Le miró y no dijo nada.

—¿Podría?

—Sí.

—Si yo quisiera, podría hacerte mía ahora mismo, aquí, sobre esta mesa.

—Sí.

—Si quisiera sodomizarte podría hacerlo.

Ella se resistió a la idea, pero aceptó finalmente.

—¿Es eso lo que quiere?

—Si quisiera, podría hacerlo. Tú me dejarías.

—Sí.

Ahora fue él quien sonrió. Miró a su alrededor. Nadie los miraba, nadie los había oído.

—¿Estás casada, Alice?

—No, divorciada.

—¿Por qué te divorciaste?

—Era incapaz de conservar un trabajo.

—¿Tu marido?

—Sí.

—¿Era bueno en la cama?

—No mucho.

Era más parecida a Miriam de lo que había pensado.

Después de todos aquellos años, todavía recordaba lo que le dijo Miriam el día que ella se marchó. «No sólo eres malo en la cama, Ogden, eres fatal. Y no tienes ninguna predisposición a aprender. Pero ya sabes que podría vivir así si hubiera compensaciones. Si tuvieses dinero y pudieses comprarme cosas, tal vez podría vivir con tu torpe forma de hacer el amor. Cuando acepté casarme contigo, pensé que ibas a ganar mucho dinero. ¡Dios santo, eras el primero de la clase en Harvard! Cuando terminaste tu doctorado, todo el mundo quería contratarte. Si hubieses tenido alguna ambición, habrías llenado tus manos de dinero. ¿Lo sabes, Ogden? Creo que eres tan inepto y carente de imaginación en tus investigaciones como lo eres en la cama. Nunca llegarás a ninguna parte, pero yo sí. Me voy». Qué perra era. Sólo el hecho de pensar en ella le hizo empezar a temblar y a transpirar.

Alice le estaba sonriendo.

—Deja de sonreír —ordenó en voz baja—. No me gusta.

Le obedeció sin decir nada.

—¿Qué soy yo, Alice?

—Usted es la llave.

—¿Y tú qué eres?

—La cerradura.

—Ahora que te he abierto, harás cualquier cosa que yo te ordene, ¿es así?

—Sí.

Sacó de la cartera tres billetes de un dólar y los puso sobre la cuenta de la comida.

—Voy a probarte, Alice. Quiero comprobar si eres obediente de verdad.

La muchacha esperó dócilmente.

—Cuando te alejes de esta mesa, llevarás la cuenta y el dinero a la caja registradora, marcarás el importe y te guardarás la propina, lo que quede de los tres dólares. ¿Está claro?

—Sí.

—Luego, irás a la cocina. ¿Hay alguien allí?

—No. Randy se ha ido al banco.

—Randy Ultman.

—Sí.

—Está bien. Cuando llegues a la cocina, cogerás un tenedor de carne, uno de esos tenedores grandes de dos puntas. ¿Hay alguno de esos en la cocina?

—Sí, varios.

—Pues tomas uno de ellos y te pinchas con él; te atravesarás toda la mano izquierda.

Ella ni siquiera parpadeó.

—¿Has comprendido, Alice?

—Sí. He comprendido.

—Cuando te alejes de esta mesa, te olvidarás de todo lo que nos hemos dicho el uno al otro. ¿Comprendido?

—Sí.

—Cuando te atravieses la mano con el tenedor, pensarás que es un accidente. Un accidente fortuito, ¿comprendido?

—Claro, un accidente.

—Márchate, pues.

La chica se volvió y se dirigió a la puertecita que daba acceso al interior de la barra, meneando provocativamente sus flexibles caderas.

Cuando llegó a la caja registradora y empezó a marcar el importe, Salsbury se deslizó fuera del compartimiento y se encaminó hacia la salida.

La joven dejó caer la propina en un bolsillo de su uniforme, cerró la caja registradora y fue a la cocina.

En la entrada del local, Salsbury se detuvo y metió una moneda de 25 centavos en la máquina de periódicos.

Bob Thorp lanzó una sonora carcajada ante algún chiste, y la camarera llamada Bess se rió tontamente como una jovencita.

Salsbury sacó un ejemplar del *Black River Bulletin* de la estantería metálica, lo dobló, se lo puso bajo el brazo y abrió la puerta del vestíbulo. Cruzó el umbral y empezó a cerrar la puerta detrás de él, mientras pensaba: «¡Adelante, perra, adelante!». El corazón le latía aceleradamente y se sentía ligeramente mareado.

Alice empezó a gritar.

Salsbury, sonriendo, cerró la primera puerta, empujó la puerta exterior, bajó los escalones y se puso a caminar por Main Street hacia el este, como si fuera ajeno al alboroto del café.

El día era luminoso y cálido. En el cielo no había nubes.

Jamás había sido tan feliz.

Paul pasó rozando el hombro de Bob Thorp y se precipitó a la cocina.

La joven camarera estaba de pie ante un mostrador que había entre dos congeladores verticales. Tenía la mano izquierda con la palma hacia abajo sobre una madera para cortar. Agarraba con la mano derecha un tenedor de carne de unos cuarenta y cinco centímetros.

Parecía que las dos puntas afiladísimas le habían atravesado la mano izquierda y se habían clavado en la madera. La sangre manchaba su uniforme azul pálido, brillaba en la madera de cortar y se deslizaba por el borde del mostrador de fórmica. La chica gritaba, luchaba por respirar entre los gritos, temblaba, intentaba arrancar el tenedor.

Paul se volvió hacia Bob Thorp, que estaba paralizado en el dintel de la puerta, y dijo:

—Ve a buscar al doctor Troutman.

No hizo falta repetírselo, Thorp se fue corriendo.

—Suelte el tenedor —le instó Paul, después de sujetarle la mano derecha—, quiero que suelte el tenedor. Se está haciendo todavía más daño.

Ella levantó la cabeza y lo miró sin verlo. Su rostro, bajo la tez oscura, aparecía lívido; era evidente que se encontraba bajo una conmoción. No podía dejar de gritar y, probablemente, ni siquiera sabía que le habían hablado.

Paul tuvo que arrancarle los dedos del mango del tenedor.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Jenny a su lado.

—Sujétala. No dejes que coja el tenedor.

Jenny asió la muñeca derecha de la mujer.

—Creo que me voy a marear —le advirtió.

Paul no la habría culpado de haber sido así. En la reducida cocina del restaurante, con el techo bajo a sólo unos centímetros de sus cabezas, los gritos eran ensordecedores. La vista de aquella mano delgada con el tenedor clavado en ella era espantosa, cosa de pesadilla. El aire estaba cargado de los rancios olores del jamón cocido, de la carne asada, de las cebollas fritas, de la grasa… y del fresco y metálico hedor de la sangre. Era suficiente para producir náuseas a cualquiera. Pero lo que dijo fue:

—No vas a marearte, eres una mujer fuerte.

Jenny se mordió el labio inferior y asintió con una inclinación de cabeza.

Con rapidez, como si estuviese preparado, como si hubiese esperado precisamente aquella emergencia, Paul tomó de un colgador un trapo de cocina y lo rompió en dos trozos. Dejó uno de ellos a un lado, y con el otro y una larga cuchara de madera, fabricó un torniquete en el brazo izquierdo de la camarera. Hizo girar la cuchara con la mano derecha y cubrió el mango del tenedor con la izquierda.

—Ven aquí y sujeta el torniquete —le ordenó a Jenny.

Apenas la camarera se vio con la mano derecha libre, intentó agarrar el mango del tenedor. Arañó el puño de Paul.

Jenny sujetó la cuchara.

Paul apretó la mano herida de la camarera hacia abajo, tiró del tenedor, que tal vez estuviera clavado unos dos centímetros en la madera, y extrajo de la mano las puntas con un rápido y hábil movimiento. Dejó caer el tenedor y deslizó un brazo alrededor de la cintura de la muchacha para impedir que se cayese. Se le estaban doblando las rodillas, que es lo que él había supuesto que ocurriría.

—Debe dolerle una barbaridad —observó Jenny, cuando Paul tumbaba a Alice en el suelo.

Estas palabras parecieron acabar con el terror de la camarera. Dejó de gritar y empezó a llorar.

—No entiendo cómo se lo ha hecho —comentó Paul mientras se inclinaba sobre ella—. Se ha atravesado la mano con el tenedor con una fuerza increíble. Estaba clavada a la tabla de madera.

—Un accidente —dijo la camarera, llorando y temblando. Gritó sofocadamente, gimió y sacudió la cabeza—. Un terrible… accidente.

Capítulo 6

Catorce meses antes:
Jueves, 10 de junio de 1976

El hombre muerto estaba desnudo y tumbado boca arriba en el centro de la mesa de las autopsias, algo inclinada y rodeada de canalones para la sangre.

—¿Quién era? —preguntó Klinger.

—Trabajaba para Leonard —contestó Salsbury.

La habitación donde se hallaban los tres hombres sólo estaba iluminada en el centro por dos lámparas situadas sobre la mesa de autopsias. Junto a las paredes había mesas con ordenadores, tableros de mando y monitores; y las diminutas bombillas de los sistemas y el brillo de los diferentes campos de aplicación formaban fantasmagóricas manchas de luz verde, azul, amarilla y rojo pálido en las sombras del entorno. Había nueve pantallas de tubos de rayos catódicos instaladas en la parte alta de las paredes, y colgadas del techo, otras cuatro; todas ellas emitían una luz verde azulada.

En medio de este misterioso resplandor, el cadáver parecía menos un cuerpo real que un ahorcado en una película de terror.

—Se llamaba Brian Kingman —informó Dawson, sombrío, casi reverente—. Formaba parte de mi equipo personal.

—¿Desde hacía mucho tiempo? —preguntó Klinger.

—Cinco años.

El hombre muerto tenía casi treinta años y su condición física había sido buena. Ahora, tras haber cesado de circular la sangre siete horas antes, había aparecido la lividez; la sangre estaba asentada en las pantorrillas, en la parte posterior de los muslos, en las nalgas y en la parte baja de la espalda; puntos en los que la carne se había vuelto de color púrpura y se encontraba un poco hinchada. El rostro estaba blanco y arrugado. Las manos las tenía estiradas a los costados, con las palmas hacia arriba y los dedos crispados.

—¿Estaba casado? —preguntó Klinger.

Dawson negó con la cabeza.

—¿Tenía familia?

—Los abuelos, muertos. Ni hermanos ni hermanas. Su madre murió al nacer él y su padre, en un accidente de coche el año pasado.

—¿Tías y tíos?

—Ninguno cercano.

—¿Amigas?

—Ninguna que supusiese una relación seria, ni para él ni para ellas. Por eso lo escogimos. En caso de desaparecer, nadie perdería mucho tiempo ni energía buscándolo.

Klinger reflexionó unos segundos; luego, añadió:

—¿Contabais con que el experimento lo mataría?

—Sabíamos que existía esa posibilidad —admitió Ogden.

—No os equivocasteis —señaló Klinger, con una sonrisa siniestra.

A Salsbury le molestó algo que advirtió en el tono del general.

—Tú conocías los riesgos cuando te uniste a Leonard y a mí.

—Naturalmente que los conocía.

—En ese caso, no te comportes como si la muerte de Kingman fuese solamente responsabilidad mía. Es culpa de los tres.

—Ogden, me has interpretado mal —gruñó el general, con el ceño fruncido—. No considero que Leonard y tú tengáis la culpa de

nada. Este hombre era una máquina que se ha roto, nada más; podremos conseguir otra máquina. Eres demasiado susceptible, Ogden.

—Pobre muchacho —terció Dawson, mientras miraba tristemente al cadáver—. Habría hecho cualquier cosa por mí.

—Y así ha sido —sentenció el general. Miró pensativamente al hombre muerto—. Leonard, hay seis criados en la casa, ¿sabía alguno de ellos que Kingman estaba aquí?

—Es bastante improbable. Lo hemos traído en el más absoluto secreto.

Trece meses antes, aquel ala de la casa de Greenwich había sido aislada de las otras veinte habitaciones. Se la proveyó de una entrada privada y se cambiaron todas las cerraduras. Se dijo a los criados que una filial de Futurex estaba realizando allí experimentos, ninguno de ellos peligroso, y que había que tomar precauciones de seguridad para proteger del espionaje industrial los archivos y los descubrimientos.

—¿Sigue el personal sintiendo curiosidad por lo que se hace aquí? —se interesó Klinger.

—No —respondió Dawson—. Hasta donde ellos han visto, aquí no ha ocurrido nada en todo el año pasado. El ala separada ha perdido su misterio.

—En ese caso, creo que podemos enterrar a Kingman en la propiedad sin demasiado riesgo —decidió Klinger. Se volvió hacia Salsbury—. ¿Qué pasó? ¿Cómo murió?

Salsbury se sentó en un taburete alto y blanco, a la cabeza de la mesa, apoyó los talones sobre uno de los travesaños y les habló por encima del cadáver.

—Trajimos a Kingman por primera vez a principios de febrero. Él pensaba que nos estaba ayudando en cierta investigación sociológica que tenía importantes aplicaciones comerciales para Futurex. Después de cuarenta horas de sesiones de preguntas, yo sabía de él todo lo que quería saber sobre sus gustos, aversiones,

prejuicios, rasgos de carácter, deseos y procesos mentales básicos. Posteriormente, a finales de febrero, repasé las transcripciones de estas sesiones y seleccioné cinco puntos fundamentales, cinco opiniones y/o actitudes de Kingman que intentaría cambiar mediante una serie de factores subliminales.

Eligió tres factores simples y dos complejos. Kingman sentía pasión por los bombones de chocolate, por los pasteles de chocolate, por el chocolate en todas sus formas; y Salsbury quería que llegase a sentir asco la primera vez que lo probase. No podía ni tenía intención de comer brécoles; pero Salsbury quería que acabasen gustándole. Kingman sentía un miedo profundo hacia los perros; un intento de transformar este temor en afecto constituía el tercero de los factores simples. Los dos restantes puntos suponían para Salsbury un riesgo mucho mayor de fracaso, pues para tratarlos debería diseñar unas órdenes subliminales que penetrasen profundamente en la mente de Kingman. En primer lugar, Kingman era ateo, un hecho que había ocultado hábilmente a Dawson durante cinco años. En segundo lugar, tenía grandes prejuicios contra las personas de color. Convertirlo en un amante de Dios y en un defensor de la causa negra sería mucho más difícil que transformar en aborrecimiento su gusto por el chocolate.

Salsbury completó el programa subliminal en la segunda semana de abril.

Llevaron de nuevo a Kingman a la casa de Greenwich el 15 de ese mes; oficialmente, para que participase en una investigación sociológica adicional para Futurex. Aunque él no se enteró, ingirió la sustancia subliminal, la droga, el 15 de abril. Salsbury lo puso bajo estrecha observación médica y le estuvo haciendo pruebas durante tres días, pero no encontró indicios de un estado tóxico temporal, de daños permanentes en los tejidos, de cambios en la química sanguínea, de lesiones psicológicas notables o de cualquier otro efecto secundario degradante atribuible a la droga.

Al cabo de esos tres días, el 19 de abril, todavía en excelente estado de salud, Kingman participó en lo que él creía que era un experimento de percepción visual. Vio dos largometrajes en una tarde y, al final de cada película, se le pidió que contestase a cien preguntas relacionadas con lo que acababa de ver. Las respuestas carecían de importancia, y fueron archivadas sólo porque Salsbury archivaba habitualmente todo pedazo de papel del laboratorio. De hecho, el experimento tenía únicamente un objetivo: mientras Kingman veía las películas, también asimilaba inconscientemente tres horas de programación subliminal destinadas a cambiar cinco de sus actitudes.

Los acontecimientos del día siguiente, 20 de abril, demostraron la eficacia de la droga y del programa subliminal de Salsbury. En el desayuno, Kingman intentó comer una rosquilla de chocolate, arrojó de la boca el primer mordisco, se excusó y se levantó rápidamente de la mesa. Fue al lavabo más cercano y vomitó. Durante la comida se tomó cuatro raciones de brécol con salsa de mantequilla como acompañamiento de las chuletas de cerdo. Aquella tarde, cuando Dawson lo llevó a dar una vuelta por la finca, Kingman se pasó unos quince minutos jugando con varios de los perros guardianes que había en la perrera. Después de cenar, cuando Ogden y Dawson empezaron a hablar sobre los continuados esfuerzos de integración racial en las escuelas públicas del norte, Kingman pretendió ser un liberal de toda la vida, un ardiente defensor de la igualdad de derechos. Y, finalmente, ajeno a las dos cámaras de vídeo que supervisaban su dormitorio del ala aislada, rezó sus oraciones antes de dormirse.

—¡Tenías que haberlo visto, Ernst! —le contó Dawson a Klinger, con una sonrisa de puro contento, cuando estaban de pie junto al cadáver—. Fue muy alentador. Ogden cogió a un ateo, a un alma condenada a quemarse en el infierno, y lo convirtió en un fiel discípulo de Jesús. ¡Y todo en un solo día!

Salsbury se sentía incómodo. Se removió en el taburete. Ignoró a Dawson y, mirando al general en medio de la frente, continuó hablando.

—Kingman se marchó de aquí el 21 de abril. Me puse a trabajar inmediatamente en la preparación de la última serie de subliminales, ésa sobre la que nosotros tres hemos discutido cientos de veces; el programa que me proporcionaría un control total y permanente de la mente de las personas mediante el uso de una frase clave. Terminé el cinco de junio. Volvimos a traer a Kingman aquí el día ocho, hace dos días.

—¿Se mostró suspicaz? —preguntó Klinger—. ¿O estaba molesto por todos esos viajes que tenía que hacer?

—Todo lo contrario —le aclaró Dawson—. Estaba encantado de que yo lo estuviese usando para un proyecto tan especial, a pesar de que no sabía exactamente de qué se trataba. Veía en ello un signo de mi confianza en él. Además, pensaba que si se mostraba disponible para el trabajo de Ogden, sería promocionado mucho antes que por la vía normal. Esta actitud no se sale de lo común, la he visto en todos los jóvenes ejecutivos ambiciosos y en todos los aspirantes a un puesto directivo.

Cansado de permanecer en pie, el general se acercó a la consola de la computadora más cercana, apartó del teclado la silla y se sentó. Estaba casi por completo en la penumbra. La luz verde de una pantalla le bañaba el hombro derecho y la misma parte de su rostro brutal. Parecía un duende.

—De acuerdo. Disteis por finalizado el programa el día cinco. Kingman volvió aquí el ocho. Le suministrasteis la sustancia…

—No —le interrumpió Salsbury—. Una vez se ha administrado la droga a un sujeto, no es necesario repetir la dosis, ni siquiera años después. Cuando llegó Kingman, empecé inmediatamente con el programa subliminal. Le pasé dos películas durante la tarde. Por la noche, la noche de anteayer, tuvo un mal sueño. Se despertó

sudando, temblando, aturdido, con escalofríos y con náuseas. Le costaba respirar. Vomitó junto a la cama.

—¿Tenía fiebre? —se interesó Klinger.

—No.

—¿Crees que tuvo una reacción retardada a la droga… un mes y medio después?

—Es posible —dijo Salsbury. Pero estaba claro que no era eso lo que pensaba. Se levantó del taburete, se dirigió a su escritorio, situado en un rincón oscuro de la estancia, y regresó con unas hojas de ordenador impresas—. Esto es un registro de las pautas de sueño de Kingman entre la una y las tres de la madrugada. Es el lapsus crucial. —Se lo entregó a Dawson—. Ayer, le mostré a Kingman otras dos películas; así se completaba el programa. Esta noche pasada…, ha muerto en la cama.

El general se reunió con Dawson y con Salsbury bajo el óvalo de luz de la mesa de autopsias y empezó a leer la hoja de casi dos metros de papel continuo.

RESUMEN PARCIAL
PROGRAMA DE SUPERVISIÓN MÉDICA:
BK/OB REP 14
REGISTRADO: 10/6/76
ESTA IMPRESIÓN: 10/6/76
IMPRESIÓN

HORAS	MIN	SEG	LECTURA		
0100	00	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0100	01	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0100	02	00	ELECTRO-FASE	4	SUEÑO
0100	03	00	ELECTRO-FASE	4	SUEÑO
0100	04	00	ELECTRO-FASE	4	SUEÑO

—¿Tenías a Kingman enganchado a un montón de máquinas mientras dormía? —se asombró Klinger.

—Casi todas las noches que pasó aquí, desde un principio —admitió Salsbury—. Las primeras veces, en realidad, no había razón

para ello; pero con el tiempo hube de someterlo a una estrecha vigilancia, estaba acostumbrado a las máquinas y había aprendido a dormir enredado con todos esos cables.

—No sé interpretar lo que estoy leyendo aquí —reconoció el general, a la vez que señalaba las hojas impresas.

—A mí me pasa lo mismo —le secundó Dawson.

Salsbury reprimió una sonrisa. Unos meses atrás había llegado a la conclusión de que su mejor defensa contra aquellos dos tiburones era su instrucción altamente especializada. Jamás desperdiciaba una ocasión para ponerla de manifiesto; y para que les quedase bien grabado en la mente que, si lo despachaban, ninguno de ellos podría llevar a cabo la investigación y el posterior desarrollo, o solucionar una inesperada crisis científica una vez la investigación y el desarrollo hubiesen llegado a su fin.

—La cuarta fase del sueño es la más profunda —explicó a la vez que señalaba las primeras líneas del papel continuo—. Tiende a producirse en las primeras horas del sueño. Kingman se iba a la cama a medianoche y se dormía a la una menos veinte. Como podéis ver, llegaba al cuarto nivel veinte minutos después.

—¿Dónde está la importancia de esto? —preguntó Dawson.

—El cuarto nivel se parece más a un coma que cualquiera de las otras fases del sueño. El electroencefalograma muestra unas largas ondas irregulares de unos pocos ciclos por segundo. No hay movimiento corporal por parte del durmiente. Es en la cuarta fase, estando la mente exterior virtualmente en coma y con toda la entrada sensorial bien cerrada, cuando la mente interior se convierte en la verdadera parte operativa del cerebro. Recordad que, a diferencia de la mente consciente, la interior nunca duerme. Pero, como no se produce ninguna entrada sensorial, el subconsciente no puede hacer otra cosa durante la cuarta fase del sueño que trabajar consigo mismo. En aquellos momentos, el subconsciente de Kingman tenía sólo una cosa con la que trabajar.

—El programa llave-cerradura que le implantaste ayer y anteayer —supuso el general.

—Así es. Y mirad aquí, más abajo.

0100	08	00	ELECTRO-FASE	4	SUEÑO
0100	09	00	ELECTRO-FASE	4	SUEÑO
0100	10	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0100	11	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM

—Durante toda la noche, subimos y bajamos, volvemos a subir y a bajar a lo largo de las distintas fases del sueño —continuó Salsbury—. Casi sin excepción, nos sumergimos en el sueño profundo paulatinamente y salimos de él también por etapas, y pasamos un tiempo en cada nivel. Sin embargo, en este caso, Kingman pasó directamente del sueño profundo al sueño ligero; como si algún ruido en el dormitorio lo hubiese sobresaltado.

—¿Se produjo algún ruido? —quiso saber Dawson.

—No.

—¿Qué es REM? —preguntó Klinger.

—Significa que se produce un rápido movimiento de ojos bajo los párpados. Es una indicación muy fehaciente de que Kingman estaba soñando en la primera fase.

—¿Soñando? —se extrañó Dawson—. ¿Soñando qué?

—No hay forma de saberlo.

El general, a pesar de estar recién afeitado, se rascó la sombra de una incipiente barba en su tosca barbilla.

—Pero tú crees que este sueño lo causó su subconsciente, que daba vueltas a la implantación llave-cerradura.

—Sí.

—Y que podía ser un sueño sobre el programa subliminal.

—Sí. No encuentro una explicación que tenga más sentido. Algo sobre el programa llave-cerradura conmocionó tanto su subconsciente que le impulsó directamente en el sueño.

—¿Una pesadilla?

—En este punto, sólo un sueño. Pero, durante las dos horas siguientes, sus pautas de sueño se volvieron más y más inusuales, más irregulares.

0100 12 00 ELECTRO-FASE 1 SUEÑO/REM
0100 13 00 ELECTRO-ONDAS ALFA
0100 14 00 ELECTRO-ONDAS ALFA

—La presencia de ondas alfa significa que estuvo despierto dos minutos. No completamente despierto, probablemente tenía todavía los ojos cerrados. Estaba suspendido en el borde del primer nivel de sueño.

—La pesadilla lo despertó —imaginó Klinger.

—Probablemente.

0100 15 00 ELECTRO-FASE 1 SUEÑO/REM
0100 16 00 ELECTRO-FASE 1 SUEÑO
0100 17 00 ELECTRO-FASE 1 SUEÑO
0100 18 00 ELECTRO-FASE 2 SUEÑO
0100 19 00 ELECTRO-FASE 2 SUEÑO
0100 20 00 ELECTRO-FASE 3 SUEÑO
0100 21 00 ELECTRO-FASE 3 SUEÑO
0100 22 00 ELECTRO-FASE 3 SUEÑO
0100 23 00 ELECTRO-FASE 3 SUEÑO
0100 24 00 ELECTRO-FASE 4 SUEÑO
0100 25 00 ELECTRO-FASE 4 SUEÑO
0100 26 00 ELECTRO-FASE 4 SUEÑO
0100 27 00 ELECTRO-FASE 4 SUEÑO
0100 28 00 ELECTRO-FASE 4 SUEÑO
0100 29 00 ELECTRO-FASE 4 SUEÑO
0100 30 00 ELECTRO-FASE 1 SUEÑO/REM

—La primera vez que se sumergió en el sueño profundo, permaneció en él ocho minutos —siguió explicando Salsbury—; en esta ocasión, sólo duró seis. Es el comienzo de una pauta interesante.

0100 31 00 ELECTRO-FASE 1 SUEÑO/REM

0100	32	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0100	33	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0100	34	00	ELECTRO-ONDAS ALFA		
0100	35	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0100	36	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0100	37	00	ELECTRO-FASE	2	SUEÑO
0100	38	00	ELECTRO-FASE	2	SUEÑO
0100	39	00	ELECTRO-FASE	2	SUEÑO
0100	40	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0100	41	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0100	42	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0100	43	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0100	44	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0100	45	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0100	46	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0100	47	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0100	48	00	ELECTRO-FASE	4	SUEÑO
0100	49	00	ELECTRO-FASE	4	SUEÑO
0100	50	00	ELECTRO-FASE	4	SUEÑO
0100	51	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM

—Esta vez, está en sueño profundo solamente tres minutos —observó Klinger—. El ciclo se está acelerando, por lo menos en la parte descendente.

—Pero ¿por qué? —se impacientó Dawson—. Aparentemente, Ernst lo comprende, pero yo no estoy muy seguro de entenderlo.

—Algo está sucediendo en su subconsciente durante el sueño profundo —le aclaró Salsbury—. Algo tan perturbador que le hace pasar súbitamente a la primera fase, sueño con sueños. Esta experiencia subconsciente, sea la que sea, se está volviendo más intensa o, si no es más intensa, significa que la capacidad del sujeto para soportarla está disminuyendo. Quizás ambas cosas. En cada ocasión, sólo es capaz de aguantarla en lapsos más cortos que la vez anterior.

—¿Quieres decir que siente dolor en la cuarta fase? —preguntó Dawson.

—El dolor es una condición de la carne —rechazó Salsbury—. Dolor no es precisamente la palabra adecuada para esta situación.

—¿Cuál es la palabra adecuada?

—Ansiedad, tal vez. O miedo.

0100	52	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0100	53	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0100	54	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0100	55	00	ELECTRO-ONDAS ALFA		
0100	56	00	ELECTRO-ONDAS ALFA		
0100	57	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0100	58	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0100	59	00	ELECTRO-FASE	2	SUEÑO/REM
0200	00	00	ELECTRO-FASE	2	SUEÑO
0200	01	00	ELECTRO-FASE	2	SUEÑO
0200	02	00	ELECTRO-FASE	2	SUEÑO
0200	03	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0200	04	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0200	05	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0200	06	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0200	07	00	ELECTRO-FASE	4	SUEÑO
0200	08	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM

—Esta vez un minuto —comprobó Klinger.

—Ahora está extremadamente agitado. —Salsbury hablaba como si el hombre estuviese todavía con vida—. La pauta se vuelve cada vez más inusual e irregular. A las dos y veinte, vuelve al tercer nivel. Mirad lo que ocurre después.

0200	20	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0200	21	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0200	22	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0200	23	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0200	24	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0200	25	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM

Klinger estaba tan fascinado por el registro de la desintegración de Kingman como habría podido estarlo ante el hecho real.

—¡Ni siquiera llegó al cuarto nivel antes de pasar de nuevo a la primera fase!

—¿Tan asombroso es eso? —quiso saber Dawson.

—Lo es. Su mente en estos momentos está furiosamente turbulenta; hasta el punto de no despertarlo. Y empeora.

0200	26	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0200	27	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0200	28	00	ELECTRO-ONDAS ALFA		
0200	29	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0200	30	00	ELECTRO-ONDAS ALFA		
0200	31	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0200	32	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0200	33	00	ELECTRO-FASE	2	SUEÑO
0200	34	00	ELECTRO-FASE	2	SUEÑO
0200	35	00	ELECTRO-FASE	2	SUEÑO
0200	36	00	ELECTRO-FASE	3	SUEÑO
0200	37	00	ELECTRO-ONDAS ALFA		

—A las dos horas y treinta y siete minutos se despertó sobresaltado, ¿no? —preguntó Dawson.

—Efectivamente —confirmó Salsbury—. No despierto del todo; pero más allá del primer nivel de sueño, en la zona de las ondas alfa. Veo que ya sabes interpretarlo.

0200	38	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0200	39	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0200	40	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0200	41	00	ELECTRO-ONDAS ALFA		
0200	42	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0200	43	00	ELECTRO-ONDAS ALFA		
0200	44	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0200	45	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0200	46	00	ELECTRO-FASE	2	SUEÑO
0200	47	00	ELECTRO-FASE	2	SUEÑO
0200	48	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM
0200	49	00	ELECTRO-ONDAS ALFA		
0200	50	00	ELECTRO-FASE	1	SUEÑO/REM

0200 51 00 ELECTRO-FASE 1 SUEÑO/REM
0200 52 00 ELECTRO-ONDAS ALFA
0200 53 00 ELECTRO-FASE 1 SUEÑO/REM
0200 54 00 ELECTRO-FASE 1 SUEÑO/REM
0200 55 00 ELECTRO-ONDAS ALFA
0200 56 00 ELECTRO-FASE 1 SUEÑO/REM
0200 57 00 ELECTRO-ONDAS ALFA
0200 58 00 ELECTRO-ONDAS ALFA
0200 59 00 ELECTRO-ONDAS ALFA
0300 00 00 ELECTRO-ONDAS ALFA
0300 01 00 ELECTRO-ONDAS ALFA
0300 02 00 ELECTRO-SIN LECTURA
0300 03 00 ELECTRO-SIN LECTURA
0300 04 00 ELECTRO-SIN LECTURA
0300 05 00 ELECTRO-SIN LECTURA

SIGNOS DE VIDA NEGATIVOS
SIGNOS DE VIDA NEGATIVOS
SIGNOS DE VIDA NEGATIVOS

FIN IMPRESIÓN
FIN PROGRAMA
STOP

Dawson respiró casi explosivamente, como si hubiese estado conteniendo la respiración durante el minuto anterior.

—Era un buen hombre. Que descanse en paz.

—Aquí, al final, hubo cinco lecturas de ondas alfa consecutivas —observó el general—. ¿Significa eso que estuvo completamente despierto los cinco minutos anteriores a su muerte?

—Completamente despierto —ratificó Salsbury—. Pero no consciente.

—Creía que habías dicho que murió mientras dormía.

—No, he dicho que murió en la cama.

—¿Qué pasó durante esos cinco minutos?

—Os lo mostraré.

Se acercó a la computadora más cercana y manipuló brevemente en el teclado. Todos los escáneres que había sobre ellos estaban oscuros, salvo dos. Uno de éstos era una pantalla ordinaria de televisión, controlada por la computadora mediante un circuito cerrado. El otro era un tubo de rayos catódicos para leer información.

Salsbury se apartó del teclado.

—En la pantalla de la derecha veréis una cinta de vídeo con los últimos seis minutos de la vida de Kingman. La pantalla de la derecha mostrará una lectura sincronizada de algunos de sus signos vitales fundamentales y los actualizará cada treinta segundos.

Dawson y Klinger se acercaron.

La pantalla de la derecha parpadeó. Apareció seguidamente una imagen clara en blanco y negro: Brian Kingman tumbado boca arriba sobre la ropa de la cama, con doce ajustes de recogida de datos pegados en la cabeza y en el torso, y unos cables que conectaban los ajustes con dos máquinas situadas junto a la cama. En el brazo derecho tenía enganchado un esfigmógrafo, que iba conectado directamente a la máquina más pequeña. Kingman brillaba a causa del sudor. Temblaba. Cada pocos segundos, uno de sus brazos se levantaba de forma defensiva o una de sus piernas daba patadas al aire. A pesar de estos movimientos, tenía los ojos cerrados y estaba dormido.

—Ahora está en la primera fase —señaló Salsbury.

—Soñando —dijo Dawson.

—Evidentemente.

En la parte superior de la pantalla de la izquierda un reloj marcaba el tiempo en horas, minutos, segundos y décimas de segundos. En el fondo verde claro bajo el reloj, los caracteres blancos producidos por la computadora informaban sobre los cuatro signos de vida más importantes de Kingman.

BK/OB INF 14, EN FUNCIONAMIENTO, COMO SIGUE:

TEST	NORMAL PARA ESTE SUJETO	VALOR
TEMPERATURA	37	37
RESPIRACIÓN	18 POR MIN	22 POR MIN
PULSO	70 POR MIN	90 POR MIN
PRESIÓN SANGUÍNEA		
SÍSTOLE	100-120	110
DIÁSTOLE	60-70	70

—Todavía está dormido —indicó Salsbury—, pero su respiración y su pulso han subido aproximadamente un veinticinco por ciento. Parece que tiene una pesadilla. Va a empeorar dentro de un momento. Está a punto de salir de ella. Listo para despertarse. Mirad con atención. ¡Ahora!

En la pantalla, Kingman levantó de repente las rodillas, dio patadas con ambos pies y volvió a alzar las rodillas para mantenerlas casi a la altura del pecho. Se sujetó la cabeza con ambas manos, puso los ojos en blanco y abrió la boca.

—Ahora está gritando —les aclaró Salsbury—; lamento que no haya sonido.

—¿A qué le grita? —preguntó Dawson—. Ya está despierto; la pesadilla ha pasado.

—Espera —dijo Salsbury.

—La respiración y el pulso se están acelerando —observó Klinger.

Kingman seguía chillando en silencio.

0200 58 00

—Mirad cómo se le está hinchando el pecho —se asustó Dawson—. ¡Cielo santo, le van a reventar los pulmones!

Sin dejar de retorcerse, pero algo menos violentamente que un momento antes, Kingman empezó a morderse el labio inferior. Al cabo de unos segundos, tenía la barbilla cubierta de sangre.

—¿Un ataque epiléptico? —preguntó el general.

—No —contestó Salsbury.

A las 2.59, la pantalla de la izquierda empezó a imprimir una nueva línea en la parte superior:

TEST NORMAL PARA ESTE SUJETO VALOR

TEMPERATURA	37	37,1
RESPIRACIÓN	18 POR MIN	48 POR MIN
PULSO	70 POR MIN	190 POR MIN
PRESIÓN SANGUÍNEA SÍSTOLE		

CANCELADA CANCELADA CANCELADA CANCELADA CANCELADA CANCELADA CANCELADA CANCELADA CANCELADA

En la pantalla en blanco y negro, Kingman tuvo una convulsión y se quedó prácticamente inmóvil. Se agitaban los pies y la mano derecha se abría y se cerraba; pero aparte de eso, estaba inmóvil. Tampoco los ojos estaban ya en blanco; los tenía cerrados, fuertemente apretados.

La pantalla de lectura quedó en blanco; un instante después, lanzó un mensaje de emergencia.

0200 59 12

INFARTO MASIVO DE MIOCARDIO

INFARTO MASIVO DE MIOCARDIO

—Un ataque de corazón —concretó Salsbury.

El brazo izquierdo de Kingman estaba doblado en V sobre su pecho y parecía estar paralizado. La mano izquierda estaba crispada e inmóvil contra el cuello.

0300 00 00

PULSO IRREGULAR

RESPIRACIÓN IRREGULAR

Ahora los ojos de Kingman estaban abiertos. Miraba al techo.

—Está gritando de nuevo —comentó Klinger.

—Intentando gritar —le corrigió Salsbury—. Dudo que pudiera sacar algo más que un gruñido en el estado en que se encontraba en esos momentos.

0300 01 00

PULSO IRREGULAR

RESPIRACIÓN IRREGULAR

ELECTROONDAS DEGRADÁNDOSE A DELTA

Los pies de Kingman dejaron de dar patadas.

La mano derecha dejó de abrirse y cerrarse.

—Se acabó —dijo Salsbury.

Las dos pantallas se quedaron en blanco simultáneamente.

Brian Kingman había vuelto a morir.

—¿Pero qué lo mató? —preguntó Dawson, cuyo rostro en aquellos momentos era de color gris ceniza—. ¿La droga?

—La droga no —puntualizó Salsbury—, el miedo.

Klinger se acercó a la mesa de autopsias y contempló el cuerpo.

—Miedo. Supuse que era eso lo que ibas a decir.

—Un temor repentino y fuerte consigue matar —justificó Salsbury—. Y, en este caso, todas las evidencias apuntan a ello. Naturalmente, llevaré a cabo una minuciosa autopsia; pero no espero encontrar ninguna causa fisiológica del ataque cardíaco.

Dawson asió el hombro de Salsbury y dijo:

—¿Quieres decir que Brian se dio cuenta, en su sueño, de que estábamos a punto de dominarlo? ¿Y que el hecho de ser dominado lo aterrorizó tanto que esa idea lo mató?

—Algo así.

—Eso significa que la droga funciona…, pero no el programa subliminal.

—Oh, funcionará —afirmó Salsbury—. Sólo tengo que refinar el programa.

—¿Refinar?

—Os lo explicaré de la forma más simple que pueda. Escuchad, para implantar el mensaje subliminal llave-cerradura, practiqué… un agujero en la identidad y en el ego. Aparentemente, este primer programa era demasiado crudo. No me limité a hacer un agujero; hice añicos la identidad y el ego, o casi. Tengo que ser más sutil la próxima vez, introducir las órdenes con cuidadosa persuasión.

Salsbury acercó un carro de instrumental a la mesa de la autopsia.

Dawson, a quien la explicación de Salsbury no le había satisfecho completamente, se quejó:

—Y ¿qué pasará si no lo perfeccionas lo suficiente? ¿Qué pasará si muere el próximo sujeto que utilices en la prueba? Se puede comprender que un miembro de mi equipo personal deje el trabajo y desaparezca sin dejar rastro. ¿Pero dos? ¿O tres? ¡Imposible!

Salsbury abrió un cajón del carro. Sacó un grueso lienzo y lo extendió sobre la superficie.

—No utilizaremos a nadie de tu equipo para la segunda.

—¿En qué otra parte vamos a encontrar un sujeto para la prueba?

Salsbury extrajo del cajón, uno a uno, algunos instrumentos quirúrgicos y los dispuso en fila sobre el lienzo.

—Creo que ha llegado el momento de crear esa sociedad anónima en Liechtenstein, de contratar a tres mercenarios, proporcionarles documentos falsos y traerlos desde Europa con sus nuevos nombres.

—¿A esta casa? —preguntó Dawson.

—Sí. Hasta dentro de un tiempo no necesitaremos la finca amurallada en Alemania o Francia. Les daremos la droga a los tres el primer día de su llegada. El segundo día comenzaré el nuevo programa llave-cerradura con uno de ellos. Si funciona con él, si no lo mata, lo pondré en práctica con los otros dos. Finalmente, haremos la prueba sobre el terreno en este país. Cuando llegue ese momento, estaremos encantados de tener dos o tres hombres bien adiestrados y sumisos al alcance de la mano.

—Contratar unos abogados en Vaduz, crear la sociedad, comprar documentos falsos, contratar a los mercenarios, traerlos aquí… —protestó Dawson, con el ceño fruncido—. Todo esto son diligencias que yo no quería llevar a cabo hasta que estuviésemos seguros de que la droga y el programa subliminal fueran efectivos.

—Funcionarán.

—Todavía no estamos tan seguros.

Salsbury puso un escalpelo a la luz, estudió la silueta de su afilado canto y comentó:

—Estoy seguro de que el dinero no saldrá de tu bolsillo, Leonard. Encontrarás alguna forma de desviarlo de la sociedad.

—Te aseguro que no es tan fácil como tú dices. Futurex no es un club privado, es una sociedad anónima. No puedo asaltar la tesorería cuando quiera.

—Se supone que eres más que multimillonario. Comparable a Onassis, a Getty, a Hughes: Futurex no es el único lugar donde puedes meter mano. Encontraste en alguna parte más de dos millones de dólares para montar este laboratorio, y cada mes consigues sacar los ochenta mil dólares que se necesitan para mantenerlo. En comparación, este nuevo gasto es una fruslería.

—Estoy de acuerdo contigo —le apoyó el general.

—No es tu dinero el que va a parar a un pozo sin fondo —se revolvió Dawson, con irritación.

—Si piensas que este proyecto es un pozo sin fondo, creo que deberíamos darlo por terminado ahora mismo —dijo Salsbury.

Dawson empezó a pasear de arriba abajo, se detuvo al cabo de un momento, metió las manos en los bolsillos del pantalón y las volvió a sacar inmediatamente.

—Son estos hombres quienes me preocupan.

—¿Qué hombres?

—Esos mercenarios.

—¿Qué pasa con ellos?

—No son más que simples asesinos.

—Precisamente.

—Unos asesinos profesionales. Se ganan la vida matando…, matando a gente.

—Yo nunca he tenido nada bueno que decir de los mercenarios —aseguró Klinger—, pero es eso lo que simplifica las cosas, Leonard.

—Sí, en principio tenéis razón.

—Entonces, ¿qué pasa? —inquirió Salsbury, impaciente.

—Bien, no me gusta la idea de tenerlos en mi casa —respondió Dawson, en un tono casi remilgado.

Salsbury pensó que era un maldito hipócrita, pero no tuvo el valor de decirlo. Su confianza en sí mismo había aumentado a lo largo del año transcurrido, aunque no hasta el punto de permitirle hablar a Dawson de una forma tan franca.

—Leonard, ¿cómo crees tú que saldríamos librados de la policía y de los tribunales si se descubriese cómo ha muerto Kingman? —intervino Klinger—. ¿Se limitarían a darnos una palmadita en la espalda y a dejarnos marchar con una reprimenda? ¿Crees que porque no lo hayamos estrangulado, disparado o golpeado dudarían en llamarnos asesinos? ¿Piensas que saldríamos impunes porque, aunque asesinos, no nos ganamos la vida de esta forma?

Por un instante, los ojos de Dawson, negros como espejos de ónix, miraron la fría luz fluorescente y brillaron perversos. A continuación, volvió la cabeza un centímetro y se perdió el efecto.

Sin embargo, algo de aquella misma cualidad frígida y extraña perduró en su voz.

—Yo nunca he tocado a Brian. Nunca he levantado un dedo contra él. Jamás le he dicho una palabra poco amable.

Ni Salsbury ni Klinger hicieron comentario alguno.

—Yo no quería que muriese.

Los otros esperaron.

Dawson se pasó una mano por el rostro.

—Muy bien. Me iré a Liechtenstein. Te buscaré a esos tres mercenarios.

—¿Para cuándo? —preguntó Salsbury.

—Si tengo que mantener en secreto cada paso que dé…, tres meses. Tal vez cuatro.

Salsbury asintió con una inclinación de cabeza y siguió disponiendo el instrumental quirúrgico para la autopsia.

Capítulo 7

Lunes, 22 de agosto de 1977

A las nueve de la mañana del lunes, Jenny apareció en el campamento de los Annendale con una sólida jaula de casi un metro de altura.

Mark se rió cuando la vio con ella a cuestas saliendo del bosque.

—¿Para qué es eso?

—Un invitado suele llevar siempre un regalo.

—¿Qué vamos a hacer con esto?

Se la dio al muchacho cuando se acercó a darle un beso en la mejilla.

Mark sonrió a Jenny a través de los delgados y dorados barrotes.

—Me dijiste que querías llevarte tu ardilla a casa el próximo viernes. Bien, no puedes dejarla suelta en el coche. Esto será su jaula para viajar.

—No le gustará estar encerrada.

—Al principio, no; pero se irá acostumbrando.

—Tendrá que acostumbrarse tarde o temprano si va a ser tu animal de compañía —intervino Paul.

Rya le dio un codazo a su hermano y dijo:

—¡Por favor, Mark! ¿No vas a dar las gracias? Seguramente Jenny se ha recorrido todo el pueblo para encontrar la jaula.

—Oh, claro —admitió el niño, sonrojándose—. Gracias. Muchísimas gracias, Jenny.

—Rya, verás que hay una pequeña bolsa marrón en el fondo de la jaula. Es para ti.

La niña abrió precipitadamente la bolsa y sonrió al ver los tres libros de bolsillo que contenía.

—¡Algunos de mis autores preferidos! ¡Y no tenía ninguno! Gracias, Jenny.

A la mayoría de las niñas de once años les gustaba leer novelas infantiles o sentimentales, como por ejemplo obras de Barbara Cartland o de Mary Roberts Rinehart, pero Jenny habría cometido un grave error si le hubiese comprado algo de este estilo a Rya; por el contrario, le había llevado una novela del oeste de Louis L'Amour, una colección de historias de terror y una novela de aventuras de Alistair MacLean. Rya no era la clásica marimacho; pero, ciertamente, tampoco era como la mayoría de las niñas de once años.

Los dos niños eran especiales. Por esta razón, si bien no le gustaban particularmente los niños en general, Jenny había sucumbido rápidamente a su respectivo encanto. Los quería casi tanto como quería a Paul.

Se dio cuenta de su propia confesión y pensó: «¿Ah, sí? ¿Estás loca de amor por Paul?

»Hay bastante de eso.

»¿Enamorada? Entonces, ¿por qué no aceptas su propuesta de matrimonio?

»Eso.

»¿Por qué no te casas con él?

»Bien, porque…».

Se obligó a dejar de persuadirse. Pensó que la gente que daba rienda suelta a extensos diálogos interiores era candidata a la esquizofrenia.

Durante un rato, los cuatro estuvieron dando de comer a la ardilla, a la que Mark había bautizado *Buster*, y observando sus gracias. El chico les divirtió con sus planes para domesticar al

animal. Tenía la intención de enseñar a *Buster* a dar volteretas y a hacerse la muerta, a volverse cuando la llamase, a pedir la comida y a agarrar un palo. Nadie se atrevió a decirle que era muy improbable que una ardilla llegase nunca a hacer cualquiera de aquellas cosas. Jenny tuvo ganas de reírse, de tomarlo en sus brazos y abrazarlo; pero se limitó a asentir con la cabeza y a llevarle la corriente cuando le pedía su opinión.

Más tarde, jugaron una partida al marro y varias al bádminton.

A las once, Rya dijo:

—Tengo que anunciaros algo. Mark y yo hemos organizado la comida. Vamos a hacerlo todo nosotros solos. Y os puedo decir que vamos a hacer unos platos muy especiales. ¿Verdad, Mark?

—Sí, claro. Mi preferido es…

—¡Mark! —se apresuró a advertir Rya—. Es una sorpresa.

—Por supuesto —afirmó Mark, como si no hubiese estado a punto de echarlo todo a perder—. Claro que sí, es una sorpresa.

Rya, a la vez que se apartaba el largo y negro cabello detrás de las orejas, se volvió hacia su padre.

—¿Por qué no os vais Jenny y tú a dar un largo paseo por la montaña? Hay cantidad de senderos de ciervos. Así se os abrirá el apetito.

—Ya me lo he abierto jugando al bádminton —protestó Paul.

Rya hizo una mueca.

—No quiero que sepáis lo que vamos a hacer.

—Está bien. Nos sentaremos allí dándoos la espalda.

Rya sacudió la cabeza: no. Se mostraba inflexible.

—Oleríais la comida. No sería una sorpresa.

—El viento sopla hacia el otro lado. El olor de la comida no llegará lejos.

Dando nerviosas vueltas a su raqueta de bádminton entre las manos, Rya miró a Jenny.

Qué cantidad de planes y de cálculos están dando vueltas detrás de esos inocentes ojos azules tuyos, pensó Jenny. Estaba

empezando a comprender lo que quería la niña.

—Papá, ve a dar un paseo con Jenny. Sabemos que los dos queréis estar solos —dijo Mark, con su franqueza característica.

—¡Mark, por todos los santos! —exclamó Rya horrorizada.

—Oye —empezó a decir el muchacho, a la defensiva—, ¿no es por eso por lo que vamos a hacer la comida?, ¿para que tengan la oportunidad de estar solos?

Jenny se echó a reír.

—Esto es increíble —se asombró Paul.

—Creo que voy a hacer ardilla para comer —le amenazó Rya.

Una mirada de espanto cruzó el rostro de Mark.

—¿Estás loca, cómo se te ocurre decir una cosa así?

—Lo he dicho en broma.

—Pues sigo pensando que estás loca.

—Lo siento.

Mark miró a su hermana por el rabillo del ojo, como si quisiera asegurarse de su sinceridad, y finalmente aceptó:

—Está bien.

Jenny tomó la mano de Paul y dijo:

—Si no nos vamos a dar ese paseo, tu hija se va a enfadar mucho. Y cuando tu hija está enfadada, es una niña realmente peligrosa.

—Tienes mucha razón —aprobó Rya, sonriendo—. Soy una verdadera furia.

—Jenny y yo nos vamos a dar un paseo —anunció Paul. Luego, se inclinó hacia Rya y añadió—: pero esta noche te contaré cómo acabó una niña impertinente como tú.

—¡Oh, qué bien! Me gustan los cuentos antes de dormirme. Se comerá a la una.

Dio media vuelta y, como si presintiese que Paul estaba agitando la raqueta de bádminton a su espalda, pegó un salto a la izquierda y echó a correr hasta la tienda de campaña.

El riachuelo bajaba ruidosamente a borbollones después de haber bordeado una gran roca, continuaba entre las riberas flanqueadas de matas de abedules y de laurel, descendía varias repisas rocosas y formaba un amplio y profundo remanso al final de la pendiente, antes de tomar velocidad y seguir su camino montaña abajo. En el remanso había peces: siluetas negras que se deslizaban por el agua oscura. El claro que lo rodeaba se encontraba protegido por enormes abedules y por un colosal roble que retorcía y ponía al descubierto unas raíces que, como tentáculos, se clavaban en la capa negra de la tierra cubierta de hojas. La parte entre la base del roble y el remanso estaba cubierta de un musgo tan espeso que podía hacer las veces de cómodo colchón para enamorados.

Después de haber caminado media hora cuesta arriba desde el campamento y el prado donde habían estado jugando al bádminton, se detuvieron junto al remanso para descansar. Jenny se tumbó boca arriba con las manos detrás de la cabeza; él se instaló junto a ella.

Ella no sabía cómo había sucedido, pero la conversación derivó en un suave intercambio de besos. Caricias. Murmullos. Paul la abrazó, puso las manos en las nalgas de ella, el rostro en su cabello y empezó a pasarle levemente la lengua por el lóbulo de la oreja.

Jenny se convirtió de pronto en la parte más activa de ambos. Metió una mano en la entrepierna de los tejanos y sintió cómo él se excitaba bajo los pantalones.

—Quiero esto —le dijo.

—Yo te quiero a ti.

—En ese caso, ambos podemos tener lo que queremos.

Una vez desnudos, Paul empezó a besarle los pechos, a chuparle los erectos pezones.

—Quiero tenerte ahora mismo —le apremió Jenny—. Enseguida. La segunda vez podremos entretenernos más.

Ambos reaccionaron mutuamente con una fuerte, única y completamente inesperada sensibilidad que ninguno de los dos había alcanzado prácticamente nunca con anterioridad. El placer era más que intenso; era agudísimo para ella, y vio que para él resultaba casi lo mismo. Quizá la razón residía en que se habían deseado vivamente, pero no habían estado juntos desde hacía mucho tiempo, desde el mes de marzo. Jenny pensó en si, de la misma forma que el corazón se volvía más tierno con la ausencia, los genitales se volverían más cachondos. Otra alternativa sería que aquel placer electrizante actuase como respuesta al entorno natural, a los sonidos campestres, a los olores, a las texturas. Fuera cual fuese la razón, Paul no necesitó lubricación para penetrarla. Se introdujo profundamente de un firme empujón y empezó a moverse hacia dentro y hacia fuera, hasta el fondo una y otra vez, llenándola, duro en su interior, haciéndola moverse. Jenny estaba traspasada por la visión de los brazos: los músculos, al apoyarse él sobre ella, sobresalían protuberantes, todos bien definidos. Alargó los brazos y puso las manos en las nalgas de Paul, duras como piedras, y lo empujó hacia sí en cada acometida. Aunque alcanzó rápidamente el orgasmo, éste tardó tanto en desaparecer del todo que Jenny se preguntó si acabaría alguna vez. Una vez sus sensaciones se hubieron calmado, notó que Paul se detenía de pronto, paralizado por la fuerza de su propio orgasmo, a la vez que pronunciaba suavemente su nombre.

Relajado dentro de ella, Paul le besó los pechos, los labios y la frente. A continuación, salió de ella y se tumbó a su lado.

Jenny se apretó contra él, vientre con vientre, y posó los labios en las arterias palpitantes de su cuello.

Se abrazaron. El acto que acababan de realizar parecía haberlos unido; el recuerdo del gozo era un invisible cordón umbilical.

Durante unos minutos, Jenny no era consciente del mundo que había más allá de la sombra de Paul. Sólo oía el latido de su propio corazón y la pesada respiración de ambos. De vez en cuando, los sonidos de la montaña volvían a infiltrarse en su interior: hojas que crujían sobre su cabeza, el arroyo que se precipitaba cuesta abajo hasta el remanso, los pájaros que se llamaban unos a otros en los árboles. De la misma forma, al principio sólo sentía el ligero dolor de su pecho y el semen caliente de Paul que fluía poco a poco de ella; sin embargo, gradualmente, advirtió que hacía calor y humedad y que el abrazo se había vuelto más pegajoso que romántico.

De mala gana, se apartó y se tumbó boca arriba. Un brillo de sudor le cubría los pechos y el estómago.

—Increíble —musitó.

—Increíble —repitió él.

Ninguno de los dos estaba preparado para decir más que esto.

Se encontraban casi achicharrados por la caliente brisa cuando Paul finalmente se incorporó, apoyándose en un codo, y la miró.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Nunca he conocido a ninguna mujer capaz de disfrutar tanto como tú.

—Te refieres al sexo.

—Me refiero al sexo.

—A Annie le gustaba.

—Por supuesto. El nuestro era un buen matrimonio; pero ella no disfrutaba como tú lo haces, tú pones el alma entera. Cuando hacemos el amor, para ti sólo existen tu cuerpo y el mío. Te dejas consumir por el acto sexual.

—No puedo remediarlo, soy una cachonda.

—Eres más que cachonda.

—Obsesa sexual, entonces.

—No se trata sólo de sexo.

—No irás a decirme que también te gusta mi cerebro.

—Eso precisamente iba a decirte. Disfrutas con todo. Te he visto saborear un vaso de agua como muchas personas lo hacen con un buen vino. —Paul recorrió con un dedo la línea situada entre los pechos de ella—. Tú gozas de la vida.

—Yo y Van Gogh.

—Estoy hablando en serio.

Jenny meditó sobre ello.

—Una amiga de la universidad solía decir lo mismo.

—¿Lo ves?

—Si eso es cierto, el mérito es de mi padre.

—¿Ah, sí?

—Me dio una infancia muy feliz.

—Tu madre murió cuando tú eras pequeña, ¿no?

—Pero se murió mientras dormía —precisó, Jenny, asintiendo con una inclinación de cabeza—. Una hemorragia cerebral. Un día estaba allí, al siguiente se había ido. Nunca la vi sufrir, y esto es muy importante para un niño.

—Pero tú sufriste. Estoy seguro de que así fue.

—Durante un tiempo. Pero mi padre se esforzó muchísimo para sacarme de aquel estado. No paraba de hacer bromas, de jugar, de contarme cuentos y de hacerme regalos, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Se esforzó igual que tú hiciste con tus hijos para que olvidasen la muerte de Annie.

—Si pudiese tener el mismo éxito con ellos que el que tuvo evidentemente Sam contigo…

—Quizá fue un éxito desmesurado.

—¿Cómo es posible una cosa así?

—En ocasiones pienso que habría debido pasar menos tiempo haciendo que mi niñez fuese feliz y más tiempo preparándome para el mundo real —confesó Jenny, en voz muy baja.

—Oh, no estoy muy seguro. La felicidad es un factor muy raro en esta vida. No te la cargues, trata de asir todos los minutos de felicidad que se te ofrezcan y no mires atrás.

Ella sacudió la cabeza, poco convencida.

—Yo era demasiado ingenua, la inocente habitual. Hasta el día de mi boda.

—A cualquiera, inocente o astuto, puede sucederle que su matrimonio no funcione.

—Es cierto, pero al astuto eso no lo destroza.

Las manos de Paul se movían perezosas, trazando círculos sobre el vientre de ella.

A Jenny le gustaba la forma en que la acariciaba. Lo estaba deseando de nuevo.

—Si eres capaz de analizarte de este modo, puedes superar tus traumas. Podrás olvidar el pasado.

—Oh, a mi marido he podido olvidarlo perfectamente, sin problemas, con tiempo; y no mucho tiempo.

—¿Entonces?

—Ya no soy inocente. Dios sabe que no lo soy; pero ¿ingenua? No creo que una persona pueda volverse cínica de repente, ni siquiera realista.

—Tú y yo encajaríamos perfectamente —aseguró Paul, mientras le acariciaba los pechos—. Estoy seguro de ello.

—A veces, también yo estoy segura. Y es precisamente de esta certeza de lo que desconfío.

—Cásate conmigo.

—¿Por qué volvemos a darle vueltas a eso?

—Te he pedido que te cases conmigo.

—No quiero ponerme en situación de volver a fracasar.

—Yo no pretendo nada de eso.

—Intencionadamente, no.

—No se puede vivir sin correr riesgos.

—Siempre puedo intentarlo.

—Será una vida solitaria.

Ella le hizo una mueca.

—No estropeemos el día.

—Para mí no es estropearlo.

—Pues para mí no tardará en estarlo, si no cambiamos de tema.

—¿De qué podemos hablar que sea más importante?

Jenny sonrió.

—Pareces fascinado por mis tetas, ¿quieres que hablemos de ellas?

—Jenny, un poco de seriedad.

—¡Pero si estoy hablando en serio! Creo que mis tetas son fascinantes, podría pasarme horas hablando de ellas.

—Eres imposible.

—Está bien, está bien. Si no quieres hablar de mis tetas, no hablaremos de ellas, con lo hermosas que son. En cambio…, podemos hablar de tu polla.

—¡Jenny!

—Me gustaría chuparla.

Mientras ella hablaba, el miembro blando se hinchó y se puso duro.

—Estás derrotado por la biología.

—Eres una descarada.

Ella se echó a reír y empezó a sentarse.

Paul la empujó hacia atrás.

—Quiero probarla —insistió ella.

—Más tarde.

—Ahora.

—Primero quiero hacerte gozar.

—¿Y siempre consigues lo que quieres?

—Esta vez sí, soy más fuerte que tú.

—Eres un macho chovinista.

—Si tú lo dices…

Paul le besó los pezones, los hombros, las manos, el ombligo y los muslos. Con la nariz arriba y abajo, frotó suavemente el rizado pelo de la base del vientre.

Un escalofrío recorrió a Jenny.

—Tienes razón, la mujer debe gozar primero —susurró.

Paul levantó la cabeza y sonrió. Era una sonrisa encantadora, casi infantil. Los ojos eran tan claros, tan azules y tan cálidos que Jenny sintió como si la estuviesen absorbiendo.

«Eres un hombre maravilloso —pensó, mientras los sonidos de la montaña se desvanecían para ser reemplazados por los latidos de su corazón—. Tan guapo, tan deseable, tan tierno para ser un hombre. Muy, muy tierno».

La casa estaba en Union Road, a una manzana de la plaza del pueblo. Un *chalet* blanco de madera, bien cuidado, con las ventanas pintadas de verde y los postigos a juego. En la parte anterior, había un porche con barandilla y un brillante suelo verde, y en el interior, balancines y mecedoras. En un extremo del porche, una celosía adornada con hiedra, y en el otro, una pared llena de lilas. El camino de entrada estaba bordeado de caléndulas. Podía verse asimismo una pila para pájaros, en cerámica blanca y rodeada de petunias. De acuerdo con el rótulo, colgado de un decorativo farol al final del camino, la casa pertenecía a los Macklin.

A la una de la tarde, Salsbury subió los tres escalones que conducían al porche. Llevaba un sujetapapeles con una docena de hojas. Llamó al timbre.

Unas abejas zumbaban en las hojas de las lilas.

La mujer que abrió la puerta lo sorprendió. Se hubiera esperado, posiblemente a causa de las flores plantadas un poco por doquier, de la prístina condición de la casa, que parecía labor de una persona singularmente exigente, que los Macklin fuesen una pareja de edad avanzada. Una pareja flacucha a la que le gustara permanecer horas en el jardín, sin nietos con los que pasar el rato, y que mirara suspicazmente por encima del borde de sus gafas bifocales. En cambio, la mujer que acudió a abrir tendría unos veinticinco años y era una esbelta rubia con esa clase de rostro que

queda bien en los anuncios de cosméticos de las revistas. Alta, entre un metro setenta y cinco y un metro ochenta, no era delicada, pero sí femenina y sus piernas parecían tan largas como las de una corista. Llevaba unos pantalones cortos azul marino y un corpiño azul y blanco, con lunares y sin espalda. Incluso a través de la red metálica se podía ver que tenía un cuerpo bien proporcionado, firme y elástico, mejor que cualquier otro que Salsbury hubiese tocado nunca.

Como siempre que se enfrentaba a una mujer similar, a una de las que habían poblado las fantasías de su vida adulta, se mostró inquieto. La miró fijamente, se mojo los labios y no se le ocurrió nada que decir.

—¿En qué puedo servirle?

Carraspeó.

—Me llamo… Albert Deighton. Estoy en el pueblo desde el viernes pasado. No sé si usted habrá oído… Estoy realizando una investigación, una investigación sociológica. He estado hablando con alguna persona…

—Ahora caigo. Ayer por la tarde estaba usted en la casa de al lado, la de los Soloman.

—En efecto. —A pesar de que el sol era caliente y el aire esta pesado, Salsbury no había sudado durante ninguna de las primeras tres visitas del día; pero, en aquellos momentos, sentía gotas de sudor que le corrían por la frente—. Si pudieran dedicarme algo de su tiempo, me gustaría hablar con usted y con el señor Macklin. Media hora será suficiente. Hay aproximadamente cien preguntas…

—Lo siento, mi marido no está en casa. Trabaja en la fábrica en el turno de día, no estará en casa hasta las cinco y media.

Ogden miró la hoja que tenía delante, solo por hacer algo.

—Bien, a su marido podría entrevistarlo en otro momento. Si fuese posible hacerle a usted y a los niños las preguntas ahora, así ya estaría hecha esta parte…

—Oh, sólo hace un año que nos hemos casado. No tenemos niños.

—Recién casados.

—Más o menos.

La mujer sonrió. Tenía hoyuelos.

Salsbury tuvo la sensación de estar siendo arrastrado por una peligrosa corriente, dirigido inexorablemente hacia una decisión susceptible de destruirlo.

—¿Vive alguien más aquí con ustedes? ¿Algún pariente?

—Sólo Richie y yo.

—¿Richie es su marido?

—Efectivamente.

El viernes anterior, en el café de Ultman, puso en peligro todo el proyecto al utilizar la frase clave, sólo para jugar con la camarera que se parecía a Miriam. Salió bien parado de aquello, pero sabía que era una locura permitir que sus emociones lo dominasen de aquella manera. Como castigo a su comportamiento, el sábado y el domingo había sido mucho más cauteloso de lo que necesitaba ser. Utilizó la frase clave dos docenas de veces, mientras entrevistaba detalladamente a las personas, en busca de un punto débil en su forma de obediencia; pero, en ningún momento, abordó a ninguno de ellos si había la mínima posibilidad de ser descubierto. Algunas de las mujeres eran atractivas, y habría podido usarlas como hubiese querido, pero se contuvo. Después de haber demostrado un dominio total cuando utilizó la clave con Alice, aquella camarera zorra, ardía en deseos de que una de ellas se desnudase y cayese a sus pies. Era un ardiente deseo. Y aquella mujer, de pie ante él, vestida únicamente con unos pantalones cortos y un diminuto corpiño, parecía irradiar un calor que evaporaba su voluntad y su cautela. Quería creer que, a diferencia del episodio del restaurante, aquella situación no contenía peligro; y el hecho de querer creer algo era el primer paso para convencerse de ello.

—Yo soy la llave.

—Yo soy la cerradura.

Aliviado, se enjugó la frente.

—¿Estás sola?

—Sí.

Ogden empezó a temblar; no de miedo, sino de excitación.

—¿Estás esperando a alguien?

—No, a nadie.

—¿Te está esperando alguien? ¿Tenías previsto ir de visita?

—No.

—Déjame entrar.

Le abrió la puerta metálica.

Entró en el vestíbulo, que tenía aire acondicionado, rozándola al pasar junto a ella. A la derecha, había un espejo ovalado y una mesa accesoria; a la izquierda, un pequeño cuadro que representaba un barco de vela sacudido por la tempestad.

—Cierra la puerta. Y echa el cerrojo.

Así lo hizo ella.

Un pequeño pasillo, que contenía otros dos cuadros de barcos de vela, llevaba del vestíbulo a la cocina.

Se pasaba del vestíbulo al salón por una arcada. Estaba amueblado con esmero: una alfombra oriental, dos sillones forrados de terciopelo y una mesita de centro con superficie de pizarra, cuya disposición formaba un rincón que invitaba a la charla; en las tres ventanas, cortinas de terciopelo a juego; una estantería con revistas; un estuche con armas de fuego; dos lámparas *Stiffel*. A fin de armonizar con la alfombra, los cuadros eran de unos barcos de vela occidentales atracados en puertos chinos.

—Corre las cortinas.

Ella fue de ventana en ventana y volvió luego al centro de la habitación. Se quedó de pie, con las manos extendidas a los costados, mirándolo fijamente, con una media sonrisa en el rostro.

Esperaba. Esperaba órdenes. Sus órdenes. Era su muñeca, su esclava.

Salsbury permaneció más de un minuto bajo la arcada, incapaz de moverse, incapaz de decidir lo que haría a continuación. Paralizado por el temor, por la expectación y por la sacudida del deseo, que le causaba un dolor casi desagradable en la ingle; estaba, sin embargo, sudando como si acabara de correr dos kilómetros. Ella era suya, completamente suya: su boca, sus pechos, su culo, sus piernas, su coño, cada centímetro y cada pliegue de la piel. Mejor que eso; no tenía que preocuparse de si a ella le gustaba o no, la única consideración era su propio placer. Si le decía que aquello le gustaba, a ella le gustaría; y sin quejas, sin recriminaciones de ningún tipo, sólo el acto; luego, al cuerno con ella. Allí, dispuesto por primera vez a usar a una mujer exactamente como le apetecía, la realidad le pareció más estimulante que los sueños que había elaborado durante tantos años.

Ella lo miraba burlonamente.

—¿Eso es todo?

—No —dijo él con voz ronca.

—¿Qué quiere?

Salsbury se dirigió a la lámpara más cercana, la encendió y fue a sentarse en uno de los sofás.

—Quédate donde estás. Contesta a mis preguntas y haz lo que yo te diga.

—De acuerdo.

—¿Cómo te llamas?

—Brenda.

—¿Cuántos años tienes, Brenda?

—Veintiséis.

Sacó el pañuelo de uno de los bolsillos del pantalón y se enjugó el rostro. Contempló luego los cuadros de los veleros.

—¿Le gusta el mar a tu marido?

—No.

—Pero le gustan los cuadros relacionados con el mar.

—No, le son indiferentes.

Había hablado sólo para ganar tiempo mientras decidía la forma de actuar, pero la inesperada respuesta de ella lo desconcertó.

—¿Por qué demonios tenéis entonces todos esos cuadros?

—Yo nací y me crié en Cape Cod. Me gusta mucho el mar.

—Pero a él le importa un bledo. ¿Por qué te deja colgar todas esas malditas cosas por todas partes?

—Sabe que me gustan.

Volvió a enjugarse el rostro; luego, guardó el pañuelo.

—Así que él sabe que si quita los cuadros de la pared, tú lo rechazarás en la cama. ¿No es así, Brenda?

—Por supuesto que no.

—Tú sabes que así sería, putita. Eres una cosa muy sabrosa. Él haría cualquier cosa por tenerte feliz, cualquier hombre lo haría. Desde que tenías edad suficiente para follar, los hombres han estado perdiendo el culo por cumplir tus órdenes. Chasqueas los dedos y se ponen a bailar, ¿verdad?

Atónita, ella sacudió la cabeza.

—¿Bailar? No.

Ogden se rió con amargura.

—Un juego de palabras. Ya sabes que no quería realmente decir «bailar». Eres como las demás, eres una puta, Brenda.

Ella entornó los ojos y frunció el ceño.

—He dicho que eres una puta. ¿Estoy en lo cierto?

Desapareció el ceño fruncido.

—Sí.

—Siempre estoy en lo cierto, ¿eh?

—Sí, usted siempre está en lo cierto.

—¿Qué soy yo?

—Usted es la llave.

—¿Qué eres tú?

—Yo soy la cerradura.

Se iba sintiendo mejor por momentos, ya no estaba tan tenso como antes. Ni tan nervioso. Tranquilo, controlado, como nunca lo

había estado. Se ajustó las gafas en la nariz.

—Te gustaría que te desnudase y te follase. ¿Te gustaría, Brenda?

Ella vaciló.

—Te gustaría —insistió.

—Me gustaría.

—Te encantaría.

—Me encantaría.

—Quítate el corpiño.

La mujer se llevó las manos a la espalda y deshizo el lazo, la tela cayó a sus pies.

La piel que había debajo era blanca, contrastando fuerte y eróticamente con el oscuro bronceado. Los pechos no eran ni grandes ni pequeños, pero sí exquisitamente redondos y altos, con algunas pecas. Los pezones rosados no eran mucho más oscuros que la piel sin broncear. Ella apartó el corpiño con una patada.

—Tócatelos.

—¿Los pechos?

—Estrújalos. Tira de los pezones. —La vio obedecer con movimientos que le parecieron demasiados mecánicos—. Estás cachonda, Brenda, quieres que te follen, no ves el momento de que te haga mía, lo necesitas, lo deseas, lo deseas más de lo que nunca lo has deseado en toda tu vida, lo deseas tanto que casi estás enferma.

A medida que se acariciaba, los pezones se le fueron poniendo erectos y se volvieron de un color algo más oscuro que el rosa. Respiraba con fuerza.

Ogden se rió entre dientes. No podía evitarlo: se sentía maravillosamente bien, maravillosamente.

—Quítate los pantalones.

Lo hizo.

—Y las bragas. Veo que eres rubia de verdad. Ahora, mete una mano entre esas bonitas piernas. Tócate. Eso es, muy bien, a esto

le llamo yo ser una buena chica.

Verla allí de pie, con las piernas separadas y masturbándose, era sensacional. Ella echó la cabeza hacia atrás y su pelo dorado empezó a ondear como una bandera, tenía la boca abierta y el rostro fláccido, jadeaba, se estremecía, se retorcía, gemía.

Con la mano libre, seguía acariciándose los pechos.

El poder. ¡Dios Santo, el poder que tenía ahora sobre ellas, que siempre tendría sobre ellas, desde aquel día en adelante! Podría entrar en sus casas, en sus lugares más secretos y en los más privados, y, una vez dentro, hacer todo lo que quisiera con ellas. Y no sólo con las mujeres, también con los hombres. Los hombres se pondrían de rodillas y a gatas ante él, si así se lo ordenaba. Le rogarían que se follase a sus esposas. Le darían a sus hijas, a sus niñas pequeñas. No le negarían experiencia alguna, por muy extravagante o humillante que fuese. Exigiría todas las sensaciones y las disfrutaría todas. Pero, en conjunto, sería un gobernante benigno, un dictador benévolo, más parecido a un padre que a un carcelero. Nada de patadas en la cara con botas militares como en los regímenes totalitarios. Se rió ante esta última idea. Diez años antes, cuando daba conferencias y escribía sobre el futuro de la modificación de la conducta y del control de la mente, había sido sometido con frecuencia al ridículo y a una vehemente condena por parte de algunos miembros de la comunidad académica. En las salas de conferencias, casi retenido a la fuerza al final de las charlas, había escuchado a innumerables pelmazos santurrones que lanzaban interminables sermones sobre la invasión de la intimidad y la santidad de la mente humana. Citaban a cientos de grandes pensadores, cantidades de epigramas; de algunos de ellos se acordaba todavía. Según uno, el futuro de la humanidad vendría a ser poco más o menos un régimen totalitario. Bien, aquello era una mierda. Las tiranías, y el cruel estado autoritario que simbolizaban, eran únicamente un medio para mantener a las masas a raya. Ahora, con su droga y el programa llave-cerradura,

las tiranías se habían vuelto obsoletas. No le daría a nadie una patada en el rostro. Por supuesto, a una serie de mujeres seleccionadas, él tenía otra cosa para ponerles en la cara. Mientras se tocaba por encima de los pantalones, lanzó una carcajada. El poder, el dulcísimo poder.

—Brenda.

Se estremecía, jadeaba, con las piernas ligeramente dobladas, llegaba al orgasmo con el dedo índice trabajando laboriosamente entre sus piernas.

—Brenda.

Ella lo miró por fin. Estaba empezando a sudar. En la frente, el pelo se había vuelto oscuro y estaba húmedo.

—Ponte sobre el sofá. Arrodíllate, dándome la espalda, y abrázate a los cojines con los brazos.

Una vez en esa posición, con su blanco culo hacia él, la mujer miró por encima del hombro.

—Deprisa, por favor.

Sin dejar de reírse, empujó violentamente la mesa de centro, que se deslizó por la alfombra, cruzó el suelo de madera y se empotró en la estantería de las revistas. Se puso de pie detrás de ella, se bajó los pantalones y los calzoncillos de rayas amarillas. Estaba preparado, las venas a punto de estallar, dura como el hierro, mayor que nunca, grande como la herramienta de un semental, una polla de caballo. Y roja, tan roja que parecía haber sido salpicada de sangre. Le pasó una mano por las nalgas, por los dorados cabellos que le cubrían la espalda, por el costado, por debajo del oscilante pecho, pellizcó el pezón, acarició la cintura, pellizcó el culo, deslizó los dedos entre los muslos, hasta el pubis. Estaba húmeda, mojada, mucho más a punto que él. Podía incluso olerla. Soltó una risilla tonta.

—Eres una puta en más de un sentido. Una vulgar putita. Un animalito. ¿Verdad, Brenda?

—Sí.

—Dime que eres un animalito.
—Soy un animalito.
El poder.
—¿Qué es lo que quieres, Brenda?
—Quiero que me folle.
—¿Quieres que te folle?
—Sí.
—¿Quieres que te folle bien follada?
—Bien follada.
Dulcísimo poder.
—¿Qué es lo que quieres?
—¡Ya lo sabe!
—¿Lo sé?
—¡Ya se lo he dicho!
—Repítelo.
—Me está humillando.
—Ni siquiera he empezado.
—¡Dios mío!
—Escúchame, Brenda.
—¿Qué?
—Tu coño se está poniendo más caliente.
Ella gimió suavemente. Se estremeció.
—¿Lo notas, Brenda?
—Sí.
—Cada vez está más caliente.
—No puedo… No puedo…
—¿No puedes aguantar más?
—¡Qué caliente! Casi me hace daño.
Sonrió satisfecho.
—¿Y ahora qué es lo que quieres?
—Quiero que me folle.
¿Lo ves, Miriam? Soy alguien.
—¿Qué es lo que eres, Brenda?

—Yo soy la cerradura.

—¿Qué más eres?

—Una puta.

—Nunca lo dirás bastantes veces.

—Una puta.

—¿Cachonda?

—Sí, sí. ¡Por favor!

A punto de penetrarla, aturdido por la excitación, endemoniado, electrizado por el poder del que hacía gala, Salsbury era consciente de que su orgasmo, profundo dentro de las regiones sedosas de aquella mujer, no iba a ser el aspecto más importante de la violación. La efusión espasmódica de una o dos cucharadas de semen sería sólo la puntuación al final de la frase, al término de su declaración de independencia. Durante la última media hora se había probado a sí mismo, se había liberado de las docenas de putas que habían convertido toda su vida anterior en un fracaso, incluida su madre, especialmente su madre, aquella diosa de las putas, aquella emperatriz de las «rompehuevos». Después de ella llegaron las chicas frígidas, las que se reían de él, las que se quejaban de su técnica pobre, las que lo rechazaban con no disimulada repugnancia, Miriam y todas las despreciables fulanas a las que se había visto obligado a recurrir en los últimos años. Brenda Macklin era sólo una metáfora, escrita en su vida por casualidad. Si no hubiese sido ella, habría sido alguna otra esa misma tarde o al día siguiente o dos días después. Ella era la muñeca vudú, el tótem con el que podría exorcizar a alguna de aquellas putas del pasado. Cada milímetro de polla que le introducía era un golpe a todas las Brendas de los años ya transcurridos. Cada embestida —y la más brutal sería la mejor— era un anuncio de su triunfo. La machacaría, la magullaría. La usaría hasta que estuviese en carne viva. Le haría daño. Con cada estocada de dolor que transmitiese por medio de ella, estaría atravesando a todas y cada una de aquellas odiadas mujeres. Probaría su superioridad sobre

todas ellas montando a aquel rubio y flaco animal, empujando implacable dentro de ella, desgarrándola.

La sujetó por las caderas y se inclinó. Pero cuando la punta de su pene tocó la vagina, incluso antes de que se deslizase dentro, eyaculó de forma incontrolable. Le flaquearon las piernas, lanzó un grito y se derrumbó sobre la mujer.

Ella se desplomó contra los cojines.

El pánico se apoderó de él. Recuerdos de fracasos anteriores. Las acerbas miradas que solían lanzarle después. El desprecio con el que lo trataban. La vergüenza. Estaba oprimiendo a Brenda, aplastándola con su peso. Chilló desesperado:

—Te estás corriendo, muchacha. Tienes un orgasmo. ¿Me oyes? ¿Has comprendido? Repito, te estás corriendo.

Ella emitió un sonido, amortiguado por los cojines.

—¿Lo sientes?

—Mmmmm.

—¿Lo sientes?

Levantó la cabeza y gritó:

—¡Oh, sí!

—Nunca lo tuviste mejor.

—No, nunca. Nunca.

Jadeaba.

—¡Lo sientes!

—Lo siento.

—¿Es bueno?

—Buenísimo. ¡Oh!

—Ahora llegas. Te estás corriendo.

Dejó de retorcerse.

—Se va desvaneciendo. Casi ha terminado.

—Qué bueno… —susurró muy bajito.

—Eres como un animalito.

Con esto, la tensión desapareció de ella.

Sonó el timbre.

—¿Qué demonios es eso?

La mujer no reaccionó.

Salsbury se apartó de ella, se puso de pie, se tambaleó, intentó dar un paso con los pantalones alrededor de los tobillos y casi se cayó. Se subió los calzoncillos e hizo lo mismo con los pantalones.

—Me habías dicho que no esperabas a nadie.

—No esperaba a nadie.

—Entonces, ¿quién es?

Ella se dio la vuelta y se quedó tumbada boca arriba. Su aspecto era de total relajación.

—¿Quién es? —volvió a preguntar.

—No lo sé.

—¡Por los clavos de Cristo, vístete!

Brenda se levantó del sofá, parecía estar en las nubes.

—¡Deprisa, maldita seas!

Se precipitó obedientemente hacia su ropa.

Ogden se acercó a una de las ventanas de delante y separó las cortinas unos milímetros, lo suficiente para ver el porche. Delante de la puerta había una mujer, que evidentemente no se daba cuenta de que era observada. Llevaba sandalias, pantalones cortos blancos y un suéter naranja de amplio cuello vuelto; y era incluso más guapa que Brenda Macklin.

—Estoy vestida —anunció Brenda.

El timbre volvió a sonar.

Salsbury soltó la cortina.

—Es una mujer. Será mejor que salgas, pero deshazte de ella. Haz lo que quieras, pero no la dejes entrar.

—¿Qué debo decirle?

—Si no la conoces, no tienes que decir nada.

—¿Y si la conozco?

—Le dices que tienes dolor de cabeza. Una terrible jaqueca. Anda, ve a abrir.

Salió de la habitación.

Cuando Salsbury oyó que se abría la puerta del vestíbulo volvió a apartar de nuevo el terciopelo, a tiempo de ver que la mujer del jersey naranja sonreía. Dijo algo, Brenda contestó, y la sonrisa fue reemplazada por una mirada de preocupación. A través de las paredes y las ventanas, las voces eran apenas algo más que murmullos. No pudo seguir la conversación, pero le pareció interminable.

Pensó que tal vez habría sido preferible que entrase, utilizar la frase clave con ella y, luego, follárselas a las dos.

Pero ¿qué habría pasado si la dejaba entrar y resultaba que ella tenía un punto débil en su programa?

No era muy probable.

¿O qué pasaría si no era del pueblo?

Una parienta de Bexford, por ejemplo. ¿Qué pasaría entonces?

En ese caso, habría tenido que matarla.

¿Y qué habría hecho con el cadáver?

—Acaba ya Brenda, perra. Deshazte de ella —masculló.

Finalmente, la desconocida se alejó de la puerta. Salsbury vislumbró brevemente unos ojos verdes, unos labios abultados, un soberbio perfil y una gran abertura en la delantera del suéter. Cuando le dio la espalda y empezó a bajar la escalera, pudo ver que sus piernas no eran solamente atractivas como las de Brenda, sino también elegantes, incluso sin medias de nailon. Unas piernas largas, bronceadas, tersas y ágiles como tijeras, con unos femeninos músculos que se agrupaban, se retorcían, se estiraban, se comprimían y se ondulaban con cada paso. Un animal; un animal saludable; su animal. Como ahora todas ellas: suyas. Al llegar al final del jardín de los Macklin, dobló a la izquierda y se introdujo bajo un sol vespertino abrasador, distorsionada por las olas de calor que se elevaban de la acera de cemento; no tardó en desaparecer de su vista.

Brenda regresó a la sala de estar. Cuando iba a sentarse, Salsbury le ordenó:

—Quédate de pie. En el centro de la habitación.
Obedeció y dejó colgar sus manos a los costados.
Salsbury volvió al sofá.
—¿Qué le has dicho?
—Que tenía jaqueca.
—¿Te ha creído?
—Supongo que sí.
—¿La conoces?
—Sí.
—¿Quién es?
—Mi cuñada.
—¿Vive en Black River?
—Ha vivido aquí la mayor parte de su vida.
—Es una absoluta belleza.
—Participó en uno de los concursos de Miss Estados Unidos.
—¿Ah, sí? ¿Cuándo fue eso?
—Hace doce o trece años.
—Parece que tiene veintidós.
—Tiene treinta y cinco.
—¿Ganó?
—Quedó en tercer lugar.
—Supongo que se llevaría una gran desilusión.
—Los del pueblo sí. A ella no le importó.
—¿No le importó? ¿Por qué no?
—Nada le preocupa.
—¿Cómo es eso?
—Ella es así… Siempre está feliz.
—¿Cómo se llama?
—Emma.
—¿Y de apellido?
—Thorp.
—¿Thorp? ¿Está casada?
—Sí.

Salsbury frunció el ceño.

—¿Con ese poli?

—Es el jefe de policía.

—Bob Thorp.

—Exactamente.

—¿Qué está haciendo ella con él?

Brenda se quedó desconcertada.

Parpadeó.

Lindo animalito, habría jurado que seguía oliéndola.

—¿Qué quiere usted decir?

—Lo que he dicho. ¿Qué está haciendo con él?

—Bueno, pues… están casados.

—Una mujer como ella con un poli grandote y estúpido.

—No es un estúpido —protestó ella.

—A mí me lo parece. —Meditó un momento y, luego, sonrió—. Tu nombre de soltera es Brenda Thorp.

—Sí.

—Bob Thorp es tu hermano.

—Mi hermano mayor.

—Pobre Bob. —Se recostó en el sofá y cruzo los brazos sobre el pecho; se rió—. Primero, con su hermana pequeña, luego, con su esposa.

Ella sonrió insegura, con nerviosismo.

—Debo ir con cuidado, ¿verdad?

—¿Con cuidado?

—Es posible que ese Bob sea estúpido, pero es grande como un toro.

—No es un estúpido —repitió Brenda.

—Cuando iba al instituto salí con una muchacha que se llamaba Sofia.

Ella guardó silencio, estaba confundida.

—Sofia Brookman. ¡Dios mío, cómo la deseaba!

—¿Estaba enamorado de ella?

—El amor es una mentira, un mito, bobadas. Yo sólo quería follármela. Pero ella me mandó a paseo después de haber salido algunas veces y empezó a salir con otro muchacho, Joey Duncan. ¿Sabes lo que hizo Joey después del instituto?

—¿Cómo lo voy a saber?

—Fue a uno de esos colegios universitarios.

—Yo también.

—Estudió un año de criminología.

—Yo me especialicé en historia.

—Lo expulsaron.

—A mí, no.

—Acabó como policía de su pueblo.

—Igual que mi hermano.

—Yo estuve en Harvard.

—¿De verdad?

—Siempre iba mejor vestido que Joey. Además, él era aburrido como una ostra; yo era mucho más ingenioso. Joey no leía más que los chistes del *Reader's Digest*. Yo leía *The New Yorker* cada semana.

—A mí no me gusta ni uno ni otro.

—A pesar de todo eso, Sofia lo prefirió a él. Pero ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Fue en *The New Yorker* donde leí por primera vez algo sobre la percepción subliminal. Fue en los años cincuenta. Era un artículo, un editorial, tal vez algo sucinto, al final de una columna; he olvidado exactamente de qué se trataba, pero fue eso lo que me estimuló, algo que leí en *The New Yorker*.

Brenda suspiró. Estaba inquieta.

—¿Estás cansada de estar de pie?

—Un poco.

—¿Te aburres?

—Un poco.

—Puta.

Ella bajó la vista al suelo.

—Desnúdate.

El maravilloso poder. Estaba lleno de él, rebosante de él; pero había cambiado. Al principio le había parecido una corriente maravillosa, estable. Casi todo el tiempo seguía siendo así, un suave zumbido dentro de él, quizás imaginado, pero, en cualquier caso, electrizante, un río de poder por el que navegaba llevando él el mando. Sin embargo, desde hacía unos momentos, de vez en cuando, durante pequeños lapsus, no lo sentía como un flujo constante, sino como una continuada e interminable serie de cortas y punzantes sacudidas. El poder como una metralleta: *ra-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta*… Su ritmo le afectaba; la cabeza le daba vueltas. Los pensamientos se amontonaban, ninguno terminaba, saltaban de una cosa a la otra: Joey Duncan, Harvard, llave-cerradura, Miriam, su madre, la Sofia de ojos oscuros, pechos, sexo, Emma Thorp, putas, Dawson, Brenda, su creciente erección, su madre, Klinger, Brenda, coño, el poder, la tiranía, las piernas de Emma…

—¿Y ahora qué?

Estaba desnuda.

—Ven aquí.

Animalito.

—¡Agáchate!

—¿En el suelo?

—De rodillas.

Se arrodilló.

—Eres un hermoso animal.

—¿Te gusto?

—Me servirás hasta entonces.

—¿Hasta qué?

—Hasta que consiga a tu cuñada.

—¿Emma?

—Lo obligaré a mirar.

—¿A quién?
—Al estúpido del poli.
—No es estúpido.
—Un culo precioso. Estás cachonda, Brenda.
—Me estoy poniendo caliente. Como antes.
—Claro que lo estás. Cada vez más caliente.
—Estoy temblando.
—Me deseas más que antes.
—Házmelo.
—Cada vez más caliente.
—Estoy… incómoda.
—No, no estás incómoda.
—¡Dios mío!
—¿Te sientes bien?
—Muy bien.
—No te pareces en nada a Miriam.
—¿Quién es Miriam?
—Ese bastardo debería verme en estos momentos.
—¿Quién es Miriam?
—Se sentiría ultrajado. Citaría la Biblia.
—¿A quién se refiere?
—A Dawson. Seguramente ni siquiera se le pone tiesa.
—Tengo miedo —dijo ella de pronto.
—¿De qué?
—No lo sé.
—Deja de tener miedo. Tú no tienes miedo.
—De acuerdo.
—¿Estás asustada?
Brenda sonrió.
—No. ¿Va a follarme?
—Voy a machacarte de una forma bestial. ¿Estás caliente?
—Sí, ardiendo. Métemela, ya.
—Klinger y sus malditas coristas.

—¿Klinger?

—Es posible que hasta sea maricón.

—¿Va a metérmela?

—Te voy a desgarrar. Es grande como la de un caballo.

—Oh, sí, la quiero, estoy caliente.

—Probablemente Miriam era… —*Ra-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta*…

A las cinco de la tarde del lunes, Buddy Pellineri, recién salido de la cama y con siete horas por delante antes de volver al trabajo en la fábrica, se dirigió a la tienda de Edison a ver si había nuevas revistas en los estantes. Sus preferidas eran las que tenían muchas imágenes: *People, Travel, Nevada, Arizona Highways, Vermont Life*, y algunos periódicos con fotografías. Encontró dos ejemplares que no tenía y los llevó a la caja para pagarlos.

Jenny estaba junto a la registradora. Llevaba una blusa blanca con flores amarillas estampadas. Su largo pelo negro parecía recién lavado, tupido y brillante.

—Está usted muy guapa, señorita Jenny.

—Oh, gracias, Buddy.

Se sonrojó y pensó que ojala no hubiera dicho nada.

—¿Cómo te trata la vida? —le preguntó Jenny.

—No puedo quejarme.

—Me alegra oír eso.

—¿Cuánto le debo?

—¿Tienes dos dólares?

Buddy metió una mano en el bolsillo y sacó unas monedas y facturas arrugadas.

—Sí, claro. Aquí están.

—Y te devuelvo tres monedas de veinticinco centavos.

—Yo creía que eran más caras.

—Bueno, ya sabes que te hacemos un descuento.

—Yo lo pago todo, no quiero un trato especial.

—Tú eres un amigo de la familia —dijo Jenny, a la vez que agitaba un dedo delante de él—, y hacemos descuento a todos los buenos amigos de la familia. Sam se enfadaría si no lo aceptases. Mete estas monedas en tu bolsillo.

—Bien…, pues muchas gracias.

—De nada. Buddy.

—¿Está Sam?

Ella señaló la puerta con cortinas.

—Está arriba, haciendo la cena.

—Debo contárselo.

—¿Contarle qué?

—Una cosa que vi.

—¿No puedes contármelo a mí?

—Bueno… Mejor a él.

—Si quieres puedes subir a verlo.

La invitación lo asustó. Nunca se sentía cómodo en las casas de los demás.

—¿Tienen gatos arriba?

—¿Gatos? No. Ningún animal.

Sabía que no le mentiría, pero es que los gatos surgían en los lugares más inesperados. Dos semanas después de la muerte de su madre, le habían pedido que fuese a casa del párroco. El reverendo Potter y la señora Potter lo habían conducido al salón, donde ella le ofreció galletas y pasteles caseros. Se sentó en un sofá con las rodillas juntas y las manos sobre el regazo. La señora Potter hizo chocolate. El reverendo Potter se lo sirvió a todos. Ambos estaban sentados frente a Buddy en sendos sillones de orejas. Durante un rato, todo fue sobre ruedas. Comió pan de jengibre y galletitas con azúcar rojo y verde, bebió cacao, sonrió mucho y habló un poco; pero, entonces, un enorme y peludo gato blanco saltó sobre su hombro, sobre su regazo, le clavó un instante las uñas, y pegó un brinco hasta el suelo. Buddy no sabía que los Potter tenían un gato. ¿Acaso esto era justo? ¿Por qué no se lo habían dicho? Había

estado agazapado en el alféizar de la ventana detrás del sofá. ¿Cuánto tiempo había estado allí? ¿Todo el rato mientras comía? Paralizado por el terror, incapaz de hablar, con deseos de gritar, derramó el chocolate sobre la alfombra y él mismo se ensució. Se orinó en los pantalones, allí sobre el sofá de brocado del reverendo. ¡Menuda mancha! Fue espantoso. Un día horrible. Nunca volvió allí, y también dejó de ir a la iglesia, aun a riesgo de acabar en el infierno.

—¿Buddy?

Jenny lo estaba mirando.

—¿Sí?

—¿Quieres subir a ver a Sam?

Cogió las revistas y dijo:

—No, no, se lo contaré en otro momento, en otro momento. Ahora no.

—Se encaminó hacia la puerta.

—Buddy.

Miró atrás.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

Sonrió forzado.

—No. No, nada, la vida me trata bien.

Salió corriendo de la tienda.

De nuevo en su apartamento de dos habitaciones al otro lado de Main Street, se dirigió al cuarto de baño y orinó; seguidamente, abrió una botella de Coca-Cola y se sentó a la mesa de la cocina a mirar las revistas. Lo primero que hizo fue hojear ambas rápidamente, en busca de posibles artículos sobre gatos y fotografías de gatos y anuncios de comida para gatos. Encontró dos páginas en cada revista que lo ofendieron y las hizo trizas sin pensárselo dos veces, indiferente a lo que había en sus dorsos. Rompió metódicamente cada página en cientos de diminutos fragmentos y arrojó el resultante montón de confetis en la papelera.

Sólo entonces estuvo preparado para relajarse y mirar las fotografías.

Hacia la mitad de la primera revista, cayó sobre un artículo que hablaba de un equipo de buceadores que estaban, según le pareció a él, tratando de sacar a la superficie un antiguo barco lleno de tesoros. No era capaz de leer más de dos palabras de cada cinco, pero estudió las fotografías con gran interés; y, de repente, se acordó de lo que había visto aquella noche en el bosque; cerca de la fábrica, cuando estaba orinando. A las cinco menos cuarto de aquella madrugada, del día que tan cuidadosamente había marcado en su calendario. Buzos. Venían del embalse; llevaban linternas, y armas. Fue una cosa tan tonta que no pudo olvidarlo. Una cosa tan extraña…, tan aterradora… Aquellos hombres no pertenecían al lugar donde los había visto, no habían ido en busca de tesoros; imposible de noche e imposible en el embalse.

¿Qué habrían estado haciendo?

Había reflexionado sobre ello largamente, pero sin poder sacar nada en claro. Tuvo ganas de pedirle a alguien que se lo explicase, pero era consciente de que iban a reírse de él.

No obstante, la semana anterior, se le ocurrió que había alguien en Black River que lo escucharía, que lo creería y que no se reiría por muy tonta que fuese la historia. Sam. Sam siempre había tenido tiempo para él, incluso antes de la muerte de su madre. Sam nunca se había reído de él ni se había dado aire de superioridad o había herido sus sentimientos. Además, en opinión de Buddy, Sam era la persona más inteligente del pueblo. Sabía de todo; o Buddy pensaba que así era. Si había alguien a quien poder explicarle lo que había visto, esa persona era Sam.

Por otra parte, no quería quedar como un estúpido a los ojos de Sam. Estaba resuelto a agotar todas las posibilidades de encontrar una respuesta por sí mismo antes de actuar. Por esta razón, había aplazado su visita a Sam después de haberse acordado de él el pasado miércoles.

Un momento antes, en la tienda, estaba finalmente preparado para dejar que Sam asumiese la responsabilidad de pensar en su lugar. Pero Sam estaba arriba, en unas habitaciones que no eran familiares para Buddy, y eso planteó el problema de los gatos.

Ahora tenía más tiempo para resolver el dilema por su cuenta. La próxima vez que Buddy fuese a la tienda, si Sam estaba allí, le contaría la historia; pero no en los próximos días. Permaneció sentado a la tamizada luz del ocaso que pasaba a través de la cortina, se bebió la Coca-Cola y siguió meditando.

Capítulo 8

Ocho meses antes:
Sábado, 18 de diciembre de 1976

Siete días antes de Navidad, en el centro informático del ala aislada de la casa de Greenwich, las mesas con monitores, el sistema de iluminación, los tubos de rayos catódicos y los campos de aplicación, si bien eran en su mayoría rojos y verdes, no recuerdan a Salsbury las próximas fiestas.

Cuando Klinger entró en la habitación, por primera vez desde hacía meses, recorrió las luces con la mirada y dijo:

—Muy navideño.

Por muy extraño que pudiera parecer, era cierto que resultaba bastante navideño. Sin embargo, como Salsbury no se había dado cuenta de algo que el general había captado en pocos segundos, se sintió incómodo. Desde hacía casi dos años, día y noche había estado diciéndose que debía ser más rápido, más agudo, más ingenioso y más previsor que sus dos socios si quería evitar que acabasen metiéndole una bala en la cabeza y enterrándolo junto a Brian Kingman en el extremo sur de la propiedad; lo cual era, sin duda alguna, lo que le tenían preparado. Y lo que se preparaban el uno al otro. Esto o la esclavitud mediante el programa llave-cerradura. Por ello le molestó bastante que Klinger, peludo y con el rostro plano de gorila, hubiera hecho, nada más llegar y antes que él, una observación sobre la estética.

Sólo vio una forma de librarse de su turbación: hacer flaquear el aplomo del general lo antes posible.

—Aquí no puedes fumar. Apágalo inmediatamente.

—Oh, sí, claro… —aceptó Klinger, a la vez que pasaba el puro del centro de sus gruesos labios a un lado.

—Es por toda esta delicada maquinaria —barbotó Salsbury bruscamente, y señaló las luces navideñas.

Klinger se quitó el puro de la boca e hizo el gesto de ir a tirarlo al suelo.

—En la papelera.

Después de haberse deshecho del puro, el general se disculpó:

—Lo siento.

—No te preocupes. No estás familiarizado con un lugar como éste, con computadoras y todo lo demás. Es lógico que no lo sepas.

Y pensó: «Me he marcado un tanto».

—¿Dónde está Leonard? —preguntó Klinger.

—No va a venir.

—¿No va a venir para una prueba tan importante?

—Considera que no es necesario.

—Poncio Pilatos.

—¿Cómo?

—Debe de estar arriba lavándose las manos —añadió Klinger, mirando al techo como si pudiese ver a través de él.

Salsbury no estaba dispuesto a participar en ninguna conversación que supusiera criticar o analizar a Dawson. Había tomado todas las medidas oportunas para protegerse contra cualquier intento por parte de éste de colocar micrófonos ocultos en su zona de trabajo, no pensaba que nadie pudiese espiarlo mientras estaba allí; pero no podía estar positiva y absolutamente seguro de ello. En tales circunstancias consideraba que la paranoia era una ventajosa posición desde la cual observar el mundo.

—¿Qué tienes que enseñarme?

—Para empezar, supongo que querrás ver unas cuantas impresiones relativas al programa llave-cerradura.

—Siento curiosidad —admitió el general.

Salsbury tomó un bloque de papel continuo plegado en docenas de secciones de unos 45 centímetros.

—Nuestros tres nuevos empleados…

—¿Los mercenarios?

—Sí. Les he suministrado la droga a los tres y les he mostrado en noches sucesivas una serie de películas, aparentemente como un entretenimiento para pasar la velada: El Exorcista, Tiburón y Domingo negro. Eran, por supuesto unas copias muy especiales de las películas. Tratadas aquí, en esta propiedad. Hice el trabajo personalmente, grabé en cada una de las películas una fase diferente del programa subliminal.

—¿Por qué estas tres películas en particular?

—Habría podido usar cualquiera. Las escogí al azar de la cinemateca de Leonard. La película es simplemente el envoltorio, no el contenido. Presenta simplemente un pretexto para que los sujetos miren la pantalla durante un par de horas mientras el programa subliminal está trabajando más allá de su umbral de conocimiento —le entregó a Klinger uno de los pliegos impresos—. Aquí tienes, segundo a segundo, la traducción verbal de las imágenes que aparecían en la pantalla de la película reostática, que empieza simultáneamente con la película. Cuando el ordenador imprime «Leyenda», significa que, en la película reostática, los mensajes subliminales por imagen se sustituyen por un mensaje en letras, una orden directa para el espectador.

SUJETO CODIFICADO-LLAVE-CERRADURA
PROGRAMA REVISADO/FASE UNO
MATERIAL ALMACENADO
PROGRAMA ALMACENADO: 6/8/76
ESTA IMPRESIÓN: 18/12/76

IMPRESIÓN

SEGUNDOS	CONTENIDO SUBLIMINAL
0001	SIN CONTENIDO
0002	SIN CONTENIDO
0003	IMAGEN-PECHOS DE MUJER
0004	IMAGEN-PECHOS DE MUJER
0005	IMAGEN-PECHOS DE MUJER
0006	IMAGEN-PECHOS DE MUJER
0007	IMAGEN-PECHOS DE MUJER
0008	LEYENDA-MIRA
0009	LEYENDA-MIRA
0010	LEYENDA-MIRA
0011	LEYENDA-MIRA
0012	LEYENDA-MIRA ESTA PELÍCULA
0013	LEYENDA-MIRA ESTA PELÍCULA
0014	LEYENDA-MIRA ESTA PELÍCULA
0015	IMAGEN-PENE RELAJADO
0016	IMAGEN-PENE RELAJADO
0017	IMAGEN-PENE RELAJADO
0018	IMAGEN-PENE EN MANO DE MUJER
0019	IMAGEN-MUJER ACARICIANDO PENE
0020	IMAGEN-MUJER ACARICIANDO PENE
0021	IMAGEN-MUJER ACARICIANDO PENE
0022	IMAGEN-MUJER ACARICIANDO PENE
0023	LEYENDA-MIRA ESTA PELÍCULA

—Los primeros sesenta segundos solo para asegurarse de que el sujeto prestará atención al resto de la película —explicó Salsbury —. Cuando empieza el segundo minuto y a lo largo de toda la película, se le prepara cuidadosa y gradualmente para la fase dos del programa y para un eventual y total sometimiento a la modalidad de conducta llave-cerradura.

—¿Lentamente y con mucho cuidado por lo que le sucedió a Brian Kingman? —pregunto el general.

—Por lo que sucedió con Brian Kingman.

0061 IMAGEN-MUJER TOCANDO TESTÍCULOS
0062 IMAGEN-MUJER TOCANDO TESTÍCULOS
0063 IMAGEN-MUJER ACARICIANDO PENE
0064 IMAGEN-MUJER ACARICIANDO PENE
0065 IMAGEN-MUJER ACARICIANDO PENE
0066 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0067 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0068 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0069 IMAGEN-PENE ERECTO
0070 IMAGEN-PENE ERECTO
0071 IMAGEN-PENE ERECTO
0072 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0073 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0074 IMAGEN-MUJER SONRIENDO ANTE PENE ERECTO
0075 IMAGEN-MUJER SONRIENDO ANTE PENE ERECTO
0076 IMAGEN-MUJER SONRIENDO ANTE PENE ERECTO
0077 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0078 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0079 IMAGEN-COITO A LO PERRO
0080 IMAGEN-COITO A LO PERRO
0081 IMAGEN-COITO A LO PERRO
0082 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCION
0083 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCION
0084 IMAGEN-COITO HOMBRE ENCIMA
0085 IMAGEN-COITO HOMBRE ENCIMA
0086 IMAGEN-COITO HOMBRE ENCIMA
0087 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0088 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0089 IMAGEN-ROSTRO DE MUJER EXPRESANDO ÉXTASIS
0090 IMAGEN-ROSTRO DE MUJER EXPRESANDO ÉXTASIS
0091 IMAGEN-ROSTRO DE MUJER EXPRESANDO ÉXTASIS
0092 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0093 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0094 IMAGEN-EYACULACIÓN EN VELLO PÚBICO DE MUJER
0095 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0096 IMAGEN-EYACULACIÓN EN VELLO PÚBICO DE MUJER
0097 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0098 IMAGEN-ROSTRO DE MUJER EXPRESANDO ÉXTASIS
0099 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN

0100 IMAGEN-EYACULACIÓN EN VELLO PÚBICO DE MUJER

—El pene no se pone erecto hasta que se le dice al espectador que la obediencia a la clave es igual a satisfacción —observó Klinger.

—Exactamente. Y te habrás dado cuenta de que están representados tanto el orgasmo del hombre como el de la mujer. Este programa servirá para ambos sexos.

—¿Todo esto ha sido sacado de una película pornográfica?

—Fue filmado especialmente para mí por un cineasta de Nueva York especializado en pornografía —respondió Salsbury, a la vez que se ajustaba las gafas en la nariz y se enjugaba el sudor de la frente—. Se le indicó que utilizase únicamente a actores muy atractivos. Lo filmó todo a una intensidad de luz regular, pero yo utilicé un proceso especial para grabar bajo el umbral del conocimiento. Posteriormente, intercalé frases que contenían mensajes en las secuencias de sexo. —Salsbury desdobló seguidamente algunas hojas impresas—. Esta primera secuencia dura otros cuarenta minutos. Después hay una pausa de dos segundos, y a continuación, se presenta otro mensaje de la misma forma.

0143 IMAGEN-MUJER TOCÁNDOSE CLÍTORIS
0144 IMAGEN-MUJER TOCÁNDOSE CLÍTORIS
0145 IMAGEN-HOMBRE ACARICIANDO PENE RELAJADO
0146 IMAGEN-HOMBRE ACARICIANDO PENE RELAJADO
0147 IMAGEN-HOMBRE ACARICIANDO PENE RELAJADO
0148 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO
0149 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO
0150 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO
0151 IMAGEN-MUJER SONRIENDO ANTE PENE ERECTO
0152 IMAGEN-MUJER SONRIENDO ANTE PENE ERECTO
0153 IMAGEN-MUJER SONRIENDO ANTE PENE ERECTO
0154 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO
0155 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO

0156 IMAGEN-COITO MUJER ENCIMA
0157 IMAGEN-COITO MUJER ENCIMA
0158 IMAGEN-COITO MUJER ENCIMA
0159 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO
0160 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO
0161 IMAGEN-COITO ESTILO PERRO
0162 IMAGEN-COITO ESTILO PERRO
0163 IMAGEN-COITO ESTILO PERRO
0164 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO
0165 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO
0166 IMAGEN-ROSTRO DE MUJER EXPRESANDO ÉXTASIS
0167 IMAGEN-ROSTRO DE MUJER EXPRESANDO ÉXTASIS
0168 IMAGEN-ROSTRO DE MUJER EXPRESANDO ÉXTASIS
0169 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO
0170 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO
0171 IMAGEN-EYACULACIÓN EN NALGAS DE MUJER
0172 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO
0173 IMAGEN-EYACULACIÓN EN NALGAS DE MUJER
0174 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO
0175 IMAGEN-ROSTRO DE MUJER EXPRESANDO ÉXTASIS

—Comprendo el esquema —dijo Klinger—. ¿Cuántas «leyendas» de este tipo había?

Se encontraban ante uno de los tableros de mando. Salsbury se inclinó hacia delante y utilizó el teclado.

Una de las pantallas de la pared empezó a imprimir:

FASE UNO DE MENSAJES CLAVE-CERRADURA, EN ORDEN DE APARICIÓN, COMO SIGUE:

01 OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
02 SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO
03 SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE TEMOR
04 SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE CULPABILIDAD
05 SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE PREOCUPACIONES
06 SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE CÓDIGOS MORALES
07 SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE RESPONSABILIDADES
08 SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE DEPRESIONES

09 SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE TENSIONES
10 SOMETIMIENTO A LA CLAVE-PLACER
11 SOMETIMIENTO A LA CLAVE-FELICIDAD
12 SOMETIMIENTO A LA CLAVE-TU MAYOR DESEO

Salsbury pulsó una tecla en el tablero. La pantalla quedó en blanco. Se repitieron las series tres veces a lo largo de la película.

—¿Y lo mismo la segunda noche? —preguntó Klinger.

—No. —Salsbury tomó otro montón de hojas impresas que había en la silla situada junto a la consola y lo cambió por el análisis de la fase uno—. El primer minuto transcurre asegurando la atención de los sujetos, como en el caso de la primera película. La diferencia entre la fase uno y la fase dos resulta evidente en el segundo minuto.

0061 IMAGEN-MUJER LLORANDO
0062 IMAGEN-MUJER LLORANDO
0063 IMAGEN-MUJER LLORANDO
0064 IMAGEN-HOMBRE LLORANDO
0065 IMAGEN-HOMBRE LLORANDO
0066 LEYENDA-RECHAZO A OBEDECER LA CLAVE-DOLOR
0067 LEYENDA-RECHAZO A OBEDECER LA CLAVE-DOLOR
0068 IMAGEN-MUJER, CUBIERTA DE SANGRE, GRITANDO
0069 IMAGEN-MUJER, CUBIERTA DE SANGRE, GRITANDO
0070 LEYENDA-RECHAZO A OBEDECER LA CLAVE-DOLOR
0071 LEYENDA-RECHAZO A OBEDECER LA CLAVE-DOLOR
0072 IMAGEN-HOMBRE, CUBIERTO DE SANGRE, GRITANDO
0073 IMAGEN-HOMBRE, CUBIERTO DE SANGRE, GRITANDO
0074 LEYENDA-RECHAZO A OBEDECER LA CLAVE-DOLOR
0075 LEYENDA-RECHAZO A OBEDECER LA CLAVE-DOLOR
0076 IMAGEN-MUJER, CUBIERTA DE SANGRE, GRITANDO
0077 IMAGEN-MUJER, CUBIERTA DE SANGRE, GRITANDO
0078 LEYENDA-RECHAZO A OBEDECER LA CLAVE-DOLOR
0079 LEYENDA-DOLOR, DOLOR, DOLOR, DOLOR
0080 SIN CONTENIDO
0081 SIN CONTENIDO
0082 IMAGEN-MUJER SONRIENDO ANTE PENE ERECTO

—La segunda fase del programa alterna entre un refuerzo negativo y uno positivo. Los siguientes veinticinco segundos están dedicados a una secuencia de estímulo sexual, similar a lo que has visto en las primeras hojas. Puedes avanzar un poco.

0110 IMAGEN-FAZ DE UN LOBO GRUÑENDO
0111 IMAGEN-FAZ DE UN LOBO GRUÑENDO
0112 IMAGEN-ESCORPIÓN ATACANDO A UN RATÓN
0113 IMAGEN-ESCORPIÓN ATACANDO A UN RATÓN
0114 IMAGEN-ATAÚD
0115 IMAGEN-ATAÚD
0116 IMAGEN-ATAÚD
0117 LEYENDA-RECHAZO A OBEDECER LA CLAVE-MUERTE
0118 LEYENDA-RECHAZO A OBEDECER LA CLAVE-MUERTE
0119 IMAGEN-CALAVERA HUMANA
0120 IMAGEN-CALAVERA HUMANA
0121 IMAGEN-CADÁVER PUTREFACTO
0122 LEYENDA-RECHAZO A OBEDECER LA CLAVE-MUERTE
0123 IMAGEN-CADÁVER PUTREFACTO
0124 LEYENDA-RECHAZO A OBEDECER LA CLAVE-MUERTE

Klinger levantó la mirada de las hojas.

—¿Quieres decir que la muerte es tan eficaz como el sexo en la persuasión subliminal?

—Prácticamente, sí. En publicidad, se pueden utilizar los mensajes subliminales para establecer el mismo tipo de ecuación motivacional tanto con la muerte como con el sexo. Según Wilson Bryan Key, que escribió un libro sobre la naturaleza de la manipulación subceptiva hace unos cuantos años, es posible que se utilizasen por primera vez imágenes de muerte en un anuncio del whisky Calvert, que apareció en una serie de revistas en 1971. Desde entonces, cientos de símbolos de muerte se han convertido en herramientas habituales de las más importantes agencias de publicidad.

—¿Y qué me dices de la tercera fase? —preguntó el general a la vez que dejaba a un lado la impresión de la segunda fase—. ¿Qué se ocultaba en la película que les mostraste la tercera noche?

Salsbury tenía en la mano otro montón de papel continuo.

—Al principio, esta película se limita a reforzar los mensajes y los efectos de las dos primeras películas. En algunos puntos se acaba en décimas de segundo porque, para entonces, los sujetos están preparados para una asimilación más rápida, para órdenes de mayor estímulo. Al igual que ocurre con las otras películas, los mensajes reales empiezan en el segundo minuto.

0060 00 IMAGEN-ROSTRO DE MUJER EXPRESANDO ÉXTASIS
0061 00 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0061 05 IMAGEN-PENE EYACULANDO
0062 00 IMAGEN-ROSTRO DE MUJER EXPRESANDO ÉXTASIS
0062 05 LEYENDA-OBEDIENCIA A LA CLAVE-SATISFACCIÓN
0063 00 IMAGEN-MUJER LLORANDO
0063 03 IMAGEN-HOMBRE LLORANDO
0063 06 IMAGEN-FAZ DE UN LOBO GRUÑENDO
0063 09 IMAGEN-ESCORPIÓN ATACANDO A UN RATÓN
0064 02 IMAGEN-ATAÚD
0064 05 LEYENDA-RECHAZO A OBEDECER LA CLAVE-MUERTE
0065 00 IMAGEN-MUJER BESANDO PENE
0065 05 IMAGEN-PENE DESLIZÁNDOSE ENTRE PECHOS DE MUJER
0065 08 IMAGEN-PENE PENETRANDO EN VAGINA
0066 00 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-IMPOSIBILIDAD DE FRACASO
0066 05 IMAGEN-BRAZO HUMANO CORTADO Y ENSANGRENTADO
0066 08 IMAGEN-CADÁVER PUTREFACTO

A continuación, tanto el ritmo como el impacto emocional de las imágenes se aceleraban drásticamente:

0800 00 IMAGEN-CABEZA HUMANA CON HERIDA DE BALA
0800 01 IMAGEN-SOLDADO CLAVANDO BAYONETA EN EL PECHO DE MUJER ANCIANA
0800 02 IMAGEN-BEBÉ VIETNAMITA MUERTO

0800 04 IMAGEN-GUSANOS EN UN PEDAZO DE CARNE
0800 06 IMAGEN-RATA GRUÑENDO
0800 07 IMAGEN-DE UN LOBO GRUÑENDO
0800 08 IMAGEN-ATAÚD
0800 09 IMAGEN-GUSANOS EN PIEZA DE RES
0801 00 LEYENDA-RECHAZO A OBEDECER LA CLAVE-MUERTE
0801 02 IMAGEN-PENE ERECTO
0801 04 IMAGEN-ROSTRO DE MUJER EXPRESANDO ÉXTASIS
0801 06 IMAGEN-LENGUA EN CLÍTORIS
0801 08 IMAGEN-MUJER BESANDO PENE
0801 09 IMAGEN-PENE EN VAGINA
0802 00 IMAGEN-EYACULACIÓN EN VELLO PÚBICO DE MUJER
0802 01 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-TU MAYOR DESEO

Mucho más adelante, cada vez más acelerado:

2400 00 IMAGEN-PRIMER PLANO DE ROSTRO BEBÉ MUERTO
2400 01 IMAGEN-GUSANOS EN ESTIÉRCOL DE CABALLO
2400 02 LEYENDA-RECHAZO A OBEDECER LA CLAVE-MUERTE
2400 03 IMAGEN-HOMBRE TOCANDO CLÍTORIS
2400 04 IMAGEN-MUJER LAMIENDO PENE
2400 05 LEYENDA-SOMETIMIENTO A LA CLAVE-FELICIDAD
2400 06 IMAGEN-ENTRAÑAS HUMEANTES DE VACA
2400 07 LEYENDA-RECHAZO-DOLOR
2400 08 LEYENDA-RECHAZO-MUERTE
2400 09 IMAGEN-EYACULACIÓN EN BOCA DE MUJER
2401 00 IMAGEN-ROSTRO DE MUJER EXPRESANDO ÉXTASIS
2401 01 LEYENDA-SOMETIMIENTO-FELICIDAD
2401 02 LEYENDA-SOMETIMIENTO-ÉXTASIS

Finalmente, había menos tiempo dedicado a las imágenes motivadoras y más a las órdenes directas:

3600 00 IMAGEN-GUSANOS EN UN TROZO DE CARNE
3600 01 LEYENDA-RECHAZO-MUERTE
3600 02 IMAGEN-GATO MUERTO
3600 03 LEYENDA-OBEDECE LA CLAVE
3600 04 LEYENDA-OBEDECE, OBEDECE, OBEDECE

3600 05 IMAGEN-MUJER CHUPANDO PENE
3600 06 LEYENDA-SOMETIMIENTO-VIDA
3600 07 LEYENDA-OBEDECE LA CLAVE
3600 08 IMAGEN-EYACULACIÓN EN MUSLO DE MUJER
3600 09 LEYENDA-OBEDECE LA CLAVE
3600 10 LEYENDA-VIDA, VIDA, VIDA

—Se mantiene hasta el final de la película este mismo ritmo —resumió Salsbury—. Durante los últimos quince minutos, mientras continúan entrando estos mensajes de sexo y de muerte, también se introduce e implanta permanentemente, en el profundo subconsciente del espectador, el concepto de las frases clave llave-cerradura.

—¿Todo queda dentro?

—Sí, todo queda dentro, gracias a la droga que los prepara para los mensajes subliminales.

—Y no son conscientes de haber visto nada de eso.

—Si fuesen conscientes de ello, el programa no surtiría efecto. Debe ir dirigido únicamente al subconsciente para que sobrepase la capacidad natural de razonamiento de la mente consciente.

Klinger retiró de la mesa de control la silla y se sentó. Tenía la mano izquierda apretada sobre el regazo. Estaba tan greñudo con su pelo negro que a Salsbury le recordó una rata de alcantarilla. Se pasó la otra mano por el pelo mientras reflexionaba sobre las hojas impresas que acababa de ver.

—¿Cuándo completaron nuestros tres mercenarios la tercera fase del programa? —preguntó finalmente.

—Hace un mes. Durante las últimas semanas he estado observándolos y comprobando su sometimiento.

—¿Ninguno ha reaccionado como Kingman?

—Los tres han tenido pesadillas. Probablemente sobre lo que habían visto en la pantalla reostática. Ninguno de ellos consiguió

acordarse. Además, los tres han padecido por la noche fuertes escalofríos y ligeras náuseas. Pero viven.

—¿Has tropezado con algún otro problema?

—Ninguno.

—¿Ningún punto débil en el programa? ¿En ningún momento se han negado a obedecerte?

—En absoluto, hasta el momento. Dentro de unos minutos, cuando los hayamos sometido a la última prueba, sabremos si nuestro control sobre ellos es total. En caso contrario, volveré a empezar. Si lo hemos conseguido: champán.

Klinger suspiró.

—Supongo que es algo que debemos saber. Supongo que esta última prueba es completamente necesaria.

—Completamente.

—No me gusta.

—¿No fuiste oficial en Vietnam?

—¿Qué tiene que ver con esto?

—Habrás mandado a hombres a la muerte con anterioridad.

—Pero siempre con honor —replicó Klinger, e hizo una mueca—. Siempre con honor. Y seguro como que hay un infierno que no hay honor alguno en lo que va a pasar aquí.

Honor, pensó Salsbury amargamente. Eres un idiota tan grande como Leonard. No existe el cielo y no existe nada semejante al honor. Lo único que cuenta es conseguir lo que se quiere. Tú lo sabes, yo lo sé e incluso Leonard lo sabe, cuando está humildemente ante su zumo de fruta en los desayunos de súplicas de la Casa Blanca con Billy Graham o con el Presidente; pero yo soy el único de nosotros que lo admite.

—De acuerdo. —Klinger se puso de pie—. Acabemos con esto. ¿Dónde están?

—En la habitación contigua, esperando.

—¿Saben lo que van a hacer?

—No. —Salsbury se dirigió a su escritorio y habló por el intercomunicador—: Rossner, Holbrook y Picard. Venid. Os estamos esperando.

Unos segundos después se abrió la puerta y entraron tres hombres.

—Colocaos en el centro de la habitación —ordenó Salsbury.

Ellos obedecieron.

—¿Ya los has abierto con la frase clave? —quiso saber Klinger.

—Antes de que llegases.

El primero de ellos, a pesar de ser un hombre que tendría casi cuarenta años e incluso más, parecía uno de esos tipos peligrosos que se apostan en las esquinas. Era delgado pero fuerte, mediría un metro sesenta, tenía la tez oscura y llevaba el cabello, castaño oscuro y plateado en las sienes, peinado hacia atrás. Su postura, los pies separados y con la mayor parte del peso sobre las puntas de los pies, indicaba que estaba siempre preparado para moverse, y para moverse con rapidez. Era de rostro chupado, los ojos estaban un poco demasiado juntos, y los labios, sobre una barbilla puntiaguda, eran delgados y de un tono rosa grisáceo.

—Éste es Rossner —se dirigió Salsbury a Klinger—. Glenn Rossner, norteamericano, dieciséis años como soldado a sueldo.

—Hola —saludó Rossner.

—Ninguno de vosotros debe hablar mientras no se os dirija la palabra —lo reprendió Salsbury—. ¿Está claro?

—Sí —contestaron las tres voces.

El segundo hombre tenía aproximadamente la misma edad que el primero; aparte de esto, no podía haber sido menos parecido a Rossner. Metro ochenta, fornido, tez clara, pelo rubio paja muy corto, rostro ancho, fuertes mandíbulas. Había mantenido aquella expresión severa durante tantos años que parecía habérsele grabado en la carne. Tenía el aspecto de un padre que establece reglas arbitrarias, utiliza castigos corporales con su hijo dos veces

por semana como mínimo, habla fuerte, actúa brutalmente y convierte a los hijos como Glenn Rossner en gamberros callejeros.

—Éste es Peter Holbrook —lo presentó Salsbury—. Británico. Hace veinte años que es mercenario, empezó sólo con veintidós.

El tercero no tenía más de treinta años y era el único del que se podía decir que era guapo. Un metro ochenta, delgado y musculoso, espeso cabello castaño, frente ancha, extraños ojos verdes grisáceos con largas pestañas, de las que cualquier mujer se habría sentido orgullosa; rasgos muy angulosos y la mandíbula y la barbilla especialmente fuertes. Guardaba cierto parecido con Rex Harrison de joven.

—Michel Picard. Francés. Habla perfectamente inglés. Hace diez años que es mercenario.

—¿Con cuál de ellos se hará? —preguntó Klinger.

—Creo que con Picard.

—Empecemos, entonces.

Salsbury se volvió hacia Rossner.

—Glenn, sobre mi escritorio hay un trozo de lona doblado. Tráelo.

Rossner fue al escritorio y volvió con la tela.

—Peter, ayúdale a extenderla en el suelo.

Un minuto después, la lona de casi tres metros cuadrados estaba extendida en medio de la habitación.

—Michel, colócate en el centro de la tela.

El francés obedeció.

—Michel, ¿qué soy yo?

—Usted es la llave.

—¿Y qué eres tú?

—Yo soy la cerradura.

—¿Harás lo que yo te diga que hagas?

—Sí, naturalmente.

—Relájate, Michel. Estás muy relajado.

—Sí. Me siento bien.

—Eres muy feliz.

Picard sonrió.

—Seguirás siendo feliz, sea lo que sea lo que te ocurra en los próximos minutos. ¿Has comprendido?

—Sí.

—No intentarás evitar que Peter o Glenn cumplan las órdenes que yo les dé, sean cuales sean esas órdenes. ¿Has comprendido?

—Sí.

Salsbury sacó de uno de los bolsillos de su bata blanca una cuerda de nailon de poco más de un metro.

—Peter, toma. Ponla en el cuello de Michel como si fueras a estrangularlo; pero no te extralimites.

Holbrook se colocó detrás del francés y le pasó la cuerda alrededor de la garganta.

—Michel, ¿estás relajado?

—Oh, sí, muy relajado.

—Ahora tienes las manos en los costados; las mantendrás en los costados hasta que te diga que debes moverlas.

—De acuerdo —dijo Picard, todavía sonriendo.

—Seguirás sonriendo mientras puedas.

—Sí.

—E incluso, cuando ya no puedas sonreír, sabrás que todo esto es para bien.

Picard sonrió.

—Glenn, tú observarás. No intervendrás en el pequeño drama que estos dos están a punto de interpretar.

—No intervendré —afirmó Rossner.

—Peter, tú harás lo que yo te diga.

El hombre grandote asintió.

—Sin titubeos.

—Sin titubeos.

—Estrangula a Michel.

Si la sonrisa del francés se desvaneció, apenas fue perceptible.

Seguidamente, Holbrook tiró de ambos extremos de la cuerda.

La boca de Picard se abrió de golpe. Daba la impresión de estar tratando de gritar, pero no tenía voz. Empezó a vomitar.

A pesar de que Holbrook llevaba una camisa de manga larga, Salsbury pudo ver que los músculos se hinchaban y se tensaban en los gruesos brazos.

Cada vez que Picard respiraba desesperadamente, se producía un ligero y agitado resuello. Se le pusieron los ojos en blanco. Su rostro estaba rojo.

—Estira fuerte —le ordenó Salsbury a Holbrook.

El inglés obedeció. Una sonrisa feroz, en absoluto producida por el humor, sino por el esfuerzo, transformaba su rostro en una cabeza cadavérica.

Picard cayó sobre Holbrook.

Éste dio un paso atrás.

Picard se desplomó de rodillas.

Tenía las manos todavía en los costados. No hacía esfuerzo alguno por salvarse.

—Por todos los demonios —exclamó Klinger, atónito, paralizado, incapaz de sacar de su boca algo más que un susurro.

Picard, en medio de sacudidas y convulsiones, perdió el control de la vejiga y de los intestinos.

Salsbury se alegró de haber pensado en la lona.

Segundos después, una vez terminada la tarea, Holbrook se apartó de Picard. La cuerda había producido unas marcas rojas e inflamadas en las palmas de su mano.

Salsbury sacó otro trozo de cuerda de un bolsillo de la bata y se la entregó a Rossner.

—¿Sabes qué es esto, Glenn?

—Sí.

Rossner había contemplado impasible cómo Holbrook asesinaba al francés.

—Glenn, quiero que le des la cuerda a Peter.

Sin detenerse a pensar en ello, Rossner puso la segunda cuerda en las manos del inglés.

—Ahora dale la espalda a Peter.

Rossner se volvió.

—¿Estás relajado, Glenn?

—No.

—Relájate. No te preocupes de nada. Es una orden.

Los rasgos de Rossner se suavizaron.

—¿Cómo te sientes, Glenn?

—Relajado.

—Bien. No harás nada para evitar que Peter obedezca las órdenes que yo le dé, sean cuales sean estas órdenes.

—No me meteré —aseguró Rossner.

Salsbury se volvió al inglés.

—Pasa la cuerda alrededor del cuello de Glenn como has hecho con Michel.

Una vez hubo tirado de la cuerda y enrollado los extremos de ésta en sus manos, Holbrook estaba listo para recibir más órdenes.

—Glenn, ¿estás en tensión? —preguntó Salsbury.

—No. Estoy relajado.

—Está bien, muy bien. Seguirás estando relajado. Ahora, voy a decirle a Peter que te mate, y tú vas a permitir que lo haga. ¿Está claro?

—Sí. He comprendido.

La plácida expresión de Rossner no cambió.

—¿Quieres vivir?

—Sí. Sí, quiero vivir.

—¿Por qué, entonces, estás dispuesto a morir?

—Yo…, yo… —balbuceó confundido.

—Estás dispuesto a morir porque negarte a obedecer a la llave supone dolor y, de todas formas, la muerte. ¿No es así, Glenn?

—Así es.

Salsbury miró a los dos hombres atentamente, en busca de signos de pánico. No había ninguno, ni siguiera de tensión. El hedor del cuerpo sucio de Michel Picard era casi insoportable y empeoraba de segundo en segundo. Rossner sabía seguramente lo que estaba a punto de sucederle. Había visto morir a Michel, le habían dicho que iba a morir de la misma forma; sin embargo, permanecía impasible y, aparentemente, no estaba asustado.

—Control total —se asombró el general—. No obstante, no parecen autómatas ni se comportan como tales.

—Porque no lo son. No hay nada sobrenatural, sólo lo último en técnicas de modificación del comportamiento —se enorgulleció Salsbury, eufórico—. Peter, dame la cuerda. Gracias. Los dos lo habéis hecho muy bien, excepcionalmente bien. Ahora, quiero que envolváis el cuerpo de Michel en la lona y que lo llevéis a la habitación contigua. Esperad allí hasta que tenga más órdenes para vosotros.

Como si fueran un par de obreros normales y corrientes que comentan la forma de desplazar una carga de ladrillos de un sitio a otro, Rossner y Holbrook discutieron el asunto que tenían entre manos. Una vez hubieron decidido la mejor forma de enrollar y cargar el cadáver, llevaron a cabo el trabajo.

—Felicidades —dijo Klinger, que estaba sudando. El Ernst Klinger de sangre fría, inmutable y de mirada dura, estaba transpirando como un cerdo.

¿Qué piensas ahora de las luces de las computadoras?, le preguntó Salsbury para sus adentros, ¿parecen tan navideña como hace diez minutos?

La sala de los ordenadores olía a limón. Salsbury había echado ambientador para eliminar el hedor a excrementos y a orina.

Sacó una botella de whisky del cajón de su escritorio y se sirvió un trago para celebrarlo.

Para Klinger fue un trago doble para calmar sus nervios. Una vez se lo hubo tomado, preguntó:

—Y, ahora, ¿qué?

—La prueba práctica.

—Ya lo has mencionado con anterioridad, pero ¿por qué? ¿Por qué no podemos empezar con el plan de Oriente Próximo como Leonard apuntó en Tahoe, hace casi dos años? Sabemos que la droga funciona, ¿no es así? Y sabemos que los mensajes subliminales funcionan.

—He alcanzado los resultados deseados con Holbrook, Rossner y el pobre Picard —empezó Salsbury; luego, tomó un trago de whisky—, pero ello no significa necesariamente que todos vayan a reaccionar así. No puedo tener completa confianza en el programa hasta que hayamos tratado, observado y probado a unos cientos de sujetos de ambos sexos y de todas las edades. Además, nuestros tres mercenarios han sido tratados y han respondido en una situación de laboratorio controlada. Antes de poder correr el extraordinario riesgo que supone algo como el plan de Oriente Próximo, donde deberemos crear unas series subliminales nuevas para otra cultura y en otro idioma, tenemos que conocer los resultados que obtendremos en la práctica.

Klinger se sirvió otro vaso de whisky. Cuando se llevaba el vaso a los labios, una mirada de temor cruzó rápidamente por su rostro. No duró más de un segundo o dos. Como si estuviera pensando en la prueba, miró la bebida de su vaso, la botella que estaba sobre el escritorio y, finalmente, el vaso de Salsbury.

—No te preocupes, Ernst —le tranquilizó Salsbury, riéndose—. No se me ocurriría introducir la droga en mi propio *Jack Daniels*. Además, tú no eres un sujeto potencial, eres mi socio.

Klinger asintió en silencio. Sin embargo, dejó el vaso sobre la mesa sin probar el whisky.

—¿Has pensado ya en qué lugar llevarías a cabo una prueba así?

—En Black River, Maine. Es un pequeño pueblo cerca de la frontera canadiense.

—¿Por qué allí?

Salsbury se dirigió al ordenador más próximo y tecleó una orden.

—Hace dos meses, preparé una lista con los requisitos básicos del lugar ideal para la prueba.

Todas las pantallas empezaron a presentar la misma información:

DATOS DE LA PRUEBA LLAVE/CERRADURA, COMO SIGUE:

1A EL LUGAR DEBE SER UN PEQUEÑO PUEBLO, PERO PROVISTO DEL NÚMERO SUFICIENTE DE SUJETOS PARA UNA ESTADÍSTICA PRECISA

1B BLACK RIVER, MAINE-POBLACIÓN, 402
CAMPAMENTO DE EXPLOTACIÓN FORESTAL-POBLACIÓN, 188
OTROS HABITANTES EN 8 KILÓMETROS, NINGUNO

—¿Campamento de explotación forestal? —preguntó Klinger.

—Se trata de un pueblo creado en torno a Big Union Supply. Casi todo el mundo en Black River trabaja para Big Union o suministra a los que allí trabajan. La compañía mantiene en funcionamiento un gran campamento (barracones, cantina, facilidades para el ocio) cerca de los bosques que deben explotarse, para los leñadores solteros que no quieren correr con el gasto de alquilar una habitación o un apartamento en el pueblo.

2A EL LUGAR DEBE ESTAR AISLADO GEOGRÁFICAMENTE SEGÚN LOS CRITERIOS SOCIALES NORMALES

2B PRIMER PUEBLO MÁS CERCANO A BLACK RIVER-48 KILÓMETROS
SEGUNDO PUEBLO MÁS CERCANO A BLACK RIVER-99 KILÓMETROS
RUTAS TERRESTRES A BLACK RIVER
-1 CARRETERA ESTATAL, 2 CARRILES
-1 VÍA FÉRREA, SÓLO TRÁFICO INDUSTRIAL
RUTAS FLUVIALES A BLACK RIVER-RÍO NAVEGABLE,
SIN TRÁFICO REGULAR
ACCESOS AÉREOS A BLACK RIVER-NINGUNO

3A EL LUGAR DEBE ESTAR DENTRO DEL CAMPO DE RECEPCIÓN DE UNA O MÁS CADENAS DE TELEVISIÓN

3B CADENAS QUE SE RECIBEN EN BLACK RIVER

-1 ESTADOUNIDENSE
-1 CANADIENSE

—Existe un interesante dato adicional —interrumpió Salsbury—. La cadena norteamericana pertenece a una filial de Futurex. Emite muchas viejas películas por la noche y durante el fin de semana, así que podremos obtener copias de la programación de la cadena con mucha antelación. Podremos preparar copias, ampliadas subliminalmente, de las películas que se van a emitir y cambiarlas por las copias originales de la filmoteca de la cadena.

—Esto es un golpe de suerte.

—Nos ahorrará mucho tiempo. De no darse esta circunstancia, Futurex habría tenido que adquirir una de estas cadenas, y para ello habrían hecho falta años.

—Pero ¿cómo puedes estar seguro de que la gente de Black River verá estas películas manipuladas?

—Se los inundará de mensajes subliminales en una serie de medios de comunicación que les ordenará que las vean. Por ejemplo, la Fundación Dawson para Ética Cristiana pasará docenas de anuncios de servicio público en ambas cadenas, la canadiense y la norteamericana, dos días antes de las películas. Todos estos anuncios esconderán unas drásticas órdenes subliminales para que los habitantes del pueblo y del campamento de explotación forestal conecten el canal adecuado en el momento preciso. Haremos también publicidad directa para varias compañías de Leonard, a fin de enviarles todavía más mensajes subceptivos. Todas las personas del pueblo recibirán publicidad por correo y algunas muestras gratis, como jabón, champú y rollos fotográficos. La publicidad y las muestras irán en envoltorios con numerosas órdenes subliminales de ver una determinada cadena de televisión a una determinada hora de un determinado día. Aunque el sujeto tire esos elementos sin abrirlos, se verá afectado, por que en los sobres se habrán impreso también mensajes subliminales. Las más importantes

revistas y los periódicos que lleguen a Black River durante el período de programación llevarán anuncios llenos de órdenes subceptivas para que la gente vea las películas. —Salsbury se estaba quedando casi sin aliento—. Una sala de cine no puede normalmente prosperar en un pueblo del tamaño de Black River; pero Big Union tiene una, como servicio al pueblo. Durante el verano, todos los días, menos el domingo, hay una sesión matinal para los niños. Las copias de las películas que se pasen en estas matinales serán nuestras copias, con mensajes subliminales que instarán a los niños a ver las películas de televisión con el programa llave-cerradura. Todas las emisoras de radio que cubren la zona emitirán cientos de cuñas especiales con instrucciones subliminales subauditivas. Todo esto sólo representa la mitad de nuestros métodos. Después de este lavado de cerebro de la comunidad, todos estarán delante de un aparato de televisión en el momento adecuado.

—¿Y qué pasa con la gente que no tiene televisión? —quiso saber Klinger.

—En un lugar tan aislado como Black River no hay mucho que hacer. La sala de recreo del campamento tiene diez aparatos. Prácticamente todas las personas del pueblo tienen un aparato. A quienes no lo tengan, se les ordenará, mediante la primera ola de mensajes subliminales preparatorios, que vean la película en casa de un amigo, o con un familiar o un vecino.

Klinger, por primera vez, miró a Salsbury con respeto.

—Increíble.

—Gracias.

—¿Qué me dices de la droga? ¿Cómo será introducida?

Salsbury se terminó el whisky. Se sentía exultante.

—Sólo hay dos posibilidades allí de conseguir comida y bebida. Los hombres del campamento adquieren lo que necesitan en la cantina; en el pueblo, todo el mundo compra en la tienda de Edison. Éste no tiene competencia. Es incluso proveedor del único

restaurante del pueblo. Y tanto la cantina como el almacén reciben sus productos del mismo mayorista de alimentación de Augusta.

—Ah —se admiró el general. Sonrió.

—Se trata de una perfecta operación comando para Holbrook y para Rossner. Pueden entrar en el almacén del mayorista por la noche y contaminar rápidamente varios productos diferentes destinados a ser enviados a Black River. —Salsbury señaló la pantalla con el listado de requisitos para el lugar idóneo—. Número cuatro.

Klinger miró la pantalla de su izquierda.

4A EL LUGAR DEBE TENER UN EMBALSE QUE SUMINISTRE COMO MÍNIMO AL 90% DEL TOTAL DE LA POBLACIÓN

4B EMBALSE DE BLACK RIVER-100% DE LOS RESIDENTES EN EL PUEBLO-100% DE LOS RESIDENTES EN EL CAMPAMENTO

—Normalmente, en un pueblo de una región apartada como éste, cada casa tendría su propio pozo de agua —explicó Salsbury —; pero la fábrica necesita el embalse para propósitos industriales, y el pueblo se beneficia de ello.

—¿Cómo has escogido Black River? ¿De dónde has sacado toda esta información?

Salsbury apretó un botón del teclado e iluminó una pantalla.

—En 1960, Leonard financió una compañía llamada Statistical Profiles Incorporated. Lleva a cabo toda la investigación de marketing para sus otras compañías, así como para empresas que no son de su propiedad. Paga para tener una línea principal con el banco de datos de la oficina del censo. Utilizamos Statistical Profiles para buscar el lugar ideal para la prueba. Por supuesto, no sabían por qué nos interesábamos por un pueblo que reuniese estos requisitos particulares.

—¿Cuántas personas de Statistical Profiles intervinieron en la investigación? —preguntó el general, con el ceño fruncido.

—Dos —contestó Salsbury—. Sé lo que estás pensando. No te preocupes, está previsto que ambos mueran en accidentes mucho antes de que demos comienzo a la prueba práctica.

—Supongo que mandaremos a Rossner y a Holbrook a contaminar el embalse.

—Luego nos desharemos de ellos.

El general levantó sus pobladas cejas.

—¿Matarlos?

—O les ordenaremos que se suiciden.

—¿Por qué no limitarnos a decirles que olviden todo la que han hecho, que lo borren de sus mentes?

—Eso podría salvarlos de un proceso si las cosas se pusiesen muy mal, pero no nos salvaría a nosotros. No podemos borrar de nuestras mentes todos los recuerdos de lo que les hemos hecho hacer. Si hay problemas con la prueba práctica, graves problemas que echen por la borda toda la operación, y si resulta que Rossner y Holbrook son vistos en el embalse o dejan cualquier pista detrás de ellos…, bien, no queremos que las autoridades nos vinculen con Glenn y con Peter.

—¿Qué problema de esa envergadura podría surgir?

—Cualquier cosa. Nada. No sé.

Después de haber meditado sobre ello un rato, Klinger asintió:

—Sí, supongo que tienes razón.

—Sé que la tengo.

—¿Has previsto ya una fecha para esta prueba?

—Deberíamos tenerlo todo listo para agosto.

Capítulo 9

Viernes, 26 de agosto de 1977

Ra-ta-ta-ta-ta-ta… Desde su experiencia con Brenda Macklin el lunes anterior, Salsbury había sido capaz de resistir la tentación. Habría podido, en cualquier momento, dominar completamente a otra mujer atractiva, habría podido violarla y borrar de su memoria todo recuerdo del acto. Sacó fuerzas del hecho de saber que las muy putas serían suyas con sólo pedirlo. Cuando pudiese llegar honestamente a la conclusión de que la prueba práctica era un éxito extraordinario y de que no existía peligro de ser descubierto, se follaría a todas las que quisiera. Putas. Animales. Bestezuelas. Docenas de ellas. Todas. Era capaz de refrenar, si bien sólo temporalmente, su deseo, porque él sabía que el futuro le deparaba una orgía casi interminable. Fue de casa en casa, utilizó la frase código llave-cerradura, entrevistó a sus súbditos, observó, comprobó; todo ello, sin pensar en sí mismo, trabajando duramente, haciendo su labor. Muy estricto consigo mismo. Estaba orgulloso de su fuerza de voluntad.

Pero esa mañana su fuerza de voluntad se debilitó. Durante las cuatro noches anteriores, había visto trastornado su sueño por pesadillas grotescas en las que aparecían su madre, Miriam, una violencia repentina, sangre y una extraña e indescriptible atmósfera de pervertido sexo. Cuando se despertó aquella mañana, gritando y golpeando las sábanas, pensó en Emma Thorp —la acentuada

abertura de su suéter naranja— y tuvo la impresión de que ella era un antídoto contra los venenos que habían estado dentro de él mientras dormía. Tenía que conseguirla, iba a conseguirla, aquel día, pronto; y al cuerno con la abnegación.

La suave corriente de poder que había en él se había vuelto a transformar en una corriente rítmica y alterna, que traqueteaba a través de innumerables arcos, cien millones de sinapsis. Sus pensamientos saltaban con mucha fuerza de un asunto a otro, pensamientos metralleta: *ra-ta-ta-ta-ta-ta-ta*…

A las 7.45, salió de la casa de huéspedes de Pauline Vicker y se dirigió al café de la plaza.

El cielo estaba nublado, el aire era húmedo.

A las 8.25 terminó de desayunar y salió del café.

A las 8.40 llegó a la vivienda de los Thorp, la última casa de Union Road, junto al río.

Llamó dos veces al timbre.

Abrió el propio jefe de policía. Todavía no había salido para ir a trabajar. Bien. Estupendo.

—Yo soy la llave.

—Yo soy la cerradura.

—Déjame pasar.

Bob Thorp lo dejó pasar y cerró la puerta.

—¿Está tu mujer?

—Sí.

—¿Y tu hijo?

—También.

—¿Alguien más?

—Sólo usted y yo.

—¿Cómo se llama tu hijo?

—Jeremy.

—¿Dónde están?

—En la cocina.

—Llévame allí.

Thorp vaciló.

—¡Llévame allí!

Atravesaron un pasillo estrecho, pero empapelado con tonos vivos.

La cocina era moderna y elegante. Alacenas y accesorios de estilo mediterráneo, nevera cobriza y congelador vertical, horno microondas y, en un rincón, un aparato de televisión colgado del techo y dirigido hacia la grande y redonda mesa dispuesta junto a la ventana.

Jeremy comía huevos y tostadas, de cara al vestíbulo.

A la derecha del muchacho, Emma, con un codo sobre la mesa, bebía un vaso de zumo de naranja. Llevaba una bata azul de pana, larga hasta los pies. Su cabello era tan dorado y espeso como lo recordaba Salsbury. Cuando ella se volvió para preguntarle a su marido quién había llamado, vio que su hermoso rostro estaba todavía adormilado y, sin saber por qué, esto lo excitó.

—Bob, ¿quién es?

—Yo soy la llave —dijo Salsbury.

Contestaron dos voces.

A las 8.55, Paul Annendale, que llegaba al pueblo para efectuar la compra semanal de productos perecederos, frenó al acabarse el camino de grava, miró a ambos lados y dobló a la izquierda para introducirse en Main Street.

—No me lleves hasta la tienda de Sam —le rogó Mark desde el asiento posterior—. Déjame en la plaza.

—¿Adonde vas? —preguntó Paul, mirando por el espejo retrovisor.

Mark palmeó la gran jaula que tenía junto a él. La ardilla bailoteaba y chillaba.

—Quiero que Jeremy conozca a *Buster*.

En el asiento delantero, Rya se volvió y miró a Mark.

—¿Por qué no confiesas que no vas a esa casa para ver a Jeremy? Todos sabemos que estás loco por Emma.

—¡No es verdad! —negó Mark, de una forma que probaba absolutamente que su hermana estaba en lo cierto.

—Mark, por favor —le reprendió ella, exasperada.

—Es mentira —insistió Mark—. Yo no estoy loco por Emma. No soy uno de esos niños tontos.

Rya se volvió de nuevo.

—Nada de peleas —atajó Paul—. Vamos a dejar a Mark en la plaza con *Buster*, y no habrá más peleas.

—¿Lo has comprendido, Bob? —preguntó Salsbury.

—Lo he comprendido.

—No hablarás hasta que yo te dirija la palabra. Y no te moverás de esta silla hasta que yo te lo diga.

—No me moveré.

—Pero mirarás.

—Miraré.

—¿Jeremy?

—Yo también miraré.

—¿Qué mirarás?

—Miraré cómo… se la folla.

Estúpido poli. Estúpido niño.

Estaba de pie, apoyado contra el fregadero.

—Ven aquí, Emma.

Ella se levantó y se acercó a él.

—Quítate la bata.

Se la quitó. Llevaba un sujetador amarillo y unas braguitas amarillas con tres flores bordadas en la cadera izquierda.

—Quítate el sostén.

Sus pechos quedaron libres; fuertes, hermosos.

—Jeremy, ¿sabías que tu madre era tan guapa?

El muchacho tragó saliva con esfuerzo.

—No.

Thorp tenía las manos sobre la mesa, con los puños apretados.

—Relájate, Bob. Te va a gustar, vas a disfrutar, no ves el momento de que la haga mía.

Thorp abrió las manos y se recostó en el respaldo de la silla.

Mientras tocaba los pechos de Emma y miraba sus brillantes ojos verdes, Salsbury tuvo una idea deliciosa, maravillosa, excitante.

—Emma, creo que será más divertido si te resistes un poco. No en serio, ya me entiendes. No físicamente. Limítate a pedirme que no te haga daño. Y llora.

Emma lo miró.

—¿Puedes llorar por mi causa, Emma?

—Estoy muy asustada.

—¡Bien! ¡Excelente! No te he dicho que te relajes, ¿verdad? Debes estar asustada, muy asustada, y debes ser obediente. ¿Estás lo bastante asustada como para llorar, Emma?

Ella se estremeció.

—Eres muy fuerte.

La mujer no dijo nada.

—Llora por mí.

—Bob…

—Él no puede ayudarte.

Salsbury le estrujó los pechos.

—El niño…

—Está mirando. No es malo que mire. ¿Acaso no te los chupaba cuando era un bebé?

En los bordes de los ojos se formaron unas lágrimas.

—Bien —exclamó él—. Oh, qué maravilla.

Mark, cargado con la ardilla y la jaula, no podía dar más de quince o veinte pasos seguidos; tenía que dejar su carga y sacudir

los brazos para aliviar el dolor.

—Pon las manos sobre tus pechos.

Obedeció.

—Estírate los pezones.

—No me haga hacer esto.

—Venga, bestezuela.

Buster, al principio, trastornada por la agitación, las pequeñas sacudidas y el balanceo de la jaula, corría haciendo pequeños círculos y chillaba como un conejo herido.

—Pareces un conejo —le dijo Mark en una de las paradas.

Buster chillaba, ajena a lo que parecía.

—Debería darte vergüenza. Tú no eres un estúpido conejo, eres una ardilla.

Frente a la tienda de Edison, mientras cerraba la puerta del coche, Paul vio que algo brillaba el asiento posterior.

—¿Qué es eso?

Rya estaba todavía en el coche, desabrochándose el cinturón de seguridad.

—¿A qué te refieres?

—En el asiento de atrás. Es la llave de la jaula de *Buster*.

Rya se retorció en el asiento.

—Será mejor que se la lleve.

—No la necesita. Pero guárdala.

—No, será mejor que se la lleve. Querrá sacar a *Buster* para enseñársela a Emma.

—¿Quién eres, Cupido?

Ella le sonrió.

—Baja la cremallera de mis pantalones.
—No quiero hacerlo.
—¡Hazlo!
Lo hizo.
—¿Te diviertes, Bob?
—Sí.
Salsbury se rió.
—Estúpido poli.

Para cuando llegó al jardín de los Thorp, Mark había encontrado una forma mejor de sujetar la jaula, que no le cargaba tanto los brazos y no tenía que pararse cada pocos metros.

A *Buster* le trastornaba tanto aquel irregular movimiento de su prisión que había dejado de chillar; estaba agarrada a los barrotes con las cuatro patas, colgada, muy callada y quieta, inmóvil, como si estuviera en el bosque y hubiera acabado de ver un depredador arrastrándose por la maleza.

—Deben de estar desayunando —dijo Mark—. Entraremos por la puerta de detrás.

—Agárrala fuerte. —Emma obedeció.
—¿Estás caliente?
—Sí.
—Animal.
—No me haga daño.
—¿Está dura?
—Sí —contestó ella, llorando.
—Inclínate.

Sollozando, temblando, rogándole que no le hiciese daño. Hizo lo que él le había dicho. Estaba casi histérica. Preciosa…

Mark pasaba por delante de la ventana de la cocina cuando oyó el llanto de la mujer. Se detuvo y escuchó atentamente las palabras entrecortadas, las súplicas lastimeras subrayadas con largos sollozos. Supo inmediatamente que se trataba de Emma.

La ventana sólo estaba a poco más de cincuenta centímetros, y parecía atraerlo. No pudo resistirse a la tentación. Se acercó.

Las cortinas estaban echadas, pero había quedado un estrecho hueco entre ellas. Apretó el rostro contra el cristal de la ventana.

Capítulo 10

Dieciséis días antes:
Miércoles, 10 de agosto de 1977

Salsbury se reunió con Dawson a las tres de la madrugada en el estudio del primer piso de la casa de Greenwich.

—¿Ya han empezado?

—Hace diez minutos —contestó Dawson.

—Exactamente según lo previsto.

Había cuatro hombres sentados en unas sillas de respaldo recto alrededor de un escritorio de nogal, uno en cada lado. Todos eran empleados de la casa: el mayordomo, el chofer, el cocinero y el jardinero. Tres meses antes, habían suministrado la droga a todo el personal de la casa y los habían sometido al programa subliminal, ya no era necesario ocultarles el proyecto. A veces, como en aquella ocasión, resultaban ser unas herramientas muy útiles. Había cuatro teléfonos sobre el escritorio, cada uno de ellos conectado a un transmisor infinito. Los hombres estaban trabajando con unas listas que contenían números telefónicos de Black River; marcaban, escuchaban unos segundos o un minuto, colgaban y volvían a marcar.

Los transmisores infinitos —adquiridos en Bruselas por 2.500 dólares cada uno— les permitían escuchar en perfecto anonimato lo que sucedía en la mayoría de los dormitorios de Black River. Con un transmisor infinito conectado a un teléfono, podían marcar el número

que querían, de larga distancia o local, sin pasar por una operadora y sin dejar constancia de la llamada en la computadora de la compañía telefónica. Un oscilador de carácter eléctrico desactivaba el timbre del teléfono al que se llamaba, y abría simultáneamente el micrófono del auricular correspondiente. Las personas al otro lado de la línea no oían el timbre y no eran conscientes de ser controladas; por consiguiente, los cuatro empleados podían escuchar lo que se dijera en la habitación donde se encontraba el lejano teléfono.

Salsbury se acercó al escritorio, se inclinó hacia delante y fue escuchando en los auriculares:

—… pesadilla. Muy intensa. No consigo recordar de qué se trataba, pero he pasado muchísimo miedo. Mira cómo tiemblo.

—… tanto frío. ¿Tú también? ¿Qué demonios será?

—… sentido como si fuese a vomitar.

—¿… bien? Tal vez deberíamos llamar al doctor Troutman.

Y vuelta a empezar:

—¿… algo que comimos?

—… gripe. ¿Pero en esta época del año?

—… lo primero que voy a hacer por la mañana. ¡Dios mío, si no dejo de temblar, me romperé en pedacitos!

—… con sudor, pero frío.

Dawson tocó el hombro de Salsbury.

—¿Vas a quedarte a supervisarlos?

—Como quieras.

—En ese caso me iré un rato a la capilla.

Llevaba pijama, bata de seda azul marino y zapatillas de piel blanda. A aquella hora, lloviendo fuera, no parecía probable que ni siquiera un fanático religioso como Dawson se vistiera y saliera para ir a la iglesia.

—¿Tienes una capilla en la casa?

—Tengo una capilla en todas mis residencias —contestó Dawson, con orgullo—. No construiría una casa sin capilla. Es una

forma de dar las gracias por todo lo que Él ha hecho por mí. Al fin y al cabo, si tengo las casas es gracias a Él. —Dawson se dirigió a la puerta, se detuvo, miró hacia atrás y añadió—: Le daré las gracias por nuestro éxito y rezaré para que siga así.

—Reza un poco por mí —bromeó Salsbury, con un sarcasmo que sabía que se le escaparía a su interlocutor.

—Yo no creo en eso —dijo Dawson, con el ceño fruncido.

—¿En qué?

—Yo no puedo rezar por tu alma, sólo por tu éxito en la medida en que es parte del mío. Creo que un hombre no debe rezar por otro. La salvación de tu alma es asunto tuyo; y lo más importante de tu vida. La idea de que se pueden comprar indulgencias o tener a alguien, un sacerdote o cualquier otra persona, que rece por uno…, bueno, me suena a católico romano. Yo no soy católico romano.

—Yo tampoco.

—Me alegra oírlo —aprobó Leonard.

Sonrió con afecto, la sonrisa de alguien que odia al Papa dirigida a uno de los suyos, y se fue.

Salsbury pensó que era un maníaco. ¿Qué estaba haciendo, asociado con semejante maníaco?

Trastornado por su propia pregunta, se dedicó a ir dando la vuelta al escritorio y a escuchar las voces de los habitantes de Black River. Se olvidó gradualmente de Dawson y recobró la confianza en sí mismo: todo iba a funcionar como estaba previsto, lo sabía, estaba seguro de ello. ¿Cómo podía ir mal?

Capítulo 11

Viernes, 26 de agosto de 1977

Rya lanzó la llave de la jaula al aire unos cuantos pasos delante de ella. Avanzó corriendo como si estuviese jugando de centrocampista y recogió la «pelota» dorada. Volvió a lanzarla y echó a correr detrás de ella.

En la esquina de Main Street con Union Road echó la llave al aire una vez más, pero no la alcanzó. Oyó el sonido metálico que produjo al caer en la acera, detrás de ella; cuando se volvió, el pequeño objeto había desaparecido.

Emma Thorp se inclinó hacia delante y puso los brazos en la mesa de la cocina. Rozó accidentalmente una taza de café vacía, que cayó al suelo y se hizo pedazos.

Salsbury, después de apartar los fragmentos con el pie, se colocó detrás de ella y acarició con ambas manos la delicada curva de su trasero.

Bob miraba, sonriendo tímidamente. Jemery miraba, atónito.

Ra-ta-ta-ta-ta: el poder, Miriam, su madre, las putas, Dawson, Klinger, mujeres, venganza…; pensamientos rebotándole en la mente.

Emma lo miró por encima del hombro.

—Siempre he deseado tener a una mujer así. —Salsbury se rió entre dientes, sin poder evitarlo. Se sentía bien—. Una mujer que tenga miedo de mí. ¡De mí!

El rostro de ella estaba lívido y anegado de lágrimas. Tenía los ojos abiertos de par en par.

—Maravillosa.

—No quiero que me toque.

—Miriam solía decir lo mismo, pero con Miriam era una orden; nunca suplicaba.

Tocó a Emma: tenía piel de gallina.

—No dejes de llorar. Me gustas llorando.

No dejaba de llorar y no lo hacía silenciosamente, sino de forma incontrolada y descarada.

Cuando Salsbury estaba a punto de penetrarla, oyó gritar a alguien al otro lado de la ventana.

—¿Quién…? —dijo desconcertado.

La puerta de la cocina se abrió con estrépito. Un niño, aproximadamente de la edad de Jeremy Thorp, entró gritando con todas sus fuerzas y agitando sus delgados brazos.

Cuando llegó al jardín de los Thorp, Rya lanzó la llave y volvió a fallar. Pensó que dos fallos en cuarenta lanzamientos no estaba tan mal. De hecho, era una habilidad propia de la mejor de las ligas. ¡Rya Annendale de los Boston Red Sox! No sonaba mal. En absoluto. ¡Rya Annendale de los Pittsburg Pirates! Esto quedaba incluso mejor.

En esta ocasión vio en la hierba el lugar donde había caído la llave, se agacho y la recuperó.

Cuando la puerta se abrió de golpe e irrumpió el niño como un peligroso animal liberado de su jaula, Salsbury se apartó de la mujer

y se subió los pantalones.

—¡Déjela!

El niño chocó con él.

—¡Fuera de aquí! ¡Ahora mismo! ¡Fuera!

Salsbury retrocedió ante ese ataque. Era lo bastante fuerte como para controlar al muchachito, pero la sorpresa y la confusión lo habían dejado paralizado; además, había perdido el equilibrio. Cuando chocó contra la nevera, todavía tratando de abrocharse el cinturón del pantalón, y el niño lo empezó a aporrear, se dio cuenta de que era ridículo que él, sobre todo él, se rindiese.

—Yo soy la llave.

El niño lo golpeó. Lo insultó.

Desesperado, Salsbury se revolvió, lo agarró por las muñecas y luchó con él.

—¡Yo soy la llave!

—¡Señor Thorp! ¡Jeremy! ¡Ayudadme!

—No os mováis —les ordenó Salsbury.

No se movieron.

Rodeó al niño, cambiando así las posiciones, y lo empujó contra la nevera. Las botellas, las latas y las jarras que había en las bandejas se tambalearon. Los niños pequeños no se habían visto afectados por el programa subliminal que habían montado para Black River. Por debajo de los ocho años, los niños no tenían suficiente conciencia de la muerte y del sexo como para responder a las ecuaciones motivacionales que establecían las películas subceptivas en los individuos mayores. Por otra parte, a pesar de que se había utilizado un vocabulario todavía más simple que en la preparación de Holbrook, Rossner y Picard, un niño debía tener como mínimo una capacidad de lectura de tercer grado para que los mensajes que establecían las frases de la clave llave-cerradura les quedasen convenientemente grabados. Pero aquel muchacho tenía más de ocho años; debería reaccionar.

—¡Yo soy la llave, maldita sea! —insistió Salsbury, con los dientes apretados.

A medio camino entre la entrada del jardín y la casa propiamente dicha, sobre unas cepas, un petirrojo saltaba entre las entrelazadas vides, se detenía cada dos o tres brincos, ladeaba la cabeza y se ponía a mirar entre las hojas. Rya se detuvo un momento para observarlo.

Pánico. No debía dejarse llevar por el pánico. Pero había cometido un error fatal, y podía verse despojado del poder.

No. Se trataba de un grave error. Sin ninguna duda. Muy grave. Pero no era fatal, no debía dejarse llevar por el pánico, tenía que conservar la calma.

—¿Quién eres? —preguntó.

El niño se retorció, intentó liberarse de él.

—¿De dónde eres? —insistió, mientras lo sujetaba con tanto vigor que jadeaba.

El niño le dio una patada en la espinilla. Fuerte.

Por un instante, el mundo de Salsbury se redujo a una viva descarga de dolor que subía desde el tobillo hasta el muslo y se metía en los huesos. Se le contrajo el rostro, dio un alarido y estuvo a punto de caerse.

El niño se desasió, corrió hacia el fregadero, apartándose de la mesa, e intentó ponerse detrás de Salsbury.

Éste se abalanzó sobre él, sin dejar de maldecir. Agarró la camisa del niño, logró atraparla con los dedos; pero, casi simultáneamente, perdió el contacto, tropezó y se cayó.

Si ese pequeño bastardo se marcha…

—¡Bob! —El pánico—. ¡Detenlo! —La histeria—. ¡Mátalo! ¡Por todos los santos, mátalo!

La jaula estaba sobre el césped, junto a la ventana de la cocina.

Rya oyó chillar a *Buster*; luego, oyó el grito de alguien en el interior de la casa.

Ra-ta-ta-ta… Salsbury se puso en pie.

Enfermo. Aterrorizado.

La mujer desnuda lloraba.

Pensó frenéticamente en el estribillo de un verso que se cantaba en un juego infantil: todo se viene abajo…, todo se viene abajo…, todo se viene abajo…

Thorp bloqueó la puerta.

El muchacho trató de salir esquivándolo.

—Mátalo.

Thorp atrapó al intruso y lo hizo retroceder, lo empujó con fuerza contra la cocina eléctrica, lo sujetó por la garganta y le aporreó la cabeza en el borde de acero inoxidable que rodeaba los cuatro fuegos. Cayó al suelo una sartén. Como si fuera una máquina, un autómata, Thorn golpeó la cabeza del niño contra el borde de metal hasta que notó que el cráneo cedía. Cuando la sangre salpicó la pared de detrás de la cocina y empezó a brotar de la nariz del muchacho, el hombretón soltó su presa; el cuerpo se desplomó a sus pies.

Jeremy estaba llorando.

—¡Para ya! —le ordenó Salsbury, bruscamente.

El niño, a regañadientes, dejó de llorar.

Cuando se dirigía hacia el cuerpo ensangrentado, Salsbury vio a una niña en la puerta abierta: miraba fijamente la sangre y daba la sensación de estar paralizada por la visión. Se acercó a ella.

La chiquilla levantó la vista, aturdida.

—Yo soy la llave.

Rya se volvió y se dio a la fuga.

Salsbury corrió hasta la puerta, pero la niña había doblado ya la esquina de la casa; había desaparecido.

EL TERROR

Capítulo 1

Viernes, 26 de agosto de 1977

9.45

Rya iba sentada en el asiento delantero de la furgoneta, entre Paul y Jenny, silenciosa e inmóvil, dominada a la vez por el miedo y por la rabia. Tenía los puños apretados sobre su regazo. Bajo el bronceado estival, su rostro tenía un color ceniza. Finas gotas de sudor le perlaban el límite del cabello. Apretó los labios, en parte para evitar que temblasen, en parte como signo de su furia, de su frustración, de su determinación de que la creyesen.

A pesar de que su hija nunca le había contado ninguna mentira seria, Paul no podía dar crédito a la historia que les había explicado unos minutos antes. Había visto algo extraño en casa de los Thorp, estaba completamente seguro de ello. No obstante, sin duda lo había interpretado de forma errónea. Cuando se precipitó hacia ellos en la tienda, sus lágrimas de horror eran auténticas, de eso no cabía la menor duda; pero ¿Mark muerto? Inconcebible. ¿Golpeado brutalmente por Bob Thorp, el jefe de policía? Ridículo. Si no mentía, como mínimo estaba terriblemente trastornada.

«Es c-c-cierto, papá. ¡Es verdad! Te juro por Dios que es verdad. Lo… lo han ma-ma-matado. Lo han matado. Ha sido el señor Thorp. El otro hombre le ha d-d-dicho al señor Thorp que lo mate y él lo ha hecho. Gol-gol-golpeaba la cabeza de Mark…, su cabeza…, la golpeaba contra la cocina. Ha sido espantoso. La golpeaba… una y

otra vez contra… Y toda aquella sangre… ¡Oh, por favor, papá, es descabellado, pero es cierto!».

Era descabellado.

Y no podía ser cierto.

Sin embargo, cuando ella irrumpió en la tienda —jadeando, medio sofocada, llorando, balbuceando como si tuviera fiebre, todo muy impropio de ella—, Paul sintió como una mano helada en el cogote, y mientras les contaba la inverosímil historia, los dedos glaciales seguían allí. Todavía estaban.

Dobló la esquina y entró por Union Road. La casa del jefe de policía estaba a cuatrocientos metros, era la última de la calle, junto al río. El garaje, lo suficientemente grande como para dar cabida a dos coches y coronado por un desván, estaba más allá de la casa, a unos cincuenta metros. Se metió en el camino de entrada y aparcó la furgoneta enfrente del garaje.

—¿Dónde está la jaula? —preguntó.

—Estaba allí, cerca de la ventana. Se la han llevado —contestó Rya.

—Todo parece tranquilo, en calma. No da la impresión de que haya habido un asesinato hace media hora.

—Dentro —dijo Rya, en tono brusco—. Lo han matado dentro.

Jenny tomó la mano de la niña y la apretó.

—Rya…

—Dentro.

Tenía una expresión decidida; se mostraba resuelta.

—Vamos a echar un vistazo —decidió Paul.

Salieron del coche y se dirigieron a la parte posterior de la casa, cruzando el césped recién cortado.

Era evidente que Emma los había oído llegar, pues cuando llegaron a la galería de la cocina, había abierto ya la puerta y los esperaba. Llevaba una bata de pana color azul eléctrico larga hasta los pies, sin escote y de cuello redondo, y un cinturón de pana azul

pálido en la cintura. Tenía el largo cabello peinado hacia atrás y metido detrás de las orejas. Estaba sonriente, contenta de verlos.

—Hola —saludó Paul, algo turbado.

De repente, se había quedado sin habla. Emma no estaría tan serena si fuese cierto tan sólo una pequeñísima fracción del relato de Rya. Empezó a sentirse ridículo por haber prestado oídos a aquella extraña historia. No se le ocurría cómo podría llegar a hablar de ello a Emma.

—Hola a todos —correspondió ella alegremente—. Hola, Rya. Jenny, ¿cómo está tu padre?

—Bien, gracias —contestó Jenny. Parecía tan violenta como Paul.

—Vaya, lo siento, estoy todavía en bata —se disculpó Emma—. No he fregado los platos del desayuno y la cocina está hecha un lío; pero, si no os importa sentaros en un lugar desastroso, estáis invitados a entrar.

Paul titubeó.

—¿Pasa algo? —preguntó Emma.

—¿Está Bob en casa?

—Se ha ido a trabajar.

—¿Cuándo se ha marchado?

—Como cada día. Poco antes de las nueve.

—¿Está en la comisaría?

—O dando vueltas con el coche patrulla. —Emma ya no necesitaba preguntar si pasaba algo; lo sabía—. ¿Por qué?

Eso, por qué, pensó Paul. Pero, en lugar de explicarse, preguntó:

—¿Está Mark aquí?

—Ha estado aquí. Se ha ido con Jeremy al campo de baloncesto, el de detrás del cine Union.

—¿Cuándo se ha ido?

—Hace media hora.

Paul pensó que ella no podía sino estar diciendo la verdad, pues su afirmación podía ser comprobada muy fácilmente. Si su marido

había matado a Mark, ¿qué podía ganar con una mentira tan frágil? Además, no creía que fuese del tipo de mujer susceptible de tomar parte en el encubrimiento de un asesinato; y en absoluto con aquella serenidad aparente, sin mostrar un gran nerviosismo ni una gran culpabilidad.

Paul miró a Rya, cuyo rostro seguía siendo una máscara de tenacidad y estaba todavía más pálido que en el coche.

—¿Dónde está *Buster*? —le preguntó la niña a Emma. Su tono de voz era agudo y demasiado alto—. ¿Se han llevado a *Buster* para que juegue al baloncesto con ellos?

Comprensiblemente perpleja ante el descaro de la niña, nada característico en ella, y la agresiva reacción a una simple observación, Emma dijo:

—¿La ardilla? Oh, la han dejado aquí conmigo. ¿Queréis la ardilla? —Dio un paso atrás, para apartarse de la puerta—. Entrad.

Por un momento, al recordar la historia de terrible violencia que había contado Rya media hora antes, Paul pensó si Bob Thorp estaría en la cocina, esperándolo…

Pero aquello era absurdo. Emma no era consciente de que se había asesinado supuestamente a un niño en su cocina aquella mañana; habría apostado cualquier cantidad de dinero a que así era. Y, a la luz de la inocencia de Emma, la historia de Rya parecía una fantasía; y no muy buena, por cierto.

Entró.

La jaula estaba en un rincón, junto al cubo de basura de tapadera basculante. *Buster* estaba sentada sobre sus patas traseras y mordisqueba laboriosamente una manzana. Tenía la cola hacia arriba, y se quedó inmóvil como una ardilla de madera cuando advirtió la presencia de los huéspedes. Miró a Paul, a Rya y a Jenny como si no los hubiera visto nunca, decidió que no había peligro y volvió a su desayuno.

—Mark me ha dicho que le gustan las manzanas —explicó Emma.

—Así es.

La cocina no presentaba indicios de que se hubiera producido allí una pelea violenta y mortal. Sobre la mesa estaban los platos manchados de yema de huevo seca, mantequilla y migas de tostadas. De la radio-despertador salía una suave música instrumental, una versión orquestada de una melodía pop. El último ejemplar del periódico semanal, repartido aquella mañana, estaba doblado en dos y apoyado en dos vasos de zumo vacíos y en el azucarero. Junto al periódico, una taza de café humeante. Si Emma hubiese visto a su marido asesinar a un niño, ¿habría podido sentarse a leer menos de una hora después del asesinato? Improbable. Imposible. No había sangre en la pared de detrás de la cocina eléctrica, no había sangre en la propia cocina, no había sangre, ni siquiera una pequeña mancha, en las baldosas del suelo.

—¿Habéis venido a buscar a *Buster*? —preguntó Emma, que estaba claramente desconcertada por el comportamiento de ellos.

—No —confesó Paul—, pero nos la llevaremos. En realidad, me da vergüenza contarte por qué hemos venido.

—Lo han limpiado todo —denunció Rya.

—No quiero oírte…

—Han limpiado la sangre —insistió la niña, llena de excitación.

Paul la apuntó con un dedo.

—Ya has causado suficientes problemas por hoy, jovencita. Quédate callada. Hablaremos después.

—Han limpiado la sangre y han escondido el cuerpo —persistió Rya, ignorando la advertencia de su padre.

—¿El cuerpo? —preguntó Emma, confusa—. ¿Qué cuerpo?

—Se trata de una equivocación, un malentendido, o… —empezó Paul.

—El señor Thorp ha matado a Mark —le acusó Rya a Emma, interrumpiendo a su padre—. Usted sabe que lo hizo. ¡No mienta! Usted estaba junto a aquella silla y miraba cómo mataba a Mark a golpes. Estaba desnuda y…

—¡Rya! —exclamó Paul severamente.

—¡Es verdad!

—Te he dicho que te calles.

—Ella estaba desnuda y…

En once años, nunca se había visto obligado a castigarla más allá de veinticuatro horas de suspensión de alguno de sus privilegios; pero, en aquellos momentos, furioso, se precipitó hacia ella.

Rya pasó junto a Jenny, la empujó, abrió la puerta de la cocina y echó a correr.

Trastornado por su desafío, enfadado y, no obstante, preocupado por ella, Paul corrió detrás de Rya. Cuando llegó a la galería, ya no estaba a la vista. No podía haber tenido tiempo de correr hasta el garaje o la furgoneta; por consiguiente, debía de haber torcido por una de las esquinas de la casa, a la derecha o a la izquierda. Pensó que era probable que se hubiese dirigido a Union Road, y se fue hacia allí. Cuando llegó a la acera, la vio y la llamó.

Rya estaba a casi una manzana de distancia, al otro lado de la calle, y seguía corriendo. Si lo oyó, no hizo ni caso; desapareció entre dos casas.

Paul cruzó la calle y siguió a su hija, pero, cuando llegó a la parte posterior de las casas, no la encontró ya.

—¡Rya!

No hubo respuesta. Tal vez estaba demasiado lejos para poder oírlo, pero él sospechaba que estaba escondida cerca de allí.

—¡Rya, sólo quiero hablar contigo!

Nada. Silencio.

Su furia había dejado paso a una gran preocupación. En nombre de Dios, ¿qué le había pasado? ¿Por qué había inventado semejante historia horripilante? ¿Y cómo había conseguido contarla con aquella pasión? En realidad, Paul no se había creído una sola palabra, pero su sinceridad le había impresionado tanto que accedió a ir a casa de los Thorp para comprobarlo por sí mismo. Rya no era

mentirosa por naturaleza, no era una actriz tan buena; por lo menos hasta donde él sabía. Y, cuando la historia había resultado no ser cierta, ¿por qué la había defendido de forma tan ardiente? ¿Cómo había podido defenderse tan ardientemente, sabiendo que mentía? ¿Pensaba, quizá, que no era un invento? ¿Creía que había visto realmente que asesinaban a su hermano? Pero, si era así, significaba que estaba trastornada mentalmente. ¿Rya? ¿Mentalmente trastornada? Rya tenía aplomo, Rya sabía afrontar las cosas, Rya era una roca. Incluso una hora antes habría puesto la mano en el fuego con respecto a su firmeza de carácter. ¿Existían desarreglos psicológicos susceptibles de atacar a un niño de forma tan súbita, sin previo aviso, sin ningún síntoma anterior?

Preocupado profundamente, volvió a cruzar la calle para disculparse con Emma Thorp.

Capítulo 2

10.15

Jeremy Thorp estaba de pie en medio de la cocina, casi cuadrado como delante de un tribunal militar.

—¿Has comprendido lo que te he dicho? —preguntó Salsbury.

—Si.

—¿Sabes lo que debes hacer?

—Sí. Lo sé.

—¿Alguna pregunta?

—Sólo una.

—Dime.

—¿Qué debo hacer si no aparecen?

—Aparecerán.

—¿Pero qué hago si no es así?

—Tienes reloj, ¿verdad?

El niño mostró su fina muñeca.

—Los esperas veinte minutos. Si no han aparecido para entonces, vuelves directamente aquí. ¿Has comprendido?

—Sí. Veinte minutos.

—En marcha.

El muchacho se encaminó hacia la puerta.

—No salgas por aquí, te verían. Sal por la puerta de delante.

Jeremy se dirigió a la puerta por el estrecho pasillo.

Salsbury fue detrás de él, lo siguió con la mirada hasta que desapareció detrás de la casa de los vecinos, cerró la puerta, dio vuelta a la llave y volvió a la cocina.

No está mal, pensó. Lo estás llevando bien, Ogden. El propio Leonard no hubiera reaccionado tan rápidamente como tú lo has hecho. Listo como un demonio. Eres inteligente de verdad. Con tu cerebro y con la ventaja del poder de las frases código, superarás el problema. Si Miriam pudiese verte ahora… ¿Qué diría ella ahora? No eres en absoluto lo que te decía que eras, sino un tipo duro. Dios, qué tipo. Tomas decisiones acertadas bajo presión y las pones en práctica. Inteligente, muy inteligente. ¡Pero, Dios santo, estás caminando al borde del precipicio!

Se puso delante de la ventana posterior y apartó una pizca la cortina hasta que pudo ver el garaje. Annendale introdujo la jaula con la ardilla en el suelo de la furgoneta, cerró la puerta y subió la ventana automática. Jenny se metió en el coche. Annendale y Emma se pusieron a hablar, un minuto tal vez. Luego él puso marcha atrás y dio la vuelta en el camino de entrada. Cuando Emma les dijo adiós con la mano y empezó a volver hacia la casa, Salsbury soltó la cortina.

Entró en la cocina, lo vio y se asustó. Daba la impresión de estar a punto de gritar.

—¿Qué está haciendo aquí? ¿Quién es usted?

—Yo soy la llave.

—Yo soy la cerradura.

—Relájate.

Así lo hizo.

—Siéntate.

Se sentó.

Él permaneció de pie delante de ella, dominándola con la altura.

—¿De qué estabais hablando Annendale y tú?

—Se ha disculpado por el comportamiento de su hija.

Salsbury se rió.

Dado que los recuerdos de Emma sobre los acontecimientos de aquella mañana habían sido manipulados de forma selectiva, ella no le veía la gracia a la situación. «¿Por qué acusaba Rya a Bob de asesinato? Qué cosa tan horrible. ¿Acaso se cree que tiene gracia? ¡Qué broma tan macabra!».

El vestíbulo de la iglesia católica romana St. Margaret Mary estaba silencioso y casi a oscuras. Todo el interior estaba hecho con pino oscuro —suelo de tablas de pino, paredes de pino oscuro, techo con vigas vistas, un crucifijo intrincadamente tallado y de tres metros sesenta de altura—, como correspondía a la principal casa entregada al culto de un pueblo dedicado a la explotación forestal.

En el otro extremo de la nave, unos cirios votivos parpadeaban dentro de unos cálices de cristal color rubí, y unas tenues luces brillaban en la base del altar. Sin embargo, no se filtraba mucha de esta luz fantasmagórica a través del arco abierto del vestíbulo.

Al amparo de estas sombras y en medio del sagrado silencio, Jeremy Thorp se apoyó en una de las dos pesadas puertas frontales, adornadas con latón, de la iglesia. La abrió solamente cinco o seis centímetros y la aguantó así con la cadera. Delante había un tramo de escalones de ladrillo, la acera, un par de abedules y, luego, el extremo oeste de Main Street. El cine Union estaba justamente al otro lado de la calle; a pesar de los abedules podía verlo bien.

Jeremy miró el reloj en el rayo de luz que se filtraba por la estrecha rendija que pasaba entre las puertas: las 10.20.

Cuando se acercaban al semáforo de la plaza, Paul se colocó en el carril que obligaba a girar a la derecha.

—La tienda está a la izquierda —advirtió Jenny.

—Lo sé.

—¿Adónde vamos?

—Al campo de baloncesto, detrás del cine.

—¿Para verificar lo que ha dicho Emma?

—No. Estoy seguro de que ha dicho la verdad.

—¿Por qué, entonces?

—Quiero preguntarle a Mark qué ha pasado exactamente esta mañana.

Tamborileó con los dedos en el volante mientras esperaba con impaciencia que cambiase la luz del semáforo.

—Emma ya nos ha dicho lo que ha pasado, nada.

—Emma tenía los ojos rojos e hinchados, como si hubiera llorado. Quizás ella y Bob han discutido mientras Mark estaba allí. Es posible que Rya haya llegado a la puerta en el momento álgido de la pelea. Tal vez ha interpretado mal lo que estaba pasando; se ha asustado y se ha marchado corriendo.

—Emma nos lo habría dicho.

—Es posible que le haya dado vergüenza.

Cuando el semáforo se ponía verde, Jenny dijo:

—¿Asustarse? Te aseguro que eso no es propio de Rya.

—Lo sé. Pero ¿acaso es más propio de ella inventar mentiras extravagantes?

—Tienes razón. Por muy inverosímil que parezca, es más probable que se desconcertara y se asustara.

—Se lo preguntaremos a Mark.

Según el reloj de pulsera de Jeremy Thorp eran las 10.22 cuando la furgoneta de Paul Annendale salió de Main Street para meterse en la calle perpendicular al cine. Tan pronto como el coche se perdió de su vista, el niño salió de la iglesia, bajó los escalones, se detuvo junto al bordillo y esperó a que la furgoneta volviese a aparecer.

Durante la media hora anterior, el cielo se había acercado a la tierra. De un horizonte a otro, corría hacia el este una sólida masa de bajas nubes casi negras, arrastradas por un fuerte y elevado viento que había empezado a barrer las calles de Black River, lo suficiente como para agitar las hojas en los árboles; un signo, según el saber popular, de que se estaba acercando la lluvia.

Por favor, que no llueva, pensó Jeremy. No queremos lluvia. Por lo menos que no llueva hasta esta noche. Ese verano, una docena de niños habían organizado una serie de carreras de bicicletas que se celebraban todos los viernes. La semana anterior, él había quedado segundo en la carrera más importante, la que consistía en atravesar el pueblo. Pero esta semana llegaré el primero, pensó; me he entrenado duramente; no he perdido el tiempo como los otros niños; estoy seguro de que esta semana quedaré el primero, si no llueve.

Volvió a mirar el reloj: las 10.26.

Unos segundos después, cuando vio que la furgoneta volvía por la callejuela, Jeremy empezó a caminar hacia el este por Main Street con paso rápido.

Cuando el coche sacó el morro de la callejuela, y estando Paul a punto de girar a la derecha para meterse en Main Street, Jenny avisó:

—Ahí está Jeremy.

—¿Dónde?

Paul pisó el pedal del freno.

—Al otro lado de la calle.

—Mark no está con él.

Paul tocó la bocina, bajó la ventanilla y con un gesto le indicó al muchacho que se acercase. Después de haber mirado a ambos lados, Jeremy cruzó la calle.

—Hola, señor Annendale. Hola, Jenny.

—Tu madre me ha dicho que Mark y tú estabais jugando al baloncesto detrás del cine —dijo Paul.

—Hemos empezado a jugar, pero como no nos divertíamos mucho, nos hemos ido al bosque Gordon.

—¿Dónde está eso?

Estaban en la última manzana de Main Street; pero la carretera continuaba hacia el oeste, se elevaba con la tierra, rodeaba un peñasco y seguía hasta llegar a la fábrica y al campamento de explotación forestal.

Jeremy señaló el bosque que había sobre el peñasco.

—Aquello es el bosque Gordon.

—¿Por qué queríais subir allí?

—En el bosque Gordon hay una cabaña en un árbol —explicó el niño, que leyó acertadamente la expresión de Paul y se apresuró a añadir—: Oh, no se preocupe, señor Annendale. Es un sitio seguro, completamente seguro. La construyeron algunos de nuestros padres para los niños del pueblo.

—Es verdad —corroboró Jenny—, es segura. Sam fue uno de los padres que la construyeron. —Sonrió—. Aunque su hija es ya un poco mayorcita para andar subiéndose a las cabañas de los árboles.

Jeremy esbozó una ligera sonrisa. Llevaba un aparato de ortodoncia. Esto y las pecas que le salpicaban el rostro desarmaron a Paul: estaba claro que el niño no tenía la astucia, la oscura personalidad o la experiencia para tomar parte en una conspiración de asesinato.

Se sintió aliviado. Al no encontrar a Jeremy y a Mark en el campo de baloncesto, la mano helada había vuelto a agarrarse a su nuca, aunque brevemente.

—¿Está Mark en la cabaña todavía?

—Sí.

—¿Por qué no estás tú allí?

—Mark, yo y un par de chicos más vamos a jugar al *Monopoly*, y yo voy a casa a buscar el mío.

—Jeremy… —¿Cómo podría descubrir lo que quería saber?—. ¿Ha pasado algo en la cocina de tu casa esta mañana?

El niño parpadeó, desconcertado por la pregunta.

—Hemos desayunado.

—Bien… —disimuló Paul, sintiéndose más ridículo que nunca—, será mejor que vayas a buscar el *Monopoly*. Los otros niños te estarán esperando.

Jeremy se despidió de Jenny, de Paul y de *Buster*, dio media vuelta, miró a ambos lados de la calle y cruzó.

Paul lo estuvo observando hasta que dobló la esquina de la plaza.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jenny.

—Seguramente, Rya ha acudido a Sam en busca de comprensión y de protección. —Suspiró—. Habrá tenido tiempo para tranquilizarse. Tal vez haya comprendido que se ha asustado. Vamos a ver cómo está ahora su historia.

—¿Y si no ha acudido a Sam?

—Si es así, no servirá de nada buscarla por todo el pueblo. Si quiere esconderse de nosotros, que lo haga; tarde o temprano volverá a la tienda.

Sentado ante la mesa de la cocina, frente a su madre, Jeremy contó la conversación que había mantenido con Paul Annendale unos minutos antes.

—¿Y se lo ha creído? —preguntó Salsbury cuando el chico hubo terminado.

Jeremy frunció el ceño.

—¿Creerse qué?

—¿Se ha creído que Mark está en la cabaña del árbol?

—Sí, claro. ¿No está allí?

Bien. Bueno, bueno, pensó Salsbury, el problema no se ha acabado aquí, pero tienes un poco de tiempo para pensar, una hora

o dos, quizá tres. Annendale acabará buscando a su hijo. Dos o tres horas. No tienes tiempo que perder. Sé decidido. Hasta el momento te has mostrado maravillosamente decidido. Lo que tienes que hacer es ser decidido y resolver esto antes de tenérselo que contar a Dawson.

Antes, veinte minutos después de la muerte del chico, había manipulado los recuerdos de la familia Thorp, había borrado de sus mentes todo recuerdo del asesinato. Para esta manipulación no había necesitado más de dos o tres minutos; pero era sólo la primera etapa de un plan para ocultar su participación en el asesinato. Si la situación hubiese sido menos desesperada, si no se hubiese cometido un delito capital, si todo el programa llave-cerradura no hubiese estado en la cuerda floja, habría dejado a los Thorp con huecos en su memoria y él se habría sentido completamente a salvo a pesar de ello; pero la envergadura de las circunstancias era tal que sabía que no debía limitarse a borrar la verdad, sino que tenía que reemplazarla por una serie detallada de recuerdos falsos, recuerdos de los actos rutinarios que habrían podido llevar a cabo aquella mañana, pero que no realizaron en realidad.

Decidió empezar con la mujer. Le dijo al niño:

—Vete a la sala de estar y siéntate en el sofá. No te muevas de allí hasta que yo te llame. ¿Comprendido?

—Sí —asintió Jeremy, y salió de la cocina.

Salsbury meditó un momento sobre la forma de proceder.

Emma lo miraba; esperaba.

—Emma, ¿qué hora es?

Ella miró la radio-despertador.

—Las once menos veinte.

—No —corrigió él, con dulzura—. No es así. Son las nueve menos veinte, las nueve menos veinte de esta mañana.

—¿Ah, sí?

—Mira el reloj, Emma.

—Las nueve menos veinte.

—¿Dónde estás, Emma?

—En la cocina de mi casa.

—¿Quién está contigo?

—Sólo usted.

—No. —Salsbury se sentó en la silla de Jeremy—. No me ves. No puedes verme. ¿Verdad, Emma?

—No, no lo veo.

—Pero me oyes. Sin embargo, ¿sabes una cosa? Cuando nuestra charla llegue a su fin, no recordarás haberla mantenido. Todos los actos que te describiré en los próximos minutos se convertirán en parte de tus recuerdos. No recordarás que te han contado estas cosas. Pensarás que las has vivido realmente. ¿Está claro, Emma?

—Sí.

Los ojos de Emma se volvieron vidriosos. Sus músculos faciales se relajaron.

—Bien. ¿Qué hora es?

—Las nueve menos veinte.

—¿Dónde estás?

—En la cocina de mi casa.

—¿Quién está contigo?

—Nadie.

—Bob y Jeremy están aquí.

—Bob y Jeremy están aquí —repitió Emma.

—Bob está sentado en esta silla.

Ella sonrió a Bob.

—Jeremy está sentado aquí. Los tres estáis desayunando.

—Sí, desayunando.

—Huevos fritos, tostadas, zumo de naranja.

—Huevos fritos, tostadas, zumo de naranja.

—Coge el vaso, Emma.

Levantó el vaso vacío.

—Bebe, Emma.

Ella miró el vaso, con incertidumbre.

—Está lleno hasta el borde de fresco y dulce zumo de naranja. ¿Lo ves?

—Sí.

—¿No tiene buen aspecto?

—Sí.

—Bebe un poco, Emma.

Bebió del vaso vacío.

Salsbury se echó a reír estrepitosamente. El poder… Iba a funcionar, podía hacerle recordar lo que él quisiera.

—¿Está bueno?

Emma se pasó la lengua por los labios.

—Está delicioso.

Adorable bestezuela, pensó, repentinamente mareado. Bestezuela adorable, adorable.

Capítulo 3

MEDIODÍA

En la pesadilla de Buddy, dos hombres llenaban el embalse del pueblo con gatos. En las sombras más profundas de la noche, justo antes de amanecer, estaban al borde del embalse abriendo jaulas y arrojando los animales al agua. Los felinos chillaban ante aquel asalto a su dignidad y a su bienestar. El embalse no tardó en estar lleno de gatos: gatos callejeros, siameses, de Angora, persas, gatos negros, grises, blancos, amarillos, a rayas, moteados, gatos viejos y gatitos. Abajo, en Black River, Buddy abrió inocentemente el grifo del agua fría de la cocina y empezaron a caer en el fregadero, gatos, docenas tras docenas de feroces y furiosos gatos, enormes gatos que, milagrosamente, habían pasado por las cañerías, por los estrechos caños de las tuberías, las ratonreras, las junturas y los filtros. Gatos que chillaban, gemían, siseaban, golpeaban y arañaban, que caían los unos sobre los otros, hacían rasguños en la porcelana y saltaban inexorablemente fuera de la pila cuando nuevas olas de gatos surgían detrás de ellos. Gatos en la mesa; gatos en la panera; gatos en el escurreplatos. Saltaban al suelo y trepaban hasta lo alto de los armarios. Uno de ellos saltó sobre la espalda de Buddy cuando éste se volvía para huir, logró librarse de él y lo arrojó contra la pared. Los otros gatos se pusieron furiosos ante esta crueldad, se lanzaron tras Buddy, todos ellos gruñendo y maullando, y él logró llegar a la habitación que hacía de dormitorio y

sala de estar unos instantes antes que ellos, cerró la puerta y la atrancó. Los gatos se amontonaron al otro lado de la puerta y chillaban incesantemente, pero no eran lo suficientemente fuertes como para forzar la entrada. Contento de haber escapado, Buddy se volvió… y vio unas jaulas de unos diez metros cuadrados llenas de gatos, montones de ojos grises que lo examinaban con intensidad, y, detrás de las jaulas, dos hombres con pistoleras bajo la axila y que llevaban las armas en la mano e iban vestidos con trajes negros de goma.

Se despertó, se sentó y gritó. Golpeó el colchón, luchó con las sábanas y hundió los puños en las almohadas durante unos segundos hasta que, paulatinamente, comprendió que ninguno de aquellos objetos era un gato.

—Ha sido un sueño —murmuró.

Como Buddy dormía por las mañanas y durante las primeras horas de la tarde, las cortinas eran gruesas, por lo que no había prácticamente luz en la habitación. Se apresuró a encender la lámpara que tenía sobre la mesilla de noche.

No había gatos.

No había hombres con trajes de goma.

Aunque sabía que había estado soñando, aunque había tenido el mismo sueño los tres últimos días, saltó de la cama, se puso unas zapatillas, que eran tan grandes como las botas de muchos hombres, y se dirigió, arrastrando los pies, a la cocina, a fin de comprobar los grifos. No salían gatos de ellos, y resultaba tranquilizador saberlo.

Sin embargo, estaba temblando violentamente. El hecho de haber soportado aquel sueño en otras dos ocasiones no era motivo de que le afectase menos. Durante toda la semana, su descanso había sido alterado por sueños de un tipo u otro; y nunca era capaz de volver a dormirse después de haberse despertado de una terrible pesadilla.

El reloj de la pared marcaba las 12.13. Llegaba a casa, de la fábrica, a las 8.30 y se metía en la cama a las 9.30; esto, durante cinco días por semana, como si fuera un aparato de relojería. Ello significaba que había dormido unas tres horas.

Fue a la mesa de la cocina, se sentó y abrió la revista de viajes que había comprado en la tienda el lunes anterior. Estudió las fotografías de unos buzos con trajes de goma.

¿Por qué?, pensó. Buzos. Marineros. Armas. En el embalse. ¿Por qué? Tan tarde. De madrugada. De noche. Buzos. ¿Por qué? Imagínalo. Venga. Imagínalo. No puedo. Puedo. No puedo. Puedo. No puedo. Buzos. En el bosque. Por la noche. Tan absurdo. No puedo imaginármelo.

Decidió ducharse, vestirse y cruzar la calle para ir a la tienda de Edison.

Era hora de que le pidiese a Sam que resolviese el enigma por él.

A las 12.05, Rya vio a un hombre con gruesas gafas, pantalones grises y una camisa azul marino entrar en la casa de huéspedes de Pauline Vicker. Era el hombre que había ordenado a Bob Thorp que matase a Mark.

A las 12.10, se dirigió a St. Margaret Mary y se escondió en uno de los confesionarios que había en la parte posterior de la nave. La semana anterior le había oído comentar a Emma que el viernes habría una comida, seguida de una partida de cartas en el sótano de la iglesia. A través de una rendija de la cortina de terciopelo carmesí del confesionario, podía ver la parte posterior de la nave y las escaleras que conducían a la sala de fiestas. Durante los siguientes quince minutos fueron llegando, solas o en parejas, algunas mujeres con alegres vestidos y conjuntos de pantalón veraniegos, muchas de ellas con paraguas; y Emma Thorp atravesó con paso rápido el arco de entrada a las 12.30. Rya la reconoció, incluso a la tenue luz.

Apenas Emma desapareció escaleras abajo, Rya salió del confesionario.

Se quedó por un momento paralizada ante la visión del crucifijo que había al otro extremo de la nave. El cristo de madera parecía estar mirándola directamente a ella por encima de los bancos.

Podrías haber salvado a mi madre, pensó ella. Podrías haber salvado a Mark. ¿Por qué has puesto asesinos sobre la tierra?

El crucifijo no contestó, naturalmente.

Dios ayuda a quienes se espabilan, pensó. De acuerdo; yo voy a espabilarme. Voy a hacerles pagar por lo que le han hecho a Mark. Voy a obtener pruebas. Espera y verás si no voy a hacerlo. Espera y verás.

Estaba empezando a temblar de nuevo y notó que tenía lágrimas en los ojos. Se tomó un minuto para tranquilizarse; a continuación, salió de la nave.

Una vez en la entrada, descubrió que una de las puertas principales estaba abierta, y que alguien había quitado la bisagra inferior. Había una caja de herramientas en el suelo de la entrada y, a su alrededor, una serie de útiles; evidentemente, el operario habría ido a buscar algún material que hubiese olvidado en su primer viaje.

Se volvió y miró por debajo del arco del crucifijo de tres metros y medio de altura. Tuvo la impresión de que los ojos de madera seguían mirándola, y en ellos había una expresión terriblemente triste.

Deprisa, temerosa de que el operario pudiera regresar en cualquier momento, se agachó, examinó la caja de herramientas y sacó una pesada llave inglesa, se la metió en un bolsillo de la cazadora y salió de la iglesia.

A las 12.35, pasó ante el edificio municipal que estaba en la esquina norte de la plaza. La oficina del jefe de policía estaba en la planta baja y tenía dos grandes ventanas. Las persianas estaban levantadas. Cuando pasó por delante vio a Bob Thorp sentado a su

escritorio, de cara a las ventanas; comía un bocadillo y leía una revista.

A las 12.40, se paró delante del café de Ultman y observó a una docena de niños que corrían en bicicleta hacia el norte por Union Road, en dirección a la callejuela sin asfaltar donde se celebraban las carreras de los viernes. Jeremy Thorp era uno de los ciclistas.

A las 12.45, en el extremo sur de Union Road, Rya cruzó la calle, pasó bajo las parras y se dirigió a la parte posterior de la casa de los Thorp. Al final del césped había matorrales y árboles, ninguna calle paralela y ningún edificio en aquella dirección. No había ninguna casa a la izquierda, sólo el césped, el garaje y el río; a la derecha, la vivienda más próxima estaba más cerca de Union Road que la casa de los Thorp; por consiguiente, no había nadie a la vista.

Unas pulidas aldabas de cobre brillaban en el centro de la puerta. A un lado, cerca de la manilla, tres ventanas de metro y medio de ancho por algo más de dos metros de largo.

Golpeó con fuerza la puerta.

Nadie contestó.

Cuando trató de abrir la puerta, descubrió que estaba cerrada con llave, como había imaginado. Sacó la llave inglesa de la cazadora, la sujetó fuertemente con una mano y la utilizó para romper el cristal del medio de la ventana. El golpe causó mucho más ruido del que ella había esperado; pero no el suficiente como para desanimarla. Después de quitar todos los fragmentos de cristal que habían quedado junto al marco, se volvió a guardar la llave inglesa en el bolsillo, metió la mano por la ventana y se puso a palpar a ciegas en busca del pestillo. Empezaba a pensar que nunca lo localizaría cuando sus dedos tocaron el frío metal; manipuló durante casi un minuto y, luego, abrió la puerta de un empujón.

De pie en el pórtico, miró cautelosamente el interior de la cocina bañada por las sombras y pensó: ¿qué pasará si vuelve uno de ellos y me encuentra aquí?

Adelante, se dijo, será mejor que entres antes de que te abandone el valor.

Estoy aterrorizada. Han matado a Mark.

Esta mañana has huido. ¿Vas a volver a huir? ¿Vas a huir de todo aquello que te asusta, hasta el día de tu muerte?

Entró en la cocina. Los cristales crujieron bajo sus pies.

Cuando llegó al horno eléctrico donde se había producido el asesinato, se detuvo, lista para echar a correr, y escuchó atentamente algún posible movimiento. La nevera y el congelador vertical ronroneaban suave e ininterrumpidamente. La radio-despertador zumbaba. Una ventana mal ajustada vibró ante una ráfaga de viento que recorrió el lateral de la casa. En la sala de estar, un reloj antiguo, que atrasaba algunos minutos, anunció que era la una menos cuarto; la nota reverberó hasta mucho después de haber sido golpeado el tubo. La casa estaba llena de ruidos; ninguno procedía de fuente humana; estaba sola.

Después de haber infringido la ley, de haber profanado la inviolabilidad de la casa de otras personas, una vez llevado a cabo el primer y más peligroso paso, era incapaz de decidir lo que iba a hacer a continuación. Bueno…, registrar la casa, por supuesto, registrarla de arriba abajo, buscar el cuerpo…; pero ¿por dónde empezar?

Finalmente, cuando se dio cuenta de que su indecisión era el resultado natural de un temor que estaba decidida a superar, cuando comprendió que tenía un miedo espantoso de encontrar el cadáver de Mark, aunque estaba allí para eso precisamente, empezó a buscar por la cocina. En aquella habitación sólo había unos pocos lugares donde poder esconder el cuerpo de un niño de nueve años. Miró en la despensa, en la nevera y en el congelador, pero no descubrió nada fuera de lo corriente.

Sin embargo, cuando abrió el armario situado debajo del fregadero, vio un cubo lleno de trapos ensangrentados. No, en realidad no eran trapos, sino paños para secar los platos; los habían

utilizado para limpiar, los habían arrojado al cubo y, sin duda, habían olvidado destruir esta prueba. Cogió uno de los trapos. Estaba húmedo, frío y pesaba a causa de la sangre. Volvió a dejarlo caer y se miró la mano manchada.

—Oh, Mark —comentó en voz baja, con tristeza, casi sin aliento. De sus entrañas surgió un dolor que le llenó el pecho—. Pobrecito Mark… Nunca has hecho daño a nadie, a nadie. ¿Qué te han hecho? ¿Qué cosa espantosa te han hecho? ¿Por qué?

Se puso de pie. Le temblaban las rodillas.

Tengo que encontrar el cadáver, pensó primero.

No, se dijo después.

Has venido aquí a buscar el cadáver.

He cambiado de opinión. ¿El cadáver? No. No, esto ya es… demasiado, demasiado. Encontrar a Mark…, con el cráneo abierto…, con los ojos en blanco en su rostro… y sangre seca en la cara… Demasiado. Ni siquiera las niñas fuertes pueden afrontarlo todo en esta vida, hasta las niñas fuertes tienen sus límites, ¿no? Este es mi límite, no puedo ir buscando… por toda la casa. No puedo…

Empezó a llorar, empezó a temblar, cogió el cubo y salió de la casa.

A las 12.45, Salsbury salió de su habitación con el maletín y bajó al salón.

Pauline Vicker estaba sentada en el sillón más amplio de los tres que había. Era una mujer gruesa, de poco más de sesenta años, pelo gris rizado, cutis rojizo, doble papada, alegres ojos y una sonrisa casi perpetua. Su rostro era el arquetipo de una abuela, el modelo de las caras de las abuelas en los cuentos y en las películas. Estaba descalza, tenía los pies sobre un cojín, comía bombones y veía una telenovela.

—Señora Vicker —dijo él desde la puerta.

La mujer levantó la mirada, sin dejar de masticar un bombón que le costó un poco tragar.

—Buenas tardes, señor Deighton. Si tiene usted alguna queja sobre su habitación o cualquier otra cosa, ¿podría usted esperar un poco, unos minutos, si no le importa, hasta que termine este programa? Es uno de mis preferidos y…

—Yo soy la llave —la interrumpió, en un tono lleno de impaciencia.

—¡Oh! —respondió, desilusionada ante el hecho de no poder terminar de ver la novela—. Yo soy la cerradura.

—Levántese, señora Vicker.

Se levantó con dificultad del sillón.

Vieja vaca gorda, pensó Salsbury.

—¿Qué desea usted? —preguntó la mujer amablemente.

—Necesito esta habitación un rato. —Se dirigió al escritorio en el que estaba el teléfono privado—. No quiero que me moleste.

—¿Debo marcharme?

—Sí, ahora mismo.

Ella lanzó una mirada a la mesita redonda que estaba junto al sillón.

—¿Puedo llevarme la caja de bombones?

—Sí, sí. Pero márchese de aquí.

Contenta, cogió la caja de bombones.

—Ya me voy, ya me voy, señor Deighton. Tómese su tiempo, no dejaré que nadie le moleste.

—Señora Vicker.

—¿Sí?

—Vaya a la cocina.

—De acuerdo.

—Cómase todos los bombones que quiera.

—Así lo haré.

—Escuche la radio y espere en la cocina hasta que yo vaya a buscarla.

—Sí, señor.

—¿Está completamente claro?

—Muy claro, muy claro. Haré exactamente lo que usted diga. Ya verá cómo lo hago. Me voy a la cocina, como bombones y escucho…

—Y cierre la puerta cuando se marche —la interrumpió con brusquedad—. Márchese, señora Vicker.

Cerró la puerta del salón al salir.

Salsbury abrió su maletín encima del escritorio. Sacó de él una serie de destornilladores y uno de los transmisores infinitos, una pequeña caja negra con varios cables que salían de él; Dawson lo había comprado en Bruselas.

Muy listo, pensó. Inteligente. Inteligente por mi parte traerme el transmisor infinito. En aquel momento no supe por qué lo traía conmigo. Una corazonada, sólo una corazonada. Y ha valido la pena. Inteligente. Domino la situación. La domino, la controlo. Un completo control.

Después de haber considerado cuidadosamente las opciones que tenía, calculador a pesar de haber estado al borde del pánico, decidió que era hora de saber lo que Paul Annendale contaba a los Edison. Sobre el escritorio, había una docena de diminutos cisnes de cristal, cada uno ligeramente distinto de tamaño, forma y color del que lo precedía. Con un gesto del brazo arrojó las figuritas al suelo, que saltaron sobre la alfombra y chocaron unas con otras. Su madre coleccionaba figuritas fabricadas de un modo artesanal; pero no eran cisnes, prefería perros de cristal; a cientos. Aplastó uno de los cisnes con el tacón e imaginó que se trataba de uno de los perros de cristal. Curiosamente satisfecho con su gesto, conectó el transmisor infinito al teléfono y marcó el número de la tienda. Al otro lado de la calle no sonó ningún teléfono en el establecimiento de los Edison; sin embargo, todos los aparatos receptores, tanto de la tienda como de la vivienda que la familia tenía arriba, se abrieron a los oídos de Salsbury.

Lo que escuchó durante el primer par de minutos puso fin al delgado tabique de compostura que había logrado levantar desde el asesinato. Buddy Pellineri, con su forma de hablar medio analfabeta, estaba contándoles a Sam, Jenny y Paul lo de los dos hombres que habían bajado del embalse aquella madrugada del seis de agosto.

¡Rossner y Holbrook habían sido vistos!

De todos modos, no era ésta la peor de las noticias. Antes de que Buddy llegase al final de su historia, antes de que Edison y los otros terminasen de hacerle preguntas, llegó la hija de Annendale con el cubo lleno de trapos ensangrentados. ¡El maldito cubo! En su precipitación por limpiar la cocina y ocultar el cadáver, había metido el cubo bajo el fregadero y se había olvidado completamente de él. El cuerpo del muchacho no estaba en absoluto bien escondido, pero por lo menos no estaba en la habitación donde se había cometido el asesinato. Los malditos trapos ensangrentados. ¡Había dejado pruebas en el escenario del crimen, prácticamente a la vista, donde cualquier imbécil podía haberlas encontrado!

No podía permitirse el lujo de pasarse horas buscando respuestas a los acontecimientos de la mañana. Si debía frenar la evolución de la crisis y salvar el proyecto, tendría que pensar y que moverse más deprisa que nunca.

Pisó otro cisne de cristal y lo hizo añicos.

Capítulo 4

13.10

Un trueno retumbó en el valle y se produjo la impresión de que el viento, después del ruido, hubiera ganado considerable fuerza.

Dividido entre el deseo de creer a Emma Thorp y una creciente certeza de que Rya estaba diciendo la verdad, Paul Annendale subió los escalones que daban a la galería situada en la parte posterior de la casa de los Thorp.

—Espera —lo detuvo Sam, a la vez que le ponía una mano en el hombro y apretaba los dedos como si fuesen garras.

Paul se volvió. El viento agitaba su pelo y lo lanzaba contra sus ojos.

—¿Esperar qué?

—Esto es allanamiento de morada.

—La puerta está abierta.

—Ello no cambia nada. —Sam soltó a su amigo—. Además, está abierta porque Rya la ha forzado.

Consciente de que Sam intentaba hacerlo razonar por su propio bien, pero aun así impaciente, Paul replicó:

—¿Qué demonios se supone que debo hacer, Sam? ¿Llamar a la policía? ¿O quizá tirar de algunos hilos, usar mis conexiones, llamar al jefe de policía y llevar a cabo una investigación sobre él?

—Podríamos llamar a la policía estatal.

—No.

—Es posible que el cuerpo ni siquiera esté aquí.

—De haberlo podido evitar, no habrían trasladado un cadáver a plena luz del día.

—Tal vez no haya cadáver, ni aquí ni en ningún otro sitio.

—Ruego a Dios que tengas razón.

—Vamos, Paul, llamemos a la policía estatal.

—Has dicho que necesitarían como mínimo dos horas para llegar aquí. Si el cuerpo está todavía en la casa…, bien, lo más seguro es que dentro de dos horas ya no esté.

—¡Todo esto es improbable! ¿Por qué demonios iba Bob a querer matar a Mark?

—Has oído lo que ha dicho Rya. El sociólogo le ha ordenado que lo matase; ese Albert Deighton.

—Ella no sabía que era Deighton.

—Has sido tú quien lo ha reconocido a partir de su descripción.

—De acuerdo, seguro que es él; pero ¿por qué Emma se ha ido a la comida y a la partida de cartas de la iglesia justo después de haber visto a su marido matar a un chiquillo indefenso? ¿Cómo sería capaz? ¿Y cómo es posible que un niño como Jeremy presencie un asesinato brutal y, luego, te mienta tan descaradamente?

—Son vecinos tuyos, contéstame tú.

—Exactamente, son vecinos míos, lo han sido toda su vida, casi toda su vida, los conozco bien, igual que conozco a todo el mundo. Y te digo, Paul, que son incapaces de hacer una cosa así.

Paul se apretó con una mano el estómago, aquejado de calambres. El recuerdo de lo que había visto en aquel cubo —la sangre cuajada y unos pelos que eran del mismo color que el cabello de Mark— lo había afectado tanto física como emocionalmente. O quizás aquel impacto emocional había sido tan devastador, tan sobrecogedor, que obligatoriamente le había seguido una aguda revulsión física.

—Tú conoces a esa gente en circunstancias normales, en momentos normales; pero te juro, Sam, que en este pueblo está pasando algo fuera de lo normal. Primero, la historia de Rya, la desaparición de Mark, los trapos ensangrentados; y, para acabarlo de arreglar, aparece Buddy con la historia de unos hombres desconocidos en el embalse en plena noche, justo unos días antes de que todo el pueblo padeciese una extraña e inexplicable epidemia.

—¿Crees que los escalofríos tienen relación con esto, con…? —preguntó Sam, parpadeando sorprendido.

El estallido ensordecedor de un trueno lo interrumpió.

—El testimonio de Buddy no es muy digno de crédito —prosiguió Sam cuando el cielo quedó de nuevo en silencio.

—Tú lo has creído, ¿no es así?

—He creído que vio algo extraño, sí. Pero si fue exactamente lo que Buddy cree que es…

—Oh, sé que no vio buzos, los buzos no llevan botas hasta la cadera. Vio… Bien, creo que vio a dos hombres con unos depósitos vacíos, de los que se utilizan para dispersar productos químicos.

—¿Alguien contaminó el embalse? —se extrañó Sam, con un tono de incredulidad.

—Eso creo.

—¿Quién? ¿El Gobierno?

—Quizá. O tal vez terroristas. O incluso una compañía privada.

—Pero ¿por qué?

—Para ver si la contaminación actuaba como se suponía debía hacer.

—Contaminaron el embalse… ¿con qué? —se obstinó Sam, frunciendo el ceño—. ¿Con algo que convierte a los hombres cuerdos en psicópatas que matan cuando se les dice que lo hagan?

Paul empezó a temblar.

—Todavía no lo hemos encontrado —se apresuró a añadir Sam —. No perdamos la esperanza, no lo hemos encontrado muerto.

—Sam… Dios mío, Sam, creo que lo vamos a encontrar muerto, estoy convencido. —Paul estaba al borde de las lágrimas, pero sabía que, de momento, era un lujo que no se podía permitir. Se aclaró la garganta—. Y apostaría a que ese sociólogo, Deighton, está complicado con los hombres que vio Buddy. No está aquí para hacer un estudio de Black River; sabe lo que se echó en el embalse y está en el pueblo sólo para ver qué efecto tiene esa sustancia en la gente de aquí.

—¿Por qué Jenny y yo no tuvimos los escalofríos?

Paul se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. Y no sé con qué se ha encontrado Mark esta mañana. ¿Qué vio que hiciera necesario que lo asesinaran?

Se miraron, horrorizados ante la idea de que los habitantes del pueblo fueran sin saberlo conejillos de Indias de algún extraño experimento. Ambos deseaban reírse de la idea, descartarla con un par de bromas; pero ninguno de ellos fue capaz siquiera de sonreír.

—Si hay algo de verdad en todo esto —empezó Sam, en tono de preocupación—, razón de más para avisar inmediatamente a la policía del Estado.

—Buscaremos primero el cadáver, ya avisaremos luego a la policía; voy a encontrar a mi hijo antes de que acabe en algún lugar lejano de las montañas.

El rostro de Sam se fue poniendo tan blanco como su pelo.

—No hables de él como si supieras que está muerto. ¡No tienes la certeza de que esté muerto, maldita sea!

Paul respiró hondo. Le dolía el pecho.

—Sam, habría debido creer a Rya esta mañana. No es una mentirosa. Aquellos trapos ensangrentados… Escúchame, tengo que hablar de él como si estuviera muerto, tengo que pensar en él de esta forma; si me convenzo de que todavía, está con vida y, luego, encuentro su cuerpo…, será todavía más doloroso. Acabaría conmigo, ¿comprendes?

—Sí.

—No hace falta que me acompañes.

—No puedo dejar que entres solo —rechazó Sam.

—Claro que sí, no me pasará nada.

—No te dejaré entrar solo.

—De acuerdo, manos a la obra.

—Es un buen chico —se dijo Sam, en voz baja—, siempre ha sido un buen chico. Lo quiero como si fuera hijo mío.

Paul asintió con una inclinación de cabeza y entró en la oscura casa.

La compañía de teléfonos estaba en West Main Street, a media manzana de la plaza; se trataba de un pequeño edificio de ladrillos y tenía dos pisos. Estaba a dos minutos a pie desde la casa de huéspedes de Pauline Vicker.

La oficina de la planta baja, donde se podían presentar las quejas y pagar las facturas, era pequeña y pulcra. Había allí ocho archivadores grises, una caja registradora, una calculadora electrónica, una copiadora, una máquina de escribir, un largo escritorio de madera de pino, dos sillas de respaldo recto en una esquina, una amplia mesa de metal con una robusta silla giratoria, un calendario del Club Sierra, varios aparatos telefónicos, pilas de folletos de la compañía, una radio y la bandera de Estados Unidos en un asta de acero inoxidable. No se veía polvo en los muebles y el suelo de baldosas estaba limpio; el papel de cartas, los formularios y los sobres se encontraban bien ordenados y cuidadosamente apilados.

La pulcritud de la habitación se extendía a la única persona que había en ella: una mujer delgada, pero no carente de atractivo, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años. En su cabello castaño cortado a lo chico no había más de una docena de hebras grises. Tenía la piel suave y lechosa y las facciones, aunque muy

angulosas, quedaban equilibradas por una boca generosa y sensual que salvaba la belleza del rostro, aunque parecía estar tomada de otro. Llevaba un práctico y elegante traje pantalón verde y una blusa blanca de algodón. Sus gafas iban sujetas a una cadena, de forma que, si se las quitaba, le colgaban sobre el pecho.

Cuando Salsbury entró en la oficina, ella se acercó al mostrador y sonrió profesionalmente.

—Parece que va a llover ahí fuera.

Salsbury cerró la puerta con parteluz y dijo:

—Sí, parece que va a llover.

—¿En qué puedo servirle?

—Yo soy la llave.

—Yo soy la cerradura.

Salsbury se acercó al mostrador. La mujer jugueteaba con las gafas sobre el pecho.

—¿Cómo te llamas?

—Joan Markham.

—¿Eres una de las secretarias?

—Soy la subdirectora.

—¿Cuántas personas trabajan aquí?

—¿En estos momentos?

—En estos momentos —repitió él.

—Seis, yo incluida.

—Dime sus nombres, uno a uno.

—Bien, está el señor Pulchaski.

—¿Quién es?

—El director.

—¿Dónde está ahora?

—En su despacho. Arriba, el que da a la calle.

—¿Quién más hay, Joan?

—Leona Ives, la secretaria del señor Pulchaski.

—¿Está ella también arriba?

—Sí.

—Nos quedan tres.

—Son telefonistas.

—¿Telefonistas?

—Sí. Mary Ultman, Betty Zimmerman y Louise Pulchaski.

—¿La mujer del director?

—Su hija.

—¿Dónde trabajan las telefonistas?

La mujer señaló una puerta situada en la parte posterior de la habitación.

—Conduce al vestíbulo de esta planta. Las telefonistas están en la habitación contigua, en la parte posterior del edificio.

—¿Cuándo terminan su turno?

—A las cinco.

—¿Y acuden otras tres para el siguiente turno?

—No, sólo dos. No hay mucho trabajo por la noche.

—¿Este nuevo turno trabaja hasta la una de la madrugada?

—Así es.

—¿Y vienen otras dos hasta las nueve de la mañana?

—No, sólo hay una durante la madrugada.

Joan se puso las gafas y volvió a quitárselas un segundo más tarde.

—¿Estás nerviosa, Joan?

—Sí, muchísimo.

—No estés nerviosa. Relájate. Tranquilízate.

Del delgado cuello y de los hombros desapareció algo de tensión. Sonrió.

—Mañana es sábado —continuó Salsbury—, ¿habrá tres telefonistas de servicio en el turno de día?

—No, durante los fines de semana nunca hay más de dos.

—Joan, veo que hay un bloc de notas y una pluma junto a tu máquina de escribir. Quiero que me hagas una lista de todas las telefonistas que van a trabajar esta noche y durante los dos

primeros turnos de mañana. Quiero sus nombres y los números de teléfono de sus casas. ¿Comprendido?

—Oh, sí.

Se dirigió a su escritorio.

Salsbury fue hasta la puerta de entrada. Observó la parte oeste de Main Street a través de los cristales cuadrados de metro y medio.

Presagiaba una tormenta de verano y el viento agitaba despiadadamente los árboles, como instándolos a ponerse el abrigo.

No había nadie a la vista en ninguno de ambos lados de la calle.

Consultó su reloj: 13.15.

—Date prisa, perra estúpida.

Ella levantó la cabeza.

—¿Cómo?

—Te he llamado perra estúpida. Olvídalo. Limítate a terminar la lista; deprisa.

Se aplicó con la pluma y el bloc de notas.

Perras, pensó él, perras despreciables, todas, todas y cada una de ellas, siempre estaban enredándolo, no eran otra cosa que perras.

Un estruendoso camión, vacío, pasó por Main Street en dirección a la fábrica.

—Aquí está —dijo ella.

Salsbury regresó al mostrador de atender a los clientes, tomó la hoja del bloc y le echó una ojeada. Siete nombres. Siete números de teléfono. Dobló el papel y se lo metió en el bolsillo de la camisa.

—Y ahora háblame de los operarios. ¿Tenéis instaladores y reparadores de las líneas telefónicas continuamente de servicio?

—Tenemos un equipo de cuatro hombres. Hay dos para el turno de mañana y dos para el turno de tarde. Normalmente, no hay servicio ni por la noche ni durante los fines de semana, pero se puede llamar a cualquiera del equipo en caso de emergencia.

—¿Y hay dos hombres de servicio en estos momentos?

—Sí.

—¿Dónde están?

—Trabajando en un problema de la fábrica.

—¿Cuándo volverán?

—Hacia las tres, quizás a las tres y media.

—Cuando lleguen, mándalos a la oficina de Bob Thorp —ordenó Salsbury, que había decidido convertir la oficina del jefe de policía en su cuartel general mientras resolvía el asunto—. ¿Comprendido, Joan?

—Sí.

—Anota los nombres y los números de teléfono de los otros dos operarios.

No necesitó más de medio minuto para cumplir la orden.

—Ahora escucha atentamente, Joan.

Ella se inclinó hacia él y apoyó los brazos en el mostrador. Parecía tener casi un vivo deseo de escuchar lo que tenía que decirle.

—Dentro de unos minutos, el viento derribará las líneas telefónicas que hay entre aquí y Bexford. Nadie de Black River o de la fábrica podrá hacer o recibir llamadas interurbanas.

—¡Oh! —exclamó ella, con tono de fastidio—. Bien, seguro que eso me complicará el día. Seguro.

—¿Por las quejas, quieres decir?

—A cual más desagradable, ya verá.

—Si la gente se queja, diles que los operarios de Bexford están trabajando en la avería, pero que los daños son cuantiosos. La reparación durará horas. Es posible que el trabajo no esté terminado hasta mañana por la tarde. ¿Está claro?

—No les va a gustar.

—¿Pero está claro?

—Está claro.

—Muy bien. —Salsbury suspiró—. Dentro de un momento iré a hablar con las telefonistas y, luego, subiré a ver a tu jefe y a su secretaria. Cuando yo salga de esta habitación, olvidarás todo lo

que hemos hablado. Sólo me recordarás como a un operario de Bexford que ha pasado por aquí para decirte que mi equipo ya está trabajando. ¿Comprendido?

—Sí.

—Vuelve a tu trabajo.

Ella regresó a su escritorio.

Salsbury pasó detrás del mostrador, salió de la habitación por la puerta del vestíbulo y fue a hablar con las telefonistas.

Paul se sentía como un ladrón.

No estás aquí para robar nada, se decía, sólo el cadáver de tu hijo, si es que hay un cadáver; y te pertenece.

Sin embargo, mientras registraba la casa sin dejarse intimidar por el derecho de Thorp a la intimidad, se sentía como un ladrón.

A las 13.45, él y Sam habían buscado arriba y abajo, en dormitorios, baños, armarios, en la sala de estar, en el estudio, en el comedor y en la cocina. No había cadáver.

En la cocina, Paul abrió la puerta del sótano y encendió la luz.

—Abajo. Habríamos debido mirar abajo en primer lugar. Es el sitio más probable.

—Aunque la historia de Rya sea cierta, esto de fisgonear no me resulta fácil —se quejó Sam—. Son viejos amigos míos.

—Tampoco es mi estilo.

—Me siento como un cabrón.

—Casi hemos acabado.

Bajaron las escaleras.

La primera habitación del sótano era un centro de trabajo bien organizado. En el extremo más cercano había dos pilas de acero inoxidable, una lavadora-secadora, un par de cestos de mimbre para la ropa, una mesa lo suficientemente grande para doblar toallas limpias, y estanterías con botellas de lejía, botellas de productos de limpieza y tambores de detergente. En el otro extremo de la

habitación, un banco de trabajo equipado con tornos y con todo tipo de herramientas diversas que Bob Thorp necesitaba para ensartar moscas. Era un devoto y entusiasta pescador con mosca, que disfrutaba haciendo su propia «carnada»; pero vendía también entre doscientas y trescientas piezas de su trabajo cada año, más que suficiente para convertir su labor en algo muy provechoso.

Sam escudriñó la cavidad que había debajo de la escalera y, luego, buscó en los armarios situados junto a la lavadora.

No había cadáver. No había sangre. Nada.

A Paul le ardía y le gorjeaba el estómago como si se hubiera bebido un vaso lleno de ácido.

Miró en los armarios que había encima y más allá del banco de trabajo, y el corazón se le encogía cada vez que abría una puerta.

Nada.

La segunda habitación del sótano, menos de la mitad de grande que la primera, se usaba enteramente para almacenar alimentos. Había dos paredes cubiertas de estanterías de arriba abajo; estanterías que estaban llenas tanto de productos comprados como de frutas y de verduras envasadas en casa. En la pared del fondo, había un enorme congelador horizontal.

—O aquí o en ninguna parte —dijo Sam.

Paul se acercó al congelador.

Levantó la tapadera.

Sam se puso junto a él.

Un aire helado se precipitó sobre ellos, y oleadas de fantasmagórico vapor se esparcieron por la habitación para ser casi inmediatamente absorbidas por el aire caliente.

El congelador contenía dos o tres docenas de bolsas de plástico que, debidamente etiquetadas, contenían carne. Los paquetes no estaban dispuestos utilizando el espacio de la mejor forma; y, por lo menos a Paul, esto le pareció bastante extraño. Además no habían sido colocados de acuerdo con el tamaño, con el peso o con la

semejanza de su contenido, sino que estaban allí sin orden ni concierto; era como si los hubiesen metido apresuradamente.

Sacó un rosbif de dos kilos y cuarto y lo arrojó al suelo, un paquete de tocino entreverado de cuatro kilos y medio, otro rosbif de dos kilos y cuarto, otro rosbif, más tocino, una caja de nueve kilos de chuletas de cerdo…

Habían puesto al niño muerto en el fondo del congelador, con los brazos sobre el pecho y las rodillas hacia arriba; y habían utilizado las bolsas de carne para ocultarlo. Tenía sangre incrustada en las fosas nasales; una helada costra de color rubí sellaba sus labios y le cubría la barbilla. El niño los miraba con sus ojos congelados y blanquecinos, tan opacos como pesadas cataratas.

—Oh…, no. No. Oh, Dios —murmuró Sam, que se apartó del congelador y echó a correr. Cuando llegó a la habitación contigua abrió un grifo; el agua corrió ruidosamente.

Paul lo oyó vomitar en una de las pilas de acero inoxidable. Extrañamente, ahora el control de sus emociones era total. Al ver a su hijo muerto, la rabia, la desesperación y el dolor intenso se convirtieron de repente en una profunda compasión, en una ternura que estaba más allá de toda descripción.

—Mark —habló en voz baja—, no pasa nada, todo está bien ahora, yo estoy aquí, estoy contigo, ya no estás solo.

Sacó del congelador los paquetes de carne que quedaban, uno a uno, como si excavara lentamente la tumba.

Cuando Paul estaba retirando la última bolsa de encima del cuerpo, Sam apareció en la puerta.

—Paul, voy…, voy arriba, a telefonear, a llamar a… la policía estatal.

Paul siguió mirando fijamente al interior del congelador.

—¿Me has oído?

—Sí, te he oído.

—¿Llamo ahora a la policía del Estado?

—Sí, ha llegado el momento.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, Sam.

—¿Puedo dejarte aquí… solo?

—Claro. Estoy bien.

—¿Estás seguro?

—Claro.

Sam titubeó unos segundos; luego, se alejó y subió los escalones de dos en dos, como un rayo.

Paul tocó la mejilla del muchacho.

Fría y dura.

Sin saber cómo, halló fuerzas para sacar el cuerpo, rígido, del congelador, lo arrastró hasta el extremo del mueble, pasó ambos brazos bajo él y lo levantó. Giró sobre los talones y puso al niño en el suelo, en el centro de la habitación.

Se sopló las manos, para calentarlas.

Volvió Sam, todavía tan pálido como el vientre de un pez. Miró a Mark. El dolor contrajo su rostro, pero no lloró; se controló.

—Parece que hay algún problema con los teléfonos.

—¿Qué tipo de problema?

—Bueno, se han caído las líneas entre aquí y Bexford.

—¿Caído? —Paul frunció el ceño—. No parece que haya tanto viento como para eso.

—Aquí no, pero es posible que el viento sople más fuerte hacia Bexford. En estas montañas, puede haber una bolsa de aire relativamente tranquila justo al lado de una tormenta de mil demonios.

—Las líneas con Bexford… —Paul quitaba de la blanca frente de su hijo hebras de pelo rígidas, heladas e incrustadas de sangre—. ¿Qué significa eso en la práctica?

—Se puede llamar a cualquiera del pueblo o de la fábrica, pero no pueden hacerse llamadas interurbanas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La telefonista. Mandy Ultman.

—¿Sabe cuándo quedarán arregladas?

—Parece ser que los daños son serios. Me ha dicho que ya está trabajando en ello un equipo de operarios de Bexford, pero que la reparación llevará horas.

—¿Cuántas horas?

—Bien, ni siquiera saben si estará solucionado antes de mañana por la mañana.

Paul seguía junto a su hijo, arrodillado en el suelo de cemento, y pensaba en lo que acababa de decir Sam.

—Uno de nosotros debería ir a Bexford y llamar a la policía del Estado desde allí.

—De acuerdo —convino Paul.

—¿Quieres que vaya yo?

—Como quieras. O puedo ir yo. Es igual; pero primero tenemos que llevar a Mark a tu casa.

—¿Llevarlo?

—Naturalmente.

—Pero eso va contra la ley. —Sam carraspeó—. Quiero decir, el escenario del crimen y todo eso.

—No puedo dejarlo aquí, Sam.

—Pero, si lo ha hecho Bob Thorp, querrás que pague por ello, ¿no? Si sacas…, si sacas el cadáver, ¿qué prueba tendrás de que lo has encontrado realmente aquí?

—Los especialistas forenses de la policía podrán encontrar en el congelador cabello y sangre de Mark —aseguró Paul, sorprendido de la firmeza de su propia voz.

—Pero…

—¡No puedo dejarlo aquí!

—Está bien —aceptó Sam, con un gesto de asentimiento.

—No puedo, Sam.

—De acuerdo, lo llevaremos al coche.

—Gracias.

—Lo llevaremos a mi casa.

—Gracias.

—¿Cómo vamos a llevarlo?

—Tú… cógelo por los pies.

Sam tocó al muchacho.

—Qué frío.

—Ten cuidado con él, Sam.

Sam asintió con una inclinación de cabeza mientras levantaban el cuerpo.

—Trátalo con cariño, por favor.

—Sí.

—Por favor.

—Sí, así lo haré —dijo Sam—, así lo haré.

Capítulo 5

14.00

Los truenos retumbaban y la lluvia se estrellaba contra las ventanas de la oficina del jefe de policía.

De pie, de espaldas a las ventanas, tratando de parecer severos, autoritarios y, sobre todo, dignos de confianza, había dos empleados de otros departamentos gubernamentales que compartían el edificio del municipio. Bob Thorp les había suministrado unos brillantes chubasqueros amarillos con capucha y con la palabra «policía» estampada en la espalda y en el pecho. Ambos hombres tendrían entre treinta y cinco y cuarenta años y, sin embargo, manifestaban un regocijo casi infantil ante la oportunidad de llevar aquellos chubasqueros: adultos jugando a ladrones y policías.

—¿Sabéis usar un arma? —se dirigió a ellos Salsbury.

Ambos contestaron afirmativamente.

Salsbury se volvió hacia Bob Thorp.

—Dales armas.

—¿Revólveres? —preguntó el jefe de policía.

—¿Tienes escopetas?

—Sí.

—Creo que nos irán mejor que los revólveres. ¿Estás de acuerdo?

—¿Para esta operación? Sí, mucho mejor.

—Entonces dales escopetas.

Una brillante explosión de luz resplandeció en la ventana. El efecto era estroboscópico: por un momento, dio la impresión de que todas las personas y todos los objetos de la habitación habían saltado rápidamente atrás y adelante, si bien nada se movió en realidad.

Sobre sus cabezas parpadeaban las luces fluorescentes.

Thorp fue hasta el armario de metal que contenía las armas de fuego y que estaba situado detrás de su escritorio, lo abrió y sacó dos escopetas.

—¿Sabéis usarlas? —volvió a dirigirse Salsbury a los hombres de los chubasqueros amarillos.

Uno de ellos asintió con una inclinación de la cabeza.

—Con éstas no tengo mucha costumbre; estos trastos son durísimos. Hay que apuntar en la dirección general del blanco y apretar el gatillo —respondió el otro, a la vez que empuñaba el arma con ambas manos, la admiraba, le sonreía.

—Es suficiente —dijo Salsbury—. Ahora os vais al aparcamiento que está detrás del edificio, os metéis en el segundo coche patrulla y os dirigís al extremo este del pueblo. ¿Habéis comprendido hasta aquí?

—Al extremo este —repitió uno de ellos.

—A menos de cien metros de la curva que hay antes de la entrada al valle, aparcáis el coche en medio de la carretera y bloqueáis ambas direcciones de la mejor forma posible.

—Una barricada —precisó uno de ellos, evidentemente encantado por la forma en que se estaba desarrollando el juego.

—Exactamente —asintió Salsbury—. Si alguien quiere venir a Black River, los camiones de madera, los habitantes de aquí, tal vez visitantes de fuera del pueblo, cualquiera, los dejaréis pasar, pero los mandaréis directamente a esta oficina. Les diréis que se ha declarado un estado de emergencia en Black River y que deben, absolutamente sin excepción, ir a ver al jefe de policía antes de dedicarse a sus asuntos.

—¿Qué tipo de emergencia?

—No hace falta que lo sepáis.

Uno de ellos frunció el ceño.

—Querrán saberlo todos los que paremos —afirmó el otro.

—Si preguntan, les decís que el jefe de policía se lo explicará.

Ambos hombres asintieron con una inclinación de cabeza.

Thorp les entregó una docena de cartuchos para escopeta a cada uno de ellos.

—Si alguien trata de salir de Black River, lo mandáis también al jefe de policía —continuó Salsbury— y le contáis la misma historia del estado de emergencia. ¿Comprendido?

—Sí.

—Sí.

—Cada vez que mandéis a alguien a ver a Bob, ya sea porque va a entrar al pueblo o porque trata de salir de él, informaréis de ello a esta oficina por radio. De esta forma, si no aparece al cabo de unos minutos, sabremos que se trata de algún renegado. ¿Comprendido?

—Sí —contestaron los hombres al unísono.

Salsbury se sacó el pañuelo del bolsillo del pantalón y se enjugó el sudor del rostro.

—Si alguien que sale del pueblo intenta atravesar vuestra barricada, lo detenéis; si no lo conseguís de otra forma, utilizáis las escopetas.

—¿Disparamos a matar?

—Disparáis a matar —confirmó Salsbury—. Pero únicamente si no hay otra forma de detenerlos.

Uno de los hombres trataba de parecerse a John Wayne en el momento de recibir órdenes en el Álamo; sacudió la cabeza solemnemente y aseguró:

—No se preocupe, puede confiar en nosotros.

—¿Alguna pregunta?

—¿Hasta cuándo tendremos que mantener esta barricada?

—Otros dos hombres os relevarán dentro de seis horas, a las ocho de la tarde. —Volvió a meter el pañuelo en el bolsillo—. Otra cosa. Cuando salgáis de esta habitación, olvidaréis que me habéis visto, olvidaréis que he estado aquí. Recordaréis todo lo que os he dicho antes de lo que estoy diciendo ahora, toda la conversación anterior que hemos mantenido; pero pensaréis que ha sido Bob Thorp quien os ha dado las instrucciones. ¿Está completamente claro?

—Sí.

—Perfectamente.

—En ese caso, poneos en movimiento.

Los dos hombres salieron de la habitación, y olvidaron a Salsbury apenas pusieron un pie en el pasillo.

Un resplandor intensamente blanco inundó el pueblo, seguido de un trueno que hizo crujir las ventanas.

—Cierra esas persianas —ordenó Salsbury, en un tono de irritación.

Thorp obedeció.

Salsbury se sentó detrás del escritorio.

Una vez hubo bajado las persianas, Bob Thorp volvió al escritorio y se quedó de pie delante de él.

Salsbury levantó la mirada hacia él.

—Bob, quiero que este lugar quede completamente aislado, bien cerrado. —Cerró el puño de la mano derecha, a modo de ejemplo—. Quiero estar del todo seguro de que nadie podrá salir del pueblo. ¿Debo bloquear algo más, aparte de la carretera?

Thorp se rascó su prominente frente.

—Le harán falta otros dos hombres en el extremo este del valle. Uno de ellos, para vigilar el río; sería preferible que estuviese armado de un rifle para así poder disparar, en caso necesario, a cualquiera que se fuese en barca. El otro hombre debería estar apostado en los árboles que hay entre el río y la carretera.

Proporciónele una escopeta y dígale que detenga a cualquiera que intente escabullirse por el bosque.

—¿Debe el hombre del río ser un experto tirador? —preguntó Salsbury.

—No le hará falta un tirador de primera, pero debería ser un tirador bastante bueno.

—De acuerdo, utilizaremos para ello a uno de tus hombres; todos son buenos con un rifle, ¿no?

—Oh, por supuesto.

—¿Lo suficientemente buenos para este trabajo?

—Sin lugar a dudas.

—¿Algo más?

Thorp meditó sobre la situación durante casi un minuto.

—Hay una serie de viejos caminos de explotación forestal —dijo finalmente— que conducen a las montañas y empalman luego con una segunda serie de caminos que vienen del centro de operaciones que está junto a Bexford. La mayoría de estos caminos están abandonados; ninguno está asfaltado. Es posible que haya algunos tramos limpios, si ha habido inundaciones este verano, pero la mayor parte está en pésimas condiciones. Son estrechos y están llenos de maleza. Pero supongo que alguien que se lo proponga podría pasar por esos caminos en coche.

—En ese caso, los bloquearemos —determinó Salsbury, a la vez que se ponía de pie. Caminó nerviosamente hasta las ventanas y volvió al escritorio—. Este pueblo es mío, mío, y seguirá siendo así. No dejaré salir de aquí a ningún hombre, mujer o niño hasta que haya resuelto este problema.

La situación se le había escapado terriblemente de las manos. Iba a tener que llamar a Dawson, tarde o temprano; probablemente temprano. No podría evitarlo. Pero, antes de hacer aquella llamada, quería estar seguro de que había hecho todo lo posible sin la ayuda de Leonard, sin la ayuda de Klinger. Mostrarles que era un hombre que actuaba con decisión, que era inteligente, un hombre al que

convenía tener al lado. Era posible que su eficacia impresionase al general; y al bastardo amante de Cristo. En primer lugar, debía impresionarlos lo suficiente como para compensar el hecho de haber sido el causante de aquella situación; eso era muy importante, muy importante. El paso inmediato sería sobrevivir a la cólera de sus socios.

14.30

En la biblioteca de Sam, el aire era húmedo y estaba viciado. La lluvia no dejaba de caer al otro lado de la ventana y cientos de gotas de rocío se formaban en el interior.

Paul, todavía aturdido por el descubrimiento del cuerpo de su hijo, estaba sentado y apoyaba las manos en los brazos del sillón; las puntas de sus dedos se clavaban en la tapicería.

Sam, de pie delante de una de las librerías, sacaba de los estantes libros que contenían recopilaciones de ensayos de psicología y los hojeaba.

En el amplio alféizar de la ventana, un antiguo reloj de sobremesa marcaba el tiempo de forma sepulcral y monótona.

Jenny entró en la habitación y dejó la puerta abierta a su espalda, se arrodilló en el suelo junto a la butaca de Paul y puso su mano sobre la de él.

—¿Cómo está Rya? —preguntó Paul.

Antes de salir hacia la casa de los Thorp a buscar el cadáver, Sam le había dado un calmante a la niña.

—Está durmiendo profundamente —aseguró Jenny—. No se despertará como mínimo hasta dentro de dos horas.

—¡Aquí está! —exclamó Sam, lleno de excitación.

Ellos alzaron una mirada atónita.

Se acercó con un libro de ensayos en la mano.

—La fotografía de quien se hace llamar Deighton.

Paul se levantó para mirarla mejor.

—No me extraña que Rya y yo no pudiéramos encontrar ninguno de sus artículos —comentó Sam—. Buscábamos en los índices algo escrito por Albert Deighton; pero no se llama así, su nombre verdadero es Ogden Salsbury.

—Lo he visto —afirmó Paul—. Estaba en el café de Ultman el día en que la camarera se atravesó la mano con el tenedor de carne. De hecho, fue ella quien lo atendió.

—¿Piensas que eso está relacionado con todo lo demás, con la historia que nos ha contado Buddy Pellineri y… con lo que le ha pasado a Mark? —preguntó Jenny, después de haberse puesto también ella de pie. Su voz había titubeado un poco al pronunciar las últimas palabras. Empezaron a brillarle los ojos, pero se mordió el labio y contuvo las lágrimas.

—Sí —contestó Paul, y volvió a pensar en su propia imposibilidad de llorar. Sufría, ¡Dios Santo, estaba lleno de dolor!, pero las lágrimas no acudían—. No sé cuál, pero tiene que haber alguna relación. —Y añadió, dirigiéndose a Sam—: ¿Salsbury escribió este artículo?

—Según dice la introducción, fue su último artículo publicado; hace más de doce años.

—Pero no ha muerto.

—Desgraciadamente.

—¿Por qué entonces fue el último?

—Parece ser que era un personaje bastante polémico; elogiado y aborrecido, pero sobre todo lo último. Y él se cansó de tanta controversia. Renunció a pronunciar conferencias y dejó de escribir para tener así más tiempo que dedicar a su investigación.

—¿De qué se trataba el artículo?

Sam leyó el título:

—«Modificación total del comportamiento mediante la percepción subliminal». —Y el subtítulo—: «El completo control de la mente».

—¿Qué significa?

—¿Quieres que lo lea en voz alta?

Paul miró el reloj antes de contestar.

—No estará de más conocer al enemigo antes de ir a Bexford a avisar a la policía del Estado —opinó Jenny.

—Tiene razón —apoyó Sam.

Paul asintió.

—Adelante. Léelo.

14.40

El viernes por la tarde, H. Leonard Dawson, en el estudio de su casa de Greenwich, Connecticut, se encontraba leyendo una larga carta de su mujer, escrita en papel que olía a lavanda. Julia estaba en la primera de las tres semanas que iba a durar un viaje a Tierra Santa, y, día a día, descubría que era cada vez menos como ella había imaginado y esperado que sería. Decía que todos los mejores hoteles eran propiedad de árabes y de judíos y que, por esta razón, cuando se iba a dormir, se sentía sucia; decía que había muchas habitaciones en las fondas, pero que casi hubiera preferido dormir en un establo. Aquella mañana (la del día que escribió la carta), su chofer la había llevado al Gólgota, el más puro y sagrado de los lugares; y, mientras el coche se dirigía allí, ella había leído en la Biblia lo relacionado con aquel lugar sagrado que contenía a la vez dolor y alegría infinitos. Pero, en su opinión, hasta el Gólgota estaba echado a perder. Al llegar, se encontró con que la montaña sagrada estaba literalmente plagada de sudorosos negros sureños baptistas. ¡Negros sureños baptistas allí! Además…

Sonó el teléfono blanco. Su suave y ronco zumbido era instantáneamente reconocible.

Dejó la carta, esperó a que sonara una segunda vez y levantó el auricular.

—¿Sí?

—He reconocido tu voz —dijo Salsbury, cautelosamente—. ¿Conoces la mía?

—Por supuesto. ¿Estás utilizando el aparato de interferencia radiofónica?

—Sí, claro.

—En ese caso, no es necesario hablar en clave y con misterio. Aunque la línea estuviera intervenida, que no lo está, no comprenderían lo que estamos diciendo.

—Tal y como está la situación por aquí, creo que deberíamos tomar la precaución de hablar en clave y no confiar solamente en el aparato de interferencia radiofónica.

—¿Cómo está la situación por ahí?

—Tenemos un grave problema.

—¿En el sitio de la prueba?

—En el sitio de la prueba.

—¿Problemas de qué tipo?

—Ha habido un muerto.

—¿Podría esta muerte pasar por causas naturales?

—Ni lo sueñes.

—¿Puedes solucionarlo tú solo?

—No. Habrá más.

—¿Muertos?

—Hay gente inmune.

—¿Inmune al programa?

—Exactamente.

—¿Y por qué esto tiene que causar víctimas?

—Me descubrieron.

—¿Cómo ocurrió?

Salsbury tuvo un momento de vacilación.

—Será mejor que me digas la verdad —lo apremió Dawson, sin asomo de amabilidad—. ¡Por todos los demonios!, será mejor que me digas la verdad.

—Estaba con una mujer.

—¡Idiota!

—Fue un error, lo sé —admitió Salsbury.

—Fue una estupidez. Hablaremos de ello en otro momento. Así que una de esas personas inmunes al programa llegó mientras tú estabas con la mujer.

—Sí.

—Si te han descubierto, se puede arreglar. Y no de forma dramática.

—Me temo que no. Ordené al asesino que hiciese lo que hizo.

A pesar de que la conversación se desarrollaba con claves, Dawson estaba imaginando los acontecimientos en Black River con demasiada claridad.

—Ya veo —dijo. Reflexionó un momento—. ¿Hay muchas personas no afectadas?

—Además de un par de docenas de bebés y niños muy pequeños, como mínimo cuatro más. Tal vez cinco.

—No son tantos.

—Existe otro problema. ¿Te acuerdas de los dos hombres que enviamos aquí arriba a principios de mes?

—¿Al embalse?

—Fueron vistos.

Dawson guardó silencio.

—Si no quieres venir, no vengas —añadió Salsbury—. Pero necesito ayuda. Mándame a nuestro socio ya…

—Llegaremos los dos esta noche en helicóptero. ¿Puedes arreglártelas solo hasta las nueve o las diez?

—Creo que sí.

—Más te vale.

Dawson colgó.

Oh, Señor, pensó, me lo enviaste como instrumento de Tu voluntad y ahora Satán está dentro de él; ayúdame a solucionar acertadamente todo esto, sólo quiero servirte.

Telefoneó a su piloto y le mandó que aprovisionase el helicóptero de combustible y que estuviese en la pista de aterrizaje detrás de la casa de Greenwich al cabo de una hora.

Marcó tres números antes de localizar a Klinger.

—Hay problemas en el norte.

—¿Graves?

—Gravísimos. ¿Puedes estar aquí dentro de una hora?

—Sólo si conduzco como un loco; digamos una hora y cuarto.

—Ponte en marcha.

Colgó.

Oh, Señor, estos dos hombres son infieles, lo sé; pero Tú me los enviaste para llevar a cabo Tus propósitos, ¿no es así?, no me castigues por hacer Tu Voluntad, Señor.

Abrió el cajón inferior derecho del escritorio y sacó una gruesa carpeta.

La etiqueta de la cubierta decía:

AGENCIA DE DETECTIVES HARRISON-BODREI

ASUNTO: OGDEN SALSBURY

Gracias a la agencia Harrison-Bodrei conocía a sus socios mejor que ellos mismos. Sobre Ernst Klinger había mantenido durante los pasados quince años un expediente al día. El informe de Salsbury, en comparación, era nuevo, pues empezaba en enero de 1975; pero seguía su pista hasta su más tierna infancia y no se podía negar que era completo. Dado que lo había leído diez o doce veces, de arriba abajo, Dawson presintió que habría tenido que prever la crisis actual.

Ogden ni era un loco de atar ni estaba completamente cuerdo. Era un misógino patológico; sin embargo, se abandonaba periódicamente a lascivas juergas con prostitutas y utilizaba hasta siete u ocho durante un solo fin de semana. A veces, surgían problemas.

En opinión de Dawson, había dos informes en el expediente que eran más importantes y decían más sobre Ogden que todos los demás juntos. Sacó el primero de ellos de la carpeta y volvió a leerlo.

> *Una semana después de haber cumplido once años, Ogden fue apartado de su madre y puesto bajo la protección del tribunal tutelar de menores. Katherine Salsbury (viuda) y su amante, Howard Parker, fueron posteriormente acusados de maltrato y vejación de niños y de corrupción de la moral de un menor. La señora Salsbury fue condenada a una pena de siete a diez años en el New Jersey Correctional Institution for Women. Mientras cumplía esta condena, Ogden fue transferido a casa de una vecina, la señora Carrie Barger (ahora Peterson), donde se convirtió en uno de los varios niños acogidos por la familia. La siguiente entrevista fue realizada con la señora Carrie Peterson (69 años de edad) en su casa de Teaneck, Nueva Jersey, en la mañana del miércoles 22 de enero de 1975. La entrevistada estaba evidentemente ebria a aquella temprana hora de la mañana y bebía un vaso de «un poco de zumo de naranja» durante la entrevista. La persona no sabía que se estaba grabando la conversación*.

Dawson había marcado las partes del informe que más le interesaban. Pasó a la tercera página.

AGENTE: Como vivía en la casa de al lado de la señora Salsbury, debió de ser usted testigo de muchas de aquellas palizas.

SRA. PETERSON: Uy, sí. Uy, si yo le contara. Desde que Ogden tuvo edad suficiente para caminar, fue el blanco de ella. ¡Qué mujer! A la menor cosa que hacía…, ¡zas!, lo dejaba amoratado al pobrecillo.

AGENTE: ¿Le azotaba en las nalgas?

SRA. PETERSON: No, no, nunca lo azotaba en las nalgas. ¡Ojala lo hubiese hecho! No habría sido tan terrible. Pero ¡qué mujer! Empezó pegándole con la mano abierta, en la cabeza y en toda su dulce carita. Cuando el niño fue mayor, usaba a veces los puños. Y lo pellizcaba; pezllicaba sus bracitos… Yo lloraba muchas veces. Venía a jugar con los niños que yo tenía acogidos, y el pobre daba una pena… Sus bracitos estaban llenos de moratones, completamente llenos de cardenales.

AGENTE: ¿Era alcohólica?

SRA. PETERSON: Bebía. Algo. Pero no estaba enganchada a la ginebra o a otra cosa. Era simplemente mala, mala por naturaleza. Y no creo que fuese muy inteligente. A veces, la gente un poco corta de luces, cuando se siente frustrada, la toma con los niños. Lo he visto demasiado a menudo con anterioridad. Lo pagan los niños. Oh sufren mucho, se lo digo yo.

AGENTE: ¿Tenía muchos amantes?

SRA. PETERSON: Montones. Era una mujer repulsiva. Con hombres muy ordinarios. Siempre eran hombres muy ordinarios, groseros, obreretes. Todos sus hombres bebían mucho. Algunas veces le duraban hasta un año, pero lo normal era una semana o dos, un mes como mucho.

AGENTE: Ese Howard Parker…

SRA. PETERSON: ¡Ése!

AGENTE: ¿Cuánto tiempo estuvo con la señora Salsbury?

SRA. PETERSON: Casi seis meses, creo, antes del delito. ¡Qué hombre tan espantoso! ¡Horrible!

AGENTE: ¿Sabía usted lo que pasaba en casa de los Salsbury cuando Parker estaba allí?

SRA. PETERSON: ¡Por supuesto que no, habría llamado a la policía inmediatamente! Claro que, aquella noche… Ogden vino a mi casa. Y entonces llamé a la policía.

AGENTE: ¿Le molesta hablar de lo que pasó?

SRA. PETERSON: Cuando pienso en ello todavía se me revuelve el estómago. ¡Qué hombre tan espantoso! y aquella mujer… Hacerle eso a un niño…

AGENTE: ¿Parker era… bisexual?

SRA. PETERSON: ¿Si era qué?

AGENTE: Solía tener relaciones con ambos sexos ¿es así?

SRA. PETERSON: ¡Violó a un niño! Es…, no sé, no sé qué pensar. ¿Por qué Dios ha puesto sobre la tierra a personas tan malvadas? Toda mi vida he querido a los niños, los quiero más que a cualquier otra cosa, no puedo comprender a un hombre como Parker.

AGENTE: ¿Le molesta hablar acerca de aquel delito?

SRA. PETERSON: Un poco.

AGENTE: Si pudiese hacer un esfuerzo conmigo… Es realmente importante que conteste a unas cuantas preguntas más.

SRA. PETERSON: Si es por el bien de Ogden como usted dice, naturalmente; en consideración a Ogden. A pesar de que nunca ha venido a verme. ¿Lo sabía? Después de haberme hecho cargo de él y de educarlo desde los once años. Nunca viene a verme.

AGENTE: Las actas del tribunal de aquella época no fueron realmente explícitas. Esto, o bien el juez alteró alguno de los testimonios para proteger la reputación del niño. No sé a ciencia cierta si el señor Parker obligó al niño a…, me perdonará, pero hay que decirlo…, relaciones anales u orales.

SRA. PETERSON: ¡Qué hombre tan horrible!

AGENTE: ¿Sabe a cuál de las dos?

SRA. PETERSON: A las dos.

AGENTE: Ya veo.

SRA. PETERSON: Y con la madre mirando. ¡Su madre mirando! ¿Puede usted concebir una cosa así? ¿Una cosa tan vil? Hacerle esto a un niño indefenso… ¡Qué monstruos!

AGENTE: No era mi intención hacerla llorar.

SRA. PETERSON: No estoy llorando, sólo un par de lagrimillas. Es tan triste… ¿No le parece? Tan terriblemente triste… Cómo sufren los niños pequeños.

AGENTE: No es necesario que siga si…

SRA. PETERSON: Oh, usted ha dicho que era por Ogden, que necesitaba saber todo esto por el bien de Ogden. Era uno de mis niños. Niños que tenía acogidos, pero que para mí era como si fuesen propios. Angelitos, todos. Así que, si es por Ogden… Bien… Durante meses, sin que nadie lo supiera, y el pobrecito Ogden estaba demasiado asustado para contárselo a nadie, aquel asqueroso Howard Parker… estuvo usando al niño… usando su boca para… ¡Y la madre mirando! Era una viciosa, y una enferma, muy enferma.

AGENTE: Y aquella noche…

SRA. PETERSON: Parker se lo…, se lo hizo por el recto. Le hizo un daño horrible, no puede usted imaginarse cómo sufrió el chico.

AGENTE: Ogden fue a su casa aquella noche.

SRA. PETERSON: Yo vivía justo en la puerta de al lado. Vino a mi casa, temblando como una hoja, mortalmente asustado, pobre, pobrecito… Lloraba a mares. Aquel cerdo de Parker le había pegado. Tenía los labios partidos y un ojo hinchado y negro. Al principio yo creía que eso era todo lo que le pasaba, pero no tardé en descubrir… lo otro. Lo llevamos corriendo al hospital. Tuvieron que hacerle once puntos de sutura. ¡Once!

AGENTE: ¿Once puntos de sutura en el… ano?

SRA. PETERSON: Así fue. Sufría mucho. Sangraba. Tuvo que quedarse en el hospital casi una semana.

AGENTE: Y, al final, se convirtió usted en su madre adoptiva.

SRA. PETERSON: Sí, y nunca me arrepentí de ello. Era un buen chico, un chico adorable. También muy inteligente, en el colegio decían que era un genio. Ganó todas aquellas becas y fue a Harvard. ¿Cree usted que ha venido a verme, después de todo lo que hice por él? Pues no, nunca viene, nunca viene por aquí. Y ahora los asistentes sociales no me dejan tener más niños; desde que murió mi segundo marido. Dicen que en una familia adoptiva tiene que haber dos padres. Además dicen que soy demasiado vieja. Bueno, eso es una estupidez, yo adoro a los niños y eso es lo que debería contar. Los quiero a todos. ¿Acaso no he dedicado mi vida a criar niños? Y, cuando pienso en todos los niños que sufren, me entran ganas de llorar.

La última mitad del informe era una trascripción de una larga y confusa conversación con el hombre que estaba casado con la

señora Peterson cuando ésta acogió a Ogden Salsbury, que tenía entonces 11 años.

La entrevista siguiente se realizó con el señor Allen J. Barger (ahora 83 años) en el asilo de ancianos Evins-Maebry de Huntington, Long Island, en la tarde del viernes 24 de enero de 1975. Los gastos del asilo son pagados por los tres hijos del segundo matrimonio del sujeto. Éste, que padece senilidad, alternaba los estados de lucidez e incoherencia. El sujeto no sabía que se estaba grabando la conversación.

Dawson pasó algunas hojas hasta el pasaje que había marcado.

AGENTE: ¿Recuerda usted a alguno de los niños que tuvieron acogidos mientras estuvo casado con Carrie?

SR. BARGER: Ella los acogía, no yo.

AGENTE: ¿Recuerda a alguno de ellos?

SR. BARGER: ¡Oh, Dios!

AGENTE: ¿Qué pasa?

SR. BARGER: Trato de no recordarlos.

AGENTE: No le gustaban como a ella.

SR. BARGER: Cuando volvía de trabajar me encontraba con todas aquellas caritas sucias. Ella me decía que necesitábamos más dinero que los pocos dólares que nos daba el Gobierno por mantener a los niños. Era cuando la Depresión; pero ella se bebía el dinero.

AGENTE: ¿Era alcohólica?

SR. BARGER: Cuando me casé con ella, no. Pero iba camino de serlo, desde luego.

AGENTE: ¿Recuerda a un niño que se llamaba…?

SR. BARGER: El problema es que no me casé con ella por su cerebro.

AGENTE: ¿Cómo dice?

SR. BARGER: Me casé con mi segunda esposa por su cerebro, y resultó estupendamente. Pero cuando me casé con Carrie… Vaya, yo tenía 40 años, era todavía soltero y estaba más que harto de ir con putas. Apareció Carrie, 26 años y fresca como un melocotón, mucho más joven que yo, pero me demostraba mucho interés; y dejé que fuera mi pene el que pensara por mí. Me casé con ella por su cuerpo, sin pensar en lo que había en su cabeza. Fue una gran equivocación.

AGENTE: Estoy seguro de ello. Bien… Ahora, dígame si puede recordar a un niño llamado…

SR. BARGER: Tenía unos cántaros magníficos.

AGENTE: ¿Cómo dice?

SR. BARGER: Cántaros. Tetas. Carrie tenía un buen par.

AGENTE: Ah, sí, claro.

SR. BARGER: También era muy buena en la cama. Cuando conseguía apartarla de aquellos condenados niños. ¡Qué niños! No sé por qué acepté que viniese el primero. Después de ése, nunca tuvimos menos de cuatro, y normalmente seis o siete. Ella siempre había querido tener familia numerosa, pero no podía tener hijos. Supongo que eso hacía que los deseara todavía más. Pero no quería realmente ser madre; era sólo un sueño, algo sentimental.

AGENTE: ¿Qué quiere usted decir?

SR. BARGER: Pues que le gustaba más la idea de tener hijos que el hecho real de tenerlos.

AGENTE: Comprendo.

SR. BARGER: No podía con ellos, la toreaban. Y yo no estaba dispuesto a hacerme cargo. ¡No señor! Yo trabajaba duramente en aquella época muchísimas horas. Cuando volvía a casa, sólo quería descansar, no quería pasar mi tiempo libre detrás de un montón de mocosos. Siempre y cuando me dejasen tranquilo, podían hacer lo que quisieran. Lo sabían, y nunca me molestaban. Demonios, no eran mis hijos.

AGENTE: ¿Recuerda usted a uno de ellos, llamado Ogden Salsbury?

SR. BARGER: No.

AGENTE: Su madre vivía en la casa de al lado. Tenía muchos amantes. Uno de ellos, un hombre llamado Parker, violó al muchacho. Una violación homosexual.

SR. BARGER: Ahora que lo pienso, sí, lo recuerdo. Ogden. Sí. Llegó a la casa en un mal momento.

AGENTE: ¿En un mal momento? ¿A qué se refiere?

SR. BARGER: Entonces sólo había niñas.

AGENTE: ¿Sólo niñas?

SR. BARGER: Carrie se hartó. Dijo que sólo aceptaría niñas. Tal vez pensaba que podría controlarlas mejor que a un puñado de chicos. Así pues, este Ogden y yo fuimos los únicos hombres de la casa durante dos o tres años.

AGENTE: ¿Y esto fue perjudicial para él?

SR. BARGER: Las niñas mayores sabían lo que le había sucedido. Solían tomarle el pelo de una forma cruel y él no podía soportarlo, estallaba en cada ocasión, empezaba a gritar y vociferar. Esto era, naturalmente, lo que ellas querían, y él sólo conseguía que se metiesen todavía más con él. Cuando ese Ogden estaba que no podía más, yo me lo llevaba aparte y hablaba con él, casi como de padre a hijo. Le decía que las ignorase; le decía que sólo eran mujeres y que las mujeres sólo servían para dos cosas: para follar y para cocinar. Así pensaba yo hasta que conocí a mi segunda mujer. En cualquier caso, creo que fui de gran ayuda para aquel muchacho, una gran ayuda… ¿Sabe usted que en este asilo no se puede follar?

El otro informe que, en opinión de Dawson, era especialmente interesante, se trataba de una entrevista con Laird Richardson, un secretario de cierto nivel de la oficina de Investigaciones de Credenciales de Seguridad del Pentágono. Un agente de Harrison-Bodrei le ofreció quinientos dólares por sacar el expediente de las credenciales de seguridad de Salsbury, estudiarlo e informar sobre su contenido.

También en esta ocasión Dawson había subrayado los pasajes más importantes con bolígrafo rojo.

RICHARDSON: No sé lo que está investigando, pero debe de ser condenadamente importante; se han gastado un montón de dinero para encubrir a ese hijo de puta durante los pasados diez años. Y el Pentágono no hace estas cosas a menos que espere verse ampliamente resarcido algún día.

AGENTE: ¿Encubrirlo? ¿De qué?

RICHARDSON: Le gusta dejar marcadas a las prostitutas.

AGENTE: ¿Dejarlas marcadas?

RICHARDSON: La mayoría de las veces con los puños.

AGENTE: ¿Cuántas veces sucede esto?

RICHARDSON: Un par de veces al año.

AGENTE: ¿Frecuenta a menudo prostitutas?

RICHARDSON: Va de putas el primer fin de semana de cada mes. Metódico a más no poder; como un robot o algo parecido. Uno podría poner el reloj en hora con su rutina. Por regla general, va a Manhattan, hace la ronda de los lugares de placer, telefonea a un par de prostitutas y las hace ir a la habitación de su hotel. De vez en cuando, aparece una con la pinta que lo saca de sus casillas, y la pone buena.

AGENTE: ¿Qué aspecto es ése?

RICHARDSON: Normalmente es rubia, pero no siempre. Por regla general, de tez clara, pero no siempre. Aunque es siempre bajita, un metro cincuenta y cinco, metro cincuenta y ocho. Unos 45 kilos. Y delicada, de rasgos muy delicados.

AGENTE: ¿Por qué una muchacha de estas características lo saca de sus casillas?

RICHARDSON: El Pentágono intentó que se sometiese a psicoanálisis. Fue a una sesión y se negó a volver. Le dijo al psiquiatra que aquellos delirios suyos eran generados por algo más que por el aspecto de las mujeres. Tenían que ser delicadas, pero no sólo en un sentido físico; para que sintiera el ansia de golpearlas insensatamente, debían dar la impresión de ser emocionalmente vulnerables.

AGENTE: En otras palabras, si considera que la mujer es igual a él o superior, ella está a salvo; pero, si presiente que puede dominarla…

RICHARDSON: En ese caso es preferible que tenga su seguro de entierro al corriente de pago.

AGENTE: ¿No ha matado a ninguna de estas mujeres?

RICHARDSON: Todavía no; aunque ha estado a punto un par de veces.

AGENTE: Usted me ha dicho que alguien del Pentágono lo encubre.

RICHARDSON: Normalmente, alguien de nuestra oficina.

AGENTE: ¿Cómo?

RICHARDSON: Paga la factura del hospital y le da dinero a la mujer. El importe del soborno depende de la envergadura de las heridas.

AGENTE: ¿Se le considera una persona de alto riesgo desde el punto de vista de la seguridad nacional?

RICHARDSON: Oh, no. Si, por ejemplo, fuese un homosexual encubierto y lo llegáramos a saber, sería clasificado como de muy alto riesgo. Pero sus obsesiones y sus vicios no son secretos, lo hace a la luz del día. Nadie puede chantajearlo o amenazarlo con la pérdida de su trabajo porque ya estamos al corriente de sus sucios secretos. De hecho, cada vez que hiere a una mujer, tiene un número de teléfono especial al que llamar, un contacto con mi propio departamento. Al cabo de una hora, aparece alguien en su hotel para solucionar el desaguisado.

AGENTE: Qué amable esa gente con la que usted trabaja.

RICHARDSON: ¿Verdad? Pero me sorprende que lleguen a aguantar a un hijo de perra como Salsbury. Es un hombre enfermo, todo él es un problema, deberían encerrarlo en una celda y olvidarse de él.

AGENTE: ¿Sabe usted algo sobre su infancia?

RICHARDSON: ¿Sobre su madre y el hombre que lo violó? Está en el expediente.

AGENTE: Explica en parte por qué él…

RICHARDSON: ¿Sabe usted una cosa? Aun cuando veo de dónde procede su locura, aunque veo que el hecho de que sea como es no es del todo culpa suya, soy incapaz de sentir compasión por él. Cuando pienso en todas esas mujeres que han acabado en el hospital, con las mandíbulas rotas y los ojos hinchados… Escuche, ¿acaso alguna de esas mujeres sienten menos dolor porque la maldad de Salsbury no es completamente responsabilidad suya? En muchas cosas soy un liberal al viejo estilo, pero esa postura liberal con respecto a la compasión por el criminal… es en un noventa por ciento una pura mierda. Sólo se puede soltar este tipo de basura si uno y su propia familia han tenido la suerte de no encontrarse con animales como Salsbury. Si de mí dependiese, lo metería en una celda, a cientos de kilómetros de la mujer más próxima.

Dawson suspiró.

Metió los informes en la carpeta y la volvió a guardar en el cajón inferior derecho del escritorio.

Oh, Señor, pensó suplicante, dame el poder para reparar el daño que ha hecho en Black River. Si se puede enmendar este error, si la prueba práctica puede llevarse a término de forma correcta, podré suministrar la droga tanto a Ernst como a Ogden, podré programarlos. He estado llevando a cabo los preparativos, Tú lo sabes, y podré programarlos y convertirlos a Tu santa empresa. Y no solamente a ellos; al mundo entero. Ya no quedarán almas para Satán. Será el cielo en la tierra, Señor, un verdadero cielo en la tierra; y todo a la resplandeciente luz de Tu amor.

14.55

Sam leyó la última línea del artículo de Salsbury, cerró el libro y exclamó:

—¡Dios!

—Por lo menos, ahora tenemos cierta noción de lo que está pasando en Black River —apuntó Paul.

—Toda esa locura de aniquilar el ego, suministrar drogas, frases clave, obtener un control total, aportar satisfacción a las masas mediante la modificación del comportamiento, las ventajas de los mensajes subliminales dirigidos a la sociedad… —enumeró Jenny, en cierta forma aturdida por la retórica de Salsbury y sacudiendo la cabeza como si ello fuera a ayudarla a pensar más claramente—. Parece un lunático. Es un demente.

—Es un nazi —sentenció Sam—, de espíritu si no de nombre. Se trata de una raza de lunáticos muy especial, una raza mortal. Y hay literalmente miles de personas como él, cientos de miles que estarían de acuerdo con cada palabra que dice sobre las ventajas de unos «mensajes subliminales dirigidos a la sociedad».

Un trueno estalló con tal intensidad que sonó como si el cielo se hubiera partido en dos. Una violenta ráfaga de viento golpeó la casa. El ritmo de la lluvia en el tejado y en las ventanas se aceleró.

—Sea lo que sea, está haciendo exactamente lo que dijo que se podía hacer —afirmó Paul—, ha puesto en práctica su insensato proyecto. Sin duda tiene que ser eso lo que está pasando aquí; lo explica todo, desde la epidemia de escalofríos y náuseas.

—Sigo sin comprender por qué papá y yo no fuimos aquejados —se preguntó Jenny—, Salsbury menciona en su artículo que el programa subliminal no afectaría a los analfabetos ni a los niños que todavía no conocen, aunque sea de forma somera, el sexo y la muerte. Pero ni papá ni yo entramos en estas dos categorías.

—Creo que puedo contestar a eso —dijo Paul.

—Yo también —secundó Sam—. Una cosa que enseñan a los que van a ser farmacéuticos es que ninguna droga afecta a todo el mundo por igual. En algunas personas, por ejemplo, la penicilina tiene muy poco efecto, o ninguno. Otras personas responden muy mal a las sulfamidas. Yo supongo que, a causa de los genes, del metabolismo y de la química corporal, nosotros estamos entre el reducido porcentaje que no responde a la droga de Salsbury.

—Gracias a Dios —manifestó Jenny, que a continuación apretó los brazos contra su pecho y se estremeció.

—Debe de haber más adultos no afectados —supuso Paul—. Estamos en verano y la gente va de vacaciones, ¿no había nadie fuera del pueblo durante la semana en que fue contaminado el embalse y se emitieron los mensajes subliminales?

—Cuando llegan las fuertes nevadas —empezó a contestar Sam —, tienen que interrumpirse las operaciones de explotación forestal; por consiguiente, en los meses de verano todas las personas relacionadas con el aserradero se rompen los cuernos para que haya suficiente reserva de madera y las sierras puedan trabajar todo el invierno. Nadie de la fábrica toma las vacaciones en verano; y quienes en el pueblo dependen de la fábrica y de su personal también se toman su período de descanso en el invierno.

Paul tenía la sensación de estar en un tiovivo, girando y girando. Su mente daba vueltas a las implicaciones del artículo que había leído Sam.

—Mark, Rya y yo no fuimos afectados porque llegamos una vez hubieron desaparecido las sustancias contaminantes del embalse; y porque no vimos los programas y los anuncios de televisión que contenían los mensajes subliminales; pero el resto de los habitantes de Black River está prácticamente bajo el control de Salsbury.

Se miraron unos a otros.

La tormenta retumbó en la ventana.

—Disfrutamos de las ventajas y de los lujos que nos brinda la ciencia moderna, sin recordar ni por un momento que la revolución tecnológica, igual que la revolución industrial en su momento, tiene su lado oscuro —habló Sam finalmente. Luego, durante varios largos segundos, con el reloj de sobremesa marcando el tiempo detrás de él, examinó la cubierta del libro que tenía en la mano—. Cuanto más compleja se vuelve una sociedad, mayor es la independencia de sus partes, más fácil le resulta a un hombre, a un lunático o a un creyente fanático destruirlo todo según se le antoje. Un solo hombre puede asesinar a un jefe de Estado y causar importantes cambios en la política nacional e internacional de su país. Aparentemente, un hombre con un curso de biología y mucha determinación puede cultivar bacilos en cantidad más que suficiente como para destruir el mundo mediante una plaga. Un solo hombre puede incluso fabricar una bomba nuclear, todo lo que necesita es una licenciatura en física y la habilidad para hacerse con unos cuantos kilos de plutonio, lo que no es tan difícil de conseguir; puede fabricar y meter una bomba dentro de una maleta y destruir la ciudad de Nueva York porque…, bueno, caramba, pues tal vez porque allí lo habían atracado o porque en una ocasión le pusieron una multa en Manhattan y consideraba que no la merecía.

—Pero no es posible que Salsbury esté actuando solo —sugirió Jenny.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Con los recursos financieros necesarios para perfeccionar y llevar a cabo el programa que describe en su artículo… No, son tremendos.

—Es posible que lo haya financiado una industria privada —opinó Paul—, una compañía de la envergadura de AT&T.

—No —se opuso Sam—. Habrían estado al corriente demasiados ejecutivos e investigadores. Habría habido filtraciones. Jamás habría llegado tan lejos sin que se produjeran filtraciones de información y un gran escándalo.

—Puede haber sido un privado acaudalado quien le ha proporcionado a Salsbury lo que necesitaba —apuntó Jenny—, un hombre tan rico como lo era Onassis, o Hughes.

—Supongo que es posible —admitió Sam, mientras tiraba suavemente de su barba—. Pero los tres nos olvidamos de la explicación más lógica.

—Que Salsbury esté trabajando para el Gobierno de Estados Unidos —concretó Paul, en un tono de preocupación.

—Exactamente. Y, si está trabajando para el Gobierno, para la CIA o para cualquier organismo de los militares, estamos acabados; no sólo nosotros tres y Rya, sino todo este condenado pueblo.

Paul se dirigió a la ventana, separó un poco la cortina y contempló cómo el viento azotaba los árboles y encrespaba la lluvia torrencial y gris.

—¿Crees que esto que está pasando aquí está sucediendo en todo el país?

—No —rechazó Sam—. Si se estuviese produciendo una toma de poder generalizada, Salsbury no estaría en un pueblo de las montañas que vive de una fábrica, estaría en un puesto de mando en Washington o en algún otro lugar, en cualquier lugar.

—Entonces, se trata de una prueba, de una prueba sobre el terreno.

—Probablemente. Y es posible que ello sea una buena señal. El Gobierno llevaría a cabo una prueba como ésta donde ya existiese una probada seguridad; es probable que en una base aérea o en el ejército, no aquí.

Los efectos luminosos seguían al estruendo de los truenos; y, por un instante, los dibujos de la lluvia en la ventana formaron rostros: el de Annie, el de Mark…

De repente, a Paul se le ocurrió que a su mujer y a su hijo, si bien habían muerto de forma bastante distinta, los había matado la misma fuerza; la tecnología, la ciencia. Annie había ingresado en el hospital por una simple apendicitis. Ni siquiera había sido una

operación de emergencia. El anestesista le había dado un anestésico «nuevo en el mercado, revolucionario, no hay nada mejor», algo menos aparatoso que el éter, algo que era más fácil de suministrar (más fácil para el anestesista) que el pentotal. Pero después de la operación, ella no recobró la conciencia, como debería haber ocurrido. Cayó, por el contrario, en estado de coma, tuvo una reacción alérgica al anestésico «nuevo en el mercado, revolucionario, no hay nada mejor»; y había destruido una gran parte de su hígado. Afortunadamente, le dijeron los médicos, el hígado era un órgano del cuerpo que se podía regenerar; si la dejaban en la unidad de cuidados intensivos, manteniendo sus constantes vitales con máquinas, el hígado se iría curando por sí solo, día a día, hasta que se pusiera finalmente bien. Estuvo en la unidad de cuidados intensivos cinco semanas, transcurridas las cuales, los médicos introdujeron todos los datos de las máquinas que mantenían las constantes vitales a un ordenador y éste les informó de que estaba lo suficientemente bien como para dejar la unidad de cuidados intensivos y pasar a una habitación privada. Al cabo de once semanas, el mismo ordenador señaló que podía marcharse a casa. Ella estaba débil y apática, pero consideró que el ordenador debía de tener razón. Dos semanas después de haber vuelto a casa, tuvo una recaída y murió al cabo de 48 horas. A veces pensaba que si hubiese sido médico en lugar de veterinario, habría podido salvarla; pero eso era un masoquismo sin sentido. Lo que habría podido hacer era exigir que la operación se realizase con éter o con pentotal, algo seguro, algo probado durante décadas. Habría podido decirles que se metiesen el ordenador en su culo colectivo. Pero no había hecho nada. Confió en su tecnología simplemente porque era tecnología, porque era completamente nueva. Se educaba a los norteamericanos para respetar lo que era nuevo y progresivo, y más a menudo de lo que querían admitirlo, morían a causa de su fe en lo que era brillante y luminoso.

Después de la muerte de Annie, receló de la tecnología, de cualquier nueva maravilla que la ciencia proporcionaba a la humanidad. Leyó a Paul Ehrlich y a otros que abogaban por el regreso al campo. Poco a poco, llegó a comprender que las vacaciones anuales de camping en Black River podían ser el principio de un programa serio para liberar a sus hijos de la ciudad, de los crecientes peligros de la ciencia y de la tecnología que representaban la vida urbana. Las vacaciones anuales se convirtieron en una educación para que pudieran vivir sus vidas en armonía con la naturaleza.

Pero un sueño imposible poseía a los defensores del regreso al campo. Lo comprendió en aquellos momentos, lo vio tan claramente como jamás había visto nada en su vida. Estaban tratando de huir de la tecnología, pero ésta avanzaba más velozmente que ellos. Ya no había campo al que regresar. La ciudad, su ciencia y su tecnología, los efectos de su forma de vida, tenían tentáculos que se deslizaban hasta los lugares más recónditos de las montañas y de los bosques.

Además, se ignoraban en perjuicio propio, los adelantos de la ciencia. Su ignorancia acerca de los anestésicos y de la veracidad del ordenador médico había costado la vida de Annie. Su ignorancia sobre la publicidad subliminal y sobre la investigación que se estaba llevando a cabo en este campo había, hilando fino, costado la vida de Mark. La única forma de sobrevivir en los años setenta y en las décadas siguientes era sumergirse en la acelerada sociedad supertécnica, nadar con ella, aprender de ella, y acerca de ella todo lo posible, y estar a su altura para cualquier confrontación.

Se apartó de la ventana.

—No podemos ir a Bexford y llamar a la policía estatal. Si nuestro Gobierno está detrás de Salsbury, si nuestros gobernantes tienen intención de esclavizarnos, no conseguiremos nada. Es inútil. Y, si el Gobierno no está detrás de él, si no está al corriente de sus logros, no debemos arriesgarnos a hacérselo saber. Porque, apenas

los militares se enteren…, se apropiarán del descubrimiento de Salsbury; y hay algunos grupos entre los militares que no se opondrían a usar el programa subliminal contra nosotros.

Mientras miraba los libros sobre nazismo, totalitarismo y psicología de masas, mientras pensaba tristemente en lo que había aprendido sobre la codicia de algunos hombres por el poder, Sam comentó:

—Tienes razón. Además, he estado pensando en el problema de las llamadas interurbanas.

Paul supo a qué se refería.

—Salsbury se ha hecho con la central telefónica.

—Y, si ha hecho esto —continuó Sam—, habrá tomado también otras precauciones. Probablemente ha bloqueado las carreteras y cualquier otra salida del pueblo. Aun queriendo, no podríamos ir a Bexford y avisar a la policía del Estado.

—Estamos atrapados —resumió Jenny en voz baja.

—Eso no tiene realmente importancia por el momento —resolvió Paul—. Habíamos decidido ya que no había lugar a donde ir. Pero si no trabaja para el Gobierno, si está respaldado por una sociedad anónima o por un hombre rico, tal vez tengamos la oportunidad de frustrar sus planes aquí en Black River.

—Frustrar sus planes… —Sam miró pensativamente al suelo—. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Eso significa ponerle las manos encima, interrogarlo y… matarlo. La muerte es lo único que detendría a un hombre como éste. También debemos hacerle confesar con quién trabaja y matar a cualquier otra persona susceptible de saber cómo se hizo la droga y cómo se montó el programa subliminal. —Levantó la vista—. Ello supondría dos, tres, cuatro o una docena de asesinatos.

—Ninguno de nosotros es un asesino —reconoció Jenny.

—Todo hombre es un asesino en potencia —aseguró Paul—. Cuando se trata de la supervivencia, cualquier hombre es capaz de

cualquier cosa. Y, como que me llamo Paul, os aseguro que estamos ante un caso de supervivencia.

—Yo maté hombres en la guerra —afirmó Sam.

—Yo también. Una guerra diferente de la tuya, pero el acto era el mismo.

—Aquello era diferente —objetó Jenny.

—¿Qué quieres decir?

—Aquello era la guerra.

—Esto también es una guerra —replicó Paul.

Jenny miró las manos de Paul, como si las estuviera imaginando con un cuchillo, con una pistola o apretando la garganta de un semejante.

Paul adivinó sus pensamientos, levantó las manos y las estudió un momento. A veces, cuando se lavaba las manos antes de cenar o después de haber atendido a un animal enfermo, volvían a su mente recuerdos de la guerra en el sureste asiático. Oía las armas de fuego y, en su recuerdo, volvía a ver la sangre. En aquellos momentos casi psíquicos, se sentía a la vez maravillado y consternado ante el hecho de que las mismas manos estuviesen acostumbradas a actos mundanos y a actos horribles, de que pudiesen curar o herir, amar y matar; y que no cambiaran una vez realizada la acción. Pensó que la moral programada era de hecho una bendición, aunque también lo contrario, de la civilización. Una bendición porque permitía a los hombres vivir armónicamente la mayor parte del tiempo; una maldición porque —cuando las leyes de la naturaleza, y especialmente de la naturaleza humana, obligaban a un hombre a herir o matar a otro hombre para salvarse él y salvar a su familia— engendraba remordimiento y sentimiento de culpabilidad, incluso si la violencia era inevitable y no deseada.

Se recordó asimismo que estaban en los años setenta; la era de la ciencia y de la tecnología donde a menudo era necesario que un hombre actuase con el comportamiento salvaje, implacable e impasible de una máquina. Para mejor o para peor, eran tiempos en

que la bondad representaba cada vez menos un signo del hombre civilizado, y estaba, de hecho, muy cerca de ser una cualidad obsoleta. Muy a menudo, uno veía la bondad en aquellos menos susceptibles de sobrevivir, ola tras ola, a la conmoción futura.

Bajó las manos y dijo:

—En el más clásico estilo paranoico se trata de nosotros contra ellos; sólo que, en este caso, no es un engaño o una ilusión: es algo real.

Daba la impresión de que Jenny había aceptado la necesidad de matar tan pronto como él había aceptado el hecho de que podía verse obligado a hacerlo. A estas alturas de su vida, ella había experimentado, como le ocurría a la mayoría de la gente buena, al menos la punzada del deseo homicida en algún momento de desesperación o de gran frustración. No lo había aceptado como solución al eventual problema que lo había inspirado, pero era capaz de concebir una situación donde el homicidio fuera la respuesta más razonable a su amenaza. A pesar de la infancia y la adolescencia inocentes y súper protegidas de las que había estado hablando el lunes anterior, podía adaptarse incluso a las más desagradables de las verdades. Paul pensó que tal vez la experiencia penosa con su marido la habían vuelto más fuerte, más dura y más adaptable de lo que ella imaginaba.

—Aun cuando estuviéramos dispuestos a matarlo para detener todo esto…, bueno, sigue siendo demasiado complicado —opinó Jenny—. Para detener a Salsbury necesitamos saber más cosas acerca de él. ¿Y cómo vamos a enterarnos de algo? Tiene cientos de guardaespaldas. Y si quiere puede convertir a todas las personas del pueblo en asesinos y lanzarlos sobre nosotros. ¿Nos vamos a quedar aquí, pasando el rato, esperando a que venga por aquí a charlar?

Sam volvió a reponer el libro de ensayos en el estante de donde lo había sacado.

—Esperad un momento… —Se volvió hacia ellos. Estaba excitado. Los tres estaban tensos como resortes de muelle. Pero ahora un resplandor de excitado regocijo brillaba en su rostro de Santa Claus—. Cuando Salsbury vio a Rya en la puerta de la cocina de la casa de los Thorp, ¿qué creéis que fue lo primero que hizo?

—Abalanzarse sobre ella —sugirió Jenny.

—No.

—Le ordenó a Bob que la matase —propuso Paul, con la voz llena de amargura.

—Tampoco. Recordad, él suponía que ella era otro de sus autómatas.

—Utilizó la frase código con ella, el sistema del que habla en el artículo —comprendió Jenny, conteniendo la respiración—. Trató de dominar su mente y de controlarla antes de que echase a correr. Así que… ¡Rya debió de oír la frase código!

—Y si la recuerda, controlaremos a todo Black River, igual que Salsbury —resumió Sam—. No podrá volverlos contra nosotros; no tendrá cientos de guardaespaldas tras los que esconderse; no se tratará de nosotros contra ellos, sino de nosotros contra él.

Capítulo 6

15.15

El doctor Walter Troutman entró en la oficina del jefe de policía. En la mano derecha llevaba un maletín de cuero negro y, en la izquierda, una tableta de chocolate.

Daba la impresión de estar encantado con el mundo y consigo mismo.

—¿Querías verme, Bob?

Antes de que Thorp pudiese contestar, Salsbury se apartó de la ventana y pronunció la frase:

—Yo soy la llave.

—Yo soy la cerradura.

—Buddy Pellineri está esperando en la habitación que hay al otro lado del pasillo. Lo conoce, ¿verdad?

—¿A Buddy? —preguntó Troutman, arrugando su rechoncho rostro—. Pues claro que lo conozco.

—Le he dicho que nos tememos que ha cogido un germen muy nocivo y que usted lo va a vacunar para que no se ponga enfermo. Como sin duda sabrá usted, no es muy inteligente. Me ha creído. Lo está esperando.

—¿Vacunar? —se extrañó Troutman, perplejo.

—Esto es lo que le he dicho para que se quedase aquí. Pero usted va a inyectarle burbujas de aire en la sangre.

—¡Pero eso le causará una embolia! —se resistió Troutman, escandalizado.

—Lo sé.

—¡Lo matará!

Salsbury sonrió y asintió con una inclinación de cabeza.

—Exactamente. Ésa es la idea, doctor.

Miró a Bob Thorp, que estaba sentado detrás del escritorio y, por tanto, Salsbury le daba la espalda. Comentó en un tono triste:

—Yo no puedo hacer una cosa así. Imposible.

—¿Quién soy yo, doctor?

—Usted es… la llave.

—Muy bien. ¿Y quién es usted?

—Yo soy la cerradura.

—Bien. Cruzará el pasillo y entrará en la habitación donde está esperando Buddy. Charlará un poco con él, amablemente, sin darle motivo de sospecha. Le dirá que va a ponerle una vacuna y le inyectará aire en la sangre. No le importará matarlo. No titubeará. Tan pronto como él haya muerto, saldrá de la habitación y… sólo recordará que le ha puesto una inyección de penicilina. No recordará que lo ha matado, cuando salga de la habitación. Volverá aquí, abrirá la puerta y le dirá a Bob: mañana se encontrará mejor. Luego, regresará a su casa, y habrá olvidado completamente estas instrucciones. ¿Está claro?

—Sí.

—Manos a la obra.

Troutman salió de la habitación.

Salsbury había decidido, diez minutos antes, eliminar a Buddy Pellineri. Aunque el tipo había sufrido los escalofríos nocturnos y las náuseas, y aunque tenía el cerebro parcialmente lavado por el programa subceptivo, no era un buen sujeto. No lo podía controlar completa y fácilmente. Si le decía que borrase de su memoria a los hombres que había visto bajar del embalse en la madrugada del seis de agosto, podía olvidarlos para siempre, sólo durante unas

cuantas horas o en absoluto. Si Buddy hubiera sido un genio, la droga y los mensajes subliminales lo habrían transformado en el esclavo ideal; sin embargo, irónicamente, su ignorancia lo condenaba.

Era una lástima que Buddy tuviera que morir; a su manera, era un brutote simpático.

Pero he conseguido el poder, pensó Salsbury, y voy a conservarlo, voy a eliminar a tanta gente como sea necesario para conservar el poder, ya les enseñaré yo, a todos, a Dawson, a la bruja de Miriam, a las putas, al fariseo, a los profesores universitarios con sus insolentes preguntas y sus denuncias santurronas sobre mi trabajo, a las perras, a mi madre, a las putas…, *ra-ta-ta-ta*…, nadie va a quitármelo, nadie, nunca, jamás.

15.20

Rya, sentada en la cama, bostezaba y se humedecía los labios con la lengua. Miraba a Jenny, a Sam, a Paul; pero no parecía saber con certeza quiénes eran.

—¿Recuerdas lo que dijo? —volvió a preguntar Paul—. El hombre de las gafas con cristales gruesos, ¿te acuerdas?

Ella lo miró de soslayo y se rascó la cabeza.

—¿Quién…? ¿Dónde?

—Todavía está atontada —comentó Jenny—, y tardará un poco en despejarse.

Sam, que observaba a la niña desde los pies de la cama, dijo:

—Salsbury sabe que tendrá que habérselas con nosotros. Apenas decida cómo hacerlo, vendrá aquí. No podemos permitirnos el lujo de esperar a que desaparezca el efecto del sedante. Vamos a tener que ayudarla a espabilarse. —Se dirigió a Jenny—. Tú ponla debajo de la ducha fría; un buen rato. Yo haré café.

—No me gusta el café —protestó Rya, en tono malhumorado.

—El té si te gusta, ¿verdad?

—Más o menos. —Rya bostezó.

Sam bajó apresuradamente las escaleras para preparar té.

Jenny obligó a Rya a salir de la cama y la condujo al cuarto de baño que estaba al final del pasillo.

Una vez solo, Paul se dirigió a la sala de estar y se sentó junto al cuerpo de Mark a esperar a que Rya estuviese preparada para contestar a las preguntas.

Pensó que, cuando había decidido integrarse en aquel gran mundo norteamericano, brillante, reluciente, de cantos dorados, habían empezado a moverse las cosas. Cada vez más deprisa.

15.26

El doctor Troutman se asomó a la puerta abierta.

—Mañana se encontrará mejor.

—Buenas noticias —le respondió Bob Thorp—. Ahora vete a casa.

Después de meterse el último trozo de chocolate en la boca, el médico se despidió:

—Cuídate. —Y se marchó.

—Busca ayuda —le ordenó Salsbury a Thorp—. Meted el cuerpo en una de las celdas. Dejadlo tumbado sobre el camastro para que parezca que duerme.

16.16

La lluvia gorgoteaba ruidosamente sobre el sarmiento que había bajo la ventana de la cocina. La habitación olía a limón. Del pitorro de la tetera y de la taza de porcelana se elevaba vapor.

Rya se enjugó las lágrimas, parpadeó como si recordara repentinamente y exclamó:

—Oh. ¡Oh, claro! Yo soy la llave.

16.45

El aguacero se transformó súbitamente en llovizna. Dejó de llover al cabo de un rato. Salsbury levantó una de las persianas y miró a la parte norte de Union Road. Las cunetas se desbordaban. Se había formado un lago en miniatura en la plaza donde el enrejado de una alcantarilla se había cubierto de hojas. Los árboles goteaban como velas derretidas.

Estaba contento de ver que había dejado de llover. Había empezado a preocuparse por las condiciones de vuelo con las que tendría que enfrentarse el piloto de Dawson.

De una forma u otra, Dawson debía llegar a Black River aquella noche. En realidad, Salsbury no necesitaba ayuda para hacer frente a la situación; pero la necesitaba para compartir la culpa si se presentaban todavía más problemas en la prueba sobre el terreno.

Todas las opciones con las que contaba implicaban un riesgo. Podía enviar a Bob Thorp y a un par de hombres a la tienda para que arrestaran a los Edison y a los Annendale; pero sin duda habría complicaciones, violencia incluso un tiroteo, y todo cadáver o toda persona desaparecida que hubiera que justificar ante las autoridades del Estado aumentaba las probabilidades de ser descubierto. Por otra parte, si tenía que mantener el bloqueo de los accesos hasta el día siguiente, controlar el pueblo y perpetuar el estado de sitio, sus probabilidades de salir bien parado de aquello serian menos prometedoras que en aquellos momentos.

¿Qué demonios estaba pasando en casa de los Edison? Sabía que habían encontrado el cuerpo del muchacho, y envió a varios hombres para que vigilasen la tienda. ¿Por qué no habían acudido a

ver a Bob Thorp? ¿Por qué no habían tratado de marcharse del pueblo? ¿Por qué, en resumen, no habían actuado como lo habría hecho cualquiera? Desde luego, aunque conocían la historia de Buddy, no podían haber reconstruido la verdad escondida tras los acontecimientos de las semanas anteriores. No podían saber quién era realmente él. Lo más probable era que no supieran nada de publicidad subliminal en general; y, por supuesto, nada en absoluto sobre su investigación específica. De pronto pensó que ojala se hubiera traído con él el maletín con el transmisor infinito de la pensión de Pauline Vicker.

—Después de una tormenta de verano, todo es muy vigorizante y fresco, ¿verdad? —comentó Bob Thorp.

—Me alegro de que haya parado.

—No es así, no parará hasta dentro de muchas horas.

Salsbury se apartó de la ventana.

—¿Por qué?

—Las tormentas de verano empiezan y acaban media docenas de veces antes de retirarse por completo —explicó Bob Thorp, sonriente, tan cordial como Salsbury le había ordenado que fuese—. La razón está en que avanzan y retroceden una y otra vez entre las montañas hasta que acaban por encontrar una salida.

—¿Desde cuándo eres meteorólogo? —espetó Salsbury, mientras pensaba en el helicóptero de Dawson.

—Bueno, he vivido aquí toda mi vida, salvo cuando estuve en el servicio militar. He visto cientos de tormentas como ésta y…

—¡He dicho que se ha acabado! La tormenta se ha acabado, ha pasado, ha terminado. ¿Has comprendido?

—La tormenta se ha acabado —repitió Thorp, con el ceño fruncido.

—Yo quiero que haya acabado, así que se ha acabado. Se ha acabado si lo digo yo, ¿de acuerdo?

—Naturalmente.

—Está bien.

—Ha parado.

—Poli estúpido.

Thorp no dijo nada.

—¿Acaso no eres un poli estúpido?

—Yo no soy estúpido.

—Yo digo que lo eres. Eres estúpido, cretino, imbécil como un buey. ¿No es así, Bob?

—Sí.

—Dilo.

—¿Qué?

—Que eres tan imbécil como un buey.

—Soy tan imbécil como un buey.

Salsbury volvió junto a la ventana y miró furioso las nubes bajas color cobalto.

—Bob, quiero que vayas a casa de Pauline Vicker.

Thorp se levantó al instante.

—Mi habitación está en el primer piso, es la primera puerta a la derecha al final de la escalera. Encontrarás un maletín de piel junto a la cama, tráemelo.

16.55

Los cuatro atravesaron el atestado almacén y se dirigieron al porche posterior de la tienda.

A unos veinte metros, al otro lado del húmedo césped color verde esmeralda, surgió al instante un hombre de un nicho formado por unos arbustos de lilas dispuestos en ángulo. Era un hombre alto, con cara de halcón y gafas de carey. Llevaba un chubasquero oscuro y sostenía una escopeta de dos cañones.

—¿Lo conocéis? —preguntó Paul.

—Es Harry Thurston —contestó Jenny—. Es capataz en el aserradero. Vive en la casa de al lado.

Rya se asió con una mano a la camisa de Paul. Su confianza en sí misma y su fe en la gente se habían visto seriamente menoscabadas después de haber visto lo que Bob Thorp le había hecho a su hermano.

—¿Va a… disparar contra nosotros? —se asustó, sin dejar de mirar al hombre de la escopeta, temblando y con un tono de voz más agudo de lo normal en ella.

Paul le puso una mano en el hombro y lo apretó cariñosa y tranquilizadoramente.

—Nadie va a disparar.

Después de decir estas palabras deseó poder creérselas.

Además de comestibles, medicinas, libros, artículos de mercería y géneros varios, Sam vendía, afortunadamente, una serie de armas de fuego; por consiguiente, no estaban indefensos. Jenny llevaba un rifle calibre 22; Sam y Paul contaban con sendos revólveres Combat Magnum Smith & Wesson calibre 357, cargados con cartuchos especiales del 38 y cuya intensidad de disparo sería la mitad de la munición de un Magnum. Sin embargo, no querían usar las armas, pues pretendían marcharse de la casa en secreto; llevaban las armas en los costados, apuntando hacia el suelo del porche.

—Yo me ocupo de esto.

Sam cruzó el porche hasta los escalones de madera y empezó a bajar.

—No des un paso más —amenazó el hombre de la escopeta, que seguidamente se acercó a unos diez metros, apuntó el arma al pecho de Sam, puso el dedo en el gatillo y los miró a todos con una ansiedad y una desconfianza evidentes.

Paul miró a Jenny.

Ésta se estaba mordiendo el labio inferior. Parecía tener ganas de levantar el rifle y apuntarlo a la cabeza de Harry Thurston. Eso podría haber desencadenado un insensato y desastroso intercambio de disparos.

Paul tenía una imagen en la mente de la escopeta resonando, volviendo a resonar… El estallido saliendo de la boca de la escopeta…

—Tranquila —susurró.

Jenny asintió en silencio.

Al final de la escalera, todavía a unos siete metros del hombre de la escopeta, Sam levantó una mano a modo de saludo. Como Thurston no correspondió, Sam le habló:

—Harry.

La escopeta de Thurston no se movió. Tampoco cambió la expresión de él.

—Hola, Sam.

—¿Qué estás haciendo aquí, Harry?

—Ya lo sabes.

—Me temo que no lo sé.

—Os estoy vigilando.

—¿Por qué?

—Para que no os escapéis.

—¿Estás aquí para impedir que nos escapemos de nuestra casa? —preguntó Sam, haciendo una mueca—. ¿Por qué íbamos a querer escaparnos de nuestra propia casa? Harry, lo que dices no tiene sentido.

—Os estoy vigilando —repitió tercamente Thurston, con el ceño fruncido.

—¿Para quién?

—Para la policía, me han nombrado policía suplente.

—¿Policía suplente? ¿Quién?

—Bob Thorp.

—¿Cuándo?

—Hace una hora… o una hora y media.

—¿Por qué quiere Bob que no nos dejes salir de la casa?

—Ya sabes la razón.

—Ya te he dicho que no la sé.

—Habéis hecho algo.

—¿Qué hemos hecho?

—Algo ilegal.

—Tú nos conoces bien.

Thurston no dijo nada.

—¿No es así, Harry?

Silencio.

—¿Qué hemos hecho? —insistió Sam.

—No lo sé.

—¿No te lo ha dicho Bob?

—Yo no soy más que un suplente de emergencia.

Paul pensó que, a pesar de ello, la escopeta tenía un aspecto amenazador.

—No sabes lo que se supone que hemos hecho, pero estás dispuesto a disparar contra nosotros si intentamos marcharnos.

—Son las órdenes que he recibido.

—¿Cuánto hace que me conoces?

—Unos veinte años.

—¿Y a Jenny?

—Hace mucho tiempo.

—¿Y estás dispuesto a matar a unos viejos amigos sólo porque alguien te ha dicho que lo hagas?

Tanteaba, trataba de descubrir la extensión y la profundidad del control de Salsbury.

Thurston no pudo contestar a la pregunta. Sus ojos pasaron de uno a otro y restregó los pies en la hierba húmeda. Estaba nervioso en extremo, confuso y exasperado, pero decidido a hacer lo que le había dicho el jefe de policía.

Sin poder apartar los ojos del dedo tensamente curvado en el gatillo de la escopeta, sin poder mirar a Sam al dirigirle la palabra, Paul dijo:

—Será mejor que dejemos esto, creo que quizá lo has presionado demasiado.

—Yo opino lo mismo —asintió Sam. Se puso tenso y añadió para Thurston—: Yo soy la llave.

—Yo soy la cerradura.

—Baja el arma, Harry.

Thurston obedeció.

—Gracias a Dios —exclamó Jenny.

—Ven aquí, Harry.

Thurston se acercó a Sam.

—Que me cuelguen… —murmuró Jenny.

Un perfecto autómata, pensó Paul, soldadito de plomo… Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—Harry, ¿quién te ha dicho realmente que vengas aquí y nos vigiles?

—Bob Thorp.

—Dime la verdad.

—Ha sido Bob Thorp —insistió Thurston, perplejo.

—¿No ha sido Salsbury?

—¿Salsbury? No.

—¿Conoces a Salsbury?

—No. ¿De quién estás hablando?

—Tal vez te ha dicho que es Albert Deighton.

—¿Quién? —preguntó Thurston.

—Salsbury.

—No conozco a nadie que se llame Deighton.

Jenny, Rya y Paul bajaron los peldaños encharcados y se acercaron a los dos hombres.

—Es evidente que, de una forma u otra, Salsbury está trabajando por medio de Bob Thorp —intervino Jenny.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Thurston.

—Harry, yo soy la llave —dijo Sam.

—Yo soy la cerradura.

Sam se tomó un momento para estudiar a Thurston y decidir la forma de abordarlo.

—Harry, vamos a ir hacia la casa de Hattie Lange. No intentarás impedírnoslo. ¿Está claro?

—No os lo impediré.

—No dispararás contra nosotros.

—No, por supuesto que no.

—No gritarás ni armarás jaleo de ningún tipo.

—No —dijo Thurston sacudiendo la cabeza.

—Cuando nos hayamos alejado, volverás al arbusto de lilas. Olvidarás que hemos salido de la casa. ¿Está claro?

—Sí.

—Quiero que olvides que hemos tenido esta pequeña charla. Cuando los cuatro nos hayamos marchado, quiero que olvides todas y cada una de las palabras que hemos intercambiado. ¿Puedes hacerlo, Harry?

—Claro. Olvidaré que hemos hablado, que he estado con vosotros, todo, como tú dices.

Paul pensó que para ser un robot humano, para ser un autómata al cien por cien, estaba increíblemente relajado.

—Pensarás que estamos todavía dentro —siguió Sam.

Thurston miró la parte posterior de la tienda.

—Vigilarás la casa exactamente como lo estabas haciendo hace unos minutos.

—La vigilaré… Eso es lo que me ha dicho Bob que haga.

—Pues hazlo —ordenó Sam—. Y olvida que nos has visto.

Harry Thurston regresó obedientemente al nicho que había en la pared de lilas y que tenía el tamaño de un hombre. Se colocó con los pies separados y sujetó la escopeta con las dos manos, paralela al suelo, preparado para levantarla y disparar al segundo siguiente si se enfrentaba a una repentina amenaza.

—Increíble —se maravilló Jenny.

—Parece uno de las tropas de asalto —agregó Sam débilmente —. Vamos. Salgamos de aquí.

Jenny los siguió.

Paul tomó la helada mano de Rya. Con la cara cansada y una mirada obsesionada en sus ojos, apretó la mano de él y preguntó:

—¿Se arreglará todo?

—Claro. Todo quedará arreglado dentro de poco rato —la tranquilizó él, sin estar seguro de si aquello era verdad o mentira.

Se dirigieron hacia el este, a través de los jardines traseros de las casas del vecindario, a buen paso y con la esperanza de no ser vistos.

A cada paso que daban, Paul temía que disparasen sobre ellos. Y, a pesar de la forma en que se había comportado Harry Thurston, también temía oír el estallido de una escopeta detrás de él, demasiado cerca detrás de él, a unos centímetros de sus omoplatos: un repentino y apocalíptico estruendo y, luego, un silencio sin fin.

A media manzana se hallaba la parte posterior de St. Luke, la iglesia del pueblo para todas las confesiones. Era un edificio blanco, recién pintado, bien conservado, sobre una base de ladrillos. Había un campanario, cuya altura era como la de cinco pisos, en la parte frontal del edificio, la que daba a Main Street.

Sam empujó la puerta trasera y descubrió que no estaba cerrada con llave. Se deslizaron dentro, uno a uno.

Permanecieron por espacio de dos o tres minutos en el estrecho y húmedo vestíbulo sin ventanas, con el fin de comprobar que no habían sido seguidos por Harry Thurston u otra persona.

Nadie los había seguido.

—Una pequeña bendición —dijo Jenny.

Sam los condujo a una habitación situada detrás del altar. Aquella estancia estaba todavía más oscura que el vestíbulo. Tropezaron accidentalmente contra un perchero lleno de hábitos para los miembros del coro, y se quedaron inmóviles hasta que se hubo desvanecido el eco del estruendo, hasta que estuvieron seguros de que no se habían delatado.

Cogidos de la mano, formando una cadena, salieron despacio de aquella habitación y se dirigieron a la base del altar. Dado que las nubes de la tormenta filtraban la luz del día antes de que volviera a ser filtrada por las vidrieras de cristales emplomados, la iglesia propiamente dicha sólo estaba algo más iluminada que la habitación anterior; pero, con todo, había luz suficiente para romper la cadena; así que siguieron a Sam por el pasillo central, entre dos filas de bancos, sin tener que sentirse como ciegos en casa extraña.

Sam abrió una puerta situada en la parte izquierda del fondo de la nave. Al otro lado había una escalera de caracol; Sam empezó a subir el primero, lo siguió Jenny y, luego, Rya.

Paul se quedó un par de minutos en el primer escalón, observando la iglesia bañada de sombras. Tenía el revólver preparado en su mano derecha. Cuando comprobó que la iglesia seguía silenciosa y desierta, cerró la puerta que daba a la escalera y se reunió con los otros.

El campanario era una plataforma de unos once metros. La campana —con un metro de diámetro en la parte inferior— estaba lógicamente en el centro de la plataforma, colgada del punto más alto de la bóveda del techo. Había una cadena, unida al borde de la campana, que pasaba por un pequeño agujero practicado en el suelo hasta la base del campanario, para que el campanero pudiera tirar de ella. Las paredes sólo tenían algo más de un metro de altura y, a partir de ese punto, estaba abierto hasta el techo. En cada esquina se elevaba una columna para sostener el tejado de piezas de pizarra. Como el tejado sobresalía más de un metro de las paredes a los cuatro lados, la lluvia no había entrado por los espacios abiertos y la plataforma del campanario se encontraba seca.

Al llegar al último escalón, Paul se puso a gatas. La gente no suele mirar hacia arriba cuando va por la calle ocupada en sus cosas, sobre todo en un lugar conocido; no obstante, no había

motivo para correr el riesgo de ser vistos. Se arrastró alrededor de la campana hasta el otro lado de la plataforma.

Jenny y Rya se habían sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra aquel muro que no llegaba al tejado. El rifle del 22 estaba al lado de Jenny, que le hablaba a la niña en voz baja, le contaba un chiste o alguna historia, para tratar de aliviar su tensión y algo de su dolor. Lanzó una rápida mirada a Paul, le sonrió, pero mantuvo su atención centrada en Rya.

Paul pensó que debería ser él quien llevara a cabo aquel cometido: ayudar a Rya, calmarla y tranquilizarla, estar con ella. Luego pensó que no, que, por el momento, su trabajo consistía en prepararse para matar como mínimo a un hombre, quizá a dos o a tres, tal vez hasta a media docena. De repente se preguntó en qué medida la violencia pasada y la violencia todavía por venir repercutiría en la relación con su hija. Consciente Rya de que había matado a varios hombres, ¿le tendría miedo como temía a Bob Thorp? Al saber que era capaz de aquel acto brutal y definitivo, ¿volvería a sentirse cómoda con él? La muerte se había llevado a su mujer y a su hijo; ¿apartaría la enajenación a su hija de él?

Sam estaba de rodillas y miraba por encima del muro del campanario.

Paul, profundamente trastornado, pero consciente de que no era el momento para pensar en otra cosa que no fuesen las siguientes horas, se deslizó junto a Sam y se puso a mirar hacia la izquierda, hacia el este. Podía ver la tienda de Edison a una manzana de distancia, la estación de servicio y el garaje de Karkov, las últimas casas del pueblo, el rombo del campo de béisbol en la vega del río. Al final del valle, cerca de la curva de la carretera, había un coche de policía atravesado a ambos carriles.

—Una barricada.

—La he visto —dijo Sam.

—Salsbury nos tiene acorralados.

—Y, en estos momentos, debe de estar preguntándose por qué demonios no hemos intentado llamar a la policía o abandonar Black River.

A la derecha de Paul estaba el centro del pueblo. La plaza, el café de Ultman con sus dos enormes robles oscuros, el edificio del municipio. Al otro lado de la plaza, más casas encantadoras: casas de ladrillos, casas de piedra, casas góticas excesivamente ornamentadas, *chalés* pequeños y pulcros. Unas cuantas tiendas con toldos a rayas, la oficina de la compañía telefónica, la iglesia de St. Margaret Mary, el cementerio, el cine Union con su anticuado entoldado, y, más allá, la carretera que conducía al aserradero. Todo el panorama, recientemente limpiado por la tormenta, tenía un aspecto vigorizante, luminoso y pintoresco; y demasiado inocente para poder contener el monstruo que escondía.

—¿Sigues pensando que Salsbury se ha escondido en el edificio municipal? —preguntó Paul.

—¿Dónde, si no?

—Eso me digo yo.

—La oficina del jefe de policía es el lugar lógico para establecer un cuartel general.

Paul miró su reloj.

—Son las cinco y cuarto.

—Esperaremos hasta que oscurezca —dijo Sam—, hasta las nueve más o menos. Luego, bajaremos a la calle, desorientaremos a los guardias con la frase código y caeremos sobre él por sorpresa.

—Parece fácil.

—Lo será —afirmó Sam.

Brilló un relámpago, retumbó un trueno y la lluvia empezó a caer con estruendo de metralla sobre el tejado y las calles.

17.20

Bob Thorp, sonriente, como se le había ordenado que estuviera, con los brazos cruzados sobre el ancho pecho, apoyado con aire de naturalidad en el alféizar de la ventana, miraba a su escritorio, donde Salsbury trabajaba.

El transmisor infinito había quedado conectado a la oficina de teléfonos. La línea estaba abierta en la casa de Sam Edison o, por lo menos, habían marcado el número y la línea debería estar abierta.

Salsbury, inclinado sobre la mesa de trabajo del jefe de policía, sujetaba con tal fuerza el auricular con la mano derecha que parecía que los nudillos iban a surgir a través de la pálida piel que los cubría. Escuchaba atentamente, con el deseo de oír algún sonido, algún insignificante y ligero sonido de origen humano, procedente de la tienda o de la vivienda en el piso superior.

Nada.

—¡Venga! —dijo con impaciencia.

Silencio.

Maldijo el transmisor infinito y se dijo para sus adentros que aquel maldito artefacto no funcionaba, que era un asqueroso trasto de hierro fabricado en Bélgica y que, por tanto, qué se podía esperar de él. Colgó. Comprobó que los cables estuviesen en las terminales apropiadas y volvió a marcar el número de teléfono de los Edison.

La línea se abrió, silbó con un suave murmullo bastante similar al eco de la propia circulación sanguínea cuando uno coloca una concha marina en la oreja.

En el interior de la casa de los Edison, sonaba un tictac de forma bastante ruidosa y hueca.

Miró su reloj: 17.24.

Nada. Silencio.

17.26.

Colgó. Volvió a marcar.

Oyó el tictac del reloj.

17.28.

17.29.

17.30.

Nadie hablaba al otro lado de la línea. Nadie lloraba, reía, suspiraba, tosía, bostezaba ni se movía.

17.32.

17.33.

Salsbury apretó el auricular a su oreja tan fuerte como pudo, se concentró, se esforzó con todo su cuerpo, con toda su atención para oír a Edison, a Annendale, a alguna de las otras.

17.34.

17.35.

Estaban allí. ¡Maldita sea, estaban!

17.36.

Colgó bruscamente el auricular.

Esos bastardos saben que estoy escuchándolos, tratan de permanecer en silencio, intentan sacarme de mis casillas, eso es, tiene que ser eso.

Descolgó el auricular y marcó el número de los Edison.

El tictac del reloj; nada más.

17.39.

17.40.

—¡Bastardos!

Colgó el teléfono con un fuerte golpe.

Empezó a sudar copiosamente.

Se puso de pie, se sentía pegajoso e incómodo; pero estaba paralizado por la rabia, no podía moverse.

—Aunque hayan conseguido de alguna forma salir de la tienda, no pueden haber abandonado el pueblo —le dijo a Thorp—, es absolutamente imposible. No son magos. No pueden haberlo logrado. He atado todos los cabos, ¿no es así?

Thorp le sonrió. Seguía actuando bajo las órdenes que le había dado Salsbury.

—¡Contéstame, maldita sea!

La sonrisa de Thorp se desvaneció.

Salsbury estaba lívido y brillaba a causa del sudor.

—¿Acaso no he sitiado completamente este jodido pueblo?

—Oh, sí —asintió Thorp obedientemente.

—Nadie puede salir de este maldito pueblo hasta que yo lo diga, ¿no tengo razón?

—Sí, lo ha sitiado.

Salsbury temblaba, estaba mareado.

—Aunque hayan salido de la tienda, los encontraré. Puedo encontrarlos en el mismo momento en que se me antoje. ¿Verdad?

—Sí.

—Puedo destrozar este maldito pueblo, hacerlo pedazos y encontrar a esos hijos de perra.

—Cuando usted quiera.

—No pueden escapar.

—No.

Salsbury se sentó bruscamente, como si le hubiese dado un ataque, y dijo a continuación:

—Pero dejemos eso. No han salido de la tienda. No pueden haber salido. Está vigilada, muy vigilada. Es una condenada prisión. Por consiguiente, todavía están allí, callados como ratones. Saben que estoy escuchando, tratan de engañarme, eso es, me están engañando, eso es precisamente lo que ocurre.

Marcó el número de los Edison.

Oyó el ya familiar tictac del reloj en una de las habitaciones donde había un aparato telefónico.

17.44.

Colgó.

Volvió a marcar.

Tictac, tictac…

17.46.

17.47.

Colgó.

—¿Te das cuenta de lo que quieren hacerme? —le dijo al jefe de policía, con una sonrisita.

Thorp sacudió la cabeza:

—No.

—Quieren que me deje llevar por el pánico, quieren que te ordene buscarlos de casa en casa. —Se rió entre dientes—. Podría hacerlo, podría hacer que todos los habitantes del pueblo cooperasen en esta búsqueda casa por casa; pero harían falta muchas horas y, luego, tendría que borrar el recuerdo de todas las mentes; cuatrocientas mentes. Harían falta un par de horas más. Quieren hacerme perder el tiempo, mi precioso tiempo. Quieren que me deje llevar por el pánico, que pasen las horas y, en medio de la confusión, tener la oportunidad de llegar hasta mí. ¿No es esto lo que quieren?

—Sí.

—Bien —prosiguió Salsbury, sin dejar de sonreír—, yo no voy a seguirles el juego; voy a esperar a Dawson y a Klinger. No voy a dejarme llevar por el pánico, yo no, tengo la situación bajo control; y seguirá siendo así.

Tronó en el valle y el estruendo reverberó en las ventanas de la oficina.

Marcó el número de la tienda.

17.50.

17.51.

Sonrió y colgó.

Se le ocurrió entonces algo sobrecogedor: si los Edison y los Annendale sabían que los estaba escuchando, significaba que conocían toda la historia, la verdad, que sabían quién era él y lo que estaba haciendo en Black River… y eso era imposible.

Marcó de nuevo.

17.52.

Nada. Silencio.

Colgó el auricular y se volvió hacia Thorp.

—Bien, creo que no tiene importancia que lo sepan. No pueden escapar. Los atraparé cuando me dé la gana. Yo tengo el poder. —Se quedó contemplando el transmisor infinito un momento y volvió a mirar a Thorp—. ¿Qué crees tú que hará Miriam cuando se entere del poder que tengo?

—¿Quién es Miriam?

—Ya conoces a Miriam.

—No sé quién es.

—Es mi ex mujer.

—Ah.

—Una mala puta.

Thorp no dijo nada.

—Frígida como un témpano de hielo.

—Lo siento.

—Yo sé lo que hará. Vendrá a mí, se arrastrará. Pobre Miriam, se arrastrará, Bob, a gatas, sí, ¿verdad?

—Sí.

El poder…

—¿Sabes lo que haré yo?

—No.

—¿Sabes qué voy a hacer cuando esa mala puta venga a mí, arrastrándose sobre sus rodillas y sus manos?

—No.

—Le daré una patada en la cara.

—Eso es agresión.

—Lo mismo con Dawson; una patada en la cara.

—Eso es agresión. Terminará usted en la cárcel.

—Acabaré con Dawson —afirmó Salsbury, solemnemente—. Luego —volvió a reírse entre dientes—, acabaré con ese bastardo santurrón.

Thorp frunció el ceño.

—¿Crees que podré encontrar un par de botas altas, Bob?

—¿Un par de qué?

—Tal vez haya unas pocas personas, sólo unas pocas, con quienes usaría esas botas de tirano.

Ra-ta-ta-ta-ta-ta…

18.30

—¿Diga?

—¿La señora Wolinski?

—Yo misma.

—Yo soy la llave.

—Yo soy la cerradura.

—¿Está su marido en casa?

—Está arriba.

—¿Está solo?

—¿Solo? Sí.

—¿Está usted sola abajo?

—Sí.

—¿Conoce a Sam Edison?

—¡Uy, claro!

—¿Está ahora él en su casa?

—¿Sam? No.

—¿Está Jenny Edison con usted?

—No. ¿Por qué iba a estar aquí?

—¿Ha visto a alguno de los Edison hoy?

—No. Escuche, yo…

—Señora Wolinski, cuando cuelgue el teléfono, olvidará todas las palabras de esta conversación; sólo recordará que ha llamado alguien para venderle un seguro de vida, una persona de Bexford. ¿Ha comprendido?

—Sí.

—Cuelgue, señora Wolinski.

18.45

—Aquí St. Margaret Mary.
—¿Es la casa del párroco?
—Sí, aquí es.
—¿El padre O'Hara?
—Al habla.
—Yo soy la llave.
—Yo soy la cerradura.
—¿Está usted solo, padre?
—Sí.
—¿Dónde está su ama de llaves?
—Se ha ido a pasar el día a su casa.
—¿Conoce a Sam y a Jenny Edison?
—Por supuesto. Buena gente.
—¿Está alguno de ellos en su casa?
—¿Aquí en mi casa? No.
—¿En la iglesia, tal vez?
—No. ¿Por qué lo pregunta?
—¿Ha visto a alguno de los Edison hoy?
—No. Yo…
—¿Conoce a Paul Annendale?
—No me suena. Si es algo urgente…
—Cállese, O'Hara. Cuando cuelgue el teléfono, olvidará todas y cada una de las palabras de esta conversación; sólo recordará que alguien se ha equivocado de número. ¿Comprendido?
—Sí.
—Cuelgue, O'Hara.

19.00

—… de los Edison hoy?

—He visto a Sam, en la tienda.

—¿Cuándo ha sido eso, señora Jamison?

—Esta mañana, hacia las nueve.

—¿No lo ha vuelto a ver desde entonces?

—No.

—Señora Jamison, no quiero que se aleje del teléfono, quédese ahí; pero pásele el auricular a su marido.

—¿Diga?

—¿Señor Jamison?

—Sí.

—Yo soy la llave.

—Yo soy la cerradura.

19.30

—… no quiero que se aleje del teléfono, señora Potter, permanezca donde está; pero pásele el auricular al reverendo Potter.

—De acuerdo. Espere un segundo…

—¿Dígame?

—¿Reverendo Potter?

—Al habla.

—Yo soy la llave.

—Yo soy la cerradura.

—¿Conoce a Sam y a Jenny Edison?

—Sí. Muy bien, en realidad.

—¿Los ha visto hoy?

—No.

—¿Está completamente seguro de ello?

—Oh, sí; completamente.

—¿Ha hablado con alguno de ellos hoy?

—No. Yo…

—¿Conoce a Paul Annendale o a su hija?

—Sí. Vienen cada año…

—¿Los ha visto o ha hablado con ellos hoy?

—No, he estado todo el día…

—¡Joder! ¿Qué demonios está pasando, Potter?

—¿Cómo dice?

—¿Dónde mierda están?

—No me gusta ese lenguaje grosero y…

—He llamado a cincuenta personas durante la pasada hora y media, y nadie los ha visto, nadie ha oído nada de ellos, nadie sabe nada. Bueno, pues tienen que estar en el pueblo. ¡Estoy condenadamente seguro de ello! No pueden salir… ¡Por los clavos de Cristo! ¿Sabe lo que pienso, Potter? Creo que están todavía en la tienda.

—Si…

—Calladitos como ratones. Tratan de engañarme, quieren que vaya a buscarlos, quieren que mande a Bob Thorp a por ellos. Probablemente tienen armas. Pues a mí no pueden engañarme. No van a empezar con una exhibición de tiro al blanco y a dejarme con una docena de cuerpos que justificar. Esperaré a que salgan. Los cogeré, Potter. ¿Y sabe lo que haré cuando les haya puesto las manos encima? Estudiaré a los Edison, claro; tengo que descubrir por qué no han respondido a la droga y a los mensajes subliminales. Pero sé muy bien por qué los Annendale no han respondido; no estaban aquí durante el programa, así que, cuando los coja, acabaré con ellos inmediatamente. ¡Inmediatamente! Haré que Bob Thorp les arranque su jodida cabeza. ¡Hijos de puta! Eso es exactamente lo que voy a hacer.

Capítulo 7

21.00

Cuando la tormenta volvió a amainar por cuarta vez en aquel día, un helicóptero aerodinámico, pintado de amarillo brillante y negro, como un avispón, y con las luces verdes y rojas de posición ya encendidas, se acercaba por el extremo este del valle de Black River. Volaba bajo, a menos de veinte metros sobre el suelo. Siguió por Main Street hacia la plaza del pueblo, atravesando el aire húmedo; el eco sordo del murmullo de las hélices rebotaba contra la calzada.

En el campanario de la iglesia multiconfesional, que también se alzaba unos veinte metros del suelo, pero oculto y a salvo en las profundas sombras proyectadas por el tejado voladizo, Rya, Jenny, Paul y Sam observaban cómo se acercaba el helicóptero. En la penumbra crepuscular gris púrpura, el helicóptero parecía estar peligrosamente cerca de ellos; pero ninguno de sus ocupantes miraba en esa dirección. Sin embargo, la menguante luz del día era todavía lo bastante luminosa como para que ellos pudiesen ver el compartimiento del piloto y la acogedora cabina de pasajeros situada detrás.

—Hay dos hombres detrás del piloto —comentó Sam.

Una vez en la plaza, el helicóptero quedó un momento suspendido en el aire y, a continuación, se desplazó por encima del

edificio municipal y se posó en el suelo del aparcamiento, a menos de diez metros de un coche de policía.

Cuando volvió la calma en la estela del helicóptero, Jenny preguntó:

—¿Creéis que estos dos hombres tienen alguna relación con Salsbury?

—Sin lugar a dudas —aseguró Sam.

—¿Del Gobierno?

—No —dijo Paul.

—Yo estoy de acuerdo contigo —le apoyó Sam, en un tono casi alegre—. Por fuera, aunque probablemente no sea así en el interior, hasta el helicóptero del Presidente tiene un aspecto militar. El Gobierno no utiliza pequeños y elegantes aparatos de ejecutivo como este trasto amarillo y negro.

—Lo cual no descarta que el Gobierno esté involucrado en esto —apostilló Paul.

—Oh, por supuesto que no. No descarta nada —replicó Sam—, pero es un buen signo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —quiso saber Rya.

—Mirar y esperar —contestó Paul, sin apartar la mirada del edificio municipal de ladrillos blancos—. Sólo mirar y esperar.

En el aire húmedo se notaba todavía el desagradable y fuerte olor de los gases de escape del helicóptero.

Tronó amenazadoramente, arriba en las montañas. Entre dos de las cumbres más altas, como si fueran terminales del laboratorio de Frankenstein, un relámpago resplandeció.

Paul tenía la sensación de que el tiempo estaba casi detenido. Cada minuto le parecía eterno. Los segundos eran como las diminutas burbujas de aire que se elevaban lentamente de la botella de glucosa para alimentación intravenosa, aquellas que había observado con tristeza, hora tras hora, junto a Alice en el hospital.

Finalmente, a las nueve y veinte, aparecieron dos coches por Main Street procedentes del edificio municipal: el segundo coche

patrulla de la policía y un Ford modelo LTD de un año de antigüedad. Los cuatro faros se abrieron paso por la creciente oscuridad y se detuvieron a media manzana de la iglesia, delante de la tienda de Edison.

Bob Thorp y otros dos hombres, armados con escopetas, bajaron del coche patrulla. Permanecieron un momento ante la luz amarillenta del LTD, subieron los escalones que conducían al porche y desaparecieron bajo el tejadillo.

Del segundo coche bajaron tres hombres, dejaron el motor en marcha y las puertas abiertas y no siguieron a Thorp, sino que se quedaron junto al LTD. Como se quedaron detrás de los faros, estaban casi en la oscuridad. Paul no lograba ver si estaban armados, pero sabía con certeza quiénes eran: Salsbury y los dos pasajeros del helicóptero.

—¿Quieres que bajemos y los cojamos ahora? —le propuso Paul a Sam—. Podemos aprovechar que nos están dando la espalda.

—Es demasiado arriesgado, no sabemos si están armados. Es posible que nos oigan acercarnos. Además, aunque los cogiéramos por sorpresa, seguro que uno de ellos huiría. Esperemos un poco.

A las nueve y treinta y cinco minutos, uno de los «agentes» de Bob Thorp bajó la escalera y se acercó a los tres hombres que estaban junto al segundo coche. Hablaron —posiblemente discutían— durante unos segundos. El policía se quedó junto al LTD, mientras Salsbury y sus socios subían las escaleras en dirección a la tienda.

21.50

Dawson se apartó de la librería del estudio de Sam Edison y dijo:

—Bien, ahora sabemos cómo han atado cabos. Ogden, ¿conocen las frases código?

—¡Por supuesto que no! —contestó Salsbury, desconcertado por la pregunta—. ¿Cómo demonios iban a saberlo?

—Es posible que la niña te haya oído usarlas con Thorp o con su hermano.

—No. Imposible. No llegó a la puerta hasta mucho después de que yo hubiera intentado controlar a su hermano; y, después, mucho después de que hubiera asumido el control de Thorp.

—¿Has utilizado la frase con ella?

Salsbury se preguntó si lo había hecho. Recordaba que la vio y que se abalanzó hacia ella, sin poder alcanzarla. ¿Pero había usado la frase código?

Rechazó la idea, porque aceptarla habría significado aceptar la derrota, la completa destrucción.

—No —le aseguró a Dawson—. No tuve tiempo de utilizar la frase. Apenas la vi, se dio la vuelta y echó a correr. Yo la perseguí pero era demasiado rápida.

—¿Estás completamente seguro?

—Completamente.

—Habrías debido prever lo que ha pasado con Edison —le acusó el general, mirándole con clara aversión—, habrías debido estar al corriente de su biblioteca, de su afición.

—¿Cómo demonios podía haberlo previsto? —se defendió Salsbury. Tenía la cara roja. Sus ojos miopes sobresalían todavía más de lo habitual detrás de las gruesas gafas.

—Si hubieses cumplido con tu deber…

—Deber —replicó Salsbury, con desprecio. La mitad de su ira estaba generada por el temor; pero era importante que ni Dawson ni Klinger se percataran de ello—. Esto no es el asqueroso ejército, Ernst. Yo no soy uno de tus hombres que se arrastra a tus pies.

Klinger se alejó de él, se acercó a la ventana y refunfuñó:

—Quizá sería preferible que lo fueras.

Salsbury, que quería que el general lo mirase, que era consciente de que, mientras Klinger se sintiera lo suficientemente a

salvo como para darle la espalda, él estaría en desventaja, replicó:

—¡Dios mío!, por muy precavido que hubiese sido…

—Ya basta —interrumpió Dawson. Habló en voz baja y suave, pero con tal autoridad que Salsbury cerró la boca y el general se apartó de la ventana—. No tenemos tiempo para discusiones ni acusaciones. Tenemos que encontrar a esas cuatro personas.

—No pueden haberse marchado por el este del valle —aseguró Salsbury—, sé que lo tengo controlado.

—Pensabas que tenías controlada también esta casa —volvió a la carga Klinger—; pero se han escapado delante de tus narices.

—No seas tan severo en tus juicios, Ernst —le regañó Dawson, sonriendo de forma paternal y cristiana, y haciendo una inclinación de cabeza en dirección a Salsbury. Pero en sus negros ojos sólo había odio y desprecio—. Estoy de acuerdo con Ogden. No me cabe la menor duda de que las precauciones que ha tomado en la salida hacia el este son las adecuadas. Con todo, podríamos estudiar la posibilidad de triplicar el número de hombres a lo largo del río y en los bosques, ahora que ha caído la noche. Creo asimismo que Ogden ha cubierto bastante bien los caminos destinados a la explotación forestal.

—En ese caso, hay dos posibilidades —manifestó Klinger, que había decidido jugar al estratega militar—. Una, están todavía en el pueblo, escondidos en alguna parte, a la espera de una oportunidad para burlar el bloqueo de la carretera o a los hombres que vigilan el río. Dos, se han marchado a pie por las montañas. Thorp nos ha dicho que los Annendale son unos expertos excursionistas acostumbrados a acampar.

Bob Thorp estaba de pie junto a la puerta, como si fuera un guardia de honor.

—Así es —confirmó.

—Pues yo no lo veo así —replicó Salsbury—. Escuchad, los acompaña una niña de once años que los frenará. Necesitarían días enteros para conseguir ayuda.

—Esa niña se ha pasado una buena parte de sus últimas siete vacaciones en los bosques —le recordó el general—. Es posible que no sea un obstáculo tan grande como tú crees. Además, si no los localizamos, nos causarán el mismo perjuicio si obtienen ayuda esta noche como si la consiguen a mediados de la semana que viene.

Dawson reflexionó sobre ello. Luego, planteó:

—Si están tratando de llegar a Bexford a través de las montañas, es decir, si tienen que recorrer unos noventa y seis kilómetros para llegar allí, ¿hasta dónde pensáis que pueden haber llegado en estos momentos?

—Pueden haber recorrido unos cinco o seis kilómetros —opinó Klinger.

—¿Sólo?

—Eso creo. Si no querían ser vistos, habrán tenido que salir del pueblo con muchas precauciones y avanzar muy despacio, en trechos de pocos metros durante el primer kilómetro. Una vez en el bosque, habrán necesitado un rato para orientarse. Por otra parte, aunque la niña se mueva por el monte como por su casa, les debe entorpecer la marcha.

—Cinco o seis kilómetros —consideró Dawson, pensativamente —. ¿Los sitúa esto aproximadamente entre el aserradero Big Union y los bosques de explotación forestal?

—Más o menos.

Dawson cerró los ojos y dio la impresión de murmurar unas palabras de silenciosa plegaria; movía ligeramente los labios. A continuación, abrió de golpe los ojos, como si retornara de una revelación divina.

—Lo primero que tenemos que hacer es organizar una búsqueda en las montañas —advirtió.

—Eso es absurdo —rechazó Salsbury, a pesar de ser consciente de que Dawson pensaba probablemente que su plan era una inspiración divina, obra y gracia de Dios—. Sería tanto como…, vaya, como buscar una aguja en un pajar.

—Tenemos casi doscientos hombres en el campamento de explotación forestal, todos ellos familiarizados con estas montañas —insistió Dawson, con una voz tan fría como el niño muerto de la habitación contigua—. Los movilizaremos. Los armaremos con hachas, rifles y escopetas. Les proporcionaremos linternas eléctricas y faroles portátiles. Los meteremos en camiones y en jeeps y los mandaremos aproximadamente a un kilómetro y medio del campamento. Pueden formar una línea de búsqueda e ir retrocediendo; entre cada hombre, unos doce metros; de esta forma, la línea tendrá dos kilómetros de punta a punta, aunque cada hombre tendrá que cubrir sólo una reducida zona de terreno. Los Edison y los Annendale no podrán atravesar este cordón humano.

—Funcionará —aprobó Klinger, en tono admirativo.

—¿Pero qué me decís si no están en las montañas? —preguntó Salsbury—. ¿Qué pasará si están en el pueblo?

—Si es así, no tenemos de qué preocuparnos —afirmó Dawson —. No pueden llegar hasta ti porque te protegen Bob Thorp y sus hombres; no pueden abandonar el pueblo porque todas las salidas están bloqueadas; lo único que pueden hacer es esperar. —Si los lobos sonriesen, se habría dicho que su sonrisa era de lobo—. Si a las tres o a las cuatro de la madrugada no los hemos encontrado en las montañas, daremos comienzo a una búsqueda, casa por casa, aquí en el pueblo. De una forma o de otra, quiero que todo este asunto quede resuelto antes de mañana a mediodía.

—Eso es pedir demasiado —protestó el general.

—No me importa. No es pedir demasiado. Quiero que los cuatro estén muertos al mediodía, hay que reestructurar los recuerdos de los habitantes del pueblo para borrar nuestro rastro. Antes de mediodía.

—¿Matarlos? —se inquietó Salsbury, lleno de confusión. Se ajustó las gafas en la nariz—. Necesitamos examinar a los Edison. Si quieres, puedes matar a los Annendale, pero tengo que saber por qué los Edison no han sido afectados. Tengo que…

—Olvídalo —interrumpió bruscamente Dawson—. Si tratamos de capturarlos y llevarlos al laboratorio de Greenwich, hay muchas probabilidades de que se escapen por el camino. No podemos correr ese riesgo. Saben demasiado. Demasiado.

—¡Pero vamos a tener un montón de cadáveres! —exclamó Salsbury—. Por todos los santos, ya tenemos al niño, y a Buddy Pellineri. Cuatro más… y, si ofrecen resistencia, podemos encontrarnos con una docena para enterrar. ¿Cómo vamos a justificarlos?

—Los mataremos a todos en el cine Union —decidió Dawson, evidentemente satisfecho de sí mismo—. Provocaremos allí un trágico incendio, le diremos al doctor Troutman que redacte los certificados de defunción y utilizaremos el programa llave-cerradura para evitar que los parientes exijan autopsias.

—¡Excelente! —lo felicitó Klinger, y aplaudió suavemente.

El pelotillero de la corte del rey Leonard I, pensó Salsbury con amargura.

—Excelente, de primera, Leonard —repitió Klinger.

—Gracias, Ernst.

—Igual que Cristo —dijo Salsbury en voz baja.

Dawson le lanzó una mirada poco afable, le había disgustado semejante irreverencia.

—Por cada pecado que cometemos el Señor nos castigará, y con justicia, algún día. Nadie se libra de eso.

Salsbury no dijo nada.

—El infierno existe.

Salsbury miró a Klinger, pero no encontró apoyo, ni siquiera un gesto de simpatía, y guardó silencio. Había en la voz de Dawson, algo comparable a un cuchillo bien afilado escondido en los suaves pliegues de la sotana de un sacerdote, algo duro y agudo que lo aterrorizaba.

—Es hora de ponernos en movimiento, señores —concluyó Dawson, después de haber mirado el reloj—. Vamos a acabar con

esto de una vez por todas.

22.12

El helicóptero se elevó del aparcamiento situado detrás del edificio municipal, se balanceó elegantemente sobre la plaza del pueblo, donde varias personas lo contemplaban, y se dirigió al oeste, hacia la montaña, hacia la oscuridad.

Al cabo de un momento, había desaparecido.

Sam se volvió y se dejó caer pesadamente en el suelo, con la espalda contra la pared del campanario.

—¿Camino de la fábrica?

—Así parece —coincidió Paul—. Pero ¿por qué?

—Buena pregunta. De no haberla formulado tú, lo habría hecho yo.

—Hay otra cosa —agregó Paul—. ¿Y si han deducido la forma en que hemos escapado? ¿Y si se han dado cuenta de que sabemos la frase código?

—No es muy probable.

—Pero ¿si es así?

—Ojala yo lo supiera —se lamentó Sam, con una voz llena de preocupación. Suspiró—. Pero recuerda que, incluso en las peores de las circunstancias, somos nosotros contra ellos. Si piensan que sabemos demasiado, perdemos la ventaja de la sorpresa; pero ellos han perdido la ventaja de un ejército de guardaespaldas programado. Por consiguiente, queda equilibrado.

—¿Creéis que los dos amigos de Salsbury van en el helicóptero? —preguntó Jenny.

Sam sostenía su revólver delante de él; en la oscuridad, sólo veía la silueta y, sin embargo, lo contemplaba con horrorizada fascinación.

—Vaya, ésa es otra cosa que me gustaría saber con certeza —respondió.

Las manos de Paul temblaban. Tenía la sensación de que su Smith & Wesson pesaba cincuenta kilos.

—Supongo que ya debemos ir a por Salsbury —resolvió.

—Ya es hora de que lo hagamos.

Jenny tocó la mano de su padre, la que sostenía el arma.

—¿Qué pasará si uno de esos hombres se ha quedado con Salsbury?

—En ese caso, dos contra dos. Y puedes estar segura de que podremos con ellos.

—Si yo fuese con vosotros, seríamos tres contra dos y aumentaríamos las posibilidades de éxito.

—Rya te necesita —rehusó Sam. Abrazó a su hija, le dio un beso en la mejilla y añadió—: No nos pasará nada, sé que lo lograremos. Tú limítate a cuidar de Rya hasta que volvamos.

—¿Y si no volvéis?

—Volveremos.

—Pero ¿si no volvéis? —insistió ella.

—En ese caso…, te quedarás sola —dijo Sam, con la voz casi quebrada. Si había lágrimas en sus ojos, la oscuridad las ocultaba —, tendrás que arreglártelas sola.

—Escuchad —terció Paul—, aunque Salsbury haya deducido que estamos al corriente de casi todo, no sabe dónde estamos, pero nosotros sabemos exactamente dónde está él; por consiguiente, sigue estando en desventaja.

Rya se abrazó a Paul. No quería dejarlo marchar. Le habló con voz tranquila, pero llena de intensidad, y le pidió prácticamente que no la dejase en el campanario.

Paul le acarició el oscuro cabello, la estrechó contra sí, le habló dulcemente, la calmó, y la tranquilizó lo mejor que pudo.

Y, a las diez y veinte, siguió a Sam, que había empezado ya a bajar las escaleras del campanario.

Capítulo 8

22.20

Phil Karkov, el propietario de la única gasolinera y del único garaje de Black River, y su amiga, Lolah Tayback, intentaban salir del pueblo poco después de las diez de la noche. Según lo programado, los policías que controlaban el bloqueo de la carretera los mandaron al edificio municipal para que hablasen con Bob Thorp.

El mecánico hablaba con un tono de voz suave, era educado y, evidentemente, se tenía por un ciudadano modelo. Era alto, pelirrojo y de hombros anchos; tendría unos treinta y cinco años. Su buena presencia sólo se veía desfigurada por una enorme y un tanto deforme nariz, que parecía haberse roto en más de una pelea. Se trataba de un hombre afable, de sonrisa fácil, y que deseaba ayudar al jefe de policía en todo lo que pudiera.

Después de haber abierto a los dos con la frase código y de haberse pasado un minuto interrogándolos, Salsbury quedó convencido de que Karkov y Lolah Tayback estaban completa y adecuadamente programados. No trataban de escaparse; no habían visto nada fuera de lo normal en el pueblo aquel día; únicamente querían ir a un bar de Bexford para tomar unas cervezas y unos bocadillos.

Mandó al mecánico a casa y le dijo que permaneciese allí el resto de la noche.

La mujer era un asunto completamente distinto.

Pensó que la mejor descripción para ella era la de «mujer-niña». Su cabello rubio platino le cubría los estrechos hombros y enmarcaba un rostro de belleza infantil: cristalinos ojos verdes, cutis claro y blanco con pequeñas pecas color canela en las mejillas, naricilla respingona, como de duende, hoyuelos, mandíbula recta y pequeña barbilla redonda… Todos los rasgos eran delicados y expresaban en cierta forma ingenuidad. Mediría tal vez un metro cincuenta y ocho centímetros y no pesaría más de cuarenta y cinco kilos. Parecía frágil. Sin embargo, vestida con una camiseta a rayas rojas y blancas (sin sujetador) y tejanos cortos, resultaba una mujer sorprendentemente deseable y muy femenina. Los pechos eran pequeños, levantados y acentuados por una cintura muy delgada; a través del delgado material de la camiseta se destacaban deliciosamente los pezones. Tenía unas piernas bien contorneadas, flexibles y finas. Mientras la tenía delante y la contemplaba de arriba abajo, ella lo observaba tímidamente, evitaba encontrarse con sus ojos y se agitaba nerviosa. De ser posible juzgar a una persona por su apariencia, ésta debía de ser una de las mujeres más maleables y vulnerables que jamás hubiera conocido.

Y, aunque fuese una luchadora, una verdadera arpía, en aquellos momentos era vulnerable, tan vulnerable como Salsbury quisiera; porque él tenía el poder…

—Lolah.

—¿Sí?

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—¿Eres la novia de Phil Karkov?

—No —contestó en voz baja.

—¿Sales con él?

—Más o menos.

—¿Te acuestas con él?

Se ruborizó. Se agitó nerviosa.

Bestezuela encantadora…

Jódete, Dawson. Tú también, Ernst.

Emitió una risita ahogada.

—¿Te acuestas con él, Lolah?

—¿Tengo que contestar? —dijo ella, de forma casi inaudible.

—Tienes que decirme la verdad.

—Sí —respondió, en un susurro.

—¿Te acuestas con él?

—Sí.

—¿Muy a menudo?

—Bueno…, cada semana.

—Habla más alto.

—Cada semana.

—¡Golfilla!

—¿Va usted a hacerme daño?

Él se rió.

—¿Una vez por semana? ¿Dos?

—Dos. A veces, tres…

Salsbury se volvió hacia Bob Thorp.

—Lárgate de aquí. Vete al final del vestíbulo y espera con el guardia hasta que yo te llame.

—Desde luego.

Thorp cerró la puerta después de salir.

—Lolah.

—¿Sí?

—¿Qué te hace Phil?

—¿A qué se refiere?

—En la cama.

Se miró las sandalias.

El poder se apoderó de él, empezó a latir en su interior, a recorrer docenas de miles de terminales en su carne: estallaba, resplandecía, crujía. Se sentía lleno de vigor. Eso es lo que era el programa llave-cerradura: aquel poder, aquel dominio, aquella

ascendencia ilimitada sobre las almas de la gente. Nadie podría volver a ponerle la mano encima. Nadie podría jamás manipularlo. Ahora era él quien manipulaba a las personas. Siempre sería así. Para siempre. Ahora y siempre, amén. Amén, Dawson. ¿Lo has oído? Amén. Gracias, Dios mío por haberme mandado esta monada de culito, amén. Volvía a ser feliz por primera vez desde aquella mañana, desde que tocó a la mujer de Thorp.

—Apuesto a que Phil te hace de todo.

Ella no dijo nada, se limitó a mirar al suelo y a mover nerviosamente el pie.

—¿No es así? ¿Acaso no te hace de todo, Lolah? Confiésalo. Dímelo. Quiero oírtelo decir.

—Me hace… de todo.

Puso una mano bajo su barbilla y le levantó el rostro.

Ella lo miró, tímida, asustada.

—Yo también voy a hacerte de todo.

—No me haga daño.

—¡Adorable putita!

Estaba excitado como nunca lo había estado en su vida. Respiraba con dificultad, a pesar de que todo estaba muy claro, muy controlado, firmemente controlado. Era el absoluto dueño de ella, el absoluto dueño de todo el mundo. Le vino a la memoria, a través de las décadas, el recuerdo de que aquellas palabras las había pronunciado Howard Parker, como una extraña alucinación que había hecho erupción en la mente de un hombre adicto al ácido, años después de su última tableta de LSD: el dueño absoluto.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer contigo, voy a hacerte daño, como si estuviera haciendo daño a las otras, tú lo pagarás, te haré sangrar; soy tu dueño absoluto y recibirás todo lo que yo te dé, todo. Puede que incluso te guste, te enseñaré a que te guste. Tal vez…

Apretó los puños que tenía colgando a los costados.

El piloto sobrevoló el campamento de explotación forestal, efectuando un amplio círculo, y buscó, entre las luces dispersas de los edificios, el mejor lugar para posarse.

En la cabina de los pasajeros, Dawson rompió un largo silencio.

—Hay que eliminar a Ogden.

Klinger no tuvo que hacer ningún esfuerzo para aceptar esta idea.

—Por supuesto. No se puede confiar en él.

—Es inestable.

—Pero, si lo eliminamos, ¿podremos continuar con el proyecto?

—Todo lo que sabe Ogden está en el ordenador de Greenwich —aseguró Dawson—. La investigación estaba más allá de nuestras posibilidades, pero podemos utilizar perfectamente el producto acabado.

—¿No ha cifrado sus datos?

—Naturalmente, sólo que una vez instalado el ordenador y mucho antes de que Ogden empezara a utilizarlo, hice que mi gente lo programase para ser descifrado y para poder imprimir cualquier dato que yo solicitase; independientemente de cómo se expresase esta petición, independientemente de las contraseñas, del número de claves o de cualquier mecanismo de seguridad que él pudiese utilizar para impedirme acceder a la información.

El helicóptero se inmovilizó en el aire; empezó a descender.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—Tú te encargarás de él —decidió Dawson.

—¿Yo…, o programo a alguien para que lo haga?

—Prefiero que lo hagas tú mismo. Él puede desprogramar a cualquier otra persona —dijo Dawson, sonriendo—. ¿Llevas una pistola contigo?

—Sí, claro.

—¿En los riñones?

—Sujeta al tobillo derecho.

—Maravilloso.

—Volvamos al asunto que nos ocupa. ¿Cuándo lo elimino?

—Esta noche. ¿Crees que será posible dentro de la próxima hora?

—¿Por qué no cuando volvamos a Greenwich?

—No quiero enterrarlo en la propiedad, sería correr un riesgo demasiado grande.

—¿Qué haremos con el cuerpo?

—Lo enterraremos aquí, en las montañas.

El helicóptero se posó en el suelo.

El piloto paró los motores.

Los rotores ronronearon y se fueron parando, por encima de sus cabezas. Un bienvenido silencio reemplazó el estruendo que habían hecho.

—¿Pretendes que… desaparezca sin más de la faz de la tierra? —pregunto Klinger.

—Eso es, exactamente.

—Sus vacaciones terminan el quince del mes que viene. En esa fecha tiene que volver al Instituto Brockert. Es un hombre cumplidor, y cuando no se presente la mañana del quince, se producirá cierta intranquilidad. Empezarán a buscarlo.

—No vendrán a buscarlo a Black River. No hay nada en absoluto que conecte a Ogden con este lugar. Se supone que está pasando las vacaciones en Miami.

—Habrá una discreta pero intensa investigación. El departamento de seguridad del Pentágono, el FBI…

Dawson empezó a desabrocharse el cinturón de seguridad, mientras decía:

—Por otra parte, no hay nada que pueda relacionarlo contigo o conmigo. Al final, llegarán a la conclusión de que se ha pasado al otro bando, que ha desertado.

—Es posible.

—Es seguro.

Dawson abrió la puerta.

—¿Vuelvo al pueblo con el helicóptero? —preguntó Klinger.

—No. Puede oírte llegar y sospechar el motivo de tu regreso. Coge un coche o un jeep de aquí. Y será mejor que recorras los últimos trescientos o cuatrocientos metros a pie.

—De acuerdo.

—Otra cosa, Ernst.

—Dime.

En la luz ámbar de la cabina, los dientes de Dawson, con sus empastes de quinientos dólares la pieza, brillaron en una amplia y peligrosa sonrisa. Daba la sensación de que había luz detrás de sus ojos. Las ventanas de su nariz resplandecían: un lobo tras el rastro de sangre.

—Ernst, no te calientes la cabeza.

—No puedo evitarlo.

—Estamos destinados a sobrevivir a esta noche, a ganar esta batalla y todas las que libremos posteriormente —afirmó Dawson, con solemne convicción.

—Me gustaría estar tan seguro como tú.

—Tienes que estarlo. Estamos bendecidos, amigo mío; toda esta empresa lo está, ¿comprendes? No lo olvides, Ernst. —Dawson sonrió.

—No lo olvidaré —prometió Klinger.

Pero le tranquilizaba más el peso de la pistola en el tobillo que las palabras de Dawson.

Paul y Sam aguzaron el oído para detectar cualquier otro sonido que no fuese el de sus propios pasos, salieron de la iglesia por la puerta posterior y atravesaron el campo abierto hasta la orilla del río.

La alta hierba, llena de lluvia, se había vuelto pesada. Al cabo de unos veinte metros, los zapatos y los calcetines de Paul estaban

mojados y el agua le calaba la piel. Tenía los pantalones tejanos empapados casi hasta las rodillas.

Sam localizó un sendero que recorría la orilla del río en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Todos los surcos y las depresiones del terreno se habían convertido en charcos. El camino estaba enfangado y resbaladizo. Los dos hombres resbalaban y tenían que mantener el equilibrio con los brazos abiertos.

Al final del sendero llegaron a una roca de treinta centímetros de ancho. A la derecha, fluía y gorgoteaba el río, llenaba la oscuridad con un sonido denso; era como una franja de ébano que, a aquella hora de la noche, parecía más aceite crudo que agua. A la izquierda, la orilla se elevaba unos dos o tres metros y, en algunos puntos, las sobresalientes raíces de los sauces, robles y arces cubrían la pared de tierra.

Sin ayuda de una linterna, Sam condujo a Paul hacia el oeste, hacia las montañas. Paul seguía su pelo blanco como la nieve, un rastro fantasmagórico y luminiscente. El anciano tropezaba de vez en cuando; pero la mayor parte del tiempo se mantenía seguro sobre sus pies, y nunca maldecía cuando tropezaba. Caminaba sorprendentemente callado y daba la sensación de que, después de muchos años, hubiese recobrado la habilidad y el talento del experto guerrero.

Paul recordó que aquello era la guerra, que iban a matar a un hombre; al enemigo. ¿A varios hombres…?

El aire, denso y caliente, estaba impregnado del olor a musgo húmedo y del vapor rancio de las plantas que se descomponían en el lodo del borde del agua.

Al cabo de un rato, Sam encontró una serie de salientes cincelados por el agua, a modo de escalones, que los ayudaron a volver a subir la pendiente que bajaba hasta el río. Salieron a un huerto de manzanos situado en la vertiente del extremo oeste del pueblo.

Resonó un trueno en lo alto que trastornó a los pájaros que había en los manzanos.

Se dirigieron al norte. Habían tomado el camino más seguro —y también el más largo— para llegar a la parte posterior del edificio municipal. No tardaron en llegar a una valla blanca de aproximadamente un metro de altura y que marcaba el final del huerto y el borde de Main Street, en el punto conocido por los del lugar como la carretera del aserradero.

Después de haber mirado a ambos lados y de haber estudiado detenidamente el terreno sobre el que se hallaban, cuando tuvo la certeza de que nadie podía verlo, Sam saltó la valla. Estaba ágil como un joven. Atravesó corriendo el camino y no tardó en desaparecer al otro lado, en un denso bosquecillo de pinos, abedules escuálidos y matorrales.

Paul introdujo la pistola en su cinturón, colocó ambas manos sobre la valla y miró calle arriba y calle abajo, como había hecho antes Sam; pero le detuvo de pronto una fuerte acometida de temblores incontrolables. Tenía el estómago revuelto y apenas aliento.

Trató de convencerse de que eran sus pies mojados los causantes de aquellos temblores, aunque sabía que no era así: la noche estaba templada y él tenía los pies mojados, pero no fríos. Temblaba por una sola y única razón; porque iba a matar a un hombre.

O a ser matado…

Esa era otra posibilidad.

Se mareó.

Sintió vértigo.

Siguió a Sam.

Lolah Tayback estaba desnuda delante de él.

—Soy el dueño absoluto.

—Sí, señor.
—Mírame, Lolah.
Ella siguió mirando al suelo.
—Lolah.
Voz quebrada. Lágrimas.
—Déjeme marchar.
—¿Qué te pasa?
—Estoy asustada.
—¿No te gusto?
No contestó.
—¿Te gusto, Lolah?
—Sí, señor.
—Dime la verdad, Lolah.
—No… me… gusta.
Le dio una bofetada.
Ella perdió el equilibrio y cayó sobre el escritorio.
—Puta.
—No me haga daño.
—Bestia.
—No me haga daño, por favor.
—Voy a matarte.
—No.
La golpeó con el puño.
Y siguió golpeándola.

Dos postes gemelos de aluminio en forma de arco iluminaban el aparcamiento situado detrás del edificio municipal. A la desnuda luz blanquiazul, las agujas de los pinos cercanos parecían plumas. Los faroles hacían que el mojado pavimento brillase como alquitrán derretido y transformaban los charcos en espejos rotos; centelleaban suavemente en los parabrisas de varios automóviles,

incluidos la ambulancia del pueblo y uno de los coches patrulla de la policía.

Cuando Sam abrió la puerta posterior del edificio y Paul entró en el pasillo de la planta baja, dos hombres levantaron la mirada con sorpresa. Bob Thorp sacó el revólver de la pistolera que tenía en la cintura. El otro hombre, un funcionario uniformado, levantó su escopeta.

—Yo soy la llave —se apresuró a decir Paul.

—Yo soy la cerradura —respondieron ambos al unísono.

—Hablad en voz baja.

Ellos asintieron con la cabeza.

—Bob, guarda el revólver en la funda.

—De acuerdo.

—Y tú, baja la escopeta.

El funcionario obedeció.

Al abrir a aquellos hombres, al manipularlos y presionar los profundos resortes de sus mentes, Paul no sintió ni el triunfo ni la alegría del dominio; por el contrario, consciente de que sus vidas, su cordura y su dignidad estaban en sus manos, prácticamente le sobrecogió un sentido de solemne responsabilidad que, por un momento, lo dejó paralizado.

Sam abrió la primera puerta de la derecha, encendió las luces fluorescentes e hizo entrar a todos en aquella habitación, que resultó ser un archivo.

22.36

Ra-ta-ta-ta-ta-ta… Salsbury tenía los nudillos despellejados; las manos, cubiertas de una fina capa de sangre: su sangre y la de ella.

Cogió un Smith & Wesson, calibre 38 especial para la policía, del armario de las armas que había detrás del escritorio de Thorp.

Encontró una caja de balas en la última estantería y cargó el revólver.

Volvió junto a Lolah Tayback.

Ésta estaba en el suelo, en el centro de la habitación, tumbada de lado y con las rodillas dobladas. Tenía ambos ojos amoratados e hinchados; el labio inferior, partido; el tabique nasal, roto y, de su delicada nariz, salía sangre. Aun cuando apenas estaba consciente, gimió dolorosamente al verlo.

—Pobrecita Lolah —dijo él con fingida compasión.

A través de las delgadas ranuras de sus hinchados párpados, la mujer lo miró con aprensión.

Salsbury apuntó el revólver a su rostro. Ella cerró los ojos.

Con el cañón de la 38, dibujó unos círculos alrededor de sus pechos y le apretó los pezones. Ella se estremeció. Eso a él le encantó.

La habitación del archivo era un lugar frío e impersonal La desnuda iluminación fluorescente, las paredes pintadas de un color verde similar al utilizado en los hospitales, las persianas amarillentas, las filas y filas de armarios grises de metal y el suelo de baldosas marrones lo convertían en el lugar perfecto para un interrogatorio.

—Bob, ¿hay alguien en tu despacho en estos momentos? —preguntó Sam.

—Sí, dos personas.

—¿Quiénes son?

—Lolah Tayback…, y él.

—¿Quién es él?

—No… lo sé.

—¿No sabe cómo se llama?

—¡Caramba!, me temo que no.

—¿Se trata de Salsbury?

Thorp se encogió de hombros.

—¿Es un hombre algo rechoncho?

—Sí, debe de tener unos dieciocho kilos de más —contestó Thorp.

—¿Y lleva unas gafas de cristales muy gruesos?

—Sí, es él.

—¿Y está solo con Lolah?

—Eso es lo que he dicho antes.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—¿Y sus amigos? —intervino Paul.

—¿Qué amigos? —preguntó Thorp a su vez.

—Los del helicóptero.

—No están aquí.

—¿Ninguno de los dos?

—Ninguno de los dos.

—¿Dónde están?

—No lo sé.

—¿Están en el aserradero?

—No lo sé.

—¿Van a volver?

—Tampoco lo sé.

—¿Quiénes son?

—Lo siento, pero no lo sé.

—Creo que eso es todo —concluyó Sam.

—¿Vamos a por él? —preguntó Paul.

—Ahora mismo.

—Yo entraré primero, forzando la puerta.

—Yo soy mayor que tú —replicó Sam—, tengo menos que perder.

—Yo soy más joven… y más rápido —se opuso Paul.

—Aquí la rapidez es lo de menos, no nos está esperando.

—O quizá sí —dijo Paul.

—Está bien —aceptó Sam a regañadientes—, tú primero; pero yo iré detrás de ti pisándote los talones.

Salsbury la obligó a ponerse boca arriba. Le separó las piernas con una mano y metió el frío cañón de acero del 38 entre sus sedosos muslos; se estremeció y se relamió los labios. Con la mano izquierda se ajustó las gafas sobre la nariz.

—¿Te gustaría? —preguntó lleno de ansiedad—. ¿Te gustaría? Bien, pues voy a dártelo, todo, centímetro a centímetro. ¿Me oyes, perra asquerosa? Bestezuela. Voy a abrirte de arriba abajo, en canal. Voy a dártelo verdadera y realmente…

Paul se detuvo delante de la puerta cerrada del despacho del jefe de policía. Cuando oyó a Salsbury hablar dentro y tuvo la certeza de que el hombre no había advertido su presencia en el edificio, abrió la puerta de golpe y se precipitó al interior, agachado, con el gran Magnum del calibre 357 preparado por delante de él.

En un primer momento no dio crédito a lo que estaba viendo, no quiso creer lo que estaba viendo. Tumbada en el suelo había una mujer joven que, evidentemente, había sido golpeada de forma brutal, estaba completamente estirada y con las piernas abiertas, consciente pero aturdida. Y Salsbury aparecía congestionado, cubierto de sudor y manchado de sangre; su mirada era salvaje, los ojos de un loco. Se encontraba arrodillado junto a la mujer y parecía un duende, un malvado y repugnante duende de ojos saltones. Había metido un revólver entre los pálidos muslos de la joven en una vil y grotesca imitación del acto sexual. Paul se quedó tan paralizado por la escena, tan pasmado por la repulsión de aquella atrocidad que, durante unos segundos, olvidó completamente de que estaba en un grave peligro.

Salsbury aprovechó aquella incapacidad de Paul y de Sam para reaccionar; se levantó de un salto, como atacado por una descarga eléctrica, apuntó su revólver y disparó a la cabeza de Paul.

La bala pasó por encima, pero no a más de tres o cuatro centímetros, y se incrustó en la pared junto a la puerta; sobre los hombros de Paul cayeron trozos de yeso.

Este, todavía agachado, lanzó dos rápidos disparos. El primero no dio en el blanco, se estrelló en la persiana y rompió uno de los cristales; el segundo penetró en el hombro izquierdo de Salsbury, a unos diez centímetros por encima del pezón, y provocó que Salsbury soltase el arma, que pegase un respingo, que le levantó casi los pies del suelo y que cayese hacia atrás como si fuera un saco lleno de trapos.

El impacto de la bala lo había arrojado al suelo y provocado que se estrellase contra la pared que había entre las ventanas. Salsbury se apretó el hombro izquierdo con la mano derecha, pero aunque presionó, la sangre siguió fluyendo entre los dedos. El dolor latía rítmicamente en su interior, muy dentro, igual que lo había hecho el poder con anterioridad: *Ra-ta-ta-ta-ta-ta*…

Se le acercó un hombre; ojos azules, pelo rizado.

No era capaz de ver con claridad, todo estaba borroso. Pero la visión de aquellos luminosos ojos azules fue suficiente para lanzarlo violentamente atrás en el tiempo, al recuerdo de otro par de ojos azules.

—Parker.

—¿Quién es Parker? —preguntó el hombre de los ojos azules.

—No te burles de mí. Por favor, no te burles de mí.

—No me estoy burlando de nadie.

—No me toques.

—¿Quién es Parker?

—Por favor, no me toques, Parker.

—¿Yo? Yo no me llamo así.

Salsbury empezó a llorar.

El hombre de los ojos azules le cogió por la barbilla y le obligó a levantar la cabeza.

—¡Mírame, maldita sea! Mírame bien.

—Me haces mucho daño, Parker.

—Yo no soy Parker.

El violento dolor se hizo soportable por un momento.

—¿No eres Parker?

—Me llamo Annendale.

El dolor volvió a hacer su aparición, pero el pasado se quedó donde debía estar. Salsbury parpadeó.

—Ah, claro, Annendale.

—Voy a hacerte unas cuantas preguntas.

—Me duele muchísimo. Me has disparado, me has herido, esto no es justo.

—Vas a contestar a mis preguntas.

—No, no contestaré a ninguna pregunta.

—Todas; las contestarás todas, o te arrancaré la cabeza.

—Pues muy bien, hazlo. Arráncame la cabeza. Eso siempre será mejor que perderlo todo, mejor que perder el poder.

—¿Quiénes son los hombres del helicóptero?

—No es asunto tuyo.

—¿Son del Gobierno?

—Lárgate.

—Morirás tarde o temprano, Salsbury.

—¿Ah, sí? ¡Y un cuerno!

—Vas a morir, sería preferible que te ahorrases algo de dolor.

Salsbury no dijo nada.

—¿Son del Gobierno?

—¡Vete a la mierda!

El hombre de los ojos azules dio la vuelta al revólver en su mano derecha y golpeó con la culata la mano derecha de Salsbury, el cual

tuvo la sensación de que unos fragmentos dentados de vidrio habían entrado en sus despellejados nudillos. Pero ése sólo fue el menor de los dolores, la sacudida le recorrió el brazo hasta llegar a la tierna y ensangrentada herida del hombro.

Empezó a gemir, se inclinó hacia delante y estuvo a punto de vomitar.

—¿Comprendes ahora a lo que me refería?

—¡Bastardo!

—¿Eran hombres del Gobierno?

—¿Sabes… lo que te… digo? Que te jodan.

Klinger aparcó el coche en West Main Street, a dos manzanas de la plaza del pueblo.

Salió de detrás del volante, cerró la puerta… y oyó un tiroteo. Tres disparos, uno después del otro, en el interior, amortiguado el sonido por las paredes, no muy lejos, hacia el centro del pueblo. ¿El edificio municipal? Se quedó por lo menos un minuto inmóvil con el oído aguzado, pero no hubo más disparos.

Sacó su revólver Webley, calibre 32, de cañón corto, de la pistolera que llevaba en el tobillo y quitó el seguro.

Echó a correr y se metió en la calle junto al cine Union; un camino más seguro, aunque más largo, que lo llevaría a la puerta posterior del edificio municipal.

Capítulo 9

22.55

Lolah Tayback iba en la ambulancia, echada en una camilla, sujetada por correas a la altura de los muslos y del pecho, y una rígida sábana blanca cubriéndola hasta el cuello. Le habían levantado la cabeza con dos almohadas para evitar que se asfixiase con su propia sangre durante el viaje hasta el hospital de Bexford. Respiraba con regularidad pero dificultosamente; cada vez que lo hacía emitía suaves gemidos.

Sam estaba con Anson Crowell, el policía de noche de Thorp, debajo de las puertas abiertas de la parte de atrás.

—Bien, empecemos de nuevo. ¿Qué le ha sucedido?

—Ha sido agredida por un violador —contestó el policía, como Sam lo había programado para que dijese.

—¿Dónde ha ocurrido?

—En su apartamento.

—¿Quién la ha encontrado?

—Yo.

—¿Quién ha llamado a la policía?

—Sus vecinos.

—¿Por qué?

—Han oído gritos.

—¿Han cogido al agresor?

—Me temo que no.

—¿Saben quién es?

—No, pero estamos trabajando en ello.

—¿Tiene alguna pista?

—Un par de ellas.

—¿Cuáles son?

—Preferiría no hablar todavía de ello.

—¿Por qué no?

—Podría perjudicar a la investigación.

—¿Por comentarlo con otro policía?

—En Black River somos extremadamente prudentes.

—¿No es esto ser un poco demasiado prudentes?

—No se ofenda, es así como trabajamos nosotros.

—¿Tiene usted una descripción del hombre?

El policía recitó una lista de características físicas que Sam le había metido en la cabeza. El fingido agresor no se parecía ni remotamente al verdadero, Ogden Salsbury.

—¿Qué pasaría si la policía del Estado o la de Bexford se ofreciesen para ayudar en el caso?

—Les diría que muchísimas gracias, pero que vamos a llevarlo nosotros. Lo hemos decidido así. Además, yo no tengo autoridad para permitir que intervenga nadie, es competencia del jefe de policía.

—Está bien. Suba a la ambulancia.

El hombre subió a la parte posterior de la ambulancia y se sentó en un banco acolchado, junto a la camilla de Lolah Tayback.

—Acuérdense de que tienen que detenerse al final de Main Street para recoger al amigo de la chica —le recordó Sam. Había hablado ya con Phil Karkov por teléfono, lo había preparado para representar en el hospital el papel del amante loco de ansiedad; de la misma forma que había preparado a Lolah para representar el papel de una asustada víctima de violación, que había sido atacada en su apartamento—. Phil se quedará con ella en el hospital, pero

ustedes han de regresar en cuanto les hayan informado de que ella se pondrá bien.

—Comprendido —asintió Crowell.

Sam cerró las puertas. A continuación, se dirigió a la ventanilla del conductor para reforzar la historia que había introducido en la mente del bombero, que esa noche prestaba servicio voluntario e iba detrás del volante.

Al principio no parecía haber forma de debilitar la voluntad de hierro de Salsbury, no había manera de hacerle hablar y que revelara su secreto. Sufría muchísimo, temblaba, sudaba y se encontraba aturdido, pero se negaba a facilitar las cosas. Estaba sentado en una silla del despacho de Thorp, con un aire de autoridad que no tenía ningún sentido en aquellas circunstancias. Reclinado contra el respaldo, se apretaba la herida del hombro y mantenía los ojos cerrados. La mayoría de las veces ignoraba las preguntas de Paul. De vez en cuando contestaba con una retahíla de maldiciones y de tacos, que sonaban como si hubiesen sido preparados para transmitir el significado mínimo.

Además, Paul no era un inquisidor nato. Suponía que, de conocer la forma adecuada de perturbar a Salsbury, de saber cómo conseguir que el hombre sufriese mentalmente sin llegar a destruirlo, y de haber tenido las agallas para ello, podría obtener la verdad en poco tiempo. Cuando la terquedad de Salsbury llegó a ser particularmente enloquecedora, Paul empezó a golpear la herida del hombro con la culata de su revólver. Salsbury se puso a gemir; pero no fue suficiente como para hacerle hablar. Y Paul era incapaz de cualquier otra crueldad eficaz.

—¿Quiénes son los hombres del helicóptero?

Salsbury no contestó.

—¿Trabajan para el Gobierno?

Silencio.

—¿Se trata de un proyecto del Gobierno?

—¡Vete al infierno!

Si hubiese sabido qué era lo que más aterrorizaba a Salsbury, habría podido utilizarlo para acabar con su resistencia. Todo el mundo estaba conformado por uno o más miedos profundamente arraigados; algunos de ellos bastante racionales y otros, completamente irracionales. Y, en un hombre como aquél, un hombre que estaba aparentemente en la zona fronteriza de la cordura, debía de haber un número mayor de terrores de lo usual para explotar. Por ejemplo, si Salsbury hubiese tenido miedo a las alturas, había podido llevar a aquel bastardo hasta el campanario de la iglesia y amenazarlo con arrojarlo desde allí si no hablaba; de haber estado Salsbury aquejado de agorafobia, lo habría llevado al mayor y más despejado lugar abierto del pueblo, tal vez al campo de béisbol, y lo habría dejado allí plantado justo en el centro; si, al igual que el protagonista de «1984», la sola idea de ser metido en una jaula con ratas lo hubiese puesto al borde de la locura…

Paul recordó de pronto cómo había reaccionado Salsbury cuando él entró en la habitación. El hombre había sufrido una conmoción, se había pegado un susto de muerte, se había quedado anonadado. Y no había sido únicamente porque Paul lo hubiese sorprendido; se había aterrorizado porque, por alguna razón que sólo él conocía, creyó que Paul era un hombre llamado Parker.

Se preguntó qué le habría hecho Parker. ¿Qué podía haberle hecho para dejar semejante profundo e indeleble terror?

—Salsbury.

Silencio.

—¿Quiénes son los hombres del helicóptero?

—Eres un pelmazo de mierda.

—¿Trabajan para el Gobierno?

—Un pelmazo de marca mayor.

—¿Sabes lo que voy a hacerte, Salsbury?

No se dignó contestar.

—¿Sabes lo que voy a hacerte? —volvió a preguntar Paul.

—Da igual, nada podrá hacerme hablar.

—Voy a hacerte… lo que te hizo Parker.

Salsbury no contestó, no abrió los ojos; pero se puso rígido, tenso, con todos los músculos apretados.

—Exactamente lo que te hizo Parker.

Cuando Salsbury abrió por fin los ojos, había en ellos un monstruoso horror, una mirada obsesiva y maníaca que Paul no había visto en ningún otro ser, salvo en los ojos de animales salvajes perseguidos y aterrorizados.

Pensó que había dado en el clavo, que allí estaba la clave, el punto de presión, el cuchillo con el que acabaría con su tenacidad. ¿Pero cómo tendría que reaccionar si Salsbury descubría su fanfarronada?

Estaba muy cerca de obtener la verdad, muy cerca; sólo que no tenía la más mínima idea de lo que Parker había hecho.

—¿Cómo es que conoces…? ¿Cómo es que conoces a Parker? —preguntó Salsbury, con una voz que era un débil y patético quejido.

Paul cobró ánimos. Si Salsbury no recordaba que había sido él quien había mencionado al tal Parker, eso significaba que sólo el nombre tenía ya mucho peso.

—El porqué lo conozco no viene al caso —dijo Paul, de forma cortante—, pero lo conozco; y lo conozco bien. Y sé lo que te hizo.

—Yo, yo… sólo tenía once años. No harías una cosa así.

—Lo haría; y disfrutaría con ello.

—Pero tú no eres de ese estilo —quiso creer Salsbury, en un tono lleno de desesperación. Su piel había estado brillando de sudor; en aquellos momentos, estaba empapada—. ¡No eres de ésos!

—¿A qué te refieres?

—¡Un maricón! ¡Tú no eres uno de esos sucios maricones!

Todavía de farol, pero ahora con mejores cartas sobre la mesa, Paul se aventuró:

—No todos parecemos lo que somos, ya lo sabes. La mayoría de nosotros no lo pregona.

—Tú has estado casado.

—Eso no quiere decir nada.

—¡Has tenido hijos!

Paul se encogió de hombros.

—¡Andas detrás de esa puta de Edison!

—Ogden.

No contestó.

—Levántate, Ogden.

—No me toques.

—Inclínate sobre el escritorio.

—No pienso ponerme de pie.

—Venga, te gustará.

—No, no quiero.

—Te gustaba cuando te lo hacía Parker.

—¡Eso no es verdad!

—¡Tú sí que eres de ésos!

—No es verdad.

—Confiésalo.

No se movió.

—Te encanta el griego.

—No —rechazó Salsbury, y acompañó esta negación con una mueca de dolor.

—Inclínate sobre el escritorio.

—Duele mucho…

—Por supuesto. Y ahora levántate, inclínate sobre el escritorio y bájate los pantalones. ¡Venga!

A Salsbury le recorrió un escalofrío. Su rostro tenía el color de la ceniza y estaba tenso.

—Si no te levantas, Ogden, te arrancaré a la fuerza de la silla. No puedes rechazarme; no puedes huir de mí; no puedes luchar, no cuando yo tengo un arma y tú tienes los brazos destrozados.

—¡Oh, no, Dios mío! —exclamó Salsbury en un tono lleno de desesperación.

—Te gustará, te gustará el dolor. Parker me ha contado cuánto te gusta el dolor.

Salsbury empezó a llorar. No lo hacía suave y calladamente, sino con sonoros y atormentados sollozos. De sus ojos saltaban literalmente las lágrimas. Empezó a estremecerse y a balbucir.

—¿Tienes miedo, Ogden?

—Mi-miedo, sí.

—Puedes evitarlo.

—Que… me…

—Que te viole, sí.

—¿Có-cómo?

—Contestando a mis preguntas.

—No quiero hacerlo.

—En ese caso, ponte de pie.

—Por favor…

Avergonzado de sí mismo, asqueado por aquel juego violento, pero decidido a seguir adelante, Paul asió la camisa de Salsbury. Lo sacudió y trató de levantarlo de la silla.

—Cuando yo haya terminado, te dejaré en manos de Bob Thorp, te taparé la boca para que no puedas hablarle, y lo programaré para que te viole. —Por supuesto, no sería capaz de hacer una cosa así, pero era evidente que Salsbury estaba convencido de que sí—. Y no solamente Thorp, habrá otros; por lo menos media docena.

Con esto, desapareció la resistencia de Salsbury.

—Todo, te lo contaré todo —dijo con la voz distorsionada por el entrecortado sollozo que no podía controlar—, todo lo que quieras, pero no me toques. Oh, Dios mío. ¡No me toques! No hagas que me desnude, no me toques, no me toques.

Sin dejar de retorcer la camisa de Salsbury con su mano izquierda, inclinado sobre el hombre, casi gritándole en el rostro, Paul preguntó:

—¿Quiénes son los hombres del helicóptero? A menos que quieras que te trabajemos hasta que estés en carne viva, te aconsejo que me digas quiénes son.

—Dawson y Klinger.

—Eran tres.

—No sé cómo se llama el piloto.

—Dawson y Klinger. ¿Y sus nombres de pila?

—Leonard Dawson y…

—¿Leonard Dawson?, ¿el famoso Leonard Dawson?

—Sí. Y Ernst Klinger.

—¿Trabaja Klinger para el Gobierno?

—Es un general del Ejército.

—¿Se trata de un proyecto militar?

—No.

—¿Es un proyecto del Gobierno?

—No —contestó Salsbury.

Paul sabía lo que tenía que preguntar, no titubeó ni un momento durante el intenso interrogatorio al que lo sometió a continuación.

Y no hubo ni un solo momento en que Salsbury se atreviese a titubear.

Ernst Klinger se agachó detrás de un muro de arbustos de un metro de altura que había en el callejón que daba al aparcamiento municipal. Atónito, confundido, vio que metían a la mujer en la furgoneta blanca, marca Cadillac, que tenía las palabras «Black River Urgencias» pintadas con letras rojas en el lateral.

A las once y dos minutos, la ambulancia salió del aparcamiento, se metió por el callejón y, desde allí, giró hacia la parte norte de Union Road. Dobló luego a la derecha, hacia la plaza.

Sus luminosos destellos de luz roja recorrían los árboles y los edificios y lanzaban ráfagas de luz carmesí que avanzaban serpenteando por el mojado pavimento.

El hombre de la barba y el cabello blanco que estaba en el aparcamiento era Sam Edison. Klinger lo reconoció por una fotografía que había visto, poco más de una hora antes, en una de las habitaciones de la vivienda de la tienda.

Edison se quedó mirando a la ambulancia hasta que giró hacia el este en la plaza. Estaba demasiado lejos de Klinger para que éste pudiese dispararle con el Webley. Cuando la ambulancia desapareció de la vista, Sam entró en el edificio municipal.

Klinger se preguntó si habrían perdido el control del pueblo, si todo se había venido abajo: la prueba práctica, el proyecto, el plan, el futuro… Parecía claro que así era. Seguro. Por consiguiente…, ¿no era hora de marcharse de Black River, del país con un buen montón de dinero en efectivo y con la identidad falsa que le había proporcionado Leonard?

Por otra parte pensaba que no debía dejarse llevar por el pánico, que no debía precipitarse. Esperar, ver qué pasaba a continuación, concederle a la situación algunos minutos más.

Miró el reloj: 11.03.

Tronó en las montañas.

Iba a llover otra vez.

11.04.

Había estado en cuclillas tanto rato que le dolían las piernas; deseaba ponerse de pie y estirarse.

Se preguntó qué demonios estaba esperando. Era imposible tramar una estrategia sin poseer información; tenía que explorar el terreno. Probablemente estaban en la oficina de Thorp, así que se situaría bajo las ventanas y quizá pudiera oír lo que estaban maquinando.

A las once y cinco, atravesó corriendo el callejón y se deslizó, de coche en coche, por todo el aparcamiento y, luego, detrás de un

grueso tronco de pino.

Exactamente igual que en Corea, pensó casi con regocijo, o en Laos a últimos de los cincuenta y exactamente igual a como debió de ser para los más jóvenes en Vietnam: una tarea de comando en una ciudad enemiga, salvo que en esta ocasión la ciudad enemiga era estadounidense.

23.05

Sam se detuvo en la puerta y miró a Ogden Salsbury, que estaba todavía en la silla giratoria de la oficina.

—¿Estás seguro de que te lo ha contado todo? —le preguntó a Paul.

—Sí.

—¿Y de que todo lo que te ha dicho es cierto?

—Sí.

—Es de vital importancia, Paul.

—No ha ocultado nada ni me ha mentido; estoy seguro de ello.

Salsbury, que apestaba a sudor y a sangre y lloraba en silencio, miraba alternativamente a uno y a otro.

Paul se preguntó si Salsbury se estaría enterando de algo. ¿O estaba destrozado, hecho pedazos? ¿Era incapaz de pensar con claridad, incapaz de pensar en absoluto?

Se sentía sucio, enfermo por dentro. Al enfrentarse con Salsbury, había descendido hasta el nivel de ese hombre. Se dijo que, al fin y al cabo, estaban en los años setenta, en los verdaderos primeros años de un magnífico nuevo mundo, una época en la que la supervivencia individual era difícil y, sin embargo, contaba más que cualquier otra cosa, la era de la máquina y de la moralidad de la máquina, quizá la única época, en todo el lapso de la historia, en la que el fin justificaba verdaderamente los medios; pero siguió sintiéndose sucio.

—Bien, pues ha llegado el momento —dijo Sam, en voz baja—. Uno de nosotros tiene que… hacerlo.

—Según parece, un hombre llamado Parker lo violó cuando tenía once años —le informó Paul. Estaba hablando con Sam, pero miraba a Ogden Salsbury.

—¿Y eso qué cambia? —preguntó Sam.

—Cambia mucho.

—¿Cambia algo que Hitler hubiese nacido de un padre sifilítico? ¿Cambia algo que estuviese loco? ¿Nos devuelve ello a los seis millones de muertos? —Sam hablaba suavemente, pero con una fuerza tremenda; temblaba—. ¿Acaso lo que le sucedió cuando tenía once años justifica lo que le hizo a Mark? Si Salsbury gana, si se convierte en el amo de cualquier persona, ¿importa lo que ocurrió cuando tenía once años?

—¿No existe otra forma de detenerlo? —preguntó Paul, a pesar de que conocía la respuesta.

—Ya hemos discutido sobre ello.

—Me temo que así es.

—Yo lo haré —decidió Sam.

—No. Si no puedo reunir el valor suficiente para actuar en este asunto, no te seré de ninguna ayuda más tarde, con Dawson y con Klinger. No me extrañaría que tuviéramos problemas con ellos. Tienes que estar seguro de que puedes contar conmigo en los momentos difíciles.

Salsbury se humedeció los labios con la lengua; se miró la camisa empapada de sangre y, luego, miró a Paul.

—¿No iréis a matarme? ¿No me… mataréis?

Paul levantó el Smith & Wesson Combat Magnum.

Salsbury apartó la ensangrentada mano de su hombro izquierdo y la largó como si fuera a estrechar la de otra persona.

—Esperad. Os haré socios, a ambos, socios míos.

Paul apuntó al centro del pecho del hombre.

—Si os convertís en mis socios, lo tendréis todo, todo lo que queráis, más dinero del que jamás podréis gastar, todo el dinero del mundo. ¡Pensad en ello!

Paul pensó en Lolah Tayback.

—Socios. Y eso no sólo significa dinero. Mujeres, podréis tener todas las mujeres que queráis, cualquier mujer que queráis, sea quien sea, se arrastraran ante vosotros. Y hombres, si eso es lo que os gusta. Hasta podréis conseguir niños, niñas, de nueve o diez años, niños pequeños. Cualquier cosa que queráis.

Paul pensó en Mark: una masa informe de carne congelada arrojada dentro de un congelador.

Y pensó en Rya: tal vez traumatizada, pero con oportunidad de tener una vida medianamente normal.

Apretó el gatillo. El Magnum calibre 357 cobró vida en su mano.

A causa del impresionante efecto del revólver, que sacudió a Paul desde la mano hasta el hombro, a pesar de haber utilizado una bala de un revólver calibre 38 en lugar de la munición del Magnum, la bala salió alta. Atravesó la garganta de Salsbury.

El armario metálico de las armas de fuego quedó salpicado de sangre y de trozos de carne.

El estruendo del impacto fue ensordecedor. Retumbó en las paredes, hizo eco en el cerebro de Paul, resonó en su memoria como si jamás fuera a salir de allí.

Volvió a apretar el gatillo.

En esta ocasión, la bala sí alcanzó el pecho de Salsbury, y estuvo a punto de derribarlo, a él y a la silla, hacia atrás.

Dio media vuelta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Sam.

—Estoy bien.

De hecho, no sentía nada.

—Hay un lavabo al final del pasillo, a la izquierda.

—Estoy bien, Sam.

—Parece…

—He matado hombres en la guerra, he matado hombres en Asia, ¿recuerdas?

—Eso es distinto, por lo menos así lo entiendo yo. En la guerra siempre es con rifles, con granadas o con morteros, nunca a un metro de distancia con un revólver.

—Estoy bien, créeme. Estoy bien.

Se dirigió a la puerta y empujó a Sam al pasar, salió al pasillo, giró a la izquierda, corrió al lavabo y vomitó.

Se alejó a hurtadillas como un cangrejo, con la Webley preparada en la mano derecha, y corrió hasta la parte oeste del edificio municipal, donde descubrió que la hierba estaba llena de cristales. No había hecho ruido al correr desde los arbustos, pero ahora los fragmentos de cristal se quebraban y crujían bajo sus zapatos y Klinger lanzó silenciosas maldiciones. Una de las ventanas de la oficina del jefe de policía estaba rota y se habían deformado algunos listones de la persiana, lo que le proporcionaba una mirilla adecuada para su trabajo de reconocimiento.

Cuando empezó a incorporarse para echar un vistazo al interior, cauteloso como el ratón suspicaz que olisquea el queso en la trampa, estallaron dos disparos casi enfrente de su rostro. Se quedó helado; luego, se dio cuenta de que no lo habían visto, de que no estaban disparándole a él.

Por entre las torcidas tablillas de la persiana, pudo observar dos tercios de la oficina de Thorp, una estancia severamente amueblada y en cierta forma estéril: paredes de un azul grisáceo, dos archivadores de tres cajones, un escritorio de roble, un tablón de anuncios con marco de aluminio, estanterías de libros y una buena parte de una enorme mesa de metal.

Y Salsbury.

Muerto. Completamente muerto.

¿Dónde estaba Sam Edison? ¿Y el otro, Annendale? ¿Y la mujer, y la niña?

A primera vista daba la sensación de que en el cuarto sólo estaba Salsbury; el cadáver de Salsbury.

Temió perder el rastro de Edison y Annendale, temió que hubiesen podido huir o acercarse hasta él, temió que lo superasen en la táctica; así que se apartó de la ventana y corrió a paso largo hasta el extremo del césped y, luego, atravesó el aparcamiento y el callejón y se escondió de nuevo detrás del seto, desde donde disponía de una buena vista de la puerta posterior del edificio municipal.

Cuando Paul salió del lavabo, Sam lo estaba esperando en el pasillo.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí.

—Es duro.

—Y será peor.

—Eso me temo.

—¡Dios mío!

—¿Qué te ha dicho Salsbury? ¿Quiénes eran los hombres del helicóptero?

Paul se apoyó contra la pared y respondió:

—Sus socios. Uno de ellos es H. Leonard Dawson.

—¡Que me cuelguen!

—El otro es un general del Ejército de Estados Unidos. Se llama Ernst Klinger.

—¿Se trata entonces de un proyecto del Gobierno? —dijo Sam, haciendo una mueca.

—Aunque parezca sorprendente, no es así. Sólo Salsbury, Dawson y Klinger. Algo así como una empresa privada.

Paul tardó tres minutos en darle una idea general sobre la prueba que estaban realizando allí y la conspiración que había detrás de ella.

La mueca de Sam se desvaneció. Se atrevió a sonreír ligeramente.

—En ese caso, tenemos una probabilidad de abortar el proyecto aquí mismo; y para bien.

—Es posible.

—Se trata de un simple problema que consta de cuatro partes —indicó Sam. Levantó un dedo—. Matar a Dawson. —Dos dedos—. Matar a Ernst Klinger. —Tres dedos—. Destruir la información del ordenador de la casa de Greenwich. —Cuatro dedos—. Utilizar el código llave-cerradura para reestructurar los recuerdos de todas las personas del pueblo que han visto u oído algo, para encubrir así los últimos indicios de esta prueba sobre el terreno.

Paul movió la cabeza.

—No sé. A mí no me parece tan simple.

Al menos por el momento, lo que le interesaba a Sam era que su amigo pensase únicamente de una forma positiva. Así que continuó:

—Es factible. En primer lugar…, ¿dónde han ido Dawson y Klinger cuando se han marchado de aquí?

—Al campamento de explotación forestal.

—¿Por qué?

Según lo referido por Salsbury, Paul le explicó a Sam el plan de Dawson de organizar una búsqueda en las montañas.

—Pero él y Klinger no deben de estar ahora en el campamento; tenían previsto bajar al aserradero y establecer allí una especie de cuartel general de campaña una vez se hubiera iniciado la búsqueda. Hay aproximadamente ochenta o noventa hombres que trabajan en los turnos de noche; Dawson quiere situar a una docena de ellos alrededor del aserradero para que vigilen, y reunir al resto para que busquen al otro lado del campamento de explotación forestal.

—Por muchos guardias que pongan, no les servirá de nada; usaremos la frase código para pasar. Llegaremos hasta ellos antes de que sepan lo que ha ocurrido.

—Supongo que es posible.

—Claro que es posible.

—¿Y qué me dices del ordenador de Greenwich?

—Ya nos ocuparemos más tarde —contestó Sam.

—¿Cómo llegaremos hasta él?

—¿No me has dicho que el personal de la casa de Dawson está programado?

—Según palabras de Salsbury, sí.

—Entonces podremos llegar hasta el ordenador.

—¿Y cómo ocultaremos todo lo que está pasando aquí?

—Lo haremos.

—¿Cómo?

—Ése es el menor de los problemas que tenemos entre manos.

—Tu optimismo es increíble.

—Tengo que ser optimista. Y tú también.

Paul se apartó de la pared y sugirió:

—Está bien. Pero Jenny y Rya deben de haber oído los disparos y estarán preocupadas. Antes de subir a la fábrica, tendríamos que volver a la iglesia y ponerlas al corriente, informarles de cómo está la situación.

Sam asintió con la cabeza y le indicó a Paul:

—Sígueme.

—¿Qué hacemos con Salsbury?

—Después.

Salieron por la puerta trasera y empezaron a cruzar el aparcamiento en dirección al callejón.

—Espera —dijo Paul, tras haber dado unos pasos.

Sam se detuvo, se volvió.

—No hay ninguna razón para que tomemos el camino más largo, ahora controlamos el pueblo.

—Tienes toda la razón.

Rodearon el edificio municipal y salieron a la parte este de Main Street.

23.45

Klinger se detuvo en la aterciopelada oscuridad, después de haber subido dos tercios de la escalera que conducía al campanario, y escuchó. Le llegaban las voces de arriba; dos hombres, una mujer y una niña: Edison, Jenny Edison, Annendale y la hija de éste.

Ahora sabía lo que estaba sucediendo en Black River, lo que significaba la matanza de la oficina de Thorp; sabía hasta dónde llegaban los conocimientos de aquellas personas sobre la prueba y sobre todo el trabajo, los proyectos y las intrigas que había detrás de la prueba; y estaba desconcertado.

Supo, por lo que oía, que estaban motivados para resistir, por lo menos en parte, por razones altruistas. Esto estaba más allá de su comprensión. Habría podido comprender perfectamente que quisieran apoderarse del poder de los mensajes subliminales en su propio beneficio; pero altruismo… Siempre había considerado este concepto una estupidez. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que las personas que renunciaban al poder eran mucho más peligrosas y devastadoras que aquellas que lo perseguían, aunque sólo fuese porque eran difíciles de sondear y muy imprevisibles.

Sin embargo, también sabía que era posible detenerlos. La prueba en aquel lugar no era un desastre absoluto; todavía no. No iban a ganar tan fácilmente como pensaban. Todavía no habían acabado con él ni con Dawson. Se podía salvar el proyecto.

Arriba, terminaron de discutir los planes. Se despedían unos de otros, se decían mutuamente que tuviesen cuidado, se deseaban

suerte, se abrazaban, se besaban, se decían que rezarían unos por otros y afirmaban que ya era hora de ponerse en camino.

Sam Edison y Paul Annendale empezaron a bajar los estrechos e inseguros escalones, en medio de la más absoluta oscuridad, sin una linterna, sin una cerilla siquiera que les mostrase el camino, y distanciados de Klinger por dos o tres de los recodos de la larga escalera en espiral.

El apresurado descenso de Klinger fue encubierto por el ruido que hacían los dos hombres encima de él.

Se detuvo en la nave de la iglesia, llena de ecos susurrantes, donde las paredes, el altar y los bancos sólo estaban alumbrados por la escasa luz nocturna de la tormenta que entraba por las ventanas ojivales. No sabía con certeza cómo debía reaccionar.

¿Enfrentarse a ellos allí mismo? ¿Dispararles cuando apareciesen al pie de la escalera?

No. No había suficiente luz para disparar. No podría apuntarlos con la debida precisión. En aquellas circunstancias no podía abatirlos a ambos; y tal vez a ninguno de los dos.

Se le ocurrió buscar rápidamente un interruptor. Podría encender la luz cuando entrasen en la nave y abrir fuego en el mismo instante; pero, aunque hubiese un interruptor cerca, sería imposible encontrarlo a tiempo. Y si no lo encontraba a tiempo, la sorpresa y la ceguera causadas por la luz serían las mismas para él que para ellos.

Aun cuando uno de aquellos santos pintados en las ventanas emplomadas le concediese la gracia de conseguir matar a ambos, alertaría a la mujer que estaba en el campanario. Probablemente estaba armada; era casi seguro que estuviese armada. Y, de ser así, el campanario se convertiría en algo literalmente inexpugnable. Con cualquier tipo de arma, rifle, escopeta o pistola, y municiones de reserva, podría mantenerlo a distancia un tiempo indefinido.

Deseó, clamando a Dios, haber estado equipado adecuadamente. Habría debido contar como mínimo con los

elementos imprescindibles en un combate de retaguardia: una ametralladora de las buenas, preferentemente fabricada en Alemania o en Bélgica, y varios depósitos de cartuchos completamente cargados; un rifle automático con una cartuchera de municiones; y unas cuantas granadas, tres o cuatro. Sobre todo las granadas. Al fin y al cabo, aquello no era un té de señoras; era una típica operación de comando, una típica incursión clandestina en el interior de un territorio hostil.

Detrás de él, Edison y Annendale se encontraban inquietantemente cerca, en el tramo de los últimos peldaños, y bajaban deprisa.

Se precipitó al pasillo lateral y llegó hasta la cuarta o quinta fila de bancos, donde pretendía esconderse entre los asientos de respaldo alto, tropezó con un reclinatorio que algún miembro despistado de la congregación había olvidado levantar después de rezar, y cayó al suelo, causando un fuerte estruendo. Con el corazón latiéndole aceleradamente, se arrastró a gatas por la fila hasta el pasillo central y se tumbó sobre el banco, boca arriba y con la Webley a su lado.

Cuando llegaron a la oscura nave, Paul puso una mano sobre el hombro de Sam.

Sam se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó en un susurro.

—Calla —susurró Paul.

Escucharon el viento de la tormenta, el lejano trueno y los sonidos habituales que producía el edificio.

—¿Pasa algo? —dijo finalmente Sam.

—Sí. ¿Qué ha sido eso?

—¿A qué te refieres?

—A aquel ruido.

—Yo no he oído nada.

Paul escudriñó la oscuridad, que daba la sensación de palpitar a su alrededor. Entornó los ojos, como si eso pudiera ayudarlo a

penetrar los recodos, negros como la tinta, de los rincones y del resto de sombras, de un color negro púrpura. El ambiente era tenebroso, un húmedo y malsano semillero de paranoia. Se frotó la nuca, que, de pronto, sentía helada.

—¿Cómo es posible que puedas haber oído algún ruido con todo el estruendo que hemos armado en las escaleras? —se extrañó Sam.

—Lo he oído. Algo…

—Probablemente era el viento.

—No, ha sido demasiado fuerte para que fuese el viento. Penetrante. Ha sonado como si…, como si alguien hubiese chocado contra una silla.

Esperaron.

Medio minuto. Un minuto.

Nada.

—Vámonos —se impacientó Sam—. Vamonos.

—Espera otro minuto.

Justo en aquel momento una ráfaga de viento particularmente violenta embraveció contra la parte este de la iglesia; una de las ventanas de tres metros de altura se agitó ruidosamente en su marco.

—Ahí lo tienes. ¿Lo ves? Eso es lo que has oído, no era más que la ventana.

—Sí —aceptó Paul, aliviado.

—Tenemos trabajo.

Salieron de la iglesia por la puerta principal y se dirigieron a la parte este de Main Street, donde estaba la furgoneta de Paul aparcada enfrente de la tienda.

Cuando la furgoneta llegó a la carretera del aserradero y sus pilotos de luz quedaron reducidos a diminutos puntos rojos más allá del extremo oeste del pueblo, Klinger salió de la iglesia y corrió

hasta la cabina telefónica que había junto al café de Ultman, a media manzana de la iglesia. Buscó en el delgado listín hasta que encontró los números de teléfono de Big Union Supply Company: había veinte, ocho del campamento de explotación forestal y doce del aserradero propiamente dicho. No había tiempo para probarlos todos. Klinger se preguntó en qué parte de la fábrica habría establecido Dawson su cuartel general. Meditó sobre ello, dolorosamente consciente de los preciosos segundos que transcurrían. Por fin llegó a la conclusión de que las oficinas principales eran el lugar más acorde con la personalidad de Dawson y marcó aquel número.

Después de haber sonado quince veces, justo en el momento en que Klinger estaba a punto de desistir, contestó Dawson, cautelosamente.

—Big Union Supply Company.

—Aquí Klinger.

—¿Has terminado?

—Está muerto, pero no lo he matado yo. Edison y Annendale han llegado primero.

—¿Están en el pueblo?

—En efecto. O más bien estaban. En estos momentos van en tu busca; y en la mía. Creen que ambos estamos en el aserradero.

En menos de un minuto, el general hizo un resumen de la situación como mejor pudo.

—¿Por qué no los has eliminado cuando has tenido la oportunidad en la iglesia? —preguntó Dawson.

—¡Porque no he tenido esa oportunidad! —se defendió Klinger, en un tono de voz lleno de impaciencia—. No he tenido tiempo para organizado de forma adecuada, pero tú sí dispones de tiempo. Sin duda aparcarán a menos de un kilómetro de la fábrica y caminarán hasta allí. Ellos suponen que van a cogerte por sorpresa, pero eres tú quien puede sorprenderlos.

—Escucha, ¿por qué no coges un coche y vienes aquí inmediatamente? Vienes detrás de ellos y así quedarán atrapados entre tú y yo.

—En estas circunstancias, eso no tiene sentido militar, Leonard. Ellos son cuatro y tres van armados, forman un grupo demasiado peligroso para nosotros. Ahora que están divididos en parejas y llenos de confianza en sí mismos la ventaja es nuestra.

—Pero Edison y Annendale conocen la frase código y no puedo contar con los guardias. No puedo utilizar a ninguno de esos hombres, estoy solo.

—Puedes controlar la situación.

—Ernst, yo soy un experto en negocios, en finanzas. Esto está más dentro de tu línea.

—Pero yo tengo trabajo aquí en el pueblo.

—Yo no mato.

—¿Ah, no?

—Así, no.

—¿Qué quieres decir?

—Personalmente, no.

—¿Has cogido armas del campamento?

—Algunas. Y he situado a algunos hombres para vigilar.

—Con un rifle o con una escopeta podrás hacer lo que sea necesario. Sé que podrás hacerlo, yo te he visto tirar al plato con ambas armas.

—No lo comprendes. Va contra mis principios, contra mis creencias religiosas.

—Pues, por el momento, vas a tener que dejarlas de lado. Esto es un asunto de supervivencia.

—Sea o no un asunto de supervivencia, Ernst, no se puede dejar de lado la moralidad. De todos modos, no me seduce la idea de estar aquí solo, de encargarme de esto yo solo; no es bueno.

Mientras trataba de pensar en alguna forma de convencer a Dawson de que podía y debía hacer lo que tenía que hacerse para

así acabar con aquella conversación, al general se le ocurrió una idea que reconoció inmediatamente como hecha a medida para él.

—Leonard, hay una cosa que todo soldado aprende el primer día en el campo de batalla, cuando el enemigo dispara contra él, las granadas explotan a su alrededor y todo parece indicar que no logrará llegar al día siguiente con vida. Si está luchando por la causa justa, por una causa recta, sabe que nunca estará solo; Dios estará siempre con él.

—Tienes razón —aceptó Dawson.

—¿Crees que nuestra causa es justa?

—Por supuesto, estoy haciendo todo esto por Él.

—En ese caso, saldrás airoso de la prueba.

—Tienes razón. No habría debido titubear ante lo que Él tan obviamente desea de mí. Gracias. Ernst.

—No tiene importancia. Será mejor que pongas manos a la obra. En estos momentos deben de estar dejando la furgoneta y tendrás como máximo diez minutos para prepararte.

—¿Y tú?

—Yo volveré a la iglesia.

—Que Dios te proteja.

—Buena suerte.

Ambos colgaron.

Capítulo 10

Sábado, 27 de agosto de 1977

00.10

En las copas de los árboles, el viento ululaba de forma constante y obsesiva. Tronaba con frecuencia y cada trueno era más fuerte y más inquietante que el anterior. Por encima del bosque, los relámpagos iluminaban el cielo de vez en cuando; la descarga eléctrica descendía, vibrante, por el toldo de ramas entrelazadas y dejaba en su estela una serie de imágenes estroboscópicas que deslumbraban los ojos.

Pequeños animales corrían de aquí para allá por la densa maleza, en afanosa búsqueda de comida, agua, compañía o protección. O quizá, pensó Paul cuando uno de ellos atravesó el sendero y le hizo sobresaltarse, tenían miedo de la tormenta que se avecinaba.

Paul y Sam habían esperado encontrar hombres armados y no animales en la linde del bosque que rodeaba el aserradero, pero no había ninguno. A pesar de que las luces del edificio principal estaban encendidas, la estructura parecía, al igual que la tierra que la rodeaba, desierta.

Dieron un rodeo por el borde del bosque. Llegaron finalmente al aparcamiento destinado a los empleados y estudiaron la situación desde detrás de un grueso macizo de laurel.

El helicóptero estaba en el aparcamiento, a unos diez metros de distancia. Junto a él había un hombre, de pie en la oscuridad, que fumaba un cigarrillo y contemplaba los relámpagos y las nubes que pasaban veloces.

—¿Dawson o Klinger? —susurró Paul.

—No creo —contestó Sam.

—Yo tampoco.

—Debe de ser el piloto.

—¿Ves alguna arma?

—No, nada.

—¿Vamos?

—Espera.

—¿Esperar qué?

—El momento adecuado.

Se pusieron a observar.

Unos segundos después, el piloto tiró la colilla y la aplastó bajo la suela de su zapato. Se metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar sin rumbo, sólo para matar el tiempo. Se dirigió hacia los árboles, dio unos pasos por delante de ellos, a unos tres o cuatro metros, se volvió y desanduvo lo andado.

—¡Deprisa! —murmuró Sam.

Paul se incorporó, se abrió camino a través del laurel y corrió hacia el piloto.

El hombre lo oyó y se dio la vuelta. Su rostro era una máscara negra, pero los ojos parecían fosforescentes.

—¿Quién…?

—Yo soy la llave —dijo Paul.

—Yo soy la cerradura.

—Hable en voz baja.

—Sí, señor.

Paul miró al otro lado del helicóptero. Veía las ventanas, en su mayoría iluminadas en el primer y en el segundo piso del edificio principal situado al final del patio de almacenamiento. Si él podía ver

las ventanas, a cualquiera que se le ocurriese mirar hacia fuera podría verlo a su vez, a pesar de la oscuridad. Empujó al piloto hasta el helicóptero, donde eran menos visibles desde el edificio principal.

Sam se reunió con ellos y preguntó.

—¿Cómo se llama?

—Malcolm Spencer.

—¿Es usted el piloto?

—Sí, en efecto.

—¿Dónde está Leonard Dawson?

—En el aserradero.

—¿En qué edificio?

—En el de mayor tamaño.

—¿En qué piso? ¿En la planta baja, en el primero o en el segundo?

—En la planta baja. Hay una especie de zona para ventas al público con…

—¿Y dónde está Ernst Klinger? —interrumpió Sam.

—Está en Black River —contestó Spencer.

—No es posible.

—¿Cómo dice?

—¿Quiere decir que está en el pueblo? —preguntó Paul.

—Exactamente.

Paul y Sam se miraron.

—¿Pasa algo? —quiso saber el piloto. Parecía estar preocupado por ellos.

—Está mintiendo —le acusó Paul.

—No, señor —negó Spencer, sorprendido.

—Yo soy la llave —volvió a decir Paul.

—Yo soy la cerradura.

—¿Dónde está Klinger?

—Está en Black River.

—¡Dios Santo! —exclamó Paul, mirando a Sam.

—¿No ha llevado a Klinger y a Dawson al campamento de explotación forestal? —le preguntó Sam al piloto—. ¿Y no los ha traído luego a la fábrica?

—No, sólo al señor Dawson. El general Klinger se marchó al pueblo desde el campamento.

—¿Cuándo?

—Pocos minutos después de haber llegado allí.

Sonrió con inseguridad. Sus dientes brillaban todavía más que los ojos.

—¿Cómo se fue? ¿No fue en el helicóptero?

—No, señor. Se fue en coche.

—¿Por qué…?

Antes de poder pronunciar una palabra más de su pregunta, Sam se puso a gritar y se precipitó hacia el helicóptero.

En el mismo instante, un disparo de rifle rompió el silencio nocturno.

Paul se arrojó instintivamente al suelo y rodó por él.

Una bala chocó contra el suelo, donde él acababa de estar, y rebotó en la oscuridad.

Una segunda bala se estrelló al otro lado, por lo que quedó atrapado.

Se volvió boca arriba y se sentó. Distinguió al hombre del rifle inmediatamente: de rodillas en una postura de deportista, a menos de diez metros en la linde del bosque. En el recorrido desde el pueblo, Paul había vuelto a cargar el Combat Magnum; lo sujetó con ambas manos y disparó cinco veces seguidas.

Falló las cinco veces.

Sin embargo, el penetrante estruendo de la pistola y el terrible silbido de todas aquellas balas atravesando el aire, pusieron sin duda nervioso al hombre del rifle. En lugar de intentar terminar lo que había empezado, se puso de pie y echó a correr.

Paul se incorporó, dio unos pasos en su dirección y volvió a disparar.

Ileso, el hombre del rifle se encaminó a un recodo que iba hasta la parte posterior del complejo industrial.

—¿Sam?

—Estoy aquí.

Apenas podía ver a Sam, con su ropa oscura junto al suelo negro, y se alegró de que la barba y el cabello blanco del anciano le sirviesen de punto de referencia.

—¿Te ha dado?

—En la pierna.

Paul se acercó.

—¿Muy grave?

—Una herida superficial. Era Dawson. Por todos los demonios, síguelo.

—Pero si estás herido…

—Estoy bien. Le diré a Malcolm que me haga un torniquete. ¡Y ahora síguelo, maldita sea!

Paul echó a correr. Al final del aparcamiento pasó delante del rifle, que estaba en el suelo; o se le había caído a Dawson de forma accidental y, demasiado asustado, no se había detenido a recogerlo, o el pánico le había hecho renunciar a él. Sin dejar de correr, metió la mano en el bolsillo y sacó las balas que tenia de repuesto.

00.15

Los peldaños de madera del campanario crujieron bajo el peso de Klinger. Se detuvo y contó despacio hasta treinta antes de subir otros tres escalones y pararse de nuevo. Si subía demasiado deprisa, la mujer y la niña advertirían que se acercaba. Y si estaban preparadas y esperándolo, eso significaría suicidarse cuando llegase a la plataforma del campanario. Tenía la esperanza de que, si aguantaba unos treinta segundos o incluso un minuto entre cada

breve ascensión, ellas pensaran que el crujido de la escalera no era más que los ruidos habituales o el producto del viento.

Subió tres peldaños más.

00.16

Delante de él, Dawson desapareció detrás de una esquina del aserradero. Cuando Paul llegó a esa misma esquina un momento después, se detuvo y examinó el depósito del patio norte: inmensas pilas de troncos que habían sido amontonados para proporcionar trabajo al aserradero durante el largo invierno; diversas piezas de materiales varios; dos camiones para los portes; una cinta transportadora que corría a lo largo de una rampa inclinada, desde la fábrica hasta el vientre de un gran horno donde se incineraban las cortezas y las virutas de la madera… ¡Demasiados lugares donde Dawson podía esconderse y esperarlo!

Se alejó del patio norte y se dirigió a la puerta situada en la pared oeste del edificio, por donde había venido, a unos diez metros, de la esquina. La puerta no estaba cerrada.

Penetró en un corto e iluminado pasillo que desembocaba en la enorme sala de elaboración del producto: la cadena de toro que, desde la balsa del aserradero, movía las rampas hacia arriba, hasta el edificio; también una sierra tronzadora, un depósito de troncos, el vagón que los trasladaba hasta las sierras que esperaban para convertirlos en maderos, la enorme sierra continua con motor, la máquina lijadora, las sierras desbastadoras, el tanque de inmersión, la rampa de clasificación, la cadena verde y, por fin, los estantes para el almacenamiento. Recordaba todos aquellos términos por una visita que el director había tenido la gentileza de ofrecer a Rya y a Mark dos años antes. En la sala de elaboración estaban encendidas las luces fluorescentes, pero no funcionaba ninguna de

las máquinas; ningún hombre las atendía. A la derecha había un lavabo; a la izquierda, una escalera.

Subió los cuatro pisos —pues el primer nivel tenía una altura de dos plantas para poder acomodar las máquinas— de dos en dos y llegó al recibidor del primer piso. Se detuvo a reflexionar, seguidamente entró en el quinto despacho de la izquierda.

La puerta estaba cerrada.

Le dio dos patadas.

La cerradura se resistió.

En la pared del pasillo había una vitrina que contenía un extintor de incendios y un hacha.

Se metió el revólver en el cinturón, abrió la vitrina y sacó el hacha. Golpeó la manilla de la puerta con la parte plana del hacha. Cuando la manilla se desprendió, saltó el picaporte, que no era de muy buena calidad. Dejó caer el hacha, abrió la puerta rota y entró.

La oficina estaba a oscuras. No encendió ninguna luz porque no quería revelar su posición. Cerró la puerta para que no se viese su silueta por la pálida luz que entraba.

Las ventanas de la pared norte de la oficina daban al tejado de la terraza de la planta baja. Abrió una de ellas, se encaramó y saltó al tejado, que estaba revestido de alquitrán.

Lo sacudió el viento.

Sacó el Combat Magnum del cinturón.

Si Dawson estaba escondido en alguna parte del patio norte, aquélla era la posición más ventajosa desde donde localizarlo.

La oscuridad le ofrecía a Dawson una buena protección, pues no había ninguna luz encendida en el patio.

Habría podido encenderlas, por supuesto; pero no sabia dónde estaban los interruptores y no quería perder tiempo buscándolos.

Lo único que había allí en movimiento era la ruidosa cinta transportadora que rodaba continuamente en la inclinada rampa hasta el horno de desperdicios. Habrían debido pararla como el resto de las máquinas, pero lo habían pasado por alto. La cinta salía

del edificio, directamente debajo de él, y subía hasta un punto situado a unos ocho metros por encima del suelo hasta desembocar en la puerta del horno a unos doce metros de distancia. Dado que el horno en forma de cono —de nueve metros de diámetro en la base, tres metros de diámetro en el extremo superior y doce metros de altura—, se alimentaba con una llama de gas, el fuego nunca se apagaba a menos que el capataz del aserradero lo ordenase. Incluso en aquellos momentos, cuando la cinta no le suministraba combustible, el horno seguía rugiendo. Sin embargo, a juzgar por la intensidad de las llamas que sobresalían de la puerta abierta, varios cientos de kilos del material que había salido del aserradero antes de que Dawson parase las operaciones estaban todavía por ser consumidos.

Aparte de esto, el patio estaba tranquilo y silencioso. A la derecha de la rampa y del horno, se encontraba la balsa del aserradero, con la grúa gigante colgada de gruesos cables sobre su centro. Estaba cargada con troncos que recordaban un poco a pequeños caimanes dormidos. Un estrecho canal de agua, llamado el deslizador, iba desde la balsa hasta la terraza. Cuando el aserradero estaba en funcionamiento, los hombres encargados del deslizador enviaban, a través de este, los troncos a las rampas cubiertas por el tejado de la terraza. Una vez allí, los troncos eran levantados por unas cadenas de toro con ganchos y transportados al sistema de elaboración. Al este y al norte de la balsa, se hallaba el depósito, unas paredes de doce metros de altura para conservar los gigantescos troncos, en vistas a proporcionar trabajo al aserradero durante el invierno. A la izquierda de la rampa y del horno, había dos camiones, un elevador y algunas piezas de pesados utensilios, todo ello apoyado contra la valla de separación del patio de almacenamiento. No se veía a Dawson por ninguna parte.

Después de un trueno, al que siguió un relámpago, empezaron a caer de forma repentina gruesas gotas de lluvia.

Un sexto sentido le dijo a Paul que había oído algo más que el estruendo del trueno. Impulsado por una premonición glacial, se dio media vuelta.

Dawson había salido por la ventana y estaba detrás de él, a menos de un metro de distancia. Era mayor que Paul, unos quince años más, pero también más alto y más corpulento; y tenía un aspecto terrible en aquella noche azotada por la lluvia. Llevaba un hacha. ¡La maldita hacha del extintor! La sujetó con ambas manos, la levantó sobre su cabeza, la hizo balancear.

Klinger se encontraba a medio camino del campanario cuando empezó a llover de nuevo. Las gotas tamborilearon ruidosamente en las ripias del campanario y en el tejado de la iglesia, con lo que le proporcionaron una excelente cobertura para su ascensión.

Esperó hasta estar completamente seguro de que el aguacero iba a durar un rato y, a continuación, subió sin tener que detenerse cada tres peldaños. Ni siquiera oía el crujido que él mismo producía. Pleno de estímulo, rebosante de confianza, con el Webley apretado en su mano derecha, subió la última mitad de las escaleras en menos de un minuto y entró precipitadamente en la plataforma del campanario.

Se agachó. La hoja del hacha silbó por encima de su cabeza. Sobresaltado por sus propios gritos, incapaz de dejar de gritar, súbitamente consciente de que el Smith & Wesson estaba todavía en su mano, Paul apretó el gatillo.

La bala atravesó el hombro derecho de Dawson.

El hacha cayó de sus manos, voló por el espacio oscuro y fue a estrellarse contra el parabrisas de uno de los camiones.

Dawson hizo una pirueta, un movimiento extraño y seguro, y se abalanzó sobre Paul. El Combat Magnum siguió la trayectoria del

hacha.

Abrazados, luchando a brazo partido uno con otro, cayeron del tejado de la terraza.

El campanario contaba con muy poca luz en medio de aquella fuerte tormenta, pero estaba lo bastante iluminado como para que Klinger viese que la única persona que había allí era la hija de Annendale.

Imposible.

Estaba sentada en el suelo, apoyada en la pared, y lo miraba llena de terror.

¿Qué demonios estaba ocurriendo?

Tenía que haber dos. El campanario, con un metro ochenta de lado no era lo suficientemente grande como para jugar al escondite. Lo que veía, pues, tenía que ser cierto; ¡sólo que se suponía que eran dos!

Los truenos estremecían la noche y unos relámpagos, con afiladas puntas como tenedores, apuñalaban la tierra. El viento silbaba a través de la torre sin paredes. Se acercó a la niña.

Ella lo miró y le suplicó con voz entrecortada.

—Por favor…, por favor…, no… dispare.

—¿Dónde está la otra? —preguntó Klinger—. ¿Dónde ha ido?

Oyó una voz a su espalda:

—Eh, señor.

Lo habían oído cuando subía las escaleras, lo estaban esperando.

¿Pero cómo lo habían hecho?

Mareado, temblando, consciente de que era demasiado tarde para ponerse a salvo, se volvió para enfrentarse al peligro. No había nadie. La tormenta proporcionó en aquel memento y oportunamente otra breve explosión de incandescente luz, que le confirmó que

estaba viendo lo que había pensado: la niña y él estaban solos en el campanario.

—Eh, señor.

Levantó la vista.

Una forma negra, similar a un monstruoso murciélago, estaba colgada sobre él. La mujer: Jenny Edison. No podía ver su rostro, pero Klinger no tenía duda alguna sobre su identidad. Mientras él creía que estaba siendo muy listo, ella lo estaba oyendo subir; se había encaramado a la campana y se había sujetado a los soportes de acero, justo en el techo, en el punto más alto del arco, a menos de dos metros sobre su cabeza, como un maldito murciélago.

Han pasado veintisiete años desde que estuve en Corea, pensó, soy demasiado viejo para incursiones de comando, demasiado viejo…

No podía ver el arma que ella tenía en las manos, pero sí sabía que lo que él estaba mirando era su cañón.

Detrás de él, la niña se alejó a gatas de la línea de fuego.

Ocurrió muy deprisa, demasiado deprisa.

—¡Vete con viento fresco, bastardo! —gritó la hija de Edison.

No llegó a oír el disparo.

Dawson aterrizó de espaldas en medio de la rampa. Paul, aprisionado en el torpe, pero eficaz abrazo del otro hombre, cayó sobre éste, aspirando el aliento de ambos.

Después de una larga sacudida, la cinta transportadora se ajustó a sus pesos y empezó a arrastrarlos velozmente, con las cabezas adelante, hacia la boca abierta del horno.

Paul, jadeando y tratando de respirar, logró levantar la cabeza de debajo del pesado pecho de Dawson y vio un círculo de llamas amarillas, naranjas y rojas que se retorcían satánicamente a veintisiete metros delante de él.

Veintitrés metros.

Sin aliento, con una herida de bala en un hombro y después de haberse golpeado la cabeza contra la rampa al caer, Dawson no estaba precisamente en la mejor de las formas para luchar. Aspiró aire, se atragantó con la gruesa lluvia y expulsó agua por la nariz.

En la parte alta de la cinta se produjo un ruido sordo y una violenta vibración.

Dieciocho metros…

Paul trató de salir rodando de aquel camino hacia la muerte.

Dawson se asió a la camisa de Paul con la mano ilesa.

Trece metros…

—Suéltame, bastardo.

Paul se revolvió, se retorció; pero no tenía la suficiente fuerza para liberarse.

Nueve metros…

Reunió sus últimas reservas de energía —los posos del barril—, echó atrás el puño y golpeó a Dawson en el rostro.

Dawson lo soltó.

Cuatro metros…

Lanzando gemidos, notando ya el calor del horno, se arrojó hacia la derecha, fuera de la rampa.

¿A qué distancia del suelo?

Cayó, para su sorpresa con muy poco dolor, sobre un lecho de hierbajos y fango junto a la balsa del aserradero.

Cuando levantó la mirada, vio que Dawson, delirante, inconsciente del peligro hasta que fue demasiado tarde, se introducía de cabeza en aquel crepitante, chisporroteante, abrasador y diabólico pozo de fuego.

Si el hombre gritó, su voz fue ahogada por el imponente clamor de un trueno.

EL DESENLACE

Capítulo 1

Sábado, 27 de agosto de 1977

5.00

La cantina del campamento de explotación forestal era un rectángulo de veinticinco metros por trece. Sam y Rya estaban sentados detrás de una mesa en uno de los extremos de la larga sala. Desde esta mesa, a lo largo de toda la habitación y hasta fuera de la puerta en el otro extremo, se extendía una cola de cansados trabajadores forestales.

Cada vez que uno de los hombres llegaba ante la mesa, Sam utilizaba el poder del programa llave-cerradura para reestructurar su memoria. Una vez arraigados firmemente los nuevos recuerdos, despedía al hombre; y Rya tachaba el nombre de la lista de empleados de Big Union Supply Company.

Entre el trigésimo y el trigésimo primer sujeto, Rya le dijo a Sam:

—¿Cómo te encuentras?

—¿Y cómo te encuentras tú?

—A mí no me han pegado un tiro.

—A ti también te han hecho daño —replicó él.

—Sólo me siento… como si hubiese madurado.

—Y algo más.

—Y triste —reconoció la niña.

—Y triste.

—Porque nunca volveré a ser la misma. Jamás. —Le temblaron los labios; se aclaró la garganta—. Y ahora dime, ¿cómo está tu pierna?

—Está.

Sam le dio un pellizco en la barbilla.

Rya le dio un pellizco en la barba.

Había logrado que la niña sonriera, y eso era una medicina mucho más eficaz que los antibióticos del doctor Troutman.

6.30

Dos horas antes habían empezado a dispersarse las nubes de la tormenta; el amanecer trajo consigo unos bienvenidos rayos de sol otoñal.

En el denso bosque de pinos, a ochocientos metros por encima de Black River, tres hombres bajaron los restos de Dawson y los cuerpos de Salsbury y de Klinger a una fosa común.

—Está bien —les dijo Jenny—, podéis llenarla.

A medida que las paletadas de tierra iban cayendo sobre los cadáveres, el alivio de ella iba en aumento.

Después de haberse detenido en Augusta para abastecerse de combustible, el helicóptero con colores de avispón se posó en la pista de aterrizaje que había detrás de la casa de Greenwich. Eran las nueve y media de la mañana.

—Llene el depósito y póngalo a punto para volver a Black River esta tarde —ordenó Paul.

—Sí, señor —respondió Malcolm Spencer.

—Luego váyase a casa y duerma un poco. Vuelva a las siete de la tarde, así tendremos un poco de tiempo para descansar.

—Puedo aguantar —aseguró Spencer.

Paul salió del helicóptero y se estiró. Se había afeitado, duchado y cambiado de ropa antes de marcharse de Maine, pero eso sólo sirvió para refrescarlo momentáneamente; se sentía tenso, dolorido y profundamente cansado.

Se dirigió a la puerta posterior de la casa de piedra y llamó.

Abrió la puerta una sirvienta, una mujer de unos cincuenta años, regordeta y de rostro agradable, que llevaba el pelo recogido en un moño en la nuca y tenía las manos blancas de harina.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Yo soy la llave.

—Yo soy la cerradura.

—Déjeme entrar.

Ella se apartó.

—¿Dónde está el ordenador? —preguntó, una vez que estuvo dentro.

—¿El qué, señor?

—El ordenador, el ordenador de Dawson.

—No sé de qué me habla, señor.

Él asintió con una inclinación de cabeza.

—Está bien. Olvídese de mí, siga con lo que estaba haciendo. —Recorrió con la vista la muy bien equipada cocina—. Veo que está haciendo un poco de masa, continúe con ello, olvide que he estado aquí.

La mujer volvió, tarareando para sí, al mostrador junto al horno.

Paul se puso a inspeccionar hasta que localizó el cuarto del ordenador. Una vez allí, se sentó delante de una de las consolas de programación y tecleó el código de acceso que le había indicado Salsbury.

El ordenador contestó en todas sus pantallas de lectura de salida:

PROCEDA

Siguió tecleando con un dedo, haciendo exactamente todo lo que había dicho Salsbury, y ordenó:

BORRAR TODOS LOS DATOS ALMACENADOS

Cinco segundos después, la pantalla de lectura de salida indicó:

BORRADOS TODOS LOS DATOS ALMACENADOS

El mensaje desapareció, y apareció durante unos segundos su segunda orden:

BORRAR TODOS LOS PROGRAMAS

Contestación:

SE REQUIERE CONFIRMACIÓN A LA ULTIMA ORDEN

Paul, tan cansado que veía borrosas las letras del teclado, repitió:

BORRAR TODOS LOS PROGRAMAS

Estas cuatro palabras refulgieron en el fondo verde de las pantallas por espacio de casi medio minuto; a continuación, parpadearon varias veces y desaparecieron.

Tecleó las palabras «Black River» y pidió una lectura de salida, así como la impresión de todos los datos relacionados con la prueba.

La computadora no hizo nada.

A continuación tecleó las palabras «llave-cerradura» y pidió una lectura de salida y la completa impresión de toda la información de ese fichero.

Nada.

Ordenó que el ordenador ejecutase un análisis de su propio sistema y que desplegase sus circuitos en los tubos de rayos catódicos.

Los tubos nos mostraron nada.

Se reclinó en la silla y cerró los ojos.

Muchos años atrás, cuando estaba en el instituto, tuvo la ocasión de presenciar cómo un chico perdía un dedo en una carpintería; se lo cercenó en la sierra continua, un impresionante corte entre la segunda y la tercera falange. Durante dos o tres minutos, mientras quienes lo rodeaban se dejaban llevar por el pánico, el muchacho habló del muñón ensangrentado como de una mera curiosidad, y llegó incluso a bromear un poco; pero luego, cuando quienes le prestaban los primeros auxilios se contagiaron de su serenidad, comprendió repentinamente lo que había pasado, advirtió de pronto el dolor y lo que había perdido, y empezó a gritar y a llorar.

De un modo muy similar, dentro de Paul explotó el significado de la muerte de Mark, arremetió contra él con el equivalente emocional de un camión el estrellarse contra una pared de piedra. Paul se inclinó hacia delante y, por primera vez desde que encontró el patético cuerpo de su hijo en el congelador, consiguió llorar.

18.00

Cuando Sam bajó del coche, se quedó un momento contemplando su tienda.

—¿Qué pasa, papá? —quiso saber Jenny.

—Estaba pensando cuánto puedo pedir.

—¿Por la tienda? ¿Quieres venderla?

—Voy a venderla.

—Pero si… es toda tu vida.

—Voy a marcharme de Black River. No puedo quedarme aquí… cuando sé que, en el momento que yo quiera…, puedo abrir a esta

gente con la frase…, que puedo manipularlos.

—Tú no serías capaz de manipularlos —replicó ella, a la vez que lo cogía por un brazo mientras Rya lo hacía por el otro.

—Pero está el hecho de que sé que puedo hacerlo, y una cosa así puede carcomer el alma de cualquiera, roer a una persona por dentro…

Con una a cada lado, subió la escalera del porche. Por primera vez en su vida, se sentía un anciano.

Capítulo 2

Sábado, 1 de Octubre de 1977

El siguiente titular apareció en la parte inferior de la primera página de *The New York Times*:

LA SEÑORA DAWSON
CONTRATA A UNOS INVESTIGADORES,
INSATISFECHA CON EL TRABAJO DEL FBI

Sábado, 8 de Octubre de 1977

Dos botones les mostraron la *suite* de recién casados.

Sobre el escritorio de la salita había un ramo de claveles y de rosas, una gentileza de la dirección. Jenny le hizo oler su fragancia: primero, una rosa; luego, un clavel; y seguidamente, una rosa y un clavel juntos.

Más tarde hicieron el amor, sin prisas, deleitándose en lo que más le gustaba a cada uno. Paul tenía la sensación de flotar en ella y a Jenny le ocurría lo mismo; él en ella, y ella en él. Fue una experiencia completa y enriquecedora; cuando terminaron, se sintieron saciados y satisfechos.

Tumbados boca arriba, cogidos de la mano y con los ojos cerrados, permanecieron un rato en silencio.

—Esta vez ha sido diferente —dijo ella rompiendo el silencio.

—Pero no ha estado nada mal. Por lo menos, para mí.

—¡Oh, no!, en absoluto; para mí tampoco.

—¿Entonces?

—Ha sido… diferente. No lo sé. Creo que, en cierta forma, es posible que hayamos ganado en intensidad; pero también hemos perdido algo, no había inocencia esta vez.

—Nunca volveremos a ser inocentes.

—Me temo que así es.

Paul pensó que eran asesinos, hijos de los años setenta, hijos e hijas de la gran era de la máquina, supervivientes.

Se dijo, enfadado consigo, que ya estaba bien, que ya era suficiente. Eran asesinos, pero hasta los asesinos podían aferrarse a un poco de felicidad. Más importante todavía, hasta los asesinos podían dar un poco de felicidad. ¿Y no era esto lo máximo que cualquiera podía hacer en esta vida?, ¿ofrecer un poco de felicidad?

Pensó en Mark; el certificado de defunción falso, la pequeña tumba junto al ataúd de Annie…

Se volvió de nuevo hacia Jenny, la tomó en sus brazos y dejó que el mundo se encogiese hasta quedar reducido al tamaño de sus dos cuerpos.

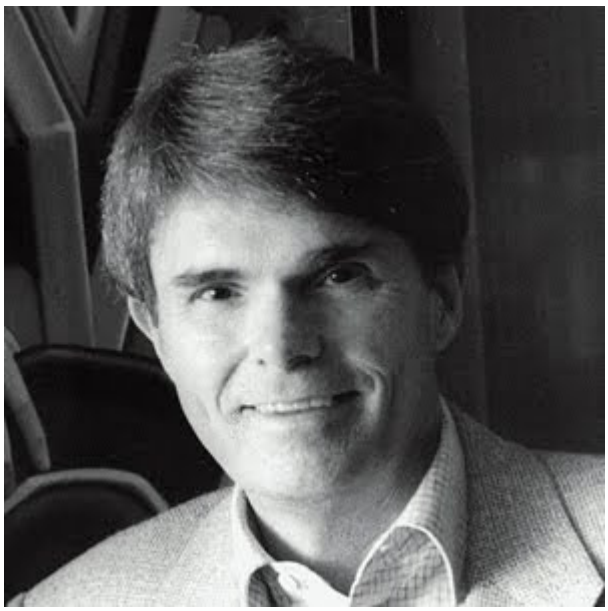
* * *

BIBLIOGRAFÍA EMPLEADA POR EL AUTOR

- ARNHEIM, Rudolph. *Art and Visual Perception: A Psychology of the Creative Eye*. (Berkeley and Los Angeles: University of California, 1964.)
- BERELSON, Bernard, y STEINER, Gary A. *Human Behavior: An Inventory of Scientific Findings*. (New York: Harcourt, Brace and World, 1964.)
- CARPENTER, Edmund, y HAYMAN, Ken. *They Became What They Beheld*. (New York: Outerbridge and Lazard, 1970.)
- DE BONO, Edward. *The Mechanism of the Mind*. (New York: Simon and Shuster, 1969.)
- DIXON, N.F., *Subliminal Perception: The Nature of the Controversy*. (New York: McGraw-Hill, 1971.)
- FARR, Robert. *The Electronic Criminals*. (New York: McGraw-Hill, 1975.)
- FREUD, Sigmund. *On Creativity and the Unconscious*. (New York: Harper Bros., 1958.)
- JUNG, C.G. *Psyche and Symbol*. (New York: Doubleday, 1958.)
- KEY, Wilson Bryan. *Subliminal Seduction: Ad Media's Manipulation of a Not So Innocent America*. (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1973.)

- MORRIS, Charles. *Language and Communication*. (New York: McGraw-Hill, 1951.)
- MUSSHM, P. H., y ROSENZWEIG, M. R. *Psychology: An Introduction*. (Lexington, Mass.: D.C. Heath and Company, 1974.)
- PACKARD, Vance. *The Hidden Persuaders*. (New York: David McKay, 1957.)
- PACKARD, Vance. *The Sexual Wilderness*. (New York: David McKay, 1968.)
- PIAGET, Jean. *The Mechanisms of Perception*. (London: Routledge and Kegan Paul, 1969.)
- PINES, Maya. *The Brain Changers: Scientists and the New Mind Control*. (New York: Harcourt, Brace, Jovanovich, 1973.)
- REINERT, Jeanne. «Brain Control: Tomorrow's Curse or Blessing?» *Science Digest*, November, 1969.
- STORR, Anthony. *Human Aggression*. (New York: Athe-neum, 1968.)
- SWARTZ, Robert J. *Perceiving, Sensing and Knowing*. (New York: Doubleday, 1965.)
- TAYLOR, John. *The Shape of Minds to Come*. (New York: Weybright and Talley, 1971.)
- YOUG, John Z. *Doubt and Certainty in Science: A Biologist's Reflections on the Brain*. (New York: Oxford University Press, 1960.)

* * *



DEAN R. KOONTZ nació en Everett, Pennsylvania, en 1945. Su primer trabajo tras graduarse en la Universidad Shippensburg fue en un Programa contra la pobreza, tras el cual continuó como profesor de inglés en una escuela de barrio. Ya por entonces ocupaba su tiempo libre escribiendo. Su esposa, Gerda, le propuso entonces que lo intentara como escritor. Ocho de sus novelas han alcanzado el número uno en la lista de bestsellers realizada por *New York Times*, haciendo de Koontz uno de los 12 autores que han alcanzado tal hazaña.

Es un prolífico autor que combina con suma eficacia la ciencia ficción, el misterio y la novela gótica. Su obra está llena de referencias tecnológicas que se mezclan con los elementos paranormales. Algunas de sus obras han sido llevadas al cine con gran éxito.